

Patricia A. Miller

# SOBRE LAS LUCES de Chicago

VERSÁTIL  
romántica

# Índice de contenido

[Prólogo de Tyler](#)

[1. Alice](#)

[Ese personaje cruel](#)

[2. Tyler](#)

[El puto chófer de Miss Daisy](#)

[3. Alice](#)

[Los mejores olores de mi vida](#)

[4. Tyler](#)

[Bienvenida a Chicago](#)

[5. Alice](#)

[Esa mirada](#)

[6. Tyler](#)

[Bailar con el diablo](#)

[7. Alice](#)

[Un bochornoso episodio](#)

[8. Tyler](#)

[Porque quise. Y punto](#)

[9. Alice](#)

[Un libro abierto](#)

[10. Tyler](#)

[Seguía ahí](#)

[11. Alice](#)

[Nada bueno](#)

[12. Tyler](#)

[La Alice que yo conocía](#)

[13. Alice](#)

[Ni cuento ni lágrimas](#)

[14. Tyler](#)

[Ya no estaba](#)

[15. Alice](#)

[La perfección era imperfecta](#)

[16. Tyler](#)

[Sobrevivir al huracán Alice](#)

[17. Alice](#)

[Vacía de mí](#)

[18. Tyler](#)

[Las manos llenas](#)

[19. Alice](#)

[La especialidad de la casa](#)

[20. Tyler](#)

[Venus y Vulcano](#)

[21. Alice](#)

[Sabiduría popular](#)

22. Tyler  
Las tres mujeres de mi vida
23. Alice  
Mujer infiel
24. Tyler  
Zoom
25. Alice  
La primera vez
26. Tyler  
Dijiste que sí
27. Alice  
Soñando despierta
28. Tyler  
La misma paz que había en mi alma
29. Alice  
Mil pedazos
30. Tyler  
Hasta el último latido
31. Alice  
Cavar profundo
- >32. Tyler  
Mi imagen favorita
33. Alice  
Donde tú estés
34. Tyler  
Lo veo en tus ojos
35. Alice  
Un brindis de besos
36. Tyler  
Habla conmigo
37. Alice  
Otra versión de nosotros
38. Tyler  
Una palabra no dicha
39. Alice  
Como en los días de lluvia
40. Tyler  
Me equivoqué
41. Alice  
Lo que se decía y lo que no
42. Tyler  
Castillo de naipes
43. Alice  
Un millón de rayos de sol
44. Tyler  
La más mortal de las flores

45. Alice

Bajo un paraguas negro

46. Tyler

Tiritas mágicas

47. Alice

Como si fuera el último día

48. Tyler

Hacer andar a las piedras

49. Alice

Te guardaré los silencios

50. Tyler

No más días sin ti

Epílogo de Alice

Agradecimientos

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

---

Título original: *Sobre las luces de Chicago*

© 2020 Patricia A. Miller

---

Diseño de cubierta: Eva Olaya

Fotografía de cubierta: Shutterstock

---

1.<sup>a</sup> edición: marzo 2020

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2020: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

[www.ed-versatil.com](http://www.ed-versatil.com)

---

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

## *Prólogo de Tyler*

### *Diciembre de 2007*

Aquella risa fue la gloria y mi perdición. Resonó por el pasillo a oscuras mientras tiraba de mi mano, cada vez con más necesidad. Me apretó los dedos para que no me echara atrás, como si eso fuera a ser posible. Alice no soportaba el rechazo y, en los últimos días, yo le había servido una ración extra. Le había dado un ultimátum: tenía que tomar una decisión.

Era una chica intrépida, atrevida, descarada y con las cosas claras. Cuando en alguna ocasión se dejaba caer por el parque de bomberos, mis compañeros solo veían en ella a una mocosa mimada. Siempre con sus minifaldas, siempre con sus curvas tentadoras, siempre con la mirada brillante y los labios húmedos.

Tenía a su disposición la fortuna que había amasado su padre en el negocio del transporte de mercancías. Y era la niña de sus ojos, la hija mimada de un matrimonio que decidió formar una familia demasiado tarde y que quizá no empleó suficiente mano dura con ella. Alice siempre conseguía lo que quería, cuando quería y como quería.

Maldita la hora en que puso sus ojos en mí.

Maldita la hora en que mi corazón se rindió a ella.

—Vamos, hablemos en un lugar más tranquilo —me apremió en un susurro.

Mi cuerpo la adoraba. Su fragilidad era solo una máscara y eso me empujaba a desearla todavía más. Detrás de la apariencia de jovencita obediente se escondía una salvaje de pensamiento lujurioso. Su feminidad estaba en plena efervescencia y sabía usar sus armas. Era muy apasionada y se entregaba al sexo, al placer y al deseo con suma vehemencia.

Solo yo sé cuánto la quise y cuánto la odié por convertirme en un hombre vulnerable.

Me besó al llegar a las puertas dobles de madera que había al final del corredor. No puedo decir que me sorprendiera, su sonrisa de medio lado no auguraba una conversación convencional, pero sí la creí cuando me dijo que pretendía aclarar las cosas, y me dejé llevar. Cerró la puerta y se desató el apocalipsis.

—Pensé que querías hablar —dije tras unos frenéticos minutos que dedicamos a devorarnos mutuamente. Todavía quedaba algo de cordura en mi cerebro.

—Luego.

Fue todo lo que recibí por respuesta.

El dormitorio estaba tan a oscuras como el pasillo, pero la iluminación del exterior, que se colaba entre las pesadas cortinas, lo sumía en una agradable penumbra, la justa para comprobar que aquella habitación era más grande que mi propio apartamento.

—Aquí nadie nos molestará. Es el dormitorio de los padres de Hugh, pero están de viaje. Y... ¿sabes lo que me volvería loca? —preguntó con su voz inocente al tiempo que desabrochaba con lentitud los botones de mi camisa—. Que me follaras en esta cama. —Me pilló desprevenido, así de idiota era yo, y con un leve empujón me hizo caer sobre la colcha de seda—. Te he echado de menos, Tyler, y algo me dice que tú a mí también.

Su mano acarició la erección que tan dignamente había soportado durante la noche a través de la tela de los pantalones. Desde el mismo instante en que la vi en la fiesta supe que había sido un error aceptar su invitación y mi cuerpo se encargó de recordármelo. Pero no me fui. Pese a encontrarme en terreno enemigo, pese a saber que saldría malparado, pese a todo... me quedé.

Empecé a pasarlo bien después de la segunda cerveza, conocía a varios invitados y no me costó integrarme. Seguí sus movimientos durante la velada y apagué mi sed de ella con más alcohol. Creí que lo había logrado hasta que salí del cuarto de baño y la encontré esperándome en el pasillo.

No sé bien en qué momento dejé de pensar con coherencia. No sé si fue cuando se acercó y me besó en la comisura de los labios o cuando su dedo recorrió el contorno de mi brazo. Tal vez fue cuando sus ojos profundos brillaron por el deseo o por el alcohol, no lo sé, pero mi decisión de no volver a tocarla se hizo añicos cuando me tomó de la mano y me invitó a seguirla.

Cerré los ojos al sentir sus labios contra la piel desnuda de mi pecho, inspiré con fuerza e intenté recordar los motivos por los que había decidido huir de aquella relación.

Alice era una manipuladora.

Alice era una embustera.

Alice era tóxica.

Alice estaba comprometida.

«O él o yo», le dije después de saber la verdad. Mi hermana había anunciado felizmente que Alice, su maravillosa y mejor amiga Alice, se había prometido con un joven de la alta sociedad californiana y yo por poco me atraganto en plena comida familiar. Nadie sabía lo nuestro y en ese momento entendí por qué. Llevábamos más de tres meses viéndonos y ni siquiera sabía que ella tuviera novio.

Observé cómo su boca descendía por mi abdomen y sus manos se hacían cargo de mi cinturón. La melena lisa que siempre llevaba recogida en una coleta alta, ahora le caía en ondas descuidadas sobre los hombros; el impulso de enredar mis dedos en ella y someterla a mi voluntad me aceleró la respiración. Apreté los puños a los costados, inmóvil, y percibí con claridad el momento en que mi determinación saltaba por los aires. Cuando Alice cayó de rodillas entre mis piernas y se hizo cargo de mi erección no pude soportarlo más.

Soy humano y, como diría mi madre: «Un humano muy tonto».

Fue el mejor sexo de mi vida. Sucio y salvaje primero. Suave y delicado después. Lento, lascivo. En algunas ocasiones, indescriptible; en otras, perfectamente definido. Jugamos con nuestros cuerpos y nos dimos el capricho de aguantar. La acaricié como si fuera mía, le brindé el mismo placer que ella me había dado a mí, la embriagué de deseo para que no olvidara nunca quién la hacía entrar en combustión y la llevé del cielo al infierno con cada pulgada de piel que hundí en ella. Era mi Alice, la chica que rompió todas mis defensas y levantó las murallas de nuestro mundo juntos. Y yo era su Tyler y le iba a pedir que se casara conmigo.

Me había enamorado de ella.

—¿Qué pasará con tu compromiso? ¿Cuándo hablarás con Hugh? —quise saber después de que nuestras respiraciones se acompasaran con calma.

Di por hecho que me había elegido a mí, que hacer el amor de nuevo era su respuesta al *ultimátum*, y aquella noche, sin más demora, le ofrecería mi vida entera.

*Iluso.*

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alice mientras repasaba con un dedo mis abdominales.

—Ya sabes lo que quiero decir —protesté, incómodo—. Tendrás que explicarle lo nuestro, anular el compromiso...

—¿Por qué tendría que hacer eso? —Se apartó de mí como si la hubiera agredido y paseó su desnudez hasta el cuarto de baño de la habitación—. Voy a ducharme. ¿Vienes?

Juro por Dios que tuve ganas de estrangularla, pero su guiño mantuvo encendidas mis esperanzas y mi deseo. No iba a renunciar a ella. Alice me quería. No lo había confesado, pero yo lo sabía, si no no sería capaz de entregarse a mí de aquella manera.

*¡Tonto!*

La hice mía en la ducha con brusquedad, con ira contenida, y cuanto más fuerte sonaban sus gemidos, más ciego me volvía yo. Aquello no era amor; era locura, desesperación, ansiedad y necesidad. Era lo que ella quería. Para amar ya tenía a otro, pero eso yo no lo entendí hasta mucho después.

—Dime que me quieres, Alice. ¡Dilo! —le rogué entre jadeos y feroces embestidas—. Dime que te casarás conmigo.

Me besó con la boca abierta y un hambre incontrolable. Noté el sabor de su desesperación y lo confundí con amor. Dijo «sí», lo oí, dijo sí mientras se corría, dijo sí mientras lo hacía yo. Dijo sí todo el tiempo. Aquella noche fui el hombre más feliz del mundo, el más afortunado... y el más idiota.

Incluso después de verla besar a un Hugh Anderson muy borracho y ser testigo de cómo se marchaba con él por el mismo pasillo que habíamos recorrido nosotros, seguí creyendo en mi buena suerte. Había dicho que sí.

Era la mujer de mi vida.

Era la futura madre de mis hijos.

Era el sueño de cualquier hombre.



Y era mía.

Alice se marchó a Los Ángeles una semana más tarde. Su prometido se presentaba a senador por el estado de California; era un joven republicano con un futuro político muy prometedor, o eso leí en la prensa, y ella había sido educada para ir del brazo de un hombre así, como en una jodida novela victoriana.

Lo eligió a él y eso me destrozó a mí.

La llamé de manera obsesiva, la busqué como un sabueso, fui tras ella para obligarla a confesar la verdad: que solo yo podía hacerla feliz, que me amaba a mí. Pero no pude llegar a Alice, me anuló, me sacó de su vida sin contemplaciones. No iba a volver. Se había acabado.

El dolor dejó paso al vacío y el vacío a la frialdad. ¿Y qué si me había roto el corazón? No me hacía falta para nada.

No me hacía falta para sobrevivir.

# 1. Alice

## ESE PERSONAJE CRUEL

*Enero de 2018. Diez años después...*

La copia del testamento de papá me pesaba en la mano como una tonelada de papeles llenos de letras sin sentido. Sujeté el documento con tanta fuerza que, sin darme cuenta, atravesé uno de los folios con las uñas, justo en el lugar donde ponía mi nombre: Alice Jane Lynch.

—Gracias por haberse desplazado hasta Sacramento para la lectura del testamento, señor Sanders. Ahora si me disculpa... —Quería que saliera del despacho y se largara de mi casa cuanto antes.

Me presioné el puente de la nariz y cerré los ojos. Estaba agotada.

—Entiendo su congoja, señora Anderson, pero debe tomar una decisión. Esto no es algo que pueda postergar.

La censura en el tono de voz de Rob Sanders me abofeteó y a punto estuve de echarlo de mi casa sin ningún miramiento. ¿Quién se había creído que era? ¿Quién era él para decirme qué debía o qué no debía hacer? Solo era el abogado de la compañía desde hacía poco más de dos años, más o menos desde que su padre falleció. El viejo Sanders era un cabrón malnacido, con muy malas pulgas y una reputación bastante dudosa, pero hacía buen equipo con papá.

—Hace dos días que enterré a mi padre. Me cuesta tomar decisiones ahora mismo. Sabe de sobra que no estoy al tanto de los pormenores del negocio. Necesito un poco de tiempo para estudiar el contenido de estos documentos y ponerme al día. —No creí que hiciera falta explicar lo evidente, pero, al parecer, a Rob Sanders le costaba empatizar con mi situación—. Estoy segura de que no será difícil mantener la empresa en *stand by* un tiempo hasta que decida qué hacer. Mientras tanto, si hay algo que precise de una atención urgente, puede usted hablar con el señor Russell.

Theodor Russell, el primo Teddy, era quien tendría que haber heredado KME WorldWide Inc., no yo. Era la mano derecha de papá, el director gerente, la persona que más sabía del negocio del transporte de mercancías en Chicago después de Jefferson Lynch. Junto a Bret McAllyster y el padre de Sanders, formaban un núcleo irrompible. Entonces ¿qué locura había llevado a mi padre a dejarme como única heredera de todos sus bienes y propiedades?

—¿Mantener la empresa en *stand by*? Entiendo. —Noté cierta hilaridad en su reacción, pero su rostro continuaba serio—. Doy por hecho que no tiene intención de trasladarse a Chicago, ¿verdad?

—No inmediatamente. Tengo asuntos que resolver.

—Es lógico —dijo con condescendencia—. Usted tiene su vida aquí. No creo que el senador Anderson esté en disposición de abandonar su cargo para responsabilizarse de KME.

—¿Y por qué iba mi marido a hacer una cosa así con algo que es mío por herencia? —Puse en él toda mi atención—. ¿Cree que no soy capaz de gestionar el negocio yo sola?

Levantó una ceja con una insolencia que me revolvió las tripas.

—Lo que creo, señora Anderson, con todos mis respetos, es que ahora mismo no es usted consciente de la situación que atraviesa la compañía.

—Solo le he pedido un poco de tiempo. Creo que es comprensible.

—KME no tiene ese tiempo. Necesita que alguien tome las riendas de inmediato. Si acepta mi consejo, lo más adecuado para la compañía es que alguien de dentro se encargue de...

—No voy a cederle a nadie el control de la empresa —anuncié, tajante—. Mi padre me la dejó a mí por algo y pienso ocuparme de esto personalmente.

—Entonces hay cosas que debería saber ya mismo, no dentro de un tiempo.

Suspiré. Sanders era un tiburón que no respetaba nada.

—Adelante, ilústreme.

Le palpité un músculo en la mandíbula y sentí su desprecio como un aguijón. La imagen que ese hombre tenía de mí y de mis capacidades estaba manipulada por los estereotipos y las habladorías. Era una mujer bonita, de treinta y cuatro años, con un marido senador de los Estados Unidos. Vivía en una mansión en Arden Oaks, el mejor barrio de Sacramento, y no tenía que preocuparme por llegar a final de mes. La gente como Rob Sanders pensaba que mis aficiones eran las típicas de una niña rica: peluquería, manicura, compras y, de vez en cuando, una obra de caridad para quedar bien ante la prensa. ¡Jodidos prejuicios! ¿Qué sabría él de mi vida?

Sacó un puñado de informes de su maletín y los dejó delante de mí sin ninguna explicación. Su expresión era tan sombría que no me atreví a mirar de qué se trataba. Estaba segura de que me lo iba a explicar en cuanto dejara de apretar los dientes.

—La empresa tiene deudas, muchas deudas, señora Anderson, y, por su forma de mirarme, deduzco que nadie se lo había contado.

—¿Deudas? —pregunté, incrédula. Eso sí que no me lo esperaba—. ¿De qué demonios está hablando?

—Por si no está familiarizada con la palabra, las deudas son esos compromisos de pago obligatorio que se contraen con otra entidad, ya sea el banco, trabajadores u otras empresas.

—¿Me toma usted por idiota? —Era evidente que sí. Si no hubiera estado tan alterada le hubiera estampado mi postgrado en Economía en toda la cara—. No es posible que KME tenga deudas. Mi padre era un excelente gestor.

Se encogió de hombros y señaló el montón de papeles que había sacado. Solo tuve que echar un rápido vistazo al primer informe para sentir que el mundo se desplomaba sobre mi cabeza.

—Esto... esto es imposible —me dije de manera casi inaudible. Repasé con el dedo las cifras de la columna final, cotejé algunos datos con la información especificada en los anexos y noté como, poco a poco, los latidos de mi corazón se hacían ensordecedores. Me quité las gafas y me apreté el puente de la nariz una vez más. Era una pesadilla—. ¿Cómo... cómo llegó a esto? Yo no sabía nada, no puedo hacer frente a... Yo... Esto no puede ser, mi marido estaría informado. Él...

—Su marido está al tanto, señora Anderson. Debería preguntarle. Quizá pueda explicarle por qué no recibió apoyo de su padre en la última campaña electoral.

¡Maldito Hugh! Su imagen y su carrera política eran lo único que le importaba. Era cierto que lo nuestro nunca fue una relación convencional. Yo vi en Hugh el medio para convertirme en una mujer relevante, una gran dama de la sociedad, y él me consideró siempre una puerta directa a la fortuna de los Lynch, además del accesorio que cualquier hombre desearía llevar colgado del brazo. Nunca quise una gran historia de amor, pero sí deseé la vida que él me prometía: fiestas exclusivas, *brunchs* en el club de campo, los mejores restaurantes, paseos en yate, vacaciones en Dubai... El amor llegaría, o eso pensé. Pero no lo hizo y no me importó. Ambos teníamos lo que queríamos y todo iría bien mientras la prensa viera en nosotros a la pareja perfecta.

Pero las cosas se complicaron. Yo cambié; él cambió.

Ninguno de los dos estaba satisfecho con la mentira que vivíamos y eso nos empujó a cometer errores y a dar rienda suelta a toda nuestra frustración. Sí, lo confieso, le fui infiel, busqué en las camas de otros el calor que mi marido no estaba dispuesto a darme, tal cual hizo él, y, lejos de considerar nuestros comportamientos una ofensa, decidimos llegar a un acuerdo que nos beneficiara a ambos.

Aunque pudiera parecer una locura, nuestros errores nos unieron más. Nos convertimos en amigos, en la clase de amigos que se conocen a fondo y se guardan secretos inconfesables.

Hacía años que vivíamos juntos sin estar revueltos, pero no habíamos hablado de divorcio más que en un par de ocasiones, en las que habíamos llegado a la conclusión de que era mejor esperar. A Hugh no le interesaba un escándalo así y a mí me daba igual. A fin de cuentas, todo lo que tenía lo había conseguido gracias a él. Salí huyendo del paraguas de papá para meterme en el de un matrimonio de mi conveniencia. Yo no quería hacerme cargo de KME entonces, estudié para mantener contento a mi padre, para que su cartera permaneciera abierta. Él pretendía que continuara con su legado y yo solo deseaba tener la vida de lujo con la que siempre había soñado. Y la conseguí, pero la confianza del hombre al que más quería se quedó por el camino. Papá nunca volvió a verme como a su digna sucesora, me dio por perdida y se aferró a Hugh. Había depositado en él toda su confianza para que gestionase el salto de KME al mercado internacional y el trabajo se iría a la mierda si nuestra relación acababa.

Tal vez pensó que su yerno trataría con más estima aquello a lo que yo había renunciado.

Sí, fui una idiota. Y ahora estaba cabreada y decepcionada, pero, por encima de todo, estaba muy

triste.

Respiré hondo, volví a ponerme las gafas y enderecé la espalda.

—Podría declarar suspensión de pagos y cerrar KME, algo que me ahorraría muchos dolores de cabeza.

—Sin duda, aunque tendría usted que enfrentarse a las demandas de más de un centenar de trabajadores.

—Cierto.

—Le diré lo que podemos hacer. —Sanders se puso en pie y tiró de los puños de la camisa bajo la chaqueta para recuperar el porte distinguido—. Deje que yo me ocupe de la empresa junto al señor Russell y el señor McAllyster mientras usted juega al golf o acude a alguna gala benéfica. Su nombre será el que figure como directora de la compañía. Le haremos llegar cualquier documento que necesite su firma y listo.

—Gracias, señor Sanders. Tanta consideración me abruma.

Yo también me puse en pie y recogí la mesa hasta que todos los informes estuvieron en un mismo montón. Estaba a punto de dar un paso decisivo, uno tan importante que sacudiría la tierra a mis pies. Puede que, en secreto, hubiera estado esperando una señal así, algo que me hiciera reaccionar y me obligara a abandonar la vida vacía y superficial que había llevado hasta entonces. Tendría que ponerme al día con muchos asuntos, desempolvar mis conocimientos empresariales, pelear contra hombres en un mundo de hombres, pero lo haría. Así lo había dejado escrito mi padre por algún motivo y no iba a volver a defraudarlo.

—Ahora le diré lo que vamos a hacer, señor Sanders: le concedo hasta finales de marzo para intentar averiguar qué demonios ha pasado con las cuentas de la compañía. Encargue un estudio financiero exhaustivo, contrate una auditoría o hágalo usted si está capacitado para ello, pero cuando llegue a Chicago quiero conocer a fondo dónde están los agujeros que han dejado a la empresa en esta situación. Necesito un par de meses para poner en orden mis asuntos aquí antes de trasladarme y ese es el tiempo que va a tener usted. Hablaré personalmente con Bret McAllyster y con el primo Teddy. Mi intención es que sigan estando a la cabeza de KME porque mi padre así lo querría. Y usted quizá desee seguir manteniendo su puesto. Si es así, estaré encantada de tenerle a bordo. Si no, es libre de marcharse.

—No está capacitada para hacerse cargo de KME, no tiene ni idea de cómo funciona el negocio.

—Aprenderé —aseguré con firmeza—. Sé hacer mucho más que jugar al golf y asistir a galas benéficas, se lo aseguro. Esa empresa era la vida de mi padre y voy a hacerme cargo, le guste a usted o no. Y ahora, le ruego que me disculpe, pero tengo un millón de cosas que hacer.

En cuanto oí el sonido de la puerta me desplomé contra la butaca y comencé a temblar. El despacho pareció tragarse todo el oxígeno y por muchas bocanadas de aire que tomara ninguna me llegaba a los pulmones. Los ojos se me llenaron de lágrimas, la sangre me rugió en los oídos y la garganta se me cerró antes de soltar el primer sollozo.

No me había permitido llorar desde la noche en que me dieron la trágica noticia: un infarto

fulminante había acabado con la vida de mi padre. Habíamos hablado unos días antes y la conversación no había acabado bien. Me enfadé con él por insistir una vez más en que arreglara mis diferencias con Hugh. ¡Ni siquiera quiso saber los motivos por los que me había separado! A él solo parecía importarle la expansión de KME. Le dije cosas horribles, le eché en cara que no hubiera peleado por mí cuando debió hacerlo. Me dejó salirme con la mía demasiado pronto e igual de pronto entendí que mi matrimonio había servido a las mil maravillas a sus propósitos. Para él solo fui una transacción más, la moneda de pago para salvar su negocio, un negocio que se iría a la mierda si yo decidía abandonar a Hugh.

Un miembro de seguridad lo encontró desmayado en el suelo de su despacho y, cuando llegó la ambulancia, ya era tarde. Fue el primo Teddy quien me llamó y quien se hizo cargo de la situación, aunque mi padre siempre tuvo claras sus últimas voluntades y ni siquiera tuve que desplazarme a Chicago. Lo había dispuesto todo de antemano para que sus restos descansaran junto a los de mamá, en el acogedor cementerio de Loveland, en el condado de Larimer, Colorado. Allí nacieron, crecieron y se enamoraron. Allí vivieron sus primeros años de matrimonio hasta que decidieron dar el salto a una gran ciudad. Tenían tantos recuerdos de aquel lugar que, a veces, cuando hablaban de tiempos pasados, me daba la sensación de haber vivido aquella época en primera persona y no a través de sus miles de historias.

No volvería a escucharlos. Me había quedado sola.

El móvil vibró sobre la mesa y, entre lágrimas, distinguí el nombre de Hugh. No podía hablar en ese momento, estaba cabreada con él, con mi padre, con la vida, pero, sobre todo, conmigo misma.

Apoyé la frente en la mesa, derrotada. Ya daba igual lo que Hugh hiciera, lo importante era lo que iba a hacer yo. Enfrentarme a una empresa en bancarrota no entraba en mis planes. ¿Qué sabía yo de dirigir un negocio como aquel? Pero, por alguna razón que no comprendía, mi padre había cambiado el testamento y el primo Teddy se había quedado fuera del legado familiar. Aún no había encajado lo que eso iba a suponer, pero lo descubriría pronto.

Iba a volver a Chicago.

Con poco más de treinta años me había convertido en una de esas señoras con vestidos de punto y collares de perlas, de las que hacen tartas de frutas para actos benéficos y lucen blancas sonrisas mientras sus maridos las manejan como a muñecas de exposición. Salvo que yo jamás preparaba tartas, mis perlas no eran auténticas y mi sonrisa se había esfumado hacía tiempo.

Tan solo era un fraude, una mentirosa que lanzaba bien lejos los zapatos de tacón en cuanto traspasaba la puerta de casa, una casa independiente de la de mi marido, un marido tan mentiroso como su esposa. Si hace diez años me hubieran dicho que preferiría unos vaqueros y una sudadera antes que un vestido de diseño exclusivo, me hubiera reído a carcajadas. Era increíble cómo había cambiado mi vida y cómo había cambiado yo.

Me refugié en la calidez de mi dormitorio y me tumbé sobre la cama. Si de mí dependiera, no saldría de allí ni en un millón de años. Enero no me había traído nada bueno y el pronóstico para

los próximos meses se presentaba tan desapacible como el vendaval que hacía golpear las ramas contra la ventana. Cómo odiaba los días de lluvia. Jamás me habían traído nada bueno.

Ojalá todo fuera un mal sueño.

Alargué la mano para apagar la luz y mis dedos tropezaron con el sobre satinado que había dejado allí por la mañana. El destino, ese personaje cruel que se interponía en mi vida cuando menos lo necesitaba, se había empeñado en enviarme las señales que guiarían mis pasos a partir de ahora. Mi amiga Megan iba a casarse en Chicago. El hombre de su vida apareció en el peor momento y su historia de amor no fue fácil, pero lo habían superado y estaban dispuestos a poner un broche de oro a su relación. Me sentía muy feliz por ella, pero, en el fondo, también notaba ese pellizco de envidia que me recordaba que yo jamás había tenido algo así, que no sabía lo que era estar enamorada, que nunca le había dado importancia al amor y ahora quizá fuera tarde para encontrarlo. Había prescindido de las cosas sencillas, de los paseos al atardecer, de las manos entrelazadas o de la complicidad de un beso.

Tomé nota mental de llamar a Megan en los próximos días, cuando me encontrara menos conmocionada y tuviera claro qué decirle. No estaba de humor para una boda, pero era la única amiga de verdad que conservaba, una que no se movía por intereses y a la que no le importaba el número de ceros de mi cuenta corriente.

Nos conocimos en una tienda de lencería cuando intentaba comprarse algo para sorprender al hombre con el que había empezado a verse. Tenía un gusto pésimo y la dependienta no la trató demasiado bien. Por primera vez en mi vida, vi más allá del aspecto de una persona, pasé por alto sus maneras masculinas y ese mascar chicle que me ponía tan nerviosa. No me acerqué a ella con la intención de entablar una amistad, fue más una obra de caridad, pero sucedió, nos caímos bien, la invité a algunas fiestas y ella me llevó a bares de mala muerte donde yo desentonaba. Éramos como el agua y el aceite, y tal vez por eso congeniamos. Su diminuto apartamento se convirtió en mi lugar favorito porque allí, en medio del caos de Megan, podía ser yo misma. No hablábamos de moda ni de qué color de pintauñas iría a conjunto con el bolso, no importaba cuántas grasas saturadas tuviera una hamburguesa completa o el número de galletas de mantequilla que era capaz de comerme. Hablábamos de problemas, de sentimientos, de nuestras familias y de cómo veíamos el futuro. Hablábamos de cosas de las que no podía hablar con mi círculo de amistades y, durante algo más de un año, forjamos un lazo que se mantuvo atado incluso después de que me marchara a Los Ángeles.

No nos habíamos vuelto a ver más que en un par de ocasiones señaladas, pero nos bastaba con una sencilla llamada de teléfono para recuperar el tiempo perdido; unos minutos de charla eran suficientes para saber que podíamos contar la una con la otra, pese a la distancia que nos separaba.

Ya con la luz apagada y arrebujada entre las mantas, comencé una lista mental de las cosas a las que debía dar prioridad: el divorcio sería la primera. Ponerme al día con los problemas de la empresa me costaría un poco más, pero debía confiar en mí misma y en mi capacidad para afrontar

nuevos retos.

—Tendré que vender esta casa —susurré con labios temblorosos y un nuevo dolor en el corazón.

Iba a añorar estar en Kinkaid Way, lejos del bullicio de la ciudad. Era el lugar en el que me refugiaba de todo, aunque la mayor parte del tiempo me viera obligada a vivir en la casa de Arden Oaks, nuestra residencia oficial. Pero, por mucha pena que me diera deshacerme de la propiedad, iba a necesitar cualquier ingreso extra para hacer frente a la situación de KME. También tendría que hacer algo con la residencia de mis padres en Chicago, tal vez contratar un agente inmobiliario para que se hiciera cargo de venderla, como había sugerido Sanders en algún momento de nuestra conversación. Siempre podría alquilar algo un poco más pequeño. Al fin y al cabo, estaba sola...

Sola y muy perdida.



## 2. Tyler

### EL PUTO CHÓFER DE MISS DAISY

—¿Despedida de soltero? ¿Club de *striptease*? —preguntó Nick a punto de atragantarse con la cerveza. Austin lo miró con su sonrisa de medio lado y yo puse los ojos en blanco—. ¡Ni hablar!

—Piénsalo, Slater, será la última vez que puedas estar rodeado de tías ligeras de ropa sin que mi hermana te corte los huevos —argumentó Austin mientras daba cuenta del segundo taco mexicano, especialidad del restaurante que había frente a mi edificio de apartamentos—. ¿Tú qué dices, Tyler?

—MC le cortará los huevos igual y luego irá a por ti —respondí con poco entusiasmo—. No le temblará el pulso porque seas su hermano favorito.

—¡No se enterará, eso es lo mejor! Será como cualquier otro viernes de béisbol solo que no iremos a corear a los Sox precisamente. Conozco un club muy selecto, con unas mujeres que te dejan con ganas de vivir mil vidas...

Nick volvió a negar y el bufido de frustración de Austin me hizo sonreír. Si mi hermano Thomas hubiera estado presente, la decisión hubiera estado más equilibrada. Pero el pequeño de la familia estaba perdido en la selva amazónica en pleno reportaje para la universidad y, con toda seguridad, no regresaría a Chicago hasta la boda de MC y Nick.

—Entonces ¿qué proponéis? Algo habrá que hacer, ¿no? —insistió Austin—. ¿Qué tal un viaje a Las Vegas? Un poco de Black Jack, un poco de espectáculo, tías en tanga, bailes sensuales...

—¿Estás seguro de que este tío es de tu familia? —me preguntó Nick, tan harto como yo del parloteo de mi hermano.

Me encogí de hombros y disimulé una sonrisa. La batalla contra Austin tendría que librarla él solito. Yo ya había vivido suficientes iniciativas de los mellizos como para saber que, si algo se les metía entre ceja y ceja, no paraban hasta conseguirlo. Ahora Nick no solo iba a casarse con MC, también tendría que habituarse a la locura de la otra mitad de su futura esposa. No pude evitar compadecerme de él. Era un tipo respetable, trabajador, un listo de cojones, todo había que decirlo, pero un buen tío. Quizá nuestros inicios no fueron muy buenos, pero eso era agua pasada. Ahora, Nicholas Slater también era mi familia y además un buen amigo.

Un inesperado mensaje de cierta rubia me dio la excusa perfecta para largarme de una vez.

Brenda Ayers, la sanitaria del parque 45, estaba muy interesada en revisar conmigo el informe de la intervención en la que habíamos coincidido la semana pasada. También estaba muy interesada en otros aspectos que nada tenían que ver con el cuerpo de bomberos de Chicago, pero sí con el mío.

—El trabajo me llama —me excusé.

Tecleé una respuesta afirmativa y dejé un par de billetes sobre la mesa antes de levantarme.

—¿Adónde vas? ¡Pero si hoy no tienes turno hasta la noche! No hemos decidido nada aún, Tyler —se quejó Austin.

—Estoy convencido de que entre Nick y tú llegaréis a un entendimiento razonable. Eres abogado, hermano. Demuestra que tus argumentos son buenos también fuera del tribunal.

—Lo tiene difícil —murmuró Nick con una mano sobre la boca.

—Ya me contaréis el resultado. Tengo prisa. —Mi sonrisa me delató.

—¿Es por una tía? —preguntó mi hermano, indignado—. Nos dejas por una tía, ¿verdad? ¿Quién es? ¿La sanitaria? ¿Cómo se llamaba? ¡Oh, Dios! Esa chica tiene un culo de los que no quieres soltar jamás. ¿Cómo era? ¿Tania? ¿Tara?

—Tatiana. Y no, no es ella. —De sanitarias iba la cosa.

Me subí la cremallera de la cazadora y me ajusté la bufanda, el frío del mes de febrero era capaz de colarse hasta el mismísimo tuétano. Brenda vivía en el extremo opuesto de Chicago y mi camioneta estaba en Rockford desde hacía una semana. Mi padre se había cargado la transmisión de su coche y mi *pick up* siempre era el comodín. No me importaba, yo disponía de la niña de mis ojos, una Suzuki GSX, mucho más rápida y fácil de aparcar.

Cuando me puse el casco y escuché el ronroneo del motor, un agradable cosquilleo me recorrió la espalda hasta la yema de los dedos. Adoraba la sensación de libertad que me provocaban aquellas dos ruedas sobre el asfalto o tal vez mi emoción tebnía que ver con lo que me esperaba en casa de Brenda. Era un hijo de puta con suerte, no me cabía ninguna duda.

\*\*\*

Llegué al parque de bomberos con el tiempo justo para cambiarme antes de mi turno. La tarde había sido salvaje y mi sonrisa era buena prueba de ello.

—¡Gallagher! —gritó el asistente del capitán desde el pasillo de los vestuarios—. Tienes una llamada. ¡Es tu hermana!

¿Y qué diablos quería MC ahora? Terminé de guardar mis cosas en la taquilla y me tomé mi tiempo hasta llegar a la oficina. El número reflejado en la pantalla digital de la centralita no era el de su móvil, sino el de la 52, el parque de bomberos en el que ella trabajaba.

—Espero que sea algo importante, enana —dije nada más sujetar el auricular con el hombro—. Si me dices que es sobre la boda, te denunciaré a tu capitán. Estoy seguro de que a Grant le encantará saber que usas los recursos del parque para cuestiones particulares.

—Capullo —masculló y me hizo reír—. No es sobre la boda.

—Vale. Dispara, entro ahora y tengo que hablar de algunos asuntos con los del turno anterior antes de que se larguen. ¿Qué pasa?

—Necesito... necesito un favor... personal.

—MC... —le advertí.

—¡Vale, sí, es sobre la boda! —exclamó, enfadada—. ¡No puedo hacerlo yo todo, ¿sabes?! Nick está ocupado con un nuevo estudio médico, Thomas está perdido por la selva y Austin está de un tonto subido que no lo aguanto. A lo mejor cree que comportándose como un gilipollas no me voy a enterar de lo de la despedida de Nick. ¡Un club de *striptease*, por favor!

Dios, cómo adoraba a mi hermana. Era igual de insoportable que el resto de la familia, incluso más, pero era extraordinaria y había encontrado en Nick la horma de su zapato.

—Deja de lloriquear, nenaza —la pinché—. Ve al grano.

—¿Se lo contarás a Grant? Ya sabes que esto de la boda lo tiene un poco jodido.

¿*Tal vez porque fuise su prometida antes de conocer a Nick?* Me moría de ganas de soltar un comentario así, pero me mordí la lengua. Fueron las infidelidades de mi querido amigo, el capitán Grant Hogan, las que acabaron con la relación.

—MC, tienes dos segundos para contarme lo que sea que quieres antes de que cuelgue.

—Necesito que recojas a mi amiga AJ en el aeropuerto el próximo viernes —soltó sin respirar. Cuando ya iba a negarme en redondo, prosiguió—. Y luego, el día de la boda, tienes que llevarla al hotel.

—¿Qué soy yo, el puto chófer de Miss Daisy? Que coja un taxi.

—Le dije que me encargaría de todo. No quiero que esté sola. Su padre acaba de morir y no se encuentra muy bien. Y tú estás libre.

—El viernes tengo turno doble, así que olvídalo —dije con la vista fija en el cuadrante de las brigadas.

—De acuerdo, pues la llevarás al hotel el sábado, ¿*capito?*

—Repito: que coja un jodido taxi.

—No seas grosero. No te estoy pidiendo que te cases con ella, solo tienes que recogerla en su casa y llevarla al hotel. Te mandaré su dirección.

La señal de aviso sonó en el parque de la 52 y MC maldijo de una forma muy poco femenina. Masculló una despedida rápida, un «te quiero» más rápido aún y colgó sin darme opción a responder que yo también la quería. No creo que lo esperara de mí, era el único Gallagher que jamás expresaba sus sentimientos, pero en las últimas semanas, con el rollo de los preparativos para el gran día, la relación con mis hermanos se estaba estrechando y, lejos de sentirme agobiado, debía admitir que estaba disfrutando con sus muestras de afecto.

La alarma de mi parque rompió la calma en la centralita. Se requería una ambulancia y a la 13 en un incendio a pocas manzanas de allí. Era hora de dejar a un lado las tonterías sentimentales y ponerse a trabajar.

### *3. Alice*

#### **LOS MEJORES OLORES DE MI VIDA**

Allí estaba de nuevo, imponente, majestuoso. Mi hogar.

Los ojos se me inundaron de recuerdos y el conocido dolor de la nostalgia me apuñaló una vez más el corazón mientras el taxista silbaba de admiración.

La valla exterior se abrió en cuanto tecleé el código en la aplicación del teléfono y, casi al mismo tiempo, me entró una llamada de Megan.

—¿Has llegado ya? ¿Ha ido bien el vuelo? Ay, me muero de ganas de verte y darte un abrazo. ¿Cómo te encuentras?

Se me escapó la risa y también las lágrimas. Volver a casa se hacía un poco menos doloroso con la voz de Megan pegada al oído. Aun así, cuando miré hacia los grandes ventanales de la planta baja, los ojos se me empañaron todavía más. Mi madre solía apartar las cortinas para verme llegar a casa de regreso del colegio mientras me sonreía con dulzura. Era tan bonita y desprendía tanta luz... La eché de menos desde el mismo momento en que escapó de sus labios su último suspiro y, aunque ya no era tan duro pensar en ella, todavía me ahogaba cuando despertaba en mitad de la noche y era consciente de que nunca más volvería a disfrutar de su compañía ni de sus palabras de aliento. Desde hacía un tiempo, esa maldita sensación se había hecho más profunda y convivía conmigo para recordarme que estaba sola, que ya no tenía a nadie.

—Acabo de llegar ahora mismo —respondí indicándole al taxista con un gesto dónde dejar las maletas.

Pagué la carrera y, al cerrar la puerta, agradecí tener a mi amiga al teléfono. No hubiera podido soportar el silencio de aquella casa.

Todo estaba sumido en una inquietante penumbra, solo interrumpida por algún haz de luz que se colaba entre las cortinas. Olía a cerrado, pero el perfume floral que mis sentidos recordaban todavía flotaba en el aire, como si se negara a abandonar la casa. Sanders se había encargado de redactar los contratos de cese del personal doméstico y me dio mucha pena ver los muebles cubiertos por sábanas. Causaban una visión fantasmagórica.

—Todo tiene un aspecto tan triste...

—Ya me imagino, no debe de ser fácil. Por eso era buena idea que alguien de mi familia te

recogiera, para que no estuvieras sola en este momento —me recordó—. También podrías haber aceptado mi invitación y haberte quedado en mi casa, pero como eres tan cabezota...

—Tu casa debe de ser un caos ahora mismo y tampoco necesito chófer, Megan —insistí, como las mil veces anteriores en que había sugerido que me acompañasen a casa desde el aeropuerto—. Esto es algo que prefiero hacer sola. Mejor antes que después. A fin de cuentas, tengo que dormir aquí hasta que encuentre un apartamento.

—Vas a venderla, ¿no? Quizá sea lo mejor.

—Sí, es lo mejor, pero duele.

Descorrí los pesados cortinajes y levanté un ejército de motas de polvo, las únicas inquilinas desde que papá murió.

—¿Estás preparada para el gran día? —le pregunté para distraer mis pensamientos.

—¡No! Bueno, sí, pero hay tantas cosas que hacer aún y Nick está tan liado... Puede que acabe matando a alguien antes de mañana. Mi madre está insoportable, mis hermanos me rehúyen... —lloriqueó—. No quería cogerme días libres en el parque para no joderle los turnos a Grant, pero no me ha quedado más remedio. Si no me ocupo yo de los detalles, nadie lo hace.

—Todo va a salir bien —la tranquilicé. Estaba segura de ello—. Será una boda maravillosa.

—Me alegro mucho de que estés aquí y de que vayas a quedarte, Alice —dijo con un súbito cambio de tono en la voz—. Te echaba de menos.

—Y yo a ti, futura señora de Nicholas Slater —bromeé. Sabía cuánto le molestaba que la llamara así.

—Sí, muy graciosa —ironizó—. Oye, esta noche tenemos cena familiar en un restaurante del centro. Si no estás muy cansada y te apetece venir...

—Me encantaría, pero no sería una buena compañía. Estoy muerta.

—Lo sé, lo sé, descansa, ¿vale? Mañana te recogerá Tyler sobre las cuatro para llevarte al hotel.

—¿Tyler? —«Ay, Dios», pensé—. Ya te he dicho que no es necesario, de verdad. —La oí chistar para hacerme callar y cerré los ojos con fuerza—. Vale, vale, tú ganas.

Un rato después de colgar, aún me rondaba la cabeza la mención a Tyler. Tenía un vago recuerdo de él, un recuerdo distorsionado por el tiempo, pero, como cualquier cosa que se conserva con cariño, guardaba en la memoria ciertos gestos de aquel chico impetuoso: su sonrisa ladeada, el brillo de una mirada, su forma de inclinar la cabeza para prestar atención, la mano en la nuca cuando se ponía nervioso... Fue un amante sobresaliente, pero lo nuestro, esa relación a escondidas, transgresora y peligrosa, llegó en un momento equivocado.

¿Qué habría sido de su vida? Lo único que sabía por Megan era que seguía siendo bombero en el mismo parque que hacía diez años. Pero ¿y lo demás? ¿Seguiría viviendo en aquel diminuto apartamento en Englewood? ¿Estaría casado? Seguro que sí, era demasiado bueno para seguir soltero. Además, le gustaban los niños. Y el béisbol.

Y le gustaba yo. Pero eso era parte del pasado.

\*\*\*

Fue extraño moverme por la casa con tanta calma. El salón, que en otro tiempo me pareció la estancia más preciosa que habían visto mis ojos, me resultó anticuado esa noche. La decoración que quedaba a la vista era horrenda, aunque no tanto como la que continuaba escondida bajo las sábanas. Sin embargo, al pasar a la cocina me llevé la mano al pecho y presioné para aliviar la emoción. Había habido tanta ternura en aquel espacio que ni el paso del tiempo había logrado borrarla. Mi padre fue un gran cocinero y hubiera podido ganarse la vida con ello de no haber sido por la pasión que sentía por su empresa. Alrededor de aquella preciosa isla de mármol blanco habíamos bromeado, reído y discutido casi a diario. De allí habían salido los mejores olores de mi vida: a tortitas de domingo, a café de lunes, a postres que aún me hacían salivar de pensarlos, a pavo de Navidad...

Acaricié la encimera, ahora sin vida, desprovista de manchas y utensilios; contuve el impulso de abrir los armarios a sabiendas de que dentro no encontraría nada que me recordara a ellos, y me sentí la peor hija del mundo por haber permitido que el orgullo me hubiera alejado del único sitio que siempre sería mi hogar. Mi dulce hogar.

Había tardado diez años en darme cuenta de algo tan importante.

Tras inspeccionar el resto de la casa y deshacer parte del equipaje, me puse ropa cómoda, hice gala de toda mi destreza para encender la caldera y conecté la calefacción. No me había dado cuenta del frío que hacía hasta que salí de mi dormitorio y una nubecilla de vaho se me escapó de los labios. Hubiera dado cualquier cosa por un buen fuego en la chimenea de la sala de estar, pero iba a tener que conformarme con taparme hasta el mentón a la espera de la *pizza* y el caldo de pollo que había pedido por teléfono. Mi particular cena de bienvenida.

Debí de quedarme dormida después del considerable atracón. Cuando abrí los ojos, el tenue resplandor de la mañana me provocó un quejido y me cubrí la cabeza con la manta para dejar de escuchar el molesto sonido que me taladraba la cabeza. Pasaron unos segundos hasta que descubrí que era el tono de llamada que le había asignado a Hugh el que me mortificaba. En el reloj del salón aún no habían dado las diez, las ocho en Sacramento. Tenía un exmarido muy madrugador, la verdad.

—¿No has oído hablar de la diferencia horaria? —pregunté adormilada.

Ahogué un bostezo contra la mano y me permití remolonear en la comodidad del sofá.

—No me vengas con esas, en Chicago hay dos horas más que en Sacramento.

—*Touché!* —le concedí con una risilla—. ¿Qué pasa?

—Pues pasa que no puedes hacer las cosas sin avisarme, Alice. Ya sabes cómo funciona mi vida. «Uy, el senador Anderson está molesto», pensé. Supongo que por el sobre que le mandó mi abogado antes de que me fuera de Sacramento.

—Si te refieres a los papeles del divorcio, solo tienes que firmar donde pone tu nombre —le expliqué como si fuera un niño pequeño.

—¡Teníamos un trato, maldita sea, Alice! ¡No puedes hacerme esto!

Ni me inmuté. Sus gritos eran tan falsos como algunas de las promesas que hacía en sus mítines. Hablaba su orgullo herido y sabía que antes o después se arrepentiría de ser desagradable conmigo. La imagen que América tenía de su senador por California, uno de los más prometedores en política, era de un hombre contundente, serio, despiadado en sus negociaciones; pero tan solo era una máscara que había ido perfeccionando con los años.

—Oh, ya lo creo que puedo. ¿Y sabes por qué? —No esperé a que respondiera, no quería escuchar ni una tontería más—. Porque a la prensa le encantaría nuestra historia: «La increíble mentira de un romance», podríamos llamarla. Estoy convencida de que eso despejaría las dudas de todos los que aún se preguntan por qué el senador más conservador de la Cámara no tiene una gran familia feliz con hijos y más hijos. Aunque ahora que lo pienso... Quizá les interese más conocer ciertos aspectos de la financiación de tus campañas que tu gabinete ha sabido mantener ocultos...

—¿Me estás amenazando? No te reconozco —masculló.

—Firma los papeles, anda.

—¿Qué diría tu padre? —Apelar a la memoria de Jefferson Lynch no iba a servirle de nada—. Estaría tan avergonzado...

—Deja a mi padre en paz, por favor. Esto es entre tú y yo. Ya no tenemos que fingir nada. Se acabó, Hugh, se acabó la farsa. Ahora que estoy al frente de KME lo que menos necesito son más problemas. Tengo que centrarme en levantar la empresa.

—Pues si no quieres más problemas, ¿por qué divorciarnos? Yo podría ayudarte con la gestión.

—No.

—Alice... —se exasperó—. Solo eres una niña con un juguete nuevo que no sabe dar ni un paso sin un bolso de Gucci colgando del brazo. ¿Qué harás cuando no te quede dinero ni para comprarte unas bragas de segunda mano?

—Pues iré sin bragas. A lo mejor eso también le interesa la prensa—añadí con fingida inocencia. A continuación, recuperé mi tono más categórico y puse el punto final—. Firma los papeles, sabes que no tienes opción. No hace falta que lo hagas público y si se enteran y te preguntan, di que teníamos incompatibilidad de caracteres, cuéntales que se acabó el amor o lo que se te ocurra. Si te portas bien, tal vez con el tiempo sufra una amnesia que borre algunos de los recuerdos que guardo en mi memoria. Te puedo asegurar que muchos de ellos desearía arrancármelos de cuajo.

—Me quieres demasiado para sacar a la luz mis trapos sucios.

—Ponme a prueba.

—Tú también fuiste infiel, yo podría hacer lo mismo.

—¿Y quién saldría perdiendo si se supieran mis aventurillas? ¿A quién señalarían?

—Alice... No me hagas esto.

—Sabes tan bien como yo que es lo mejor, que deberías replantearte tu futuro en la política y que

no te hace bien seguir...

—¡Ya lo sé!

—Pues, si lo sabes, empieza por firmar el divorcio. Es más fácil que te adelantes a la prensa antes de que se haga oficial que estoy en Chicago y que pienso quedarme.

—Eres muy cruel. Sabes que mi situación es...

—Ya sé cuál es tu situación. Y hablando de eso, ¿has ido a hacerte...?

—¡No cambies de tema, maldita sea! Prométeme que no...

—Adiós, Hugh.

Colgué. Sin más.

El estado de agotamiento que siempre me invadía después de una discusión con Hugh se diluyó con una ducha bien caliente y dos tazas de café en la pequeña cafetería que había a una manzana de casa. Ojeé la prensa del día y la sección del horóscopo me sacó una sonrisa. Según Madame Cosmos había muchas probabilidades de que esa noche bailara con el hombre de mis sueños sin yo saberlo. «¡Ojos bien abiertos, sagitario!».

Cerré el periódico y me acabé el desayuno. Lo que estaba claro era que o me ponía en funcionamiento o haría esperar a mí acompañante y, si no me fallaba la memoria, la paciencia no era una de las virtudes de Tyler Gallagher.

Había metido en la maleta uno de mis vestidos favoritos: un Valentino de corte sirena en tonos oro y plata que me hacía sentir muy femenina y segura de mí misma. Lo había comprado hacía dos años y solo me lo había puesto para una gala benéfica a la que acudí con Hugh y de la que me tuve que marchar antes de tiempo debido a un accidente con un camarero que acabó con todo mi *glamour*. Por suerte, mi tintorería habitual había hecho un milagro para salvar el vestido y, desde entonces, había permanecido en su funda a la espera de una ocasión suficientemente importante. Y esta lo era.

Mi cabello suelto, desenfadado, con alguna onda marcada en las puntas, el maquillaje natural pero efectivo y unos zapatos con los que parecía imposible andar completaban el *look*. Cuando me miré en el gran espejo de la entrada ni siquiera eché en falta las joyas que siempre lucía junto a Hugh. Me vi estupenda con unos sencillos pendientes de lágrima de cristal ámbar, que en otro tiempo pertenecieron a mi madre, y nada más.

—Respira, Alice, todo va a ir bien —me dije.

Estaba nerviosa, sí, y el motivo de que me temblaran las manos y me repasara el maquillaje una y otra vez estaba a punto de llamar a mi puerta. Era absurdo, pero Tyler Gallagher había formado parte de mi pasado y volver a saber de él me alteraba más de lo que deseaba.

Un coche se detuvo en la puerta principal y me apresuré a salir con el bolso y la pelliza de falso zorro blanco. Oí el portazo metálico y los pasos que se acercaban. El corazón tomó las riendas de mi pulso y se disparó enloquecido. Aguardé, temblorosa, con el contradictorio deseo de salir corriendo escaleras arriba y meterme bajo las mantas para no ir a la boda. Y cuando ya pensé que echaría a correr y tendría que preparar una buena explicación para Megan, el timbre sonó y por



poco muero de un sobresalto.

—Acabemos con esto —dije y compuse mi mejor sonrisa antes de abrir.

Me quedé sin palabras al ver al hombre que había ante mí. Desconcertada sería la palabra.

—Me envía el señor Gallagher a recogerla —farfulló un joven que parecía indio. Levantó la mano y leyó el mensaje que le habían dado para mí—: «Le pido disculpas. Jabil es de fiar». Yo soy Jabil —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Me había mandado un taxi.

## 4. Tyler

### BIENVENIDA A CHICAGO

¡Hostias, como dolía! Metí el brazo en la chaqueta del uniforme de gala y la camisa me rozó el vendaje del hombro. Era como sentir el fuego de nuevo adherido a la piel, pero sin el olor a carne quemada llenándome la nariz.

El turno doble había sido uno de los más complicados del último año y el servicio que habíamos completado al límite de la guardia, el peor. Una mierda de sustancia corrosiva había goteado por el agujero que la explosión de una botella de gas había abierto en el ático de un edificio de oficinas. Justo sobre mi hombro. ¿Quién cojones almacenaba esa porquería en la azotea de un lugar así? La sustancia tardó menos de dos segundos en abrirse paso a través de mi chaqueta ignífuga y alcanzar la piel. Clarence Rivas había estado muy certero al usar la espuma para frenar la quemadura, pero el daño estaba hecho y dolía como un demonio.

Y entre el turno doble, el incidente de última hora y el paso obligado por urgencias, apenas había podido pegar ojo. Me desperté sobresaltado casi a las tres de la tarde con un intenso malestar en el hombro que, para colmo, competía con una jaqueca de dimensiones épicas. Me froté los ojos con ambas manos y tardé unos segundos de más en activarme. No era el mejor día para tener mala cara. Tenía una boda a la que asistir.

Fue justo al salir de la ducha y mirar la hora en el teléfono cuando me quedé sin aliento. Tuve esa sensación que te sacude cuando recuerdas que tienes algo importante que hacer y lo has olvidado por completo, esa en la que crees sufrir un microinfarto.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡La amiga!

Tenía que recoger a la amiguita de MC en su casa y hacer de agradable acompañante durante la ceremonia. ¿No podía haber ido cualquier otro Gallagher? No, la pequeña bruja manipuladora había organizado hasta eso. Thomas tenía que recoger a papá y a mamá y Austin actuaba como chico de los recados. ¿Quién quedaba disponible? Pues el resto de los doscientos malditos invitados, pero ella quería que me ocupara yo. ¡Y yo estaba jodido!

—Piensa rápido, tío —me dije sin parar de dar vueltas alrededor de la cama como un león enjaulado—. ¡Jabil!

Jabil era un pakistaní la mar de simpático que conducía un Uber. Nos conocimos en un accidente

de tráfico en el que había tenido que intervenir hacía un par de años y, desde entonces, recurría a él cuando tenía que despachar a alguna chica de mi apartamento. Era rápido, discreto y siempre estaba disponible. Justo lo que necesitaba. Le di algunas instrucciones y respiré con tranquilidad cuando me prometió que cumpliría su cometido. Luego ya me ocuparía de explicarle a MC los motivos de aquel cambio de planes. Si la llamaba para ponerla al corriente del incidente se lo diría a mi madre y tener a Margot revoloteando a mi alrededor durante la ceremonia y el banquete era lo que menos me apetecía.

Terminé de ponerme el uniforme y salí disparado hacia The Congress Plaza, el hotel donde se celebraba la boda. Con un poco de suerte llegaría al mismo tiempo que esa AJ y podría hacer mi entrada triunfal junto a ella, tal y como esperaba mi hermana.

Sin embargo, los astros se habían alineado para joderme el día. La *pick up* decidió no arrancar. Después de varios minutos intentándolo, golpeé el volante de la camioneta con el puño y solté una retahíla de obscenidades.

Austin aprovechó ese instante para llamar y empeorar mi mal humor con una buena dosis de su lengua mordaz.

—¿Conoces algún párroco que oficie bodas y funerales al mismo tiempo? Aquí hay una novia que está a punto de pedir que te corten cabeza. ¿Dónde cojones estás? La boda va a empezar...

—¡Lo sé! La camioneta no arranca. —Ya me dirigía a casa de nuevo cuando escuché la voz de MC al otro lado de la línea. A pesar del cabreo que tenía conmigo mismo, el lenguaje soez de mi hermana me hizo sonreír. No podía imaginarla vestida de blanco y hablando de esa forma—. En cinco minutos estoy ahí. Dile que haga esperar un poco más a Slater, que se ponga nervioso.

—No está cabreada porque llegues tarde, memo. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Has mandado un taxi a recoger a su amiga cuando las órdenes eran recogerla tú. Has fallado, soldado.

—¡No era un taxi, era un Uber!

Subí las escaleras de mi apartamento de dos en dos, recogí el casco y las llaves de la moto y, con la misma rapidez, bajé al sótano del edificio y maldije cada vez que rozaba el hombro contra la pared.

—Da igual, le has tocado los ovarios a la fiera y ahora está desatada —me advirtió Austin—. Por cierto, su amiga AJ está tremenda. No sé dónde ha estado escondida estos años, pero *wow!*

«Jodido mujeriego», pensé al arrancar la moto y salir disparado. Era incorregible.

Las retenciones en Randolph Street y un accidente en la calle State con Lake colmaron mi paciencia. El trayecto, que no debería haber durado más de diez minutos, se convirtió en una aventura de casi media hora. Por suerte, cuando logré estacionar y entré en el hotel, la ceremonia todavía no había acabado. Me quedé al final de la sala junto a los compañeros de MC, todos con uniforme de gala preparados para hacer el pasillo a los novios.

—Estás en un lío, ¿lo sabes, verdad? —susurró German McKenzie en mi oído.

Hice una mueca mientras tiraba de las mangas de la chaqueta y me ponía bien los puños de la

camisa. Cuando levanté la vista hacia los novios, la mirada de mi madre me hizo tragar con dificultad, algo que no pasó desapercibido para los bomberos de la 52.

—Creo que este Gallagher va a cenar en la mesa de los niños —bromeó Jonás Gómez.

—He oído que la 13 tuvo problemas anoche con una explosión en un ático —comentó Emilio Roth, el teniente de MC—. ¿Cómo te encuentras?

—Solo fue una quemadura sin importancia —mentí. Me dolía tanto que había tenido que echar mano de los calmantes que me recetó el médico de urgencias. Esquivé los ojos de Emilio para que no leyera la verdad en los míos y pasé revisión de uniformes. Debíamos ser ocho, pero solo conté siete—. ¿Y Grant?

—Cubriéndote la retaguardia, Gallagher —respondió a mi espalda, recién llegado. Me palmeó el hombro con demasiada fuerza y siseé por el millón de punzadas que me provocó el golpe—. Chicos —saludó—, ¿qué tal va nuestra muñequita?

Todos correspondieron con cabeceos y sonrisas cómplices. Mi hermana hubiera saltado al cuello de su capitán de haber escuchado aquel apelativo. El hecho de haber sido su pareja en el pasado no le daba derecho a tomarse ciertas licencias con ella, licencias que la mayoría de las veces a MC no le hacían ni puta gracia, y a mí tampoco, todo sea dicho.

El juez dio paso a los novios, que leyeron sus votos, y los chicos apostaron a que MC soltaba algún taco. Era fácil que eso sucediera, pero para sorpresa de todos, mi querida hermana se marcó un discursito de lo más sentido que hizo llorar a la mitad de la sala. Hasta McKenzie emitió un sonoro carraspeo para deshacer el nudo de emoción que se le había formado en la garganta.

Después del intercambio de alianzas, Austin giró la cabeza en mi busca y, con muy poco disimulo, señaló a la chica que había a su lado. Esa debía de ser AJ, pero desde donde estaba no podía ver más que un par de hombros y una melena rubia. Mi hermano siguió con las muecas y los gestos hasta que Margot se percató y le soltó una colleja, al más puro estilo Gallagher. No sé cómo fue capaz de acabar la carrera de Derecho y mucho menos cómo llegó a formar parte de un bufete de abogados. Era tonto perdido.

—Vamos, Tyler, nos toca.

Por norma general, lo de montar un pasillo de gala para que pasaran los novios, siempre me había parecido una solemne estupidez, pero esa tarde, a las puertas del salón imperial en el que mi hermana pequeña se había casado, me emocioné y saqué pecho como el que más, mientras ella y Nick se deshacían en sonrisas hacia los invitados.

Hasta que llegó a mí y su gesto angelical dio paso a un gruñido y a una expresión feroz.

—Capullo —masculló entre dientes para, acto seguido, volver a sonreír como si no hubiera estado a punto de atravesarme con la mirada.

Me lo merecía, o no, pero era su día, estaba preciosa y no sería yo el que le causara preocupaciones en un momento tan especial.

Busqué a mis hermanos y a Grant entre la gente para empezar la fiesta con una cerveza bien fría, pero no vi rastro de ellos. Sin embargo, sí que me percaté de la mujer que se movía entre los

vestidos y los trajes, tratando de llegar a los novios para felicitarlos. Vislumbré su perfil entre dos amigas de mi madre y las luces del *hall* del hotel arrancaron una infinidad de destellos a un cuerpo precioso. No tenía ni idea de quién era, pero sus movimientos al esquivar a los hombres eran gráciles, casi como si flotara, y sentí el impulso de acercarme a ella para ver si la conocía.

—Han abierto el salón del convite. Vamos a por una birra. Me muero de sed —propuso Austin. Me rodeó los hombros con el brazo y rugí de dolor.

—¡No, joder! No me toques. —Ante su mirada de preocupación no me quedó más remedio que explicárselo—. Anoche tuve un problemilla...

—¿Qué tipo de problemilla? ¿Estás bien?

—Lo estaré mientras nadie me toque el hombro derecho.

Austin se conformó con aquella breve excusa. Había tres bomberos en la familia, ya sabía cuándo había que dejar de preguntar.

Levanté la cabeza por encima del gentío para buscar a la mujer que había llamado mi atención, pero ya no estaba allí.

MC y Nick se escaparon unos minutos para refrescarse antes de la cena —me negué a pensar que pudieran estar haciendo cualquier otra cosa que no fuera eso— y los demás siguieron las indicaciones del personal del hotel hasta el gran salón donde se serviría el banquete.

Me bebí la primera cerveza casi de un trago. Pedí una segunda y me apoyé en una columna a un lado del salón. Austin y Thomas discutían sobre el último partido de los Sox cuando, de pronto, ambos quedaron en silencio y se apartaron de mí como si fuera unapestado.

—¿Qué os pasa?

Los dos levantaron el mentón al mismo tiempo para señalar a mi espalda. Alcé las cejas, miré por encima del hombro y me encontré a MC con los brazos en jarras y cara de no haber olvidado mi pequeño descuido con su amiga.

—Estás preciosa —dije con sinceridad.

—No me adules, Tyler Gallagher. Si no llevara toda la seda de Chicago en este vestido te daría una patada en los huevos. ¡Solo tenías que ir a por AJ! Nada más, era sencillo.

—Lo sé. Lo siento. —¿Qué más quería que dijese? No iba a contarle lo ocurrido en el último servicio. No en ese momento—. Pero le mandé un Uber...

Un estruendo de platos desvió mi atención unos segundos. Cuando volví a mirarla estaba haciendo gestos a alguien que se acercaba. La columna me impedía la visión, pero algo me decía que estaba a punto de conocer a la famosa AJ. Si era quien Austin había descrito con tanta insistencia, no me importaría hacerle de acompañante durante toda la velada, incluso más.

Pero no estaba preparado para lo que vino a continuación. No estaba preparado para la mujer que apareció junto a mi hermana. Ese rostro, esos ojos, esa boca por la que yo habría vendido mi alma. Sentí como la sangre abandonaba mi cuerpo y como, una milésima de segundo después, la rabia se abrió paso por mis venas. Y quemaba más incluso que la herida de mi hombro.

Ella sonrió y yo apreté los puños. Si la sala hubiera estado en silencio hubiera podido oírse el

crujido de mi mandíbula al rechinar los dientes.

—Este es mi hermano, el idiota —dijo MC con su tono más jocoso. Chasqueó los dedos delante de mis ojos e hizo un gesto para señalarla—. Ella es AJ, a la que le enviste el taxi.

—Era un Uber —dijimos al mismo tiempo los dos y sentí deseos de escupir.

—¡Lo que sea! —exclamó MC, molesta. Luego, sin venir a cuento, me golpeó con una mano en el brazo, muy cerca de la quemadura—. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche sin pestañear? Venga, hombre, si ya os conocíais de hace años, ¿verdad?

Alice asintió.

—Sí, creo que coincidimos en un par de sitios —susurró ante la intensidad de mi mirada.

—No lo recuerdo —mentí—. Bienvenida a Chicago.

Hice amago de dar media vuelta y huir. El cuello de la camisa me estaba asfixiando y una vena en la sien palpitaba con tanta fiereza que cualquiera podría ver lo furioso que estaba. Pero antes de que pudiera dar un paso para alejarme de ella, MC me detuvo y echó mis intenciones por tierra.

—Pórtate como un buen hermano y acompaña a AJ a vuestra mesa. Si no vuelvo con Nick pronto acabará por mandar a paseo a su madre.

Y así, con un revuelo de seda blanca, me esquivó y me dejó solo con la mujer que me había partido el corazón hacía más o menos diez años.

—Hola —susurró con timidez.

—Estoy seguro de que puedes llegar sola a la mesa.

## *5. Alice*

### **ESA MIRADA**

No es que esperase que se deshiciera en sonrisas y me abrazara como si me hubiera echado de menos, pero tampoco que me tratase como si le hubiera destrozado la vida. En un primer momento, incluso me dio la impresión de que el reencuentro le había pillado por sorpresa, algo del todo ilógico.

Ocupé un lugar en la mesa de los hermanos Gallagher y me vi franqueada por Thomas y Austin. Durante los años que Megan y yo fuimos amigas, no tuve relación con ellos. Todavía vivían en Rockford. Thomas no era más que un muchacho y Austin no sacaba la cabeza de los libros. Sin embargo, solo hacía unas horas que los conocía y ya me habían conquistado, igual que lo había hecho su hermana hacía tantos años. Igual que su hermano después. Él tomó asiento en el lado opuesto, ceñudo, cabreado. Bebía de la botella de cerveza con sus ojos fijos en mí, como si quisiera intimidarme. Sin pestañear, sin decir palabra. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Qué le había hecho yo?

Los años le habían sentado bien y eso, en parte, me fastidió un poco. La noche anterior, en un arrebatado de idiotez supina, había jugado a imaginar el aspecto que tendría y tenía que reconocer que la realidad había salido ganando. No había rastro de la barriga que le había puesto, ni calvicie prematura. Ni barba ni bigote y, al parecer, tampoco la esposa y los cuatro hijos que le había endosado.

Nunca fue un chico enclenque, tenía una constitución grande y fuerte, que con el paso del tiempo se había consolidado en el cuerpo formidable que escondía debajo del uniforme de gala. ¡Cómo me gustaban los uniformes cuando era más joven! Fue una de las primeras cosas que llamó mi atención cuando lo conocí: grande, duro y bombero.

Megan Gallagher era la única chica que se salía de mi tradicional grupo de amigas, unas esnobs de mucho cuidado que no dudaban en hacerte un traje a medida en cuanto les dabas la espalda. Megan no era así. A ella le gustaban las fiestas con gente sudorosa, salir a correr bien temprano, ensuciarse la camiseta en un partido de béisbol y vivir sin límite.

La envidié muchas veces. Como la joven caprichosa que era, siempre deseaba lo mejor para mí, y cuando me hablaba de su familia no podía evitar querer formar parte de aquellas historias.

Quería a mis padres, pero también quería todo lo que tenía Megan.

Una mañana fui a visitarla al parque donde era aspirante a bombera y allí estaba él, Tyler Gallagher. Se encontraba de paso por allí y ambos se habían enfrascado en una discusión sin sentido en la que yo me entrometí.

No le gusté al principio, no tenía buena opinión de mí. Decía que era una niña rica, consentida y que me metía donde no me llamaban, y así era, pero eso sirvió para que terminara sucumbiendo a lo que le ofrecía: a mí misma y la apasionante aventura de comprobar si la niña rica, consentida y metomentodo era tan impulsiva y excitante como le prometían mis ojos. Estaba tan acostumbrada a hombres como Hugh: solícitos, dispuestos, agradables, que Tyler Gallagher se convirtió en un reto. Y gané. Yo siempre me salía con la mía por aquel entonces.

Fueron unos meses excitantes, a pesar del riesgo que corría, a pesar de haber dicho que sí a la propuesta de matrimonio de Hugh. Yo no quería quedarme en Chicago bajo la supervisión constante de mis padres, no quería trabajar en la empresa familiar ni llegar a ser directora general, quería ser libre, ser una dama de la alta sociedad, tener una gran casa y codearme con la flor y nata de la costa oeste. Tyler solo fue un pasatiempo, un poco de fuego en mi aburrida vida.

—¿Qué tal tu primera noche en Chicago, AJ? —preguntó Thomas mientras daba cuenta del *tournedó rossini* que acababan de ponerle delante, una exquisitez francesa, capricho de la madre de Nick, según me había contado Megan.

—Un poco abrumada, la verdad —respondí con sinceridad. Un súbito ataque de vergüenza me cubrió las mejillas de rubor—. No tengo un buen recuerdo de la última vez que estuve aquí.

Fue cuando murió mi madre y empecé a darme cuenta de que mi vida matrimonial era una auténtica mierda. Al lado de Hugh nunca tendría un amor como el que se profesaban mis padres, ni la sinceridad y la confianza con la que ellos se miraban a los ojos y se lo contaban todo. Tuve que ver a mi padre destrozado por la pérdida para comprender que mis sentimientos hacia Hugh eran solo humo y que nuestra relación era totalmente vacua.

Descarté aquellos pensamientos funestos y levanté el mentón dispuesta a fingir que todo estaba bien, pero me topé con unos ojos furiosos que parecían leer mi mente como un libro abierto. Esa mirada era... ¡uff! Era el motivo de que se me hubiera erizado la piel y la responsable de que me sintiera absurda, fuera de lugar. Me invadió un malestar inusual y me llevé la mano al estómago para frenar la repentina oleada de náuseas.

—MC me ha dicho que te vas a hacer cargo de la empresa de tu padre —comentó Austin.

Tyler bufó con desidia. ¡Bufó! Alto y claro, como si le pareciera gracioso. Un gesto de burla le curvó los labios cuando bebió de la copa de vino que acababan de rellenarle, la cuarta o la quinta ya.

—Sí, ese es el plan —respondí con determinación—. Va a ser un trabajo duro, pero estoy dispuesta a asumir esa responsabilidad.

La carcajada de Tyler fue tan potente que los invitados de las mesas cercanas se giraron para conocer el motivo de su hilaridad. ¿Qué narices le hacía tanta gracia? Hasta sus hermanos



guardaron silencio a la espera de que diera una explicación. No lo hizo. Se puso en pie con la copa en la mano y abrió la boca para decir algo, pero en el último segundo se quedó callado, bebió y me barrió de arriba abajo con los ojos entrecerrados, con auténtico asco. Luego se marchó y algo se rompió muy dentro de mí.

## 6. Tyler

### BAILAR CON EL DIABLO

—Si sigues bebiendo así tendré otro motivo para estar enfadada contigo. Y créeme, idiota, ahora mismo no deberías cabrearme más. Vamos a bailar.

Opuse resistencia, desde luego, pero al final me dejé arrastrar a la pista. No había bebido tanto como MC insinuaba, pero sí lo suficiente como para pensar que bailar con mi hermana no era tan mala idea. La selección musical era aceptable y parecía que la gente se divertía.

—¿Qué te pasa? —preguntó en cuanto empezamos a movernos.

—Nada. ¿Qué habría de pasarme?

Soy un idiota, lo confieso. A estas alturas de mi vida, con cuarenta y un años, debería saber que no hay nada que Austin y MC no compartan. Y si se trataba de algo como la herida que tenía en el hombro, más aún. Hacia ese punto dirigió una mano, como al descuido, y presionó sin contemplaciones.

—¡Joder! —exclamé y recibí miradas de reprobación de los invitados, pero me importó poco. La hubiera estrangulado ahí mismo—. ¿Por qué coño has hecho eso?

—¿Por qué coño no me lo has dicho antes? —contratacó—. ¿Por qué no me has contado lo que pasó? ¿Eres tonto?

—Eso parece.

Le dediqué una sonrisa cariñosa y la besé en la frente. Sabía cuánto le preocupaban los accidentes laborales. Había pasado por un infierno después de un accidente en un servicio, y aunque todos temimos que no pudiera recuperarse, lo hizo. Y, de paso, encontró al amor de su vida. Aquel suceso nos había unido más y la mocosa que me había fastidiado la juventud con sus tonterías sobre ser bombera, se convirtió en una profesional de verdad. Ahora, pondría mi vida en sus manos sin dudarlo ni un instante.

—Emilio dice que te quemaste con una sustancia corrosiva. Podría haber sido muy chungo. ¿Seguro que estás bien? ¿Te ha visto un médico? Puedo decirle a Nick que...

—Estoy bien, deja de preocuparte. Fui a urgencias, me curaron y solo es cuestión de tiempo que cicatrice. Es una quemadura más, tranquila.

No pareció quedarse demasiado convencida, pero guardó silencio mientras bailábamos. Vi a mi

madre del brazo de Douglas Slater, el padre de Nick, y a Thomas haciendo reír a nuestras vecinas de Rockford con sus tonterías. Grant Hogan brindó en nuestra dirección y me gustó ver cómo MC le sacaba la lengua, pero sonreía a continuación. Percy Richmond, el padrino de Nick, parecía tener mucho interés en ver qué había dentro del escote del vestido de su novia, Charlotte, y mi padre, que detestaba bailar tanto como yo, se movía con gracia y charlaba sonriente con... Alice.

Me tensé y MC lo notó al instante. Siguió la dirección de mis ojos y chasqueó la lengua.

—Esa quemadura te ha debido de fundir el cerebro también —soltó de pronto—. ¿Qué ha pasado con AJ? Austin dice que no has sido muy amable en la cena.

—¿Hay algo que no te diga, te cuente, te confiese o te chive tu hermano? —protesté—. Y no la llames AJ. Se llama Alice.

—Se llama Alice Jane y yo la llamo AJ porque me da la gana —me replicó. Cómo detestaba que lo hiciera—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¡No me pasa nada!

—Gilipollas —masculló con los dientes apretados y giró la cara un segundo para que no viera lo mal que llevaba no salirse con la suya. Pero no iba a dejar las cosas así. La conocía muy bien—. Da gracias a que voy vestida de novia y la familia de Nick nos está mirando, porque te juro que de no ser por eso...

Desconecté de sus amenazas y seguí el movimiento del vestido de Alice, que era una tortura para los sentidos. Oro y plata sobre piel cremosa, una piel que se había estremecido con mis besos y se había rendido a mis caricias. Me hirvió la sangre cuando mi padre se acercó a ella y le dijo algo al oído. Su risa me revolvió el estómago y, a pesar de que intenté centrarme en la música y disfrutar de los minutos con MC, me fue imposible. Los destellos de aquel condenado vestido me deslumbraban y me prohibí buscarla con la mirada; pero mis ojos tenían otros planes.

—¿Puede un padre bailar de nuevo con su preciosa hija? —preguntó una voz ronca a nuestro lado.

*¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda!*

No sé cómo hicieron para materializarse a un paso de nosotros, pero en un segundo estaba mirándola en la distancia y al siguiente la tenía delante, nerviosa. *Perfecta.*

MC sonrió a papá y asintió con los ojos empañados. La música, que hasta el momento había sido un poco más animada, cambió de repente y los primeros acordes de *A Thousand Years*, de Christina Perri, llenaron el salón de suspiros.

—Te dejo en las mejores manos, Alice —le dijo mi padre que, prácticamente, la puso entre mis brazos—. Cuidala, Tyler. Esta jovencita es maravillosa.

*Maravillosa, consentida, hipócrita, traicionera, mentirosa...*

Podría haberla rechazado delante de todos, incluso mi mente pueril pensó en lucirse con un feo corte de mangas. Era patético. Sin embargo, la cogí con formalidad, como haría cualquiera con la amiga fea de la novia, y bailamos en silencio, esquivándonos para no rozar demasiado nuestros cuerpos. Estaba tensa, o tal vez era yo el que se mantenía alerta, no lo sé bien. Solo sé que mi

mano reposaba contra la curva de su cintura y los dedos me ardían, que el calor que emanaba bajo aquel vestido no podía ser real y que su olor llenaba mis sentidos y me anulaba el juicio.

«He muerto todos los días esperándote», eso decía la canción que nos movía con su lento compás, «te he querido mil años y te querré por mil más».

La música me empujó hacia ella, «un paso más cerca», repetía, y nuestros ojos se encontraron frente a frente. Había cambiado, en cosas sutiles que nadie apreciaría, pero cuando has memorizado el rostro de una persona, cuando la has amado hasta la locura, es difícil no darse cuenta de las diferencias.

«Te he querido mil años y te querré por mil más», se repetía en mi cabeza. El mundo había desaparecido, ella tenía ese efecto. Estaba viviendo algo irreal, como en un maldito sueño, y, en cada respiración entrecortada, la veía en mi cama; en cada parpadeo, la recordaba desnuda; en cada roce de sus dedos, la sentía dentro. Era perturbador y placentero, doloroso y erótico. Era como dejarse embrujar por la danza de las llamas; como bailar con el diablo.

Empecé a sudar y cometí el terrible error de mirar sus labios allí donde ella se los había humedecido con la lengua. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué tenía tantas ganas de hacerle daño y, al mismo tiempo, de besarla?

«Un paso más cerca».

No, no quedaba espacio entre nosotros. Mi agarre se hizo más firme, mi mano se aferró a la suya, sus ojos mostraban el mismo anhelo que los míos y, por un segundo, olvidé por qué la odiaba.

«Todo el tiempo creí que te encontraría, el tiempo ha traído tu corazón hasta mí».

¡Ja! El tiempo era un maldito hijo de puta y yo estaba bien jodido.

«Te he querido por mil años, te querré por mil más».

—Tyler, yo... —Negué con la cabeza y cerré los ojos—. Tyler...

—No —la detuve y la solté.

En ese momento me hubiera encantado tener las palabras precisas para hacerle daño, pero ¿para qué esforzarme? Di un paso atrás y la escaneé con la mirada. Me costó la vida curvar los labios en una sonrisa cínica y negué con lentitud, con desprecio. Vi como su rostro perdía el color y me felicité a mí mismo. «Que te jodan, Alice Jane», pensé. Ella ya no era nada para mí, no significaba nada.

No quería volver a verla jamás.

## 7. *Alice*

### UN BOCHORNOSO EPISODIO

Mi primer día en KME como directora de la empresa fue casi lo más duro a lo que me había tenido que enfrentar en la vida. El personal no me recibió como yo creí que lo haría: los rostros hostiles y las miradas furibundas me acompañaron desde la entrada hasta la puerta del despacho de mi padre, en la primera planta. Me dio miedo entrar. Era una locura, pero me sentí como tantas otras veces, cuando iba a pedirle dinero para algún capricho desmedido. Casi deseé que me avasallara con uno de sus discursos sobre la responsabilidad y el trabajo duro. Pero ya no lo haría y, cuando abrí la puerta, solo me recibió su ausencia. Allí había pasado la mayor parte de su vida y allí había exhalado su último aliento.

Cuando me recompuse, recordé que también tenía motivos para estar enfadada con él. Tenía tantas razones para maldecirlo que me senté en su sillón con rabia. ¿Por qué había cambiado el testamento? ¿Por qué me había puesto al frente de aquella compañía cargada de deudas? ¿Por qué se debía tanto dinero? Esas preguntas no me abandonaban ni un segundo del día y me atormentaban por la noche, tanto como saber que no encontraría respuestas con facilidad.

No obstante, no tuve demasiado tiempo para poder regodearme en la tristeza y la frustración. Había mucho que hacer y mis problemas empezaban detrás de aquella majestuosa mesa del despacho de mi padre, aunque en la puerta ya se podía leer: «Alice Jane Lynch. Directora General».

Cinco días después, aquel mismo lugar ya me había oído discutir a voz en grito, llorar en soledad, maldecir con todas mis ganas y arrepentirme de haber aceptado tanta responsabilidad un millón de veces.

Las cosas en KME no habían hecho más que empeorar. Los camioneros se habían negado a realizar sus servicios el fin de semana. Ese era el motivo de la última discusión que acababa de tener con Rob Sanders y que lo había llevado a abandonar mi despacho de malas formas.

—¿Alice? —La cara redonda y congestionada del primo Teddy asomó por la puerta tras unos suaves golpes—. ¿Puedo pasar?

—Adelante —dije en tono cansado.

Theodor Russell había sido durante muchos años la mano derecha de mi padre junto a aquel abogado prepotente que me sacaba de mis casillas y el señor McAllyster, el actual director financiero, pero después de haber echado un ligero vistazo a los impecables informes que había preparado Sanders, tal y como le pedí, tenía la sospecha de que el señor Russell, el entrañable primo Teddy, no había dedicado todo su empeño a luchar por un negocio que podría haber sido suyo.

—Acabo de cruzarme con Rob. Parece que no estaba de muy buen humor. ¿Va todo bien?

—No, nada va bien, es evidente —me quejé. Levanté el montante de papeles que tenía en la bandeja de asuntos pendientes y los dejé caer, extenuada—. Y Rob no me pone las cosas fáciles.

—¿Qué ha pasado? ¿En qué puedo ayudarte?

No me conmovió su ofrecimiento como él esperaba, ni me gustó la palmadita que me dio en la mano como si fuera una niña. ¿De verdad me estaba preguntando en qué podía ayudarme? ¿Es que no era consciente de la situación en la que estábamos? ¿Qué tal si dejaba de ponerme ojos de padre preocupado y hacía su trabajo? ¡Era el director gerente de KME WorldWide! ¿Cómo había permitido que todo por lo que había luchado papá se fuera a la mierda? Yo no tenía ni idea de dirigir una empresa de transporte, vale. Tampoco había gestionado recursos, personal, riesgos laborales, salarios ni nada parecido, ¡vale! Pero tenía ojos en la cara y sabía hacer algo más que pintarme las uñas y comprar bolsos. ¡Estudié un postgrado de Economía en la Northwestern, no era tonta, precisamente!

—Quiero saber en qué ha gastado el dinero mi padre en los últimos cinco años —le expliqué—. Quiero saber por qué no se han pagado las nóminas de los camioneros y por qué, de la noche a la mañana, más de una veintena de clientes han prescindido de nuestros servicios.

—Habla con recursos humanos y con Katherine, de nóminas —comentó incómodo—. En cuanto a la fuga de clientes... No podemos ir besando el culo a los que prefieren recurrir a la competencia. Tú no sabes cómo es este negocio.

Desde luego que no; yo no tenía ni idea, pero estaba dispuesta a conocer hasta el último detalle. Había un motivo de mucho peso detrás de la decisión de mi padre y en pocos días ya me había hecho una idea de en quién se podía confiar y en quién no.

—Le he pedido a Sanders que convoque una reunión con el representante de los trabajadores. Esto se os ha ido de las manos. —¿Era temor eso que había en sus ojos? Genial. Hacía bien en tenerme miedo—. También quiero una inspección de las instalaciones y una revisión de los camiones. No puedo creer que hayamos invertido tantos miles de dólares en reparaciones e imprevistos mecánicos, ni entiendo cómo es posible que tengamos un servicio de prevención de riesgos laborales contratado y no hayan dejado de llovernos las demandas por accidentes de trabajo en los últimos dos años.

—De eso se encargaban Rob y tu padre.

—¡Pero mi padre ya no está! —exclamé—. Y la OSHA<sup>[1]</sup> ha mandado unos cuantos avisos para

advertirnos de que estamos incumpliendo la normativa de seguridad y salud. ¡No podemos perder más dinero en estas tonterías, Teddy! Y luego está esto. —Puse delante de sus narices la tabla de contabilidad que Bret McAllyster, el director financiero, me había mostrado el martes a primera hora y la estampé contra la mesa con un fuerte golpe—. Esta tabla es un insulto a la inteligencia de todos los asesores fiscales y contables del país. ¡Hasta un niño llevaría la contabilidad mejor!

—Bret está atravesando una mala época desde que se separó —lo justificó—. Anda un poco como pollo sin cabeza, pero se repondrá. Dale un poco de tiempo. Hablaré con él, si es lo que quieres, le diré que le ponga las pilas a su equipo.

Me froté los ojos por debajo de las gafas. No teníamos más tiempo.

Mi padre siempre había halagado a Bret, lo consideraba un buen amigo, una persona de fiar. Pero, a pesar de los problemas personales que tuviera, era evidente que McAllyster se había aprovechado de la bondad de papá. El trabajo era el trabajo y yo no podía permitirme ni un solo error más.

—Pediré una auditoría. Está decidido.

—¿Una auditoría? Pero, pequeña Alice, lo que menos necesitamos ahora es gastar dinero en saber dónde hemos gastado el dinero —me explicó el primo Teddy con infinita paciencia—. Lo primero que deberíamos hacer es recortar en...

—No voy a despedir a nadie, eso ya lo he discutido con Rob. —Mi posición era firme: no habría despidos por el momento—. Antes de tocar ningún contrato, quiero saber los motivos que han llevado a la empresa a esta situación, ¿entendido?

—Tenemos menos clientes y los servicios han disminuido; sin embargo, conservamos la misma plantilla —enumeró—. No podemos asumir las nóminas de tantas personas, Alice.

Era posible que tuviera razón, pero ¿qué habían hecho para remediar el problema hasta ahora? ¡Nada! Esto no había ocurrido tras la muerte de mi padre, venía de mucho más atrás. Averiguar dónde estaba el agujero por el que se había colado toda la solvencia de KME era fundamental. Después de una semana sin pensar en otra cosa que estudiar números y reducir gastos, había encontrado partidas presupuestarias mucho más sustanciosas a las que meter la tijera. Empezar por ahí era el plan. Sin embargo, a Sanders no le gustó mi idea y, al parecer, el primo Teddy era de la misma opinión, algo que me ponía de muy mala leche.

—¿Por qué hay tantos gastos en la cuenta de publicidad si no está llegando al público objetivo? —le hice ver al tiempo que sacaba del cajón un dossier de presentaciones de campañas que ni siquiera se habían aprobado. La consultora de *marketing* se estaba embolsando un buen montante de dólares por no hacer nada—. Muéstrame un solo anuncio de televisión, prensa o radio que se haya emitido como se detalla en este plan de medios. Muéstrame los resultados de la campaña de visitas a empresas para vender nuestros servicios. ¿Dónde está toda esa información? ¿Para qué nos sirve la red comercial?

—Esos datos son de años anteriores...

—¡Pero lo estamos pagando este año! ¡Es mucho dinero, Teddy! —me exalté.

—¡Tenemos deudas, Alice! Y no van a desaparecer porque se haya muerto tu padre. ¿Crees que puedes llegar aquí y solucionarlo todo en cinco días? Deja que te lo aclare de una vez: es imposible. Tu padre lo sabía y ahora te toca a ti cargar con el muerto. Tal vez sea demasiado para ti. Deberías dejar que nosotros...

Levanté una mano para detener sus palabras. Ya había escuchado bastante. No me había esperado aquel ataque, pero lo encajé con la cabeza alta. Era bueno hacerme una idea de las personas que me rodeaban y hasta qué punto eran capaces de ayudarme a mantenerme flote o de arrastrarme al fondo. ¿Demasiado para mí? Qué poco me conocía...

—No voy a irme y no voy a quedarme al margen mientras mi herencia se va por el retrete. Es importante que os quede claro.

El sábado por la mañana regresé al despacho y me encerré entre aquellas cuatro paredes dispuesta a encontrar más fallas en la gestión de la empresa. Era como tener que estudiar cincuenta temas la noche antes del examen y no estaba preparada para semejante atracón de información.

Me quité las gafas y retuve las inminentes ganas de llorar. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué pretendía demostrar? Yo no era una mujer de negocios, no podía ponerme al día con todo en cuestión de una semana. Pero ¿conseguiría hacerlo en dos meses? ¿En un año, quizá? Lo dudé de verdad por primera vez.

—Ya basta de compadecerse —me reprendí.

En ese momento decidí darme el respiro que no había tenido en toda la semana. Necesitaba salir de allí, hacer cosas normales, fingir por unas horas que era una chica normal en una ciudad preciosa.

—Al Water Tower Place —le indiqué al taxista que vino a recogerme.

Cuarenta minutos después, respiré el aire de la avenida Michigan frente al centro comercial. Me sentó de maravilla. Pese a la ligera llovizna que se empeñaba en estropear la tarde, el ambiente continuaba tal cual lo recordaba: bullicioso, desacompañado, casi como una melodía para los sentidos. Se advertía cierto lujo gracias a la majestuosidad del Hotel Ritz, pero no estaba allí para contemplar los coches de alta gama y las joyas que lucían las mujeres que salían o entraban. Estaba allí como una Alice nueva y me hacían falta algunas cosas de primera necesidad para sobrevivir en mi nueva vida. Por ejemplo: café.

Mi madre, de la que había heredado su amor por el buen café, me había hablado muchas veces de un pequeño local dentro de aquella torre de tiendas y luces deslumbrantes donde molían el mejor café del mundo. Crucé los dedos para que todavía continuara abierto y di un pequeño saltito al encontrar la fachada de madera con su discreto rótulo verde. El intenso olor me invitó a cerrar los ojos y a aspirar en profundidad. Había tantos recuerdos detrás de aquel aroma que sufrí un bochornoso episodio de nostalgia frente al dependiente, un joven pelirrojo que se rio de mí y de mis infantiles pucheros.

De pronto, alguien chocó contra mi hombro con brusquedad y perdí el equilibrio. Me precipité



contra los dispensadores de café en grano que, como si de las fichas de un dominó se tratase, se empujaron unos a otros hasta quedar tumbados y prácticamente vacíos. ¿No se suponía que esas cosas debían estar bien sujetas a algún sitio? Pues no. El suelo de la tienda se cubrió de marrón oscuro mientras las mejillas del dependiente cobraban un tono más parecido al de una granada madura.

—¡No, no! ¡Estúpida! —gritó el pelirrojo para mi consternación—. ¡Maldita sea! ¡Torpe, más que torpe! ¡No toque nada más!

Lo dijo demasiado tarde. En un intento de arreglar algo de aquel destrozo, cogí el último de los recipientes para que no se vaciara del todo y terminé resbalando en medio del mar de granos aromáticos. Ni que decir tiene que el dispensador se rompió y los demás quedaron en equilibrio, a un suspiro de caer al suelo.

—¡Esto es un desastre! ¡Un desastre! —gritaba el dependiente con cierto acento irlandés—. ¡Usted tiene la culpa!

—Me han empujado... —me excusé desde el suelo. Busqué entre el gentío a la persona que me había dado semejante empujón y me topé con unos ojos azules, crueles y culpables—. ¡Tú! ¡Tú me has empujado!

Tyler se mordió los carrillos para no reír a carcajadas y se encogió de hombros. ¿Era una disculpa o su forma de decirme que le importaba bien poco lo que me pasara? Lo odié más que nunca, más que a nadie y le lancé un puñado de granos de café que alcanzaron a todo el mundo menos a él.

—¡Esto tendrá que pagarlo, señora! —demandó el pelirrojo con un grito agudo. Estaba empezando a tocarme las narices, no voy a mentir.

—Ha sido un accidente. ¡Él me ha empujado! —Señalé a Tyler y entrecerré los ojos, acusadora, pero ahí seguía él, quieto, al borde de la risotada, como si disfrutara del espectáculo.

Recogí lo que me quedaba de dignidad e intenté levantarme sin resbalar, pero me había hecho daño en el culo al caer y no pude evitar hacer una mueca por el esfuerzo.

—¿Necesitas ayuda, Alice?

Cómo detestaba ese tonito jocosos y esa sonrisa que no terminaba de despegarle los labios; cómo detestaba que me mirara con rabia y que, en cambio, sus gestos fueran amables; cómo detestaba que estuviera allí, testigo de mi más profunda vergüenza. A partir de ahora, además de motivos secretos para odiarme, tenía razones evidentes para reírse de mí cuando le viniera en gana.

Aparté de malas formas la mano que me ofrecía y me sacudí la ropa. Las medias estaban rotas y, aunque no podía verlo, un crujido me anunció un descosido en la costura trasera de mi falda. Por suerte, el abrigo era largo y taparía lo que el roto hubiera dejado al descubierto.

—¡Y ahora también me ha espantado a la clientela! Esto le va a salir caro —refunfuñó el pelirrojo al ver cómo la mayoría de los clientes abandonaban el establecimiento.

—Oiga, la señora tiene razón —intervino Tyler, conciliador—. Ha sido un accidente y no puede culparla de que esos dispensadores estuvieran sueltos. Su deber es tenerlos sujetos a la pared.

—¿Mi deber? ¡Ja! Mi deber es vender café, listillo. ¡No se meta donde no le llaman! —Se volvió hacia mí enrabiado y me señaló con un dedo—. Si cree que porque tiene una cara bonita se va a librar, está usted equivocada. ¡Muy equivocada!

—Debería calmarse un poco, amigo —insistió Tyler.

—¡No soy su amigo! ¡Y esto es entre la señora y yo! Si no va a comprar café, fuera de aquí. ¡Fuera!

Le hubiera arreado un bolsazo al dependiente de no ser porque estaba más ocupada tratando de prever las intenciones de Tyler en su expresión. Estaba tranquilo, más de lo que estaría cualquiera después de tanto griterío injustificado, pero algo me decía que se contenía. No sabría decir si era por la posición del cuerpo o por la manera de mirar al chico, pero en aquel momento, con aquella mirada brillante y una sombra de sonrisa en los labios, me recordó al joven bombero de diez años atrás, el que era capaz de cualquier cosa por mí.

Con una lentitud casi desesperante, se acercó a los dispensadores que continuaban recostados y fingió observarlos con detenimiento. Levantó un dedo, dio un leve empujoncito en un punto estratégico e hizo caer el siguiente. El cristal se hizo añicos junto con el café que quedaba dentro.

—¡No! —gritó el pelirrojo—. ¿Está loco?

Tiró otro más con la vista fija en aquel idiota, y otro, y siguió echando abajo los recipientes hasta que cayó el último.

Alguien debió de avisar a la policía mientras Tyler se cargaba todo el suministro de café de la tienda, porque tardaron menos de un minuto en presentarse allí. Eran fieles clientes, lo supimos nada más ver cómo saludaban al chico y cómo lamentaban las pérdidas. Dos mujeres que habían presenciado la escena, dieron fe de lo que decía el dichoso pelirrojo.

—Ella cogió uno de los dispensadores y tiró todos los demás —comentó la más joven al policía, que tomaba notas sin perder de vista a Tyler—. Luego, ese hombre acabó lo que ella había empezado.

—¡Yo no hice eso! ¡Me empujaron! —exclamé, indignada.

—Cállese, señora —me ordenó el policía que hablaba con el dependiente.

—¡No quiero callarme! Fue un accidente. Ese gilipollas me llamó estúpida, los dispensadores estaban sueltos, cualquiera podría haberlos tirado...

—Cállate, Alice —susurró Tyler.

Desoí su consejo. No era el más indicado para decirme lo que tenía que hacer y yo necesitaba gritarle mi inocencia a la policía. No me siento muy orgullosa del espectáculo que di, ni de las lágrimas que derramé al subir al coche patrulla. Nos detuvieron, sí, a los dos, por atentar contra la propiedad privada, alteración del orden público y desacato a la autoridad.

Mi humillación no acabó ahí. Llamé a la única persona que podía sacarme de allí, pasé una hora encerrada en una celda con dos mujeres que no hablaban mi idioma y tuve que soportar el reproche silencioso de Rob Sanders mientras me llevaba a casa.

*Genial, Alice.*

Mi primera semana en Chicago no había empezado nada bien.

[1]. OSHA (Occupational Safety and Health Administration) es un organismo con un doble rol: el de asegurar la seguridad y salud de trabajadores y el de proveer asistencia a las empresas para reducir o eliminar los riesgos. *(N. de la A.)*

## 8. *Tyler*

### PORQUE QUISE. Y PUNTO

—¡Dos meses, joder! Dos putos meses de servicios a la comunidad —grité a la salida del juzgado.

Era una suerte que los delitos menores se se dirimieran en un juicio exprés y que Austin tuviera amigos de amigos que habían agilizado el trámite para la vista, pero ¿dos meses de trabajos por romper una mierda de dispensadores? Si al menos le hubiera partido la cara a ese idiota pelirrojo...

—Puedes agradecer que se haya quedado en esto. Teniendo en cuenta los hechos y lo duro que suele ser el juez Morgan, la pena podría haber sido de seis meses a un año —me aclaró Austin.

Alice y su abogada se detuvieron a hablar con el amigo de Austin que había llevado mi parte en el proceso. Tenía cara de cansada y no había dejado de estrujarse los dedos durante la hora que habíamos estado allí dentro. También a ella le habían caído dos meses de servicios comunitarios, pero no significaba que tuviéramos que cumplirlos juntos. Eso sí hubiera sido una condena de las injustas.

No me daba pena, no me provocaba ninguna emoción más allá de la rabia, ni siquiera cuando se le rompió la voz ante el juez. Se lo merecía, aunque, si era sincero conmigo mismo, nada de aquello hubiera ocurrido si me hubiera marchado en cuanto la vi allí plantada con los ojos cerrados. ¿Por qué choqué con ella? No lo sé. Porque soy un capullo vengativo, o porque no me gustó verla en mi lugar preferido para comprar café, allí vendían el mejor del mundo, pero eso no implicaba que sus dependientes ostentaran también ese título. El pelirrojo, en concreto, era gilipollas. No debía de llevar mucho allí, porque era la primera vez que coincidía con él. Tampoco debía tener experiencia en atención al cliente, porque había fracasado estrepitosamente desde el minuto uno. En fin, ¿que por qué choqué con Alice? Porque quise. Y punto.

—¿Has pensado dónde vas a hacer tus horas? —me preguntó Austin mientras echaba una ojeada a los papeles que le había entregado el secretario judicial a mi abogado—. Por lo que veo aquí, hay un centro asistencial a unos veinte minutos de tu casa. Te vendría bien para no tener que andar de un lado a otro de la ciudad.

—Mientras no tenga que cocinar yo...

—Tus funciones serían —leyó—: «servir desayunos, comidas o cenas, dependiendo del turno, retirar ropa de cama, labores de mantenimiento y limpieza» y, esto te va a encantar; «entretenimiento de los usuarios del servicio».

—¿Qué más hay?

—Déjame ver... ¿La perrera municipal? No te queda lejos tampoco.

—Paso. ¿Qué más?

—¿Limpiar arcenes de carretera?

—Es muy de presidiarios. ¿Algo más agradable?

—Te recuerdo que es una condena, hermano, no una cita. —Lo insté a continuar sin apartar la mirada de Alice. ¿Cuánto rato hacía que la miraba sin darme cuenta?—. ¿Niños con dificultad de aprendizaje?

—No se me dan bien los niños —gruñí.

—Eso no es cierto. Eres un maldito buenazo cuando te da la gana. —No repliqué porque tenía razón, me gustaban los mocosos, pero no me sentiría demasiado bien trabajando con ellos sabiendo que estaba cumpliendo condena—. ¿Ayudar en la biblioteca? ¿Limpiar en una residencia? ¿Cuidar jardines de ancianos? ¿Quieres que volvamos ante el juez y que elija él?

—No, no, está bien —me resigné—. Me quedaré con el centro asistencial.

—Genial. ¡Te va a encantar MaMa!

De forma inconsciente, giré la cabeza para buscar a Alice, pero se había marchado.

## 9. *Alice*

### UN LIBRO ABIERTO

En cuestión de cuatro horas, tres voluntarios y doce usuarios me habían preguntado qué hacía una chica como yo en un sitio como aquel, y aún me quedaba una hora más de servicio.

—Cuando acabes con esas mesas, te tocan los baños —me ordenó Maru Maddison, la coordinadora de voluntarios, aunque allí todo el mundo la llamaba MaMa.

Tenía alrededor de cincuenta años, era diminuta y su pelo parecía una peluca despeluchada de color rojo. No sonreía nunca, ni siquiera cuando recibía los piropos de los más asiduos. Pero, en aquel centro comunitario de la avenida Armitage, MaMa era quien mandaba y se notaba el respeto que todos le tenían.

—¡Qué suerte, los baños! —ironizó uno de los voluntarios.

Puse los ojos en blanco y bufé mientras terminaba con las bandejas que quedaban sobre la mesa del salón comunitario. En dos horas tenía una reunión importante en KME y no había previsto llevar algo de ropa para cambiarme. Olía a guiso, a humanidad y las manchas de transpiración en mi blusa daban fe de ello.

Sentí unas irrefrenables ganas de llorar al arrodillarme para frotar la taza del váter y tiré de los guantes hasta el codo. Jamás había tenido que limpiar un baño y, a pesar de que no estaba tan sucio como había supuesto en un principio, el asco me pudo cuando metí la escobilla hasta el fondo y el agua me salpicó. Sin embargo, pensar que Tyler Gallagher tendría que hacer labores similares o peores en el lugar que hubiera escogido me reconfortó y me dio la fuerza necesaria para acabar la tarea a tiempo.

—¡Alice! —gritó MaMa desde el interior de su diminuto despacho cuando ya me iba. Miré el reloj y supe que llegaría tarde a mi reunión—. Siéntate un momento.

Esperé callada mientras ella tecleaba y miraba los papeles que había sobre su mesa. La habitación tenía algo que transmitía calma y, poco a poco, sin darme cuenta, me fui recostando contra el respaldo hasta relajar los hombros. Había dibujos de niños por todas partes, sillas de diferentes formas y colores, juguetes tirados en un rincón y libros, muchos libros. Sobre su mesa, bastante desordenada para mi gusto, había tres pelotas de malabares y... ¡un pompero! Hacía años que no veía uno de esos.

—Has indicado en el formulario que harás horario flexible de cinco horas, ¿es así? —me preguntó MaMa con una voz aguda.

—Sí. Me gustaría poder venir en horario fijo, sé que lo prefieres, pero tengo una empresa que dirigir y...

—Ya, está bien —me interrumpió—. Necesitamos más gente por las mañanas, de seis a once. Los desayunos siempre son más complicados, vienen muchas familias con niños y mis voluntarios tienen otras responsabilidades también. Si no es para el desayuno, prefiero que estés aquí en la cena. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno. Puedo adaptarme a los dos turnos.

—Bien. Ya puedes marcharte. Te veo mañana.

Me puse en pie con una sensación triste. No me sentía así desde que, en cuarto curso, Ada Reed me tiró de la coleta y mis gritos me llevaron directa al despacho del director. Dijeron que había interrumpido la clase y a mí me pareció tan injusto que no encontré palabras para defenderme.

—¡Alice! —me detuvo MaMa antes de salir—. Hoy has hecho un buen trabajo. Sigue así.

Sonreí como una niña. No estaba acostumbrada a que me dijeran esas cosas; nadie solía felicitarme por hacer algo bien y aquello me hizo sentir útil. Pese a tener que limpiar los baños, pese a que un bebé me había vomitado en el hombro y un hombre sin hogar había intentado pellizcarme el culo en tres ocasiones, me había gustado la experiencia.

—Y Alice, mañana ven con ropa más cómoda. Podrás cambiarte en el vestuario cuando termines.

Me miré el traje de pantalón que llevaba, le agradecí sus palabras con un gesto y eché a andar hacia la salida con la sonrisa intacta. Incluso levanté la mano para despedirme de algunos voluntarios que continuaban con su labor. Pero cuando llegué a la entrada principal, me detuve en seco y maldije con todas mis ganas.

—No, no, no, tú no. Aquí no.

Creo que a Tyler le jodió tanto o más que a mí encontrarme en aquel lugar. Su rostro no me transmitió nada, pero era fácil reconocer su estado de ánimo: puños apretados, hombros tensos, ojos brillantes... Un libro abierto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿Tú qué crees? Estoy aquí por tu culpa. —Bueno, quizá yo también tuviera mi parte de responsabilidad en toda aquella situación, pero si él no me hubiera empujado...—. ¿No podías haber elegido otro sitio?

De pronto, MaMa apareció a mi lado con su cara más amable y repasó a Tyler con una mirada de interés mal disimulado.

—Tú debes de ser el hermano de Austin; el bombero, ¿verdad? —Tyler asintió y yo puse los ojos en blanco—. No sabes las ganas que tenía de conocerte. Ven, vamos a hablar un momento antes de que empiece tu turno.

Le hubiera borrado de un guantazo su mirada de suficiencia. Me observó un segundo con el triunfo pintado en el fondo de aquellos ojos azules y noté cómo la rabia regresaba y me ponía

palabras grotescas en la punta de la lengua. También me reventó que MaMa lo tratara con tanta amabilidad. ¡Ni siquiera lo conocía! Que fuera hermano de Austin no significaba nada. ¡No se parecían en nada!

Solo esperaba no tener que compartir turno con él, ya sería demasiada casualidad.

\*\*\*

Como era de esperar, llegaba tarde a mi reunión. El taxi se detuvo en el acceso a las instalaciones de KME y el taxista silbó con preocupación. Cuando levanté la vista de la pantalla del teléfono y vi la veintena de hombres que se manifestaba a las puertas del edificio principal, sentí un repentino temor, pero también indignación. El maldito Rob Sanders se había empeñado en esperar a que el comité de empresa diera el primer paso para solventar el problema y eso estaba agotando la paciencia de mis trabajadores. Era lo mejor, había dicho, pero estaba visto que no podía continuar fiándome de las estrategias laborales de mi abogado.

—Hay una buena liada, señora. ¿Seguro que quiere que la deje aquí?

No respondí. No estaba segura de nada, pero no podía salir corriendo. Ahora era la Lynch que manejaba el negocio y no iba a rendirme en la segunda semana de trabajo.

Cuadré los hombros y avancé hacia el gentío. Algunos hombres se acercaron a mí con sus pancartas y me gritaron en la cara, incluso hubo quien se atrevió a tironear de mi bolso reclamando lo que mi padre les debía: el pan de sus familias, el sustento de sus hijos, el pago justo por un trabajo bien hecho... Llevaban sin cobrar desde la semana de Navidad y estábamos a principios de abril. La situación era insostenible.

Dos guardias de seguridad me escoltaron hasta que me encontré a resguardo dentro del edificio. Allí, algunos administrativos de la planta baja levantaron sus miradas y me fulminaron como si yo fuera la culpable de aquel revuelo. Me enfadé mucho más. No era justo.

—Por favor, diga al señor Sanders y al señor Russell que quiero verlos en mi despacho en cinco minutos —le pedí con firmeza a Emma, la joven que atendía las llamadas en el mostrador.

—La están esperando ya, señora. ¿Quiere que le prepare un café?

—Sí, por favor.

Me sentó como una patada en el hígado encontrarlos en mi despacho, a sus anchas. Teddy, acomodado en uno de los sillones, se reía de algo que leía en la prensa. Rob Sanders, sin embargo, esperaba cruzado de brazos frente al ventanal, en una actitud de superioridad que no me gustó en absoluto. Aquel era el despacho de mi padre, mi despacho, y nadie debería hacer uso de él sin mi consentimiento.

—Lamento llegar tarde, pero la próxima vez esperen fuera hasta que yo llegue, por favor. — Sanders me miró con aire insolente y esbozó una sonrisa siniestra—. ¿A qué hora es la negociación con el comité de empresa?

—No va a haber negociación. —Señaló afuera, donde los camioneros continuaban con sus consignas reivindicativas—. Esa gente solo quiere una cosa y no estamos en situación de dársela.



—Han bloqueado la salida de vehículos con los camiones y amenazan con una huelga indefinida si no acatamos sus peticiones —comentó Teddy como si aquello no tuviera el menor interés. ¡Ni siquiera apartó la mirada del periódico!

—Creo recordar que el viernes pedí expresamente una reunión con representantes sindicales. Y, si no me equivoco, lo dejé en sus manos, señor Sanders.

—No le hace falta sentarse con nadie. Tiene la propuesta de los trabajadores sobre la mesa desde hace, más o menos —se miró el reloj de manera teatral—, dos horas. Tendrá que madrugar más si quiere dedicarse a este negocio, señora Anderson.

—La señora Anderson era mi suegra. —*Idiota*—. Mi apellido es Lynch. Y la hora a la que entro o salgo de este despacho no es asunto suyo.

Leí con atención las exigencias del comité de empresa y me parecieron de lo más justas. Pago de atrasos, mejora de las condiciones del seguro médico, bonos, más beneficios, etc. El problema era que las arcas de KME estaban vacías.

Levanté el teléfono, ordené a una de las chicas de administración que me pasara con el director financiero y lo convoqué de inmediato. Bert McAllyster se presentó pasados unos minutos con un aspecto deplorable. Miró a Rob con cierto temor y se sentó en la butaca que le señalé, receloso.

—¿Qué posibilidades tenemos de hacer frente a las reclamaciones?

Le tendí la propuesta de los trabajadores y accedí al ordenador. Me saltaron varios avisos de correo electrónico y, mientras McAllyster repetía como un papagayo la cantinela que ya me sabía, abrí un mensaje que el administrador de fincas de Sacramento me había enviado.

Había dos ofertas por la venta de la casa, una casa que podría ser mi salvación. Fue un regalo de compromiso de Hugh, la casa de mis sueños, un retiro alejado del bullicioso centro de Sacramento. Luego me enteré de que ese regalo había sido un medio para evadir impuestos, algo que no me sentó demasiado bien y que sirvió para destapar muchas de las dudosas actividades económicas que llevaba a cabo mi exmarido. Ahora él no podía reclamar ni un penique si la vendía. Los beneficios no entraban dentro de los bienes gananciales.

—Haría falta una inyección millonaria o un milagro, señora Lynch —concluyó McAllyster.

—O una reducción de plantilla —propuso Sanders.

—¡No voy a despedir a nadie! —exclamé con una fuerte palmada sobre la mesa. ¿Cuántas veces iba a tener que repetir lo mismo?—. Esos hombres son la base de KME. Si este negocio funciona es porque ellos cumplen con la parte más importante de la cadena de suministro. ¿Ha leído usted el último informe publicado por el Consejo de *Supply Chain Management*,<sup>[2]</sup> señor Sanders? —Negó con la cabeza—. Noooo, claro que no. ¡Pues yo sí, maldita sea! ¿Sabe qué dice el jodido informe, señor Sanders? Que las pequeñas y medianas empresas de transporte cada vez tienen más problemas para salir adelante por la fuga de conductores a las grandes compañías. Nosotros estamos dentro de ese rango. ¡No voy a permitir que la empresa de mi padre se vaya a la mierda por una mala gestión! —Respiré hondo y volví a tomar asiento. Me temblaban las manos y el corazón me latía a mil por hora—. Espero que haya quedado clara mi postura al respecto.

—Además, lo que menos nos conviene ahora es una avalancha de demandas por despido —me concedió McAllyster.

Agradecí su intervención con un asentimiento. Me alegró tenerlo de mi lado en aquella batalla, aunque a veces hiciera las cosas más complicadas de lo que eran. Por el contrario, la vena del cuello de Rob Sanders palpitó furiosa al escuchar al director financiero apoyar mi decisión.

—Busquemos una solución —propuse con más calma—. Necesito saber con exactitud cuántos contratos tenemos cerrados ahora mismo, Teddy. Quiero una relación de los clientes que tienen contratados nuestros servicios de transporte y han incurrido en impagos. Iniciaremos acciones legales...

—¿También se va a ocupar usted de eso? Creí que el abogado de la empresa era yo.

Me estaba provocando. Conocía bien a los hombres como Sanders. Pretendía dejarme en evidencia. Tal vez estuviera asustada y debía reconocer que la situación estaba a punto de sobrepasarme, pero mi orgullo no me permitía flaquear, no delante de un tipo como él.

—No se preocupe. De momento seguirá siendo el brazo ejecutor de la empresa. —Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor. Dirigió mi atención a los otros dos hombres y relajé el tono de voz—. Cuando tengan la información que les he pedido pongan en copia al señor Sanders para que pueda hacer su trabajo.

—¿Y qué pasa con las condiciones de los trabajadores? No podemos afrontar el pago de los atrasos —se quejó Teddy. Cogió el informe del comité y repasó con el dedo cada punto de la negociación—. Solo las mejoras del seguro médico pueden ascender a cientos de miles de dólares, Alice.

Le quité el papel de las manos y se lo tendí a Rob Sanders con desdén.

—Acepta los términos. Del resto ya me ocupo yo.

Me desplomé sobre el teclado del ordenador cuando me quedé sola y lloriqueé un rato. ¡Tenía derecho a lloriquear un rato! No había tenido ni un solo día bueno en aquella empresa y algo me decía que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera respirar con tranquilidad.

Transcurridos los minutos necesarios para autoconvencerme, tomé una firme decisión: aunque me negara a admitirlo, necesitaba ayuda, y no la encontraría en las personas que me rodeaban.

Llamé a Megan muy avergonzada y, después de unos minutos de ponernos al día con su viaje de novios, de comentar el incidente en la tienda de café y de contarle cómo había ido el primer día de servicios a la comunidad —no le hablé de que me había encontrado a Tyler, era mejor dejarlo estar—, le expliqué la situación de KME y le pedí el teléfono de Austin.

—Sé que estás muy ocupado y que no debería abusar de tu confianza, pero estoy desesperada y no sé a quién recurrir.

—Me encanta que las mujeres me llamen cuando están desesperadas —bromeó. Agradecí su buen humor. Me hacía falta algo así—. En serio, Alice, dime en qué puedo ayudarte.

—No puedo pagarte, no tengo dinero. Creo que es importante que sepas eso antes de...

—Tranquila, acepto pago en especie. ¿Qué te parece sexo por trabajo? —¿Lo estaba diciendo en

serio? No estaba preparada para esa conversación. Sin duda, era una nueva broma, pero yo me había quedado tan impactada que no me salieron las palabras—. Vale, vale, no ha tenido gracia. No voy a cobrarte, Alice. Valoro mucho vivir en paz con mi hermana y ella me declarararía la guerra si supiera que he aceptado un solo centavo tuyo. Sé que tienes problemas, he hablado con MC hace dos minutos. Además, cuando comentaste en la boda que te harías cargo de la empresa, me picó la curiosidad y he estado leyendo sobre KME.

—Vaya, no sé si sentirme ofendida o halagada. ¿Me has investigado?

—Sí, bueno... —¿Austin Gallagher se sentía incómodo? Eso era una novedad. Me reí—. He hecho algunas preguntas e imagino que te interesará estar al tanto de lo que se rumorea acerca de la compañía.

—Me interesa cualquier cosa que puedas hacer por mí, lo que sea. —Escuché su risilla y puse los ojos en blanco—. Voy a tener que pensar todo lo que te diga antes de hablar, ¿verdad?

—Esto va a ser divertido.

Después de la conversación con Austin me sentí mucho más tranquila. No se iban a resolver todos mis problemas con una sola llamada, pero su confianza me dio fuerza para volver a levantar el teléfono y ocuparme del otro asunto que necesitaba zanjar. Contacté con el gestor inmobiliario que se iba a encargar de vender la propiedad de mis padres, di el adelanto que hacía falta para alquilar el apartamento que había visto en la calle Clinton y llamé al administrador de Sacramento para aceptar la oferta que me habían pasado por mi casa.

Dos millones y medio de dólares tendrían que ser suficientes para darle un pequeño respiro a KME, al menos, de momento.

[2]. *Supply Chain Management* o administración de la cadena de suministro, en castellano, es uno de los procesos fundamentales de gestión involucrados en la optimización de toda la cadena de distribución de un negocio. (N. de la A.)

## *10. Tyler*

### **SEGUÍA AHÍ**

Al final iba a tener que darle la razón a Austin cuando dijo que el trabajo en el centro asistencial creaba adicción. Mi hermano conoció a MaMa en su época de abogado penalista, cuando se encargaba de que sus clientes cumplieran condenas como la que me habían impuesto. Austin era un chico inquieto, curioso, y terminó por acudir él también a echar una mano porque, egoístamente, ayudar a la gente sin recursos le hacía sentir mejor persona.

Detuve la moto en la puerta del centro y respiré hondo al quitarme el casco. No estaba acostumbrado al turno de mañana, ni siquiera había amanecido. Durante la primera semana me había limitado a hacer el servicio de tarde y alguna que otra noche, pero mi calendario de turnos del parque era el que mandaba y bastante enfadados estaban mi teniente y mi capitán con todo el asunto como para andar pidiendo cambio de horarios.

Unos pasos apresurados sonaron en la calle frente a mí y cerré los ojos con pesar al reconocer la figura de Alice. No habíamos coincidido en toda la semana, una suerte, pero los voluntarios hablaban de ella, MaMa hablaba de ella, y empezaba a sentir curiosidad.

Se detuvo a pocos pasos de mí. Tenía las mejillas sonrojadas, la respiración agitada y no parecía demasiado contenta. Me llegó con fuerza el olor del café que sujetaba en la mano y se me antojó quitárselo para hacerla rabiar, pero lo dejé pasar. No me da vergüenza reconocer que le di un repaso de pies a cabeza y me gustó su atuendo. Creo que nunca la había visto con vaqueros y zapatillas, ni despeinada, ni sin maquillar. Me descubrí a punto de sonreír porque todo evidenciaba que se había quedado dormida, que no le había arrancado el coche o que había olvidado que tenía una cita con su condena esa mañana.

—Estás horrible —mentí, pero era eso o darle los buenos días como una persona educada, algo que no me salía con ella.

No respondió. Mi voz pareció activarla y, después de varios parpadeos, pasó por mi lado y subió los peldaños de acceso al centro comunitario. ¿No quería guerra? ¡Qué lástima!

Varias horas después, continuaba ignorándome. Estuvimos sirviendo el desayuno codo con codo sin dirigirnos la palabra, aunque no dejábamos pasar la oportunidad de empujarnos un poco cuando había ocasión. Ella me fulminaba con la mirada y los labios apretados y yo me reía, me

reía de ella porque, a veces, su gesto me recordaba a uno de esos monos albinos del zoo de Chicago.

Sin embargo, a pesar de que su sola presencia me provocaba cierta irritación, he de admitir que hacía cosas que no se correspondían con la imagen que tenía de ella, como limpiarle los mocos a un niño, abrazar a una mujer al despedirse, soportar los escupitajos de un anciano al hablar demasiado cerca de su perfecto rostro. Y eso me enfurecía. Porque yo quería ver a la chica superficial, quería demostrar que mi ira hacia ella estaba justificada, pero me lo estaba poniendo difícil con aquella imagen de niña buena que mostraba ante todos los demás.

—Podrías haberme dicho que ella era la otra implicada en el delito que os ha traído aquí. Austin no me comentó nada —me dijo MaMa al pillarme observando a Alice en la sala de descanso. Hablaba con una pequeña de dos años, y yo me había quedado embobado con la luz que había en el rostro de aquella niña—. Uno de los dos debería pedir el traslado, por el bien de esta comunidad. Ella vale su peso en oro, pero tú me haces más falta, ya me entiendes.

—No será necesario. —Agradecí su favoritismo hacia mí, pero no sería justo para ella, ni para esa chiquilla que ahora se abrazaba a su cuello como si Alice le hubiera conseguido la luna—. No daremos problemas.

Continué allí plantado incluso después de que MaMa se marchara. La niña corría de un lado a otro explotando las pompas de jabón que Alice hacía entre risas. Al cazar una más grande de lo normal, las gotas la alcanzaron en los ojos y me delaté con una carcajada.

Se le acabó la diversión en cuanto me vio. Cerró el recipiente de jabón y le dio un par de palmaditas a la pequeña para que fuera con su madre.

—Parece que tienes tus recursos, princesita —admití cuando la tuve delante. Me salió ser amable a mi manera, pero ella me ignoró una vez más—. ¿Se te ha comido la lengua el gato? Qué novedad.

Le estaba bloqueando la salida y si pensaba que iba a dejar que huyera sin más es que no me conocía en absoluto. Me había propuesto sacar a relucir ese mal genio que escondía y no me iría hasta conseguirlo.

—Déjame pasar. Tengo prisa.

—¿Tienes que ir a hacerte la manicura? —Eso le escoció, tal y como pretendía, pero solo emitió un resoplido molesto—. ¿O te espera una ajetreada mañana de compras? ¿Algún bolso nuevo a la vista?

Pude ver la rabia y las ganas de responderme en el fondo de las pupilas, pero su reacción echó por tierra toda mi sed de batalla: se miró el reloj y gimió bajito.

—Llego tarde, por favor —susurró—. Déjame pasar, Tyler.

Mi nombre en sus labios me produjo una inesperada corriente que me hizo temblar. La misma que sentí en la boda, la misma que me había llevado a caer en todos los errores que cometí con ella en el pasado. Quise decirle que no volviera a pronunciarlo, quise zarandearla para que borrara esa expresión de desconsuelo con la que me miraba, quise hacerle daño, y no me siento

orgulloso de ello; pero me aparté y me limité a observar el movimiento de su melena mientras corría por el pasillo hasta el vestuario.

Solo un rato después, un taxi llegó a la puerta del centro y la vi abandonar el edificio. Se había cambiado de ropa, se había recogido el pelo, llevaba su habitual capa de maquillaje y unas gafas de sol que ocultaban su mirada. Pero sé que me vio a través de la ventana de la sala antes de subir al coche y en el gesto orgulloso de su mentón encontré a la mujer que me rompió el corazón. No había cambiado, seguía ahí.

Llegué al parque con el tiempo justo para cambiarme antes de empezar a aguantar las pullas de mis compañeros. Todos sabían ya que me había metido en un lío, aunque los detalles me los hubiera reservado para mí. También tenía muy presente que, por mi culpa, habíamos vuelto a la bazofia de café de supermercado. No les hacía gracia, sobre todo cuando había que madrugar y teníamos que desayunar en el parque, pero eran mi familia y suplían con bromas pesadas el hecho de haberlos privado de una taza de café en condiciones.

—¡Hey! Mira qué nos trae el viento de la tarde, Gallagher. —Eché un vistazo por encima del hombro y me encontré a mi hermano Austin enfundado en un traje de corte perfecto. Seguía con la mirada el trasero de Luisa, la nueva bombera recién llegada de la 26—. ¿Qué se te ha perdido por aquí, picapleitos?

—¡*Wow!* Tenéis chica nueva y muy, muy tremenda, ¿no? —Típico de él. Le estrechó la mano a Wals y me palmeó el brazo—. Este parque está ganando puntos.

—Está casada, olvídale. Su marido te partiría la cabeza con solo un dedo —le advertí.

Compuso un gesto de fastidio y sonrió a continuación. Parecía un hombre serio con aquel traje, pero el jodido seductor que llevaba dentro se le escapaba entre las costuras.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté intrigado—. Si me dices que te manda mamá te doy una patada en el culo.

—Vale, no me manda mamá. Pero ya sabes que se preocupa por todo y la última vez que habló contigo acababas de pasar por comisaría. —Se avecinaba un sermón, uno como los de MC. A veces se me olvidaba que eran mellizos y se comportaban igual—. Hace ya dos semanas de eso y no te has dignado a llamarla. Y como MC está aún atontada por la jodida luna de miel, Thomas estará colgado de alguna rama en el Amazonas y tú no le coges el maldito teléfono, a quién crees que llama, ¿eh? —Me reí por lo bajo para no cabrearlo más—. Deja de ser tan gilipollas y llama a tu madre.

Le pasé el brazo por los hombros y le di un apretón. En parte tenía razón: mi madre estaba preocupada y yo esquivaba las llamadas como un cobarde. Pero es que Margot tenía el don de sacarme de mis casillas. Me repetía una y otra vez que ya era un adulto, que debía comportarme como tal, aunque ella me tratara como a un puñetero adolescente la mitad del tiempo. Me hacía sentir más culpable todavía; me hacía sentir como el estúpido que era.

—Vale, vale, entendido. Ahora vamos a tomar una mierda de café, anda. No me puedo creer que

hayas venido solo para decirme eso.

—En realidad, he venido a hablar con Wals por un asunto de trabajo.

Mi compañero tenía una pequeña empresa de prevención de riesgos laborales y seguridad, de la que se ocupaba cuando no estaba de servicio. Él decía que era un salvoconducto para el futuro, para cuando lo de ser bombero ya no fuera una opción, pero todos en la 13 sabíamos que el tío ganaba bastante pasta con los informes y los planes de emergencias que elaboraba para otras empresas. Era muy observador, pocas cosas se le escapaban, incluso nuestro capitán le había recomendado para la unidad de incendios provocados de Chicago. Necesitaban gente como Philip Wals. Pero en el fondo era un sentimental y le gustaba el trabajo duro del parque.

—Revisión de primera, Wals: instalaciones, cableado, estructura, sistema informático, salud laboral... Es un sitio grande, antiguo, con bastantes empleados y muchos factores de riesgo —le explicó Austin. Era un profesional y lo demostraba con su manera de presentar el caso—. He podido echar un vistazo a algunos documentos y la última revisión de riesgos se hizo hace más de tres años. Eso sin hablar de que la seguridad del sistema informático es nula. Sé que tienes algunos colegas de confianza que te hacen el trabajo en este campo, así que apúntalo también.

—Estoy esperando a que me digas a qué se dedican —gruñó Wals mientras anotaba toda la información.

Austin me dirigió una mirada que no me gustó nada, una de esas que te ponen alerta porque sabes que no te va a hacer gracia lo que vas a oír.

—Transporte de mercancías.

¡Mierda! Ahí estaba. Me apreté el puente de la nariz con los dedos y tomé aire para no cabrearme, pero era imposible.

—Bien —musitó Wals—. ¿Vehículos de gran tonelaje, combustible, mercancías peligrosas, refrigerados, largas distancias? —Austin se limitó a asentir en cada punto—. ¿Exportaciones fuera del país? ¿México? ¿Europa? ¿Asia? Eso podría suponer más trabajo.

—No, solo nacional.

—Austin... —mascullé en un intento por captar su atención antes de que prosiguiera.

—Y que no se te olvide el sistema antincendios, claro. Es fundamental. —Me ignoró deliberadamente. A esas alturas ya sabía que yo me opondría a aquella locura, pero ¿cuándo había hecho caso alguno de mis hermanos de mis advertencias? Nunca.

—Austin... —insistí.

—Por algún motivo se prescindió de las revisiones a los...

—Dime que no es la empresa de quien yo creo —le pedí con los dientes apretados. Me obligué a mantener la calma, aunque lo que de verdad me apetecía era gritarle como un energúmeno—. Dime que no lo es, por favor.

Guardó silencio y mantuvimos un pulso con la mirada. No necesité más respuesta que esa.

—¿De qué va todo esto? —Wals miró a uno y a otro y chasqueó los dedos delante de mí—. ¿Alguno de los dos puede explicarme qué coño pasa?

—Necesita ayuda, Tyler. Está en un buen lío. La empresa tiene problemas.

—¡Maldita sea, Austin! —Di un puñetazo en la mesa que alteró la tranquilidad del comedor—. ¿Y a ti qué te importa? ¡No la conoces!

—¿Y tú sí? Solo estás resentido con ella.

—¿Ella? ¿De qué va esto? —quiso saber Wals, divertido.

—No es que esté resentido, es que no me fio. ¡Conozco a las mujeres como Alice Jane Lynch! —grité—. Caprichosas, manipuladoras, aprovechadas... ¿Es que no lo ves? Ha heredado la empresa de papá y no tiene ni idea de cómo gestionarla, pero como es una orgullosa de mierda y tiene que meter las narices en todo, necesita demostrar que es quien manda, aunque eso la lleve a la ruina. ¡Así es Alice!

—No sabes lo que estás diciendo. Está sin blanca, Tyler. —«¡Y una mierda!», pensé—. Ha tenido que vender su casa de Sacramento para poder afrontar parte de la deuda que dejó su padre.

—¡Me da igual! —gruñí—. No te metas en ese jardín...

>—Pero ¿qué cojones te pasa con Alice? Acabas de conocerla y te comportas como si te hubiera jodido la vida, hombre. Fuiste tú quien la lio en la tienda de café, tú la empujaste, tú te cargaste los dispensadores...

—¡Eh! ¡Ya vale! —exclamó Wals—. ¿Quién es Alice?

—Es una amiga de MC que ha vuelto de Sacramento. Ha heredado la empresa de su padre, tiene problemas y me ha pedido ayuda —recitó de carrerilla sin dejar de retarme con la mirada—. Y voy a ayudarla.

—¡Que la ayude su marido! —exclamé. Sí, estaba siendo irracional y también estaba dando más información de la que debía, pero tenía tantos motivos para desconfiar de ella...—. O que contrate los servicios de otro. Tú no eres su abogado.

—¡Ahora sí, Tyler, soy su abogado porque me da la gana! ¿Te ha quedado claro? ¿Y qué sabes tú si está casada? ¿Qué más te da?

—¡No quiero que te acerques a Alice!

—Un momento —dijo Wals—. ¿Alice? ¿La Alice que yo conozco? ¿Esa Alice? ¿En serio? ¿Cuántos años hace que...?

—¡Cállate! —lo corté—. ¡Callaos los dos! Aquí nadie va a trabajar para Alice y se acabó.

Wals soltó una carcajada al ver confirmadas sus sospechas y eso me puso de peor humor. Éramos amigos desde la academia, llevábamos sirviendo en la 13 desde que éramos aspirantes y vivió mi época de esplendor con Alice, pero también mi decadencia después de que ella se largara a Los Ángeles.

Austin rodó los ojos y me dieron ganas de darle un puñetazo. Wals, por su parte, cerró la libreta y se cruzó de brazos.

—Te comportas como un gilipollas despechado, hermano, y eso me da que pensar.

—Piensa mal y acertarás —canturreó Wals, que se llevó un puñetazo en el brazo por bocazas.

—No sé qué problema tienes con Alice ni cuándo comenzó todo esto, pero no puedes impedirme



que la ayude —me rebatió con arrogancia. Luego miró a mi compañero con una ceja levantada—. ¿Tú qué dices?

—Digo que te va a salir caro, pequeño Gallagher.

—No lo creo —contestó Austin, sonriente—. Si no recuerdo mal, me debes un par de favores de los gordos y me los voy a cobrar con este trabajito.

—Vale, vale —le concedió con pesar. Bien sabía Wals que de no ser por Austin habría tenido más de un problema con la Administración—. ¿Cuándo quieres que empiece?

—Cuanto antes. Esta noche te mandaré un correo electrónico con todo lo que he encontrado sobre KME. Hay cosas que quizá te interesen. Avísame cuando vayas a ir para decirle a Alice que te pasarás por allí. Ella te ayudará en lo que necesites.

—Sois dos jodidos idiotas. —Los señalé con el dedo y me levanté arrastrando la silla—. Cuando esa mujer os chupe la sangre y os deje secos, vendréis a darme la razón.

—A mí puede chuparme lo que quiera, hermano.

Lo último que escuché antes de largarme de allí fue la fuerte risotada de Wals.

*Capullos.*

# *11. Alice*

## NADA BUENO

Llovía. El servicio meteorológico nacional llevaba dos días alertando de fuertes tormentas en la zona de Chicago y no se había equivocado. Me había obligado a levantarme temprano, a desayunar y a arrastrarme hasta el centro asistencial a pesar de que las ganas de ir eran inversamente proporcionales a las de quedarme bajo las mantas el resto del día.

No me gustaba la lluvia, ni los días de lluvia, ni nada que supusiera llevar las zapatillas mojadas, como sucedía en ese momento. Había metido ambos pies en un inmenso charco que me esperaba a la salida del metro y no llevaba más calzado de repuesto que los zapatos de tacón que guardaba en la mochila. Mi estado de ánimo parecía acompañarse a los días grises y resultaba tan funesto como el cielo de aquella mañana.

Y para colmo él. Un *él* que parecía estar de tan malas pulgas como yo.

—Si no vas a ser capaz de servir un puto desayuno en condiciones, más vale que vayas a fregar o a hacer algo más productivo —me increpó la segunda vez que confundí el zumo con la leche.

—Ve a fregar tú. ¿Quién te has creído que soy, tu asistenta?

Tenía el don de sacar lo peor de mí. Era agradable con todo el mundo, atento con los niños, comprensivo con los borrachos, servicial con los ancianos, pero un auténtico capullo cuando yo me ponía en su punto de mira. Tenía una sonrisa preciosa que solo mostraba en contadas ocasiones y una mirada tan limpia y sincera como turbulenta cuando era a mí a quien miraba. No desaprovechaba ni una sola ocasión para dejarme en evidencia y, con su magnetismo y dotes de liderazgo, pronto me convirtió en el hazmerreír del centro.

Pero yo era una chica lista y aprendía rápido. Unos pocos días me sirvieron para darme cuenta de que se volvía muy manso cuando algún niño lo cogía de la mano para jugar, aunque no le apeteciera. No toleraba que se dijeran palabrotas, pero él las mascullaba sin cesar cuando yo estaba cerca y eso le había valido varias reprimendas por parte de MaMa. No le gustaban las tareas de limpieza, pero yo me las ingeniaba para que siempre le tocara alguna. Me gustaba pensar que había contribuido a su mal genio al final de la jornada. Ya lo he dicho, sacaba lo peor de mí.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? Confundes las bebidas para joderme, ¿no es eso?

—¿Por qué crees que todo gira siempre a tu alrededor? —le pregunté—. Es temprano, tengo

sueño, no me gustan las tormentas y no me gusta trabajar contigo. Ignórame, por favor. Haz como si yo no estuviera o ve a hacer otra cosa. O mejor, vete a otro centro. ¿No hay nada más cerca de Englewood? Vives allí, ¿no? Pues haznos un favor a todos y no salgas de tu barrio.

—Ya no vivo allí, pero me sorprende que recuerdes eso. Es más, me sorprende que recuerdes algo de lo que hubo entre nosotros —pronunció, cabreado, y a mí me dio un vuelco el corazón sin ningún sentido. Se secó las manos con un trapo después de limpiar el mostrador de desayunos y me apartó de malas formas para poder pasar—. Eres tú la que no debería haber salido de Sacramento.

Fui tras él, no iba a volver a callarme. Ya estaba harta. Sus comentarios empezaban a ser ofensivos de verdad. Cada noche buscaba entre mis recuerdos una pista del pasado que me explicara por qué Tyler se comportaba así conmigo. Necesitaba saber qué había pasado y lo necesitaba ya.

—¡Dime qué te hice! —le grité—. Dímelo, Tyler. No sé qué esperas de mí, no sé qué pretendes con todo esto. No te entiendo.

Solo se detuvo un instante, el tiempo justo para devolverme una de esas miradas furiosas que disparaban mi rabia. Pero MaMa apareció por el otro extremo del pasillo y nos advirtió expeditivamente que aquel no era el lugar para arreglar nuestras diferencias.

—Si vuelve a haber una palabra más alta que otra entre vosotros, pediré que os reasignen a ambos, y estoy segura de que al juez no le hará ninguna gracia.

No volví a verlo en todo el día, aunque mis ojos no habían dejado de buscarlo durante toda la mañana. Cuando subí al taxi que me llevaría a KME, escudada en la seguridad de mi ropa elegante y mis gafas de sol, dirigí una última mirada hacia el ventanal del edificio. Su ausencia me hizo sentir culpable, en deuda. En mi interior había una pregunta sin respuesta que solo él podía contestar. Y me daba vueltas en la cabeza sin parar, sin dejarme pensar en nada más.

Horas después, seguía castigando mis pensamientos. Giré a un lado y a otro en el sillón del despacho mientras observaba el exterior a través de las cristaleras, absorta. Tenía cosas más importantes en las que invertir mi tiempo, no debía olvidarlo, pero él se colaba al menor resquicio de debilidad.

—Ya basta. ¡Céntrate, Alice! —me reprendí con dureza.

En unos días se haría efectiva la venta de la casa de Sacramento y buena parte del problema de los salarios quedaría solucionada. Hugh había firmado los papeles del divorcio y ya tenía la copia en mi poder. No había armado revuelo y eso se agradecía. Había tenido que escuchar sus quejas durante los últimos dos días, pero sus llamadas me reconfortaban; me hacían sentir menos sola en el mundo.

El primo Teddy parecía haberse puesto las pilas con su labor de gerente. Habíamos conseguido un par de contratos más en la última semana y el éxito se debía al tirón de orejas que había dado tanto al equipo comercial como al director de operaciones. Por primera vez desde que me había

hecho cargo del negocio, no tuve que ser yo quien diera el golpe sobre la mesa.

Lo de Rob Sanders era otro cantar. Su actitud hacia mí continuaba siendo provocadora y ponía en tela de juicio todas mis decisiones, pero estaba haciendo un gran trabajo con las demandas por impago que KME había interpuesto a los clientes morosos. Sabía que no le suponía demasiado esfuerzo, pero me conformaba con que estuviera ocupado en algo productivo.

Un relámpago estalló entre las nubes y me tensé a la espera del trueno. Cómo detestaba las tormentas. No traían nada bueno. Me hacían sentir intranquila, asustada; me hacían volver a la infancia, a los tiempos en los que me escondía debajo de la cama hasta que papá o mamá venían a sacarme. Me hacían recordar días tristes que prefería mantener en el olvido.

El trueno llegó junto con unos golpes en la puerta.

—Alice, ha llegado la visita que esperabas —anunció mi nueva asistente un tanto ruborizada. Solo llevaba unos días haciendo tareas de ayudante personal y ya se había hecho indispensable.

Abrió la puerta para dejar pasar a Philip Wals y entendí el sofoco de María. Aquel tipo era tan alto que tuvo que inclinar la cabeza al pasar por el dintel. Su pelo empezaba a clarear por las sienes, pero no le restaba atractivo. Era guapo, muy guapo. Tenía una incipiente sombra de barba y unos ojos oscuros y profundos en los que cualquiera podría perderse el resto de su vida. Brazos musculosos, manos grandes, sonrisa amable y olía a... ¿chicle de fresa?

Le tendí la mano con cortesía y lo invité a tomar asiento. La tarde había mejorado sustancialmente.

—Así que tú eres Alice, la amiga de... Austin. —Dudó, no sé por qué lo hizo, pero hubo ahí cierta vacilación que me sonó mal.

—La amiga de Austin, sí —acepté—. Imagino que *mi* amigo ya te habrá puesto al corriente de lo que quiero hacer, ¿no es así?

—Sí, tranquila —dijo con tono perezoso. Echó un vistazo alrededor, como si estuviera analizando el despacho, y se tomó su tiempo. Al cabo de unos segundos, se puso en pie y señaló un punto sobre la librería—. Sabes que tienes una cámara ahí, ¿verdad? —Abrí los ojos, asustada, y miré en la dirección que me indicaba. Él se acercó y tiró del pequeño artefacto sin miramientos—. No está conectada. Es un modelo bastante antiguo.

—No... no tenía ni idea —tartamudeé.

Philip debió de ver preocupación en mis ojos, porque no tardó en mostrármela como si fuera algo sin importancia.

—No tiene pinta de haber estado en uso desde hace tiempo, pero estaría bien saber quién la puso ahí y adónde llegaban las grabaciones.

Dio un par de vueltas más por el despacho y terminó por hacer algo que me desconcertó: se sacó un trozo de chicle de la boca y lo pegó contra la parte superior de la pantalla de mi ordenador.

—Es una cámara también. Evitaremos las tentaciones, por el momento. —«¡Será cerdo!», pensé asqueada. Con decirme que pusiera una pegatina hubiera bastado—. Vuelvo abajo. He traído a dos hombres que me ayudarán con la inspección y me gustaría aprovechar el tiempo. No creo que

podamos verlo todo hoy, pero empezaremos por lo básico para ir haciéndonos una idea de la situación. En los pocos minutos que hemos estado esperando ahí afuera hemos detectado más irregularidades que en un año de trabajo.

—Espero que estés exagerando.

Levantó las cejas y se encogió de hombros. No, no estaba exagerando. Austin también había hecho varias apreciaciones la primera vez que visitó las instalaciones, cosas evidentes que para mí no lo eran, desde luego. No quería ni imaginar lo que encontraría Philip Wals y su equipo.

Intenté concentrarme en algunos informes de ventas que debía revisar y estuve un par de horas reunida con Bret McAllyster. A las siete de la tarde mi nivel de ansiedad era casi incontrolable.

¡Y seguía lloviendo! El tráfico por la I-90 se había interrumpido por el accidente de dos camiones que, gracias a Dios, no eran de KME, pero eso había provocado que una docena de nuestros transportistas se quedaran atascados con suministros que debían estar al día siguiente en Seattle. A eso tenía que sumarle la llamada del gestor inmobiliario que estaba negociando por la casa de mis padres. Los clientes que iban a comprarla habían decidido echarse atrás en el último momento y mi solvencia empezaba a resquebrajarse. Era una pesadilla.

Por si no fuera suficiente, había llegado una demanda de un antiguo trabajador que, al parecer, había sufrido un accidente laboral y reclamaba a la empresa varios miles de dólares después de cinco años. ¡Cinco años! Sanders había dicho que no tenía nada que hacer, pero a mí estas cosas me afectaban demasiado, quizá porque me faltaba la sangre fría de mi padre, quizá porque creía en la bondad de la gente y me negaba a pensar que alguien quisiera aprovecharse de mí de una forma tan descarada.

—¿Alice? —preguntó María después de llamar a la puerta—. El señor Wals y sus acompañantes quieren hablar contigo. ¿Les digo que pasen?

Me quité las gafas de un tirón y me tapé la cara. Los ojos se me llenaron de lágrimas. No podía más, estaba agotada mentalmente y no tenía ganas de lidiar con Wals y sus colegas de seguridad. Me hubiera gustado decir que se largaran, que volvieran otro día, que me dejaran en paz... pero luego recordé que esos hombres habían venido por Austin, que me estaban haciendo un favor y que les debía, por lo menos, unos minutos de atención.

Volví a ponerme las gafas, me infundí un poco de ánimo y me levanté para recibirlos.

—Que pasen.

Philip Wals entró como si llevara toda la vida paseándose por los pasillos de mi edificio con sus andares pausados y seguros. Lo seguía de cerca un chico enclenque, con unas horribles gafas verde lima, que me guiñó un ojo con coquetería y no tardó ni cinco segundos en ocupar mi sillón. De la mochila que llevaba al hombro extrajo un pequeño portátil que conectó a mi ordenador.

—Este es Marcus Walters —lo presentó Philip—. Va a comprobar el sistema informático.

El chico tecleó varias veces y, de pronto, una de las pantallas se oscureció y se llenó de letras tan verdes y chillonas como la montura de sus gafas.

—Ha sido fácil. Ya estoy conectado.

¿Dónde estaba conectado? ¿Qué le había resultado tan fácil?

La risa de María en el pasillo me distrajo del frenético teclear de Marcus y de la nueva inspección que Philip estaba llevando a cabo en el despacho.

—¿Gallagher, mira esto! —voceó—. El cableado de este sitio debe de ser de la época de la conquista del oeste.

¿Gallagher? ¿Qué Gallagher? Austin me había dicho que tenía un asunto urgente que tratar y que no podría estar presente. Megan no podía ser, me habría llamado... Empezó a faltarme la respiración cuando entró en el despacho. ¿Qué hacía Tyler allí? ¿Por qué estaba allí? ¿No tenía suficiente con hacerme la vida imposible en el centro asistencial?

—Apunta el mal estado de la instalación eléctrica del piso superior en el listado, ¿quieres? No vamos a tener que abrir la pared para saber lo que hay detrás —se pavoneó Wals.

—¿Has hecho un listado? ¿Tan mal está todo? —pregunté con un hilillo de voz.

Retrocedí poco a poco hasta que mis piernas dieron con una de las sillas de la mesa de reuniones y me dejé caer.

—¿Mal? —Se rio con fuerza y continuó con la inspección, seguido de cerca por Tyler—. Si algo estuviera mal, Alice, sería bueno.

—No entiendo...

Mi tono lastimero llamó la atención de Tyler que, por primera vez, me miró como si le importara lo que estuviera pasando. Hipé al coger aire y su expresión hosca se acentuó todavía más. Wals comenzó a enumerar cada una de las irregularidades que habían detectado en la cochera y, con cada punto de aquella interminable lista, me fui hundiendo un poco más. Que Tyler me mirara fijamente tampoco ayudaba.

La impresora emitió un ruido y empezó a escupir algunos papeles, la lluvia seguía golpeando los cristales con fuerza, Wals arrastró el mueble del estereo y el chirrido fue ensordecedor, el teclear frenético, el sonido de mis latidos, la respiración de Tyler, mi respiración, me ahogaba...

—¡Oh, mierda! Esto sí que no me lo esperaba —exclamó Marcus. Le tendió un folio a Tyler y se pasó las manos por el pelo en actitud nerviosa—. Menudo marrón, tío.

¿Qué estaba pasando? Se reunieron los tres y uno de ellos silbó. Tyler me miró un instante y se le escapó una maldición.

—Creo que ya está bien por hoy —determinó—. Dejadme con ella un momento.

Recogieron sus cosas en un silencio que me agobió aún más, y cuando la puerta se cerró, Tyler se acuclilló para estar a la altura de mis ojos y me mostró lo que había en aquel papel.

—Esto es serio, Alice. A tu padre lo estaban chantajeando.

## *12. Tyler*

### LA ALICE QUE YO CONOCÍA

—¡Eh, Alice! Vamos, Alice, mírame. —Respiraba demasiado rápido, tenía la frente perlada de sudor y la mirada perdida. La cogí del mentón con delicadeza y la obligué a centrar la atención. Estaba sufriendo una especie de crisis nerviosa. Esa misma mañana verla en ese estado me hubiera hecho sentir bien, pero la situación era muy distinta—. Respira hondo. Respira. Tranquila, Alice. Respira.

—No... no puedo... no puedo, Tyler...

Gesticuló varias veces y tomó grandes bocanadas de aire, pero no era suficiente. Cuando ya creía que lo mejor sería llamar a emergencias, rompió a llorar de una manera tan desgarradora que mis brazos la rodearon sin pensar. Había vivido muchas situaciones dramáticas en mi vida, tanto familiares como laborales, pero ninguna me había tocado tanto la fibra sensible como ver a Alice en ese estado. Quizá fuera porque, en parte, me sentía un poco culpable por haberla tratado tan mal.

La abracé más fuerte, más cerca. La inmovilicé contra mi pecho y mis manos frotaron su espalda con caricias lentas y enérgicas. Pensé en cientos de cosas que susurrarle contra el pelo mientras se deshacía en lágrimas, pero en el último momento me las callé todas. No era su amigo. Mis brazos la sujetaban porque, de los tres, yo era el único que la conocía, eso era todo.

Poco a poco se fue calmando y su cuerpo fue quedando laxo entre mis manos. El mío, por el contrario, se tensó más cuando se acomodó contra mí. No me gustaban las mujeres lloronas, me crispaba los nervios tener que aguantar dramas baratos y detestaba que me usaran como paño de lágrimas. Sin embargo, el hecho de que fuera Alice, a quien nunca había visto llorar, me conmovió y me asustó a partes iguales.

—Tyler —me llamó Wals, a quien no había oído entrar—, Marcus y yo nos vamos. Hablamos luego.

Alice levantó la cabeza y sus ojos hinchados miraron a mi compañero con gratitud. Esbozó una mueca que pretendió ser una sonrisa y el muy gilipollas le guiñó un ojo. No es que me importara que lo hiciera, pero ¿de verdad le había guiñado un ojo en esa situación?

—Gracias, Philip. —La voz de Alice, ronca y sensual, me causó un impacto directo en el pecho.

Se apartó de mí y se pasó las manos por el pelo. Incluso recuperó el color en las mejillas—. No sé qué me ha pasado. Estoy un poco...

—Tranquila, no era para menos. —Una sonrisa de medio lado, una pose chulesca, una mirada penetrante... ¡Este tío era idiota! ¿Por qué no se iba a tontear con la secretaria?—. Volveré otro día que te encuentres mejor y encontraremos la forma de solucionar todo esto, ¿de acuerdo? —Miró el papel que continuaba en mi mano y lo señaló—. Si yo fuera tú, Alice, iría con eso a la policía.

—Sí, claro —dijo algo avergonzada—. Gracias otra vez.

Wals me hizo una señal para que lo siguiera fuera, y antes de abandonar el despacho miré a Alice para asegurarme de que estuviera bien. La vi dirigirse a su mesa con la cabeza alta, pero con los labios temblorosos, y me jodió que se hubiera recuperado tan pronto. ¿Era absurdo? Desde luego que lo era.

—Llamaré a Austin para darle un adelanto —comentó Wals—. Los cambios en las instalaciones le van a costar una pasta a la empresa, pero es posible que sea lo menos importante. El chantaje me preocupa más.

—Hay más de veinte archivos como ese —señaló Marcus—. La cuenta de correo estaba configurada para redirigir estos mensajes a una carpeta aparte. No se mostraban en la bandeja de entrada. Este no lo habían abierto, pero hace más de cuatro meses que lo enviaron.

—El padre de Alice murió a principios de enero —dije, pensativo—. Está claro que no llegó a ver el mensaje.

—Eso parece —coincidió Wals—. ¿Has hecho copia de la carpeta? —le preguntó a Marcus.

—¿Con quién crees que estás hablando? —se indignó. Era un maldito pirata informático, esa pregunta se la podía haber ahorrado—. ¡Claro que he hecho copia de la carpeta!

—Bien, pues tiraremos de ese hilo, a ver adónde nos lleva.

Regresé al despacho, pero me quedé apoyado en la puerta con las manos en los bolsillos. Alice se encontraba detrás de la mesa, perdida en sus pensamientos. La observé unos segundos: perfil perfecto, labios inflamados, ojos húmedos, elegante, preciosa. Era la misma mujer de la que me había enamorado diez años atrás y, sin embargo, no era ella. Esta no parecía dispuesta a estar toda una noche de bar en bar bebiendo cócteles y bailando sobre tacones altos, ni se deshacía en halagos y carantoñas cuando estaba en presencia de un hombre interesante, ni ponía ojitos para conseguir sus deseos. No era la Alice que venía al parque de bomberos a conseguir un polvo rápido para desfogarse después de haber discutido con su padre, ni la caprichosa que montaba un número porque el café del desayuno no estaba suficientemente caliente. Aquella Alice de la que me enamoré no llevaría el puño de la camisa manchado de tinta o una carrera en las medias, no hubiera permitido ni una sola sombra de barro en los zapatos ni imperfecciones en su maquillaje. La Alice del pasado era una frívola. Esta, en cambio, podría causarme innumerables problemas si me acercaba demasiado.

—Hay decenas de *e-mails* ocultos desde hace tiempo. El último no lo habían abierto. No sabías



nada, ¿verdad?

Dio un respingo. La altivez había desaparecido y me pareció más vulnerable que nunca.

—No. ¿Cómo iba a saberlo? Nunca dijo nada, nunca insinuó que... —Se tapó la cara y negó con vehemencia—. Esto me supera. ¿Por qué no fue a la policía? ¿Por qué no lo denunció?

—Es fácil: porque eras su punto débil y quien estuviera detrás de esto lo sabía. Hubiera hecho lo que fuera para protegerte, incluso arruinar su propio negocio. No sé que habrá en los correos electrónicos que hay en esa carpeta, pero si se parecen a este —le señalé el papel impreso— me puedo imaginar lo que pasó por la mente de tu padre.

—Esto explica muchas cosas —dijo, pensativa..

—¿Qué cosas?

Volvió a negar con los ojos cerrados y entendí que no iba a explicármelo. No tenía motivos para que me molestara su desconfianza, pero sí, me molestó.

—¿Vas a denunciarlo? Esto es muy grave.

—Por supuesto, en cuanto salga de aquí.

Me senté frente a ella y deseé cogerle la mano para mostrarle mi apoyo, pero en lugar de eso, las escondí para evitar la tentación. Debería haberme ido con los chicos y haberle pasado el muerto a Austin. A fin de cuentas, era él quien había decidido sacar a relucir toda la mierda de la empresa de Alice. Yo solo me había sumado a la expedición a última hora porque, sinceramente, sentía una insana curiosidad. Pero no, allí estaba, preocupado por lo que pudiera estar sintiendo la mujer que tenía delante y a punto de meterme en la boca del lobo.

—Marcus y Wals van a ver qué pueden averiguar por su cuenta. Yo puedo acompañarte a comisaría si...

—No. No hace falta. Iré yo sola cuando salga.

La Alice de hace diez años hubiera aceptado mi ayuda sin pestañear, no se habría enfrentado sola al problema. La nueva Alice, a pesar de estar muerta de miedo, hacía gala de una audacia admirable.

—Tengo que hablar con mi director financiero. Si mi padre hizo transferencias de crédito a alguna cuenta en las fechas de esos mensajes, tendrían que constar en los registros de la empresa —se dijo a sí misma, no hablaba conmigo. Levantó el teléfono con decisión y volvió a colgar—. No puedo decírselo, ni a él ni a Sanders ni al primo Teddy...

—¿A quién?

—No puedo decírselo a nadie —murmuró al borde de las lágrimas.

Había miedo en su expresión, y pena, y un recelo que me hizo preguntarme qué más estaría pasando por su cabeza. Detrás de aquello había algo que la atormentaba y me hubiera gustado saberlo, pero me limité a guardar silencio porque, a veces, se aprende más de lo que no se dice.

—¿Tú se lo contarías a alguien? —me preguntó directamente—. Si descubrieras algo así, ¿se lo dirías a alguien antes de acudir a la policía?

—Pues... A ver, a lo mejor se lo diría a mis hermanos, pero a nadie más. No digo que debas

desconfiar de nadie, pero en tu caso, creo que es mejor contárselo a la policía en primer lugar.

—Ya, sí, tienes razón —reconoció sin demasiado convencimiento. Se quedó pensativa unos segundos, empezó a teclear y, al ver que yo continuaba allí sentado, me dirigió una mirada nerviosa—. No hace falta que te quedes. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer.

Vaya, eso sí que me desconcertó. ¿Me estaba echando? Sí, claro que me estaba echando.

Me enfadé conmigo mismo y dejé que mis emociones se reflejaran en mi expresión. Era un completo idiota. Por supuesto que tenía cosas más importantes que hacer que ver cómo ella tecleaba en el ordenador. Que no se me ocurriera ninguna en ese momento no quería decir nada.

Cogí un papel del taco de notas que había sobre la mesa y anoté mi número de teléfono. Después de diez años, dudaba mucho que siguiera manteniendo mi contacto en su agenda.

—Llámame cuando hables con la policía —le pedí con demasiada brusquedad. Deslicé el papel con un dedo hasta ponerlo delante de ella, pero ni lo miró. Me miraba a mí—. Quiero saber qué medidas van a tomar.

—No quiero que te metas en esto. —Sonó seria y contundente, casi tan brusca como yo—. No necesito que me ayudes. Es mi empresa y esto es cosa mía. Te agradezco que vinieras con Philip, imagino que Austin te lo pidió, así que ya has cumplido.

Ni que decir tiene que me sentí menospreciado y la impotencia que experimenté me llevó a ser grosero.

—Lo que hagas con tu empresa y con tu vida me importa una mierda, Alice. No te confundas. —Me levanté despacio, pero no aparté las manos de la mesa. Me incliné hacia ella y bajé el tono de voz. Quería sonar intimidante—. Pero has involucrado a mi hermano en esto, y ahora también a mi compañero, y más te vale que ninguno de ellos tenga problemas por tu culpa.

—Descuida. —El brillo furioso de sus ojos me mantuvo más tiempo del debido mirándola. Si la mesa no hubiera ejercido de barrera entre nosotros le hubiera enseñado cómo canalizar toda esa rabia de una manera más satisfactoria—. Cierra la puerta al salir, por favor.

Esta era la Alice que yo conocía.

—Descuida.

## *13. Alice*

### NI CUENTO NI LÁGRIMAS

Esperar. Esperar se me daba fatal, pero no podía hacer otra cosa. Las directrices de la policía habían sido claras. Había denunciado el chantaje a mi padre, pero de momento solo podía esperar.

Así llevaba dos semanas desde que la inspección de Wals levantara ampollas en mi vida.

Marcus continuaba tirando de los pocos flecos que había sueltos en aquellos correos electrónicos. Sin resultados.

A la policía no había quien le metiera prisa. Me dieron a entender que tenían cuestiones mucho más importantes y que el proceso de investigación era lento. Sin resultados.

La auditoría de cuentas que Austin había encargado a una asesoría especializada ya estaba en marcha y, después de varios días analizando registros, entradas, salidas, inversiones y demás, seguíamos igual. Sin resultados.

¡Agggg!

—El secreto de la paciencia es hacer algo mientras esperas, y tú tienes un millón de cosas que hacer —dijo Austin mientras daba cuenta del almuerzo—. Solo han pasado dos semanas. No puedes pretender tener la solución a todo en ese tiempo.

—¡Paciencia, paciencia, paciencia! —exclamé—. ¡Estoy harta! Estoy cansada. Estoy agotada de todo, de esperar, de cumplir esa maldita condena, de los problemas, de la empresa, de la venta de la casa...

—Bla, bla y bla. Voy a hacer como si me estuviera hablando una teleoperadora de telefonía y te voy a ignorar un rato. Cuando vuelva la Alice racional, avísame.

Tenía razón. Estaba enfadada, no había empezado bien la semana y, aunque estábamos a miércoles, las cosas no habían mejorado. Acababa de desembolsar un buen puñado de dólares en varias de las sugerencias de seguridad de Philip Wals y me dolía el bolsillo tanto como el orgullo. Y sí, estaba muy cansada, porque no dormía bien por las noches, porque mis días se dividían entre el trabajo y el centro asistencial, porque mi mente no dejaba de darle vueltas a un millón de cosas que no dependían de mí directamente, pero de las que me sentía responsable. Me encontraba muy cerca de un límite que era peligroso traspasar.

—No me ignores, Austin. Odio comer en silencio.

—Sería imposible ignorarte, Alice. Estás demasiado buena. —¡Agggg, Austin! Puse los ojos en blanco y él imitó mi sonido de exasperación—. Cuéntame qué tal los cambios en KME, gruñona.

—Ya he puesto en marcha algunas de las medidas de Wals y no han sentado bien. Y, aunque se ha hecho efectivo parte del pago de los atrasos a los trabajadores, el ambiente no ha mejorado demasiado —le dije con fastidio—. Ahora mismo, dadas las circunstancias, vuelvo a estar en precario, económicamente hablando, y soy la mujer más odiada a este lado de los Estados Unidos.

—¡Y el premio a la empresaria más dramática es para... Alice Jane Lynch! ¡Un fuerte aplauso! —Lo de ser un capullo debía de ser cosa de familia. Se llevó el tenedor a los labios con los restos de la ensalada y habló con la boca llena, como un niño—. Estáis consiguiendo nuevos clientes. Eso es bueno. No me seas trágica, por favor.

—Sí, Teddy lo está haciendo bien, aunque desde que encargué el estudio de la situación de la empresa sin su aprobación no está demasiado voluntarioso. Dejé claro que mi falta de confianza hacia él le parecía una actitud muy infantil y muy poco profesional. —Removí el puré distraída y terminé por dejarlo a un lado. Hacía días que mi apetito se había tomado unas vacaciones.

—¿Y Sanders?

—En su línea. Se está empleando a fondo, pero sigue creyendo que soy una inútil.

—Ya se dará cuenta de que eres un diamante en bruto —me animó. Apartó el plato y me cogió las manos por encima de la mesa—. Dentro de unos años, cuando recuerdes cómo volviste a levantar la empresa que fundó tu padre, te reirás de todo lo que está pasando.

—No me reiré, pero gracias por tus palabras. Sé que esto te está costando muchos favores y me sentiré en deuda contigo toda la vida.

—Lo podemos arreglar con una cena y una noche loca. Ya me entiendes. —Levantó las cejas varias veces y se acarició el pecho fingiendo que era yo quien lo tocaba. Solté una carcajada y le lancé un manotazo para que dejara de llamar la atención. Después de unas risas y algunas tonterías más, se puso serio—. No me debes nada. A lo mejor te parece que soy un flipado, pero cuando pienso en ti es como si pensara en MC. ¿Qué no haría yo por mi hermana?

Me conmovieron sus palabras y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pero como Austin no era demasiado dado a dramas, hizo trizas el momento con otra insinuación que me cambió el humor de repente.

—Claro que si le preguntamos a Tyler si te prefiere como hermana o como desconocida a la que abrazar y consolar...

—¡Austin! —Ahogué un jadeo—. ¡Eres un capullo!

—Ahora soy un capullo, ¿no? —se burló—. Te recuerdo que hace un momento estabas en deuda conmigo de por vida.

—¡Eso no tiene nada que ver! Nada de bromas sobre Tyler —le advertí—. ¿Y se puede saber de dónde has sacado esas tonterías?

Se cruzó de brazos y alzó una ceja, suspicaz. Cómo me jodía que hiciera eso.

—¿Me estás diciendo que no te abrazó y te manoseó cuando Marcus descubrió aquellos *e-mails*

en tu ordenador?

—¿Te lo contó Wals! Será... —Si me sonrojaba un poco más me pondría del mismo tono que el mantel—. No sé qué os proponéis, pero dejadlo ya. No quiero que habléis de mí ni que metáis a Tyler en mis asuntos. ¿Por qué demonios le pediste que acompañara a Wals a la inspección?

—Eh, frena. Yo no le pedí nada —se indignó—. Fue decisión suya y créeme, a mí también me sorprendió cuando lo supe.

—¿Y por qué iba a querer hacer algo así? Si la mayoría del tiempo no me soporta.

—Tengo un hermano raro, ¿qué quieres que te diga? —Me observó fijamente un breve instante y tuve que apartar la mirada. Yo era demasiado transparente para algunas cosas y él más astuto de lo que pensé cuando lo conocí—. En algún momento entre salvar la empresa y librarte de una panda de chantajistas tendrás que contarme qué cojones pasa entre vosotros, señorita. Ya ha quedado claro que esa aversión/atracción que sentís el uno por el otro no empezó en la boda de MC. Y me muero por saber los detalles.

—No hay nada que saber. Nada en absoluto —remarqué con ímpetu; y como hablar de Tyler me violentaba tanto, di un giro a la conversación para volver a terreno seguro—. Por cierto, a riesgo de engordar tu orgullo como un pavo, te gustará saber que la camarera no te quita ojo.

Miró sobre su hombro y sonrió con picardía. La joven, que no parecía de las que se sonrojaban, le hizo un guiño coqueto.

—Se llama Lydia. —Ante mi desconcierto por sus dotes adivinatorias, se señaló la solapa de la chaqueta—. Lleva su nombre en una chapa.

Lydia acudió con la cuenta a un gesto de Austin. Cuando levanté la nota, su teléfono estaba escrito detrás y él sonreía como el gato que se comió al canario.

Así era él.

\*\*\*

Aquella misma tarde, el comité ejecutivo de una de las empresas cárnicas más grandes de Chicago nos recibió en sus oficinas del centro de la ciudad para escuchar nuestra propuesta de transporte para sus productos. Habían sido nuestros clientes años atrás y me había propuesto recuperar algunos contratos que irían bien para el prestigio y la solvencia de KME.

La reunión fue dura, tuve que escuchar cada error cometido en el pasado y mantener la sonrisa mientras Teddy, a mi lado, ofrecía excusas a cuestiones inexcusables y Rob Sanders, al otro, me ponía de los nervios con sus constantes aportaciones sin sentido. Pero yo llevaba aprendida la lección y conocía los antecedentes que nos habían llevado a rescindir el contrato con ellos. Mi plan de acción fue directo, puse sobre la mesa una oferta muy buena y, aunque Sanders insistió en que saldríamos perdiendo y Teddy se mostró pesimista a la salida de la reunión, yo tuve la corazonada de que la aceptarían.

Eran las siete cuando abandonamos el edificio y yo llegaba tarde al centro un día más. MaMa ya me había advertido acerca de la falta de puntualidad, pero estaba a treinta minutos de la avenida Armitage y ni un milagro me libraría de una nueva falta en mi horario.

Ya se estaba sirviendo la cena cuando atravesé las puertas del centro. Ni siquiera tuve tiempo de cambiarme de ropa. Me coloqué un delantal que alguien me lanzó desde detrás del mostrador y me recogí el pelo con un bolígrafo que encontré al paso. No miré quien estaba de turno o si MaMa me había visto llegar. Me empleé a fondo sirviendo platos, retirando bandejas y recogiendo las mesas. Cuando el comedor se vació, respiré en profundidad por primera vez en lo que iba de noche.

—Toma, bebe un trago.

Miré la lata de refresco *light* que me tendía Tyler y negué con la cabeza. Prefería la botella de agua que llevaba en la otra mano, me dejé caer en una silla y acabé con la mitad casi sin pestañear. Estaba sedienta y agotada, me dolían los pies y me había hecho un pequeño corte en el dedo al recoger un plato roto, pero por alguna inexplicable razón me sentía bien, tranquila y contenta de verlo. Era muy posible que estuviera perdiendo la cabeza, solo así se entendería la sonrisa de agradecimiento que le dediqué.

—Has llegado tarde los últimos tres turnos en los que hemos coincidido. ¿Le pasa algo a tu coche o es que te gusta romper las reglas? —me preguntó con tono indolente, como si no le importase en absoluto.

—No tengo coche, no me gusta conducir —le confesé.

Era la primera vez que intercambiábamos un par de frases cordiales y me gustó no tener que ponerme a la defensiva. Bebí agua de nuevo bajo su atenta mirada y me aparté el pelo de la frente con la mano.

—¿Y cómo vas a trabajar? No hay línea hasta el polígono donde está KME.

—En taxi —respondí con un suspiro de agotamiento. Incluso me quité los zapatos de tacón unos segundos y jadeé de placer al contacto con el suelo frío—. ¿Sabe MaMa que he llegado tarde?

—No. Ha tenido que marcharse antes de que comenzara el turno de noche.

—¿Y se lo vas a decir? —pregunté. No me hacía ilusiones con la tregua que me estaba dando. Si estaba dispuesto a joderme, quería saberlo.

—No sé, déjame ver... —Se estaba haciendo el interesante y me resultó cómico. No tenía muchas oportunidades de ver a Tyler en ese plan y me limité a mirarlo, solo a mirarlo, aunque no pude evitar volver a sonreír—. Dime qué te dijo la policía cuando pusiste la denuncia.

—¿Ese es el trato? ¿Yo te cuento qué dijo la policía y tú no te chivas a MaMa? —No respondió que sí, pero tampoco dijo que no, así que me arriesgué—. Hablé con una inspectora, Laura Jenkins. Me dijo que harían lo posible por averiguar algo, pero teniendo en cuenta que mi padre ya no está, poco podrán rascar. Al parecer, una veintena de correos electrónicos no son suficientes.

—Marcus encontrará algo, ya lo verás.

—Gracias.

Lo dije con sinceridad, lo miré a los ojos y encontré mi reflejo en ellos. Algo ocurrió en ese diminuto lapso de tiempo, algo diferente entre nosotros. Es posible que el cansancio me estuviera jugando una mala pasada, pero sentí que una parte de mí se rendía a una evidencia desconocida, sentí que él también se rendía, y quise tantas cosas imposibles que pestañeé y se rompió la magia. Volvió la incomodidad y la necesidad de poner distancia.

—¿Por qué no ha venido tu marido? ¿Por qué estás aquí sola?

—Pensé que ya había pagado el precio de tu silencio —respondí.

—No tienes que contestar si no quieres. A mí me da igual —mintió, lo sé.

Cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía ninguna habilidad para esconder la verdad tras las palabras y lo cierto fue que me gustó su curiosidad.

—Hugh y yo nos hemos divorciado, pero como él es senador y estas cosas suelen interesar demasiado a la prensa, hemos decidido que sea su gabinete de comunicación el que lo haga público cuando lo considere oportuno. —Me encogí de hombros y añadí la evidencia—: No funcionó.

Lo dije con tristeza porque, en el fondo, sentía un gran afecto que podía llegar a confundirse con amor. Hugh podía ser un hombre complicado, pero no era una mala persona. Echaba de menos nuestras conversaciones, las disputas por cosas irrelevantes, las largas conversaciones sobre libros y la compañía en momentos difíciles. Sobre todo, la compañía. Extrañaba su amistad.

Bajé la mirada a mis manos y el silencio se hizo pesado. Lo normal hubiera sido que Tyler me dijera algo reconfortante, algo gracioso que distendiera el momento, algo... bonito, para variar. Yo me hubiera reído o emocionado más y ese hubiera sido el principio de una breve tregua. Pero ni nosotros éramos personas corrientes ni la situación era normal. En un instante de debilidad había puesto las armas en manos de mi enemigo, y él, todo un estratega, no dudó en usarlas para hundirme.

—No funcionó, ¿eh? —Chasqueó la lengua y yo volví a encogerme de hombros al creer que me entendía, que podía hacerse una idea de cómo me sentía, pero no fue así—. Pobre princesa sin reino, sin fortuna y sin príncipe. Te lo mereces, Alice. Te mereces todo lo que te pasa. Algunos lo llaman karma; yo prefiero decir que es justicia divina.

Su desprecio fue un golpe de los que te mandan a la lona, imposible esquivarlo o devolverlo. Su voz sonó suave, como una caricia, pero sus palabras estaban envenenadas y fueron directas adonde más dolía. Me aguantó la mirada unos segundos y percibí el cambio, lo vi ponerse la máscara y aparté los ojos, agotada. Luego se marchó con tranquilidad, como si nada. Y sentí una decepción tan intensa que no hubo lugar para la rabia.

No quedaba nada de la princesa. Ni cuento, ni lágrimas.

## *14. Tyler*

### **YA NO ESTABA**

Quise hacerle daño y me dolió también a mí.

Me dolió su voz delicada y su tristeza; me dolió su sentimiento y la añoranza; me dolió que hablara de él y que siguiera queriéndolo y me dolió tanto que no aguanté ni su rubor, ni el brillo de su mirada.

Yo no era así, nunca había sido así, pero con Alice...

Luego volví al comedor donde la había dejado, pero ya no estaba.

Y no la encontré al día siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente. No fue hasta el final de la semana que me enteré de su traslado y me di cuenta de que la iba a echar de menos.

Yo me lo había buscado, para qué negarlo. Y es que, cuando de Alice se trataba, era incapaz de tomar las decisiones correctas.



## *15. Alice*

### **LA PERFECCIÓN ERA IMPERFECTA**

No me gustaba la residencia Nixon y aún menos su personal. No me gustaba que me trataran como a una delincuente y que fueran tan inflexibles como una pared de cemento. Los ancianos que se alojaban en aquel lugar parecían tristes y desorientados, sus dormitorios eran aburridos, las actividades monótonas y los voluntarios se habían acomodado demasiado. Tres días allí deberían de haber contado el doble en el saldo de mi deuda con la justicia.

Pero ya era viernes. Había superado el cambio de tareas con estoicismo, me había mantenido fuerte y no había pensado en Tyler más que... una o dos mil veces al día. ¡Arggg! No podía quitármelo de la cabeza, no podía obviar que unos minutos antes me había mirado como si... como si... ¿qué? ¿A quién pretendía engañar? Un par de cualidades buenas no convierten a un hombre en el candidato perfecto, que fuera amable con otros no significaba nada, que tuviera una familia adorable no lo hacía a él mejor y que me hubiera mirado de aquella forma... ¿Qué más daba ya?

Me había hecho daño a un nivel que ni él imaginaba.

Después de largarme del centro, mientras maldecía cada segundo de aquella noche, se me ocurrieron cientos de formas de devolverle el golpe, como suele pasarle a la mayoría de los mortales: no reaccionas en caliente, pero en frío eres la hostia de buena argumentando. Sin embargo, la vida me había enseñado que una retirada a tiempo es una victoria y, aunque tarde, me había grabado la lección a fuego en el corazón.

—Cuatro mensajes en el contestador —dije al llegar al apartamento y observar el parpadeo rojo sobre el teléfono.

Me serví una copa de vino blanco para acompañar a los tallarines que había comprado en un restaurante italiano cercano a la residencia y me senté frente al ventanal de la cocina a dar buena cuenta de mi triste manjar.

El primer mensaje era del gestor inmobiliario. Había una nueva oferta por la casa de mis padres y me había mandado las propuestas económicas por correo electrónico. ¡Bien, bien, bien! Me hacía falta el dinero. El lunes a primera hora tendría mi respuesta.

Con el segundo mensaje se me escapó una risilla pícaro. Solo era Hugh, solo su voz. No

recordaba cómo se llamaba la empresa de eventos que contratamos para la fiesta de su treinta y cinco aniversario y sabía que yo me acordaría porque el gerente, llamémosle Bob, fue mi primera infidelidad, pero a Hugh le cayó muy bien.

Teclé un mensaje rápido en el móvil. No tenía ganas de hablar. Él me notaría extraña, yo me vendría abajo y acabaría confesando cosas que ni siquiera me permitía pensar. Era mejor así.

La siguiente grabación me dejó con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

*—Alice, soy Megan, tu amiga. ¿Me recuerdas? La que se casó hace casi dos meses. —Se oyó la voz de Nick diciéndole que fuera al grano y ella se rio. Su risa era contagiosa—. En fin... Mi madre ha organizado una cena en casa mañana por la noche y estás invitada. No acepta un no por respuesta. Es obligatoria. Mis hermanos no vendrán, así que le daremos algo que hacer a Nick y podremos ponernos al día y beber tequila. Nos quedaremos a dormir, por cierto. Tengo ganas de verte y que me cuentes cómo va todo. ¿Te recogemos? Sí, te recogemos. Ciao!*

¿Cena en casa de los Gallagher en Rockford? No, gracias.

Cuarto mensaje de voz:

*—Hola, soy Megan de nuevo... Te he dicho que la cena es obligatoria, ¿no? Pues eso quiere decir que no puedes negarte. Y te recogemos. A las seis. Besossssss.*

Dejé los tallarines olvidados en la encimera de la cocina y me tiré en el sofá. Volví a escuchar los dos mensajes de Megan y pataleé como una niña, igual que cuando mamá me obligaba a comerme el brócoli. Odiaba el brócoli y odiaba que Megan me hiciera eso. Pero... pero también la adoraba por ello.

La hora y media de trayecto se nos pasó en un suspiro. Un poco de charla, un poco de música, algunas anécdotas de Nick, un poco del viaje de novios y una parada para un café.

—¿Qué te pasa? —me preguntó en mitad de mis pensamientos. Parpadeé como si no comprendiera lo que había dicho y seguí la dirección de su mirada—. Has destrozado la servilleta de papel.

—¡Oh, no! No pasa nada, solo estoy distraída. Ha sido una semana... difícil.

Le conté a grandes rasgos algunas de mis preocupaciones acerca de la empresa, sobre las medidas que estábamos tomando y lo mal que le estaban sentando al personal ciertos cambios. También le hablé de Hugh, de cómo había asimilado el divorcio y de que lo echaba un poco de menos, aunque eso solo pasaba cuando estaba demasiado tiempo sola en el nuevo apartamento.

—¿Y qué tal la residencia de ancianos? —preguntó Nick—. Austin dice que el sitio no es demasiado agradable.

—Bueno, mis funciones son muy básicas: entretenimiento puro y duro. Leerles libros, jugar al ajedrez, escuchar sus historias y esas cosas. Pero como allí todo el mundo prefiere ver la televisión, me limito sentarme en una butaca a ver *La ruleta de la fortuna*.

—¿Y se puede saber por qué cambiaste de sitio? —me interrogó Megan—. No le he preguntado a Tyler qué tal la experiencia. Él no es muy de contar estas cosas, ya te haces a la idea, pero yo he ido un par de veces al centro de MaMa y es un lugar muy guay.

Guay, divertido, lleno de luz, limpio, amigable... Tenía un saco de adjetivos positivos para calificar el centro de la avenida Armitage, además me encantaba la hora de la comida porque el bullicio de los niños me mantenía activa, le había cogido el truco a eso de madrugar en el desayuno y las cenas eran tranquilas y silenciosas. Pero no podía trabajar con Tyler por muchos motivos: buenos, malos e imposibles.

—La residencia Nixon está mucho más cerca de mi apartamento, pierdo menos tiempo y voy más relajada. —Era una mentira a medias—. Es una mierda de sitio, no te voy a engañar, pero necesitaba ganar minutos al día. Además, MaMa ya me había dado varios toques por llegar tarde y creo que no le caía muy bien.

Llegamos a Rockford antes de que la luz del atardecer se extinguiera y eso me permitió contemplar la sucesión de casas del barrio residencial donde vivían los Gallagher, tan diferente al lugar donde yo me había criado.

Un jardín grande, adornos pasados de moda y un porche que pedía a gritos una mano de pintura fue lo primero que vi de la casa familiar. No había estado allí nunca, pero me sentía bien, y cuando Margot Gallagher abrió la puerta y vino hacia mí con los brazos extendidos, tuve la sensación de... de haber llegado a casa. ¿No era absurdo?

—Sois las primeras. Vamos, ¡adentro!

Ya no hacía tiempo para chimenea, pero el olor a madera y a invierno me hicieron desear un buen fuego en el hogar. La casa era un auténtico museo de recuerdos enmarcados, un conjunto de muebles cómodos que hablaban de horas en familia y felicidad. Había desperfectos que llevaban años esperando que los arreglaran, pero imaginé que ya formaban parte de la decoración y, quizá, de alguna de las anécdotas de las que Megan me había hablado. Lo miré todo con los ojos muy abiertos y sin pestañear, como si estuviera viviendo un sueño.

—Austin ha llamado —anunció Margot—. Viene de camino, así que dormirás en la habitación de Tyler.

¿En la habitación de Tyler? ¿No había otro sitio menos... perturbador? Pues no, no lo había. Atravesamos el patio y accedimos a un pequeño apartamento por una puerta junto al garaje. La decoración *vintage* de la casa principal desapareció para dejar paso a una más moderna, masculina y fría. Había un sencillo mostrador de cocina, con un microondas y una nevera pequeña. Las tazas de desayuno, todas diferentes, colgaban de una barra de acero junto a otros utensilios.

Margot descorrió las oscuras cortinas de la única ventana que había.

—Esto era la antigua cochera, pero JC lo convirtió en un dormitorio más cuando me quedé embarazada de Thomas. Tyler necesitaba su espacio y los mellizos ya le quitaban suficiente —me explicó con voz melancólica. Luego señaló a la derecha—. El baño está tras esa puerta. Si quieres darte una ducha, hay toallas limpias en el armario.

—Gracias, es muy amable. —Empecé a sentirme incómoda estando a solas con la madre de Megan y mi mirada recorrió con inquietud el espacio que nos rodeaba buscando algo que decir. Al ver una foto de Tyler con sus hermanos, dudé de si estar allí era buena idea—. ¿A Tyler no le

importará que yo...?

—Seguro que sí —respondió con una carcajada—. A él siempre le importan las cosas más absurdas, pero como no está aquí, ya sabes: ojos que no ven...

Se acercó al verme inquieta y me besó la frente con tanta dulzura que noté el escozor que precede a las lágrimas. Un fuerte nudo de emoción me presionó la garganta y, al tomar aire, hipé sin querer.

—Todo irá bien, pequeña Alice. MC me ha dicho que estás soportando mucha presión, pero ahora que estás aquí, déjate llevar. Eres una mujer muy fuerte y tus padres estarían muy orgullosos de ti. Estoy segura.

El nudo se cerró más cuando Margot me abrazó y me hubiera echado a llorar como una niña de no ser porque un coche se detuvo en el jardín y la voz de Austin interrumpió el momento.

—Ponte cómoda y ayúdame a preparar la cena, ¿quieres?

Me regaló una sonrisa mágica cuando le dije que sí con un asentimiento. Me acarició la mejilla con suavidad y me colocó un mechón de pelo tras la oreja. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos a mis padres hasta ese momento.

Con la llegada de Austin, el ambiente se volvió más festivo. Tuve la oportunidad de charlar de nuevo con el cabeza de familia y de admirar las fotos que había en cada rincón del salón. Los retoños Gallagher eran el tema principal, por supuesto. Los mellizos, el pequeño Thomas, el ceñudo de Tyler... Ya de niño tenía ese gesto hosco que de mayor se había hecho más evidente. Tenía una mirada desafiante en todas las fotos, menos en una. Una en la que salía junto a Megan que debía ser de la época en que nos conocimos. Me acordaba de la camisa que llevaba puesta, era horrible, pero él le tenía especial cariño. Su rostro parecía relajado, su sonrisa abierta, sincera, sus ojos vivos, rebosantes de felicidad.

—Me gusta esa foto. Es mi preferida —dijo Megan detrás de mí. Retiré la mano con la que había acariciado el marco de madera y tomé la cerveza que me tendía—. Fueron buenos tiempos. Estaba enamorado.

—¿De quién?

Megan se encogió de hombros y bebió de su botella.

—No lo sé, pero creo que no funcionó.

—¿Por qué? —Hice la pregunta como al descuido y disimulé mi interés mirando las fotografías que había alrededor.

—Ni idea. Tyler es un poco reservado para esas cosas, no es como Austin o como yo, que lo contamos todo. De todas formas, solo son especulaciones.

—¿Nunca ha pensado en casarse, tener familia...? No sé, lo típico.

—¡No! —Rio—. ¿Tyler, casado? ¿Estás de broma? El trabajo es su eterna novia. Lo único que le interesa de las mujeres es el buen rato que le hagan pasar en la cama.

—¡Megan Courtney Gallagher! —gritó Margot, claramente cabreada—. Si vuelvo a oír una cosa tan horrible de tu hermano, te zurraré en el trasero. —Me rodeó los hombros para apartarme de

Megan y me ofreció su versión más maternal—. Todavía no ha encontrado a la mujer adecuada, pero lo hará, estoy segura. Es como su padre, duro de pelar, pero con buen corazón. Y bien dotado.

—¡Mamá, joder! —exclamó Megan.

Me sonrojé, aunque nadie lo percibió, pero es que Margot Gallagher tenía razón: de las tres mujeres presentes, creo que yo era la única que podía dar fe sus palabras. Calificar a Tyler de *bien dotado* era quedarse muy corta.

El estómago me rugió con el delicioso aroma del asado de carne que había en el horno y, cuando nos sentamos a la mesa, salivé como el condenado perro de Pavlov. El puré de patata y boniato tenía una pinta insuperable, las verduras glaseadas parecían recién sacadas de la foto de un libro de cocina y la carne... ¡Ummmm! En mi vida había probado una comida casera tan rica.

Megan y Austin se enzarzaron en una conversación muy animada con su padre sobre un hipotético caso de fraude al seguro de una vivienda, Margot escuchaba a Nick mientras llenaba los platos de todos sin que nadie fuera consciente de ese gesto y yo... Los estudié con detenimiento, sonreí con las pullas, di la razón al que me la pidió y respondí a quien me preguntó. Formé parte de aquella familia y deseé con todas mis fuerzas que esa noche no terminara nunca.

De pronto, un extraño sonido de motor inundó la cocina y la estancia quedó en silencio. Megan puso sus ojos en Austin y luego en Nick, pero ninguno dijo nada. JC únicamente alzó las cejas y continuó comiendo como si nada. Y Margot, más entretenida en dar los últimos toques a su postre, miró por la ventana y ladeó la comisura de los labios. Después de unos segundos, las conversaciones se reanudaron y la cena continuó, pero algo había cambiado en el ambiente.

Lo entendí cuando la puerta trasera de la cocina se abrió y Tyler hizo su entrada. Vaqueros gastados, chaqueta de cuero, botas de media caña y una camiseta blanca que resaltaba el tono de su piel. Iba despeinado por el casco y con su eterno ceño fruncido. Era la perfección masculina personificada.

—¿De quién cojones es la ropa que hay sobre mi cama?

Vale, quizá la perfección era imperfecta.

Todas las miradas fueron a caer sobre mí y rogué para que se abriera la tierra bajo mis pies y me tragase. Me hice pequeñita, me encogí poco a poco para no llamar su atención. No me moví, no respiré, no dije ni una sola palabra porque temía el momento en que volviéramos a estar cara a cara y solo faltaban unos segundos para que eso sucediera.

Cuando se percató de que era yo la que ocupaba su lugar en la mesa, sus ojos azules lanzaron chispas y pude ver el músculo junto a su mandíbula latir con violencia.

—¿Qué haces tú aquí?

## *16. Tyler*

### **SOBREVIVIR AL HURACÁN ALICE**

¡Mierda! No vi venir el coscorrón de mi madre, pero dolió como cuando tenía diez años y hacía rabiar a los mellizos.

Había salido de Chicago a toda prisa para poder llegar a la cena con mi familia, me había pillado una jodida tormenta al pasar por Riley, iba calado de la cabeza a los pies y, para rematar, Alice.

¡Alice, Alice, Alice!, no había dejado de oír su nombre desde que dejó el centro. Se repetía en mi cabeza cada noche antes de dormir, sonaba en las conversaciones que Wals mantenía con Austin, los niños me preguntaban por ella, los voluntarios querían saber por qué se había ido... ¡estaba a punto de volverme loco!

Y cuando decido poner millas y relajarme un sábado en familia, ahí estaba ella, mirándome como un cervatillo asustado y haciéndome sentir más culpable de lo que ya era.

—Quítate la chaqueta y siéntate, Tyler —ordenó mi madre—, aún queda asado. Si dejas de comportarte como un idiota te pondré un plato.

Me había quedado plantado en medio de la cocina y mi madre tenía razón: no me estaba comportando bien, pero es que no esperaba encontrarme con Alice y todavía tenía que encajar el golpe.

—Podrías haber avisado de que vendrías —dijo MC con claro malestar.

—¿Desde cuándo tengo que dar explicaciones en esta casa de si vengo o no? —ataqué. Siempre podía desfogarme con mis hermanos. Eran los beneficios de tener una familia tocapelotas—. ¿Qué pasa? ¿Te he jodido la fiesta de pijamas?

—No vayas por ahí, cuñado —me susurró Nick al dejarme hueco para sentarme.

Debería haberle hecho caso.

La muy sinvergüenza me hizo una peineta mientras fingía pintarse los labios.

—MC, no seas grosera —la reprendió mi madre. Menos mal que alguien salía en mi defensa—. Y tú, idiota, come y calla.

Dejó el plato delante de mí con brusquedad y la salsa me salpicó la camiseta.

—¡Joder, mamá!

—Sí, sí, *joder, mamá* —me imitó—, últimamente todos me decís lo mismo. Estoy tan cansada...

—Se avecina drama —le susurró Austin a Alice, y su risita me encendió por dentro.

La pillé en varias ocasiones mirándome de reojo y me gustó. No parecía cabreada, pero era solo fachada. Estaba seguro de que no dejaría pasar la ocasión de ponerme en evidencia a la mínima oportunidad, pero estaba preparado. Llevaba días echando de menos un nuevo choque frontal con ella y el destino me lo había servido en bandeja.

—¿Qué tal tienes el hombro? —preguntó MC.

Lo hizo a propósito para molestarme, lo vi en sus ojos desafiantes. La quemadura que me hice el día antes de su boda estaba más que cicatrizada, pero ella tenía que meter el dedo en la llaga para joderme.

—¿Qué le pasa a tu hombro? —se interesó mi madre.

—Nada, no le pasa...

—Se quemó con ácido —respondió Austin y a punto estuve de saltar por encima de la mesa y borrarle la sonrisa de un puñetazo.

—No fue ácido, fue una sustancia extraña —aclaró mi hermana.

—¿Cuándo? ¿Cuánto llevas así? ¿Estás bien? —insistió mamá y odié a mis hermanos por ello—. Tyler, hijo, ¿puedes decirme qué ha pasado?

Eché la silla atrás con un chirrido y me levanté. Ya había tenido suficiente cena familiar.

—Mañana, mamá. Ahora necesito dormir.

—Siéntate, Tyler —me ordenó mi padre sin levantar la voz. Con fastidio, como si fuera un niño, obedecí y cogí el tenedor para picotear del plato—. Ahora cuéntale a tu madre qué te ha pasado.

—¡Fue hace dos meses, por el amor de Dios! —exclamé, pero la mirada de mi padre me convenció para que no volviera a hacerlo. A veces sentía que el tiempo se había detenido en esa casa—. Fue la noche antes de la boda de MC, no dije nada para que no os preocupaseis y ya estoy bien, de verdad.

Mis hermanos sonreían como dos auténticos cabrones. Alice, por el contrario, me miraba con preocupación, y no lo soporté.

—¿Puedo irme ya? Necesito darme una ducha y acostarme. Me duele la cabeza.

—Dormirás en el sofá, así que pon el culo en la silla y espera a que todos hayamos acabado —dijo mi madre. Luego le retiró el plato a Alice y le dedicó un guiño—. Perdona a mis hijos, cariño. A veces se olvidan de los modales en cuanto salen de Chicago.

—No se preocupe, señora Gallagher. No importa. Después de la semana que he tenido, un poco de distracción me viene muy bien.

¿Ella había tenido una mala semana? ¡Ja! ¡Yo había tenido una mala semana! Una semana de mierda. Por su culpa, por mi culpa, por su manera de salir corriendo y largarse a... a... ¡a dónde quiera que se hubiera ido! ¿Dónde dijo MaMa que había ido? ¿A una residencia de ancianos? ¡Tonterías! Su sitio estaba en el centro asistencial. ¡Estaba harto de hacer pompas de jabón a los niños!

—¿Qué tal va todo en la empresa? —le preguntó mi padre, más hablador que de costumbre.

—Va adelante, pero muy despacio —confesó con un bufido. Yo también bufé, pero nadie me prestó atención. Estaban demasiado pendientes de las palabras de Alice—. Tengo tantos frentes abiertos que no termino de cerrar uno y ya hay otro esperando.

—Lo peor es lo del chantaje a tu padre —dijo MC.

—¿Cómo?! —se exaltó mi madre—. ¿De qué demonios estás hablando?

Alice se sonrojó y bajó la vista al plato, incómoda. El tema no era muy agradable y ya sabía yo lo poco que le gustaba hablar de ello. Sin embargo, para mi desconcierto, hizo un breve resumen de lo ocurrido y consiguió que la curiosidad de mis padres quedara satisfecha. Su voz sonó trémula, se sujetó las manos en un intento de dejar de temblar y evitó mirarme a los ojos. Yo, por el contrario, no podía apartarlos de ella.

—Todo se arreglará, ya lo verás —la animó MC con un par de palmaditas en la mano—. La policía pillará a quien estaba desplumando a tu padre, las cosas en KME mejorarán, estoy segura. Solo tienes que confiar en ti misma y alejarte de capullos que dan empujones en las tiendas de café.

Y así fue como mi hermana me convirtió, una vez más, en el centro de atención y en el motivo del ceño fruncido de mi madre.

—Aún siento vergüenza por que un hijo mío hiciera una cosa tan fea —dijo, ofendida—. Espero que te hayas disculpado con ella, al menos. ¿Te ha pedido perdón? —le preguntó a Alice.

Todos los presentes me miraron con desaprobación cuando ella negó con la cabeza. No, no le había pedido perdón y tampoco pensaba hacerlo en ese momento. No tenía por qué doblegarme a los deseos de mi madre. Y tampoco le iba a dar el gusto a Alice, que parecía disfrutar de mi bochornoso pollo familiar.

—Eso es un tema entre ella y yo. Y se acabó la conversación.

Me tomé la libertad de dar por finalizada la sobremesa, que ya duraba demasiado, y me encerré en el cuarto de baño para darme una maldita ducha.

Estaba cabreado, como era habitual, y confundido. Sentía que perdía fuerza delante de Alice y no podía discernir si eso era bueno o no. Cuando la vi en la boda de MC fue como estar de regreso en el infierno, pero no pensé que fuera a tener contacto con ella más allá de aquel día. Mi estupidez en la tienda de café la volvió a poner en mi camino y aproveché la cercanía para darle donde más le dolía. Y lo hice. Pero no conté con que esa misma proximidad fuera a jugar en mi contra. Y lo hizo.

La excusa de la venganza me ofreció la oportunidad de ver quién era ella de verdad y, sin ser consciente, se me empezaban a agotar los motivos para hacerle daño. Porque yo ya no era un joven idiota enamorado de una princesita, porque hacía tiempo que la herida que ella abrió había cicatrizado, porque la vida se había encargado de darle fuerte de mi parte y ahora, más que resentimiento, sentía pena. Y sí, también algo más, algo físico que empezaba en el pensamiento y se volvía insoportable en la piel.



Apoyé la frente en la pared de azulejos y dejé que el agua caliente se llevara la tensión de los hombros. Seguía confundido. Más que antes incluso. Yo quería estar enfadado con ella, pero era imposible cuando también me moría de ganas de abrazarla. Quería hablarle mal, quería ser cruel y ruin, y hacer del sarcasmo una manera de burlarme de sus debilidades, pero ¡joder!, no conocía a una mujer más fuerte y resistente que ella. Ni más respondona. Ni más bonita.

MC y Nick se largaron a su dormitorio en cuanto yo regresé al salón, mi padre se despidió poco después de que mamá dejara la cocina preparada para el desayuno. Y, mientras yo miraba las noticias deportivas sin ningún interés, Austin y Alice se entretenían repasando algunos datos que Wals había recabado sobre el sistema antincendios de KME. Me hubiera gustado ofrecerles mi punto de vista y aclararles algunas dudas que les surgían sobre las anotaciones de mi compañero, pero nadie me pidió opinión, ninguno de los dos me hizo partícipe de la conversación a pesar de que me esforcé para llamar un poco la atención con bostezos sonoros y algo de tos.

—Si vais a quedaros mucho tiempo más, creo que deberías ser tú la que duerma en el sofá —le dije, harto de hacer el gilipollas para hacerme notar. Tenía el orgullo un poquito herido, no había forma de negarlo.

—No me importa dormir en el sofá —respondió al tiempo que se quitaba las gafas con un movimiento cansado—. Iré a sacar mis cosas de tu habitación.

¡Joder! Cómo detestaba que fuera tan solícita, que su voz sonara tan suave y que se mordiera el labio con gesto inocente. Yo pretendía molestarla y ella conseguía que deseara cosas... Muchas cosas.

—Ya hemos acabado —intervino Austin. Se puso en pie junto a Alice y la cogió de la cintura con demasiada confianza—. Y no es necesario que duermas en el sofá. Puedes dormir en mi cuarto. Al menos la cama de Thomas no te destrozará la espalda.

¡Maldito Austin! ¿Es que no podía mantener la boca cerrada? No iba a dejar que Alice durmiera en una habitación con mi hermano. Tampoco iba a permitir que lo hiciera en el sofá. Solo quería molestar un poco y no me había salido bien.

—¡Da igual! Duerme en mi cama. ¡Fuera!

Me dedicó una mirada interrogante que quedó eclipsada por el beso de buenas noches que Austin le dio en la mejilla. Después de eso ni siquiera se despidió de mí. La vi desaparecer por la cocina en dirección al patio de atrás y no me di cuenta de que mi hermano continuaba allí hasta que escuché el chasquido de la puerta al cerrarse.

—Eres un imbécil, tío —dijo Austin—. No sé qué mierda te pasa con ella, pero deberías relajarte un poco, hermano.

\*\*\*

Dos malditas horas mirando el techo y ni rastro de sueño. Había visto cómo se movían las agujas del reloj de pared y cómo cambiaba la posición de la luna a través de la ventana. Puse la televisión un rato y cambié de canal para evitar los telepredicadores y la teletienda. Me enganché

a un documental que tardó dos minutos en acabar y cuando vi lo que venía a continuación se me aceleró el pulso. ¡Una peli porno! No podía ver porno con toda mi familia bajo el mismo techo. Si hubiera estado en mi habitación... ¡Pero en mi habitación estaba ella!

Apagué la tele y fui a por un vaso de agua. Tenía que dejar de pensar. Tenía que sobrevivir al huracán Alice al menos esa noche. Después volveríamos cada uno a nuestro rincón de Chicago y ya haría yo para que nuestros caminos dejaran de cruzarse de una vez. Nada de acompañar a Wals, nada de interesarme por la situación de su empresa, nada de querer saber cómo le iba. Nada de nada.

—¿Tienes remordimientos de conciencia y no puedes dormir? —me preguntó su voz desde las sombras de la cocina

—¡Hostia! Me has dado un susto de muerte. —Me llevé la mano al pecho y noté el corazón a punto de salir por la boca.

—Lo siento...

Tomé aire varias veces y la busqué en la penumbra. El aroma de una crema o de algún tipo de loción me llegó con sutileza y, al tenerla cerca, me di cuenta de que se había desmaquillado y su piel resplandecía. Era preciosa, de verdad. Insoportablemente preciosa.

Llevaba unas mallas deportivas y una vieja camiseta de publicidad de una marca de patatas fritas. Nada de camisones de seda ni picardías de lencería, como cabía esperar. Se había recogido el pelo en un moño suelto que no soportaba el peso de la melena y tendía a deslizarse poco a poco.

—¿Qué cojones haces aquí a estas horas? Deberías estar durmiendo en *mi* cama, todo sea dicho.

—Me dejé el móvil cargando. —Señaló la encimera y alargó la mano para coger el teléfono, pero me interpusé a propósito—. Deja que lo coja y...

—Hace dos horas que te has ido. ¿Te has dado cuenta ahora de que no tenías el teléfono?

—No, Tyler, no me he dado cuenta ahora —rechistó, molesta—. Estaba esperando a ver si caías muerto y me ahorrabas esto, precisamente, pero hoy no es mi día de suerte. Dame el puñetero móvil para que pueda volver a *tu* cama de una vez.

Su actitud insolente despertó mi absurdo orgullo masculino y, en vez de evitar un enfrentamiento, fui a su encuentro.

—¿Por qué coño has venido, Alice?

—Tu hermana me invitó y, ya que lo preguntas, vine porque sabía que tú no vendrías —reconoció—. Esta situación me hace tan poca gracia como a ti.

Aunque levantó el mentón e intentó mantenerse estoica, le tembló la voz.

—Exacto. No me hace gracia que estés en mi casa, ni que te diviertas con mi familia. Esta es mi vida, no la tuya. —Me fui acercando paso a paso hasta tenerla acorralada contra la nevera—. No quiero que te metas en ella. No quiero que compartas historias con mi madre o le hagas ojitos a mi padre, ¿entendido?

—Yo no le hago...

—¡Cállate! —mascullé—. No digas ni una jodida palabra. Lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida.

—Y yo quiero mi móvil y que te alejes de mí —susurró. Me acerqué más y apoyé ambas manos contra la puerta del frigorífico. Alice levantó la mirada y volvió a morderse el labio—. Tyler... déjame o...

—¿O qué, Alice?

La presioné un poco más. Tanteé con mis labios los suyos, sin rozarla a penas. Sus ojos se encendieron con el mismo fuego que los míos y el aliento nos quemó en la piel. No se movió, me estaba retando, y yo, que de desafíos sé bastante, esperé a que diera el primer paso.

Pero me retiré en el momento en que ella buscó el beso. No fue fácil, pero conseguí mantener el impulso a raya. ¿Por qué? No lo sé. Deseaba besarla con todas mis fuerzas, pero en alguna parte de mi cerebro había una luz roja parpadeante que me indicaba el error que estaba a punto de cometer. Y, sin embargo, no me moví más que lo justo para negarle lo que los dos queríamos.

Me miró confundida, casi suplicante, y me reafirmé en mi decisión: no iba a besarla. La tenía tan cerca que su pecho rozaba el mío con cada resuello. Jugué a contrariarla y le rocé la mejilla con los labios, pero recibió un nuevo rechazo cuando intentó cazarme con su boca.

Mi pulgar rozó su labio inferior y casi me rindo cuando cerró los ojos y suspiró.

—Te follaría aquí mismo, Alice, por los viejos tiempos. ¿Te acuerdas? —Casi pierdo la cabeza cuando ella asintió. Casi. Presioné mi cuerpo contra el suyo y se removió, incómoda—. En cualquier sitio, a cualquier hora, de cualquier forma, ¿verdad? Eso te gustaba.

Se dio cuenta rápido de que no estaba tratando de seducirla y recuperó un poco el control, pero seguíamos demasiado cerca el uno del otro como para que le pasara desapercibido mi estado y los papeles cambiaron. Una de sus manos me recorrió la espalda mientras la otra se sujetaba a mi nuca. Me obligó a bajar la cabeza hasta que sus labios me rozaron la oreja y el susurro fue imperceptible al principio. Estaba demasiado extasiado con las sensaciones que despertaba con una simple caricia como para entender a la primera lo que me había dicho, y cuando logré procesarlo apenas tuve tiempo de actuar.

—No vuelvas a acercarte a mí —dijo.

Ví venir el guantazo, estaba preparado para ello, y conseguí sujetarle la muñeca. Pero no conté con el rodillazo que me dio entre las piernas. No fue fuerte, pero lo suficiente como para gemir de dolor. Se apartó de mí, cogió el móvil y no miró atrás.

Pero ya podía correr. Sabía dónde encontrarla.

## *17. Alice*

### VACÍA DE MÍ

No me dio tiempo a cerrar la puerta, ni pude hacerme a la idea de las consecuencias de mis actos. Estaba tan agitada y la sangre me rugía tan fuerte en los oídos que ni siquiera oí sus pasos detrás de mí. Y cuando sentí aquella mano en mi brazo, ya era tarde para volver a defenderme.

Me envolvió con su cuerpo por la espalda para que no escapase, pero no le temí. En ningún momento lo percibí como una amenaza, a pesar de que yo le había hecho daño físico de verdad. Tyler era letal con las palabras, lo había demostrado muchas veces en los últimos dos meses, pero su forma de abrazarme mientras yo intentaba liberarme fue tierna, más propia de un *te necesito* que de un *te odio*.

Dejé de resistirme cuando vi su reflejo en el espejo que había frente a nosotros. La luz de la mesilla, que yo misma había dejado encendida, fue mi cómplice. Y contuve el aliento al ver cómo cerraba los ojos; y paré mis latidos al sentir su respiración en el cuello; y volvieron los pensamientos peligrosos, los deseos mudos y las ganas de él. Siempre las ganas de él.

—Tyler...

Me giró entre los brazos y sus labios dejaron de jugar por fin. Fue un choque brusco de bocas, una necesidad cruel de sus manos, un ritmo irregular en el pecho, un castigo convertido en placer... Aquello no fue un beso corriente, no fue una declaración de intenciones ni una puerta abierta a lo desconocido. Aquello fue mucho más, y tuve miedo de él por primera vez.

No, de él no. Tuve miedo de mí.

Nunca me habían besado así, nunca había sentido un dolor tan exquisito ni un placer tan violento. Nunca me habían respirado tan fuerte ni tan profundo.

Y, sin más, terminó. Abandonó mis labios, retiró las manos, su cuerpo se despidió del mío y se largó sin reproches, sin palabras. Se llevó mi aire, mi sabor y el resto de mis sentidos.

Me quedé vacía de mí y llena de dudas.

## *18. Tyler*

### LAS MANOS LLENAS

Una hora de reunión con el capitán equivalía a un día completo y a un dolor de cabeza de los que te machacan hasta querer morir. En uno de los avisos de esa semana habíamos perdido a dos víctimas y el asunto estaba siendo investigado. Habían decretado que nuestros informes no eran esclarecedores, que existía la posibilidad de negligencia y que había que despejar las dudas cuanto antes. Wals y yo nos presentábamos a las pruebas para teniente y no nos tendrían en buena consideración si la 13 se encontraba en el punto de mira del Comisionado Sommerby.

—Diles a los sanitarios que te den algo para ese dolor, Gallagher —me recomendó el teniente Hatfield al ver cómo me apretaba el puente de la nariz con fuerza—. Aún nos quedan un par de horas de turno.

No encontré a Tatiana en la sala de descanso y, cuando le pregunté a Luisa, tampoco supo decirme dónde se había metido. Me arrastré a la cochera para buscarla en la ambulancia y, al rodear el camión cisterna, la encontré con Wals. Y con Alice.

¿Qué hacía ella allí?

Después del beso que compartimos y de salir de Rockford a hurtadillas a primera hora de la mañana, había intentado por todos los medios no pensar en lo ocurrido. Ni que decir tiene que había fracasado estrepitosamente, pero estaba llevando con elegancia eso de ser un capullo y de no saber enfrentarme a mis sentimientos. Ni a ella.

Alice me impedía ser coherente. En cualquier otra situación, con cualquier otra mujer, las cosas hubieran sido mucho más sencillas. Si estás resentido con alguien, lo estás y punto. Si odias a alguien, lo odias y punto. Y si te das cuenta de que es el momento de pasar página y de dejar de estar cabreado con el mundo por algo que pasó hace una década, lo haces, y a seguir con la vida. Fácil, ¿verdad? Pues no. Yo aún estaba dolido, pero Alice me gustaba. Quería perdonarla, pero no quería. Intentaba por todos los medios hacerle daño y luego me arrepentía y la buscaba y me molestaba su rechazo y... Y besarla había sido increíble.

Apoyé las manos en el camión y hundí la cabeza entre los brazos. Si no acababa conmigo el dolor de cabeza lo haría esa mujer. Estaba convencido.

—¡Hey! ¿Qué pasa? —me sorprendió Tatiana al pasar por mi lado—. Tienes mala cara. ¿Otra

migraña?

Asentí varias veces, despacio, y no tuve que decirle lo que necesitaba. No era la primera vez que me pasaba y, después de tres años de amistad, ya sabía cómo tenía que actuar. La seguí a la ambulancia y me dejé caer en la camilla.

—Deberías ir al médico. —Me conectó una vía e inyectó un analgésico de alto voltaje—. Esta semana estás hecho un asco.

—Son los putos turnos dobles. En cuanto duerma doce horas seguidas estaré como nuevo.

—Eso espero, por tu bien. —Comprobó el goteo de medicamento y se sentó a mi lado con una sonrisa traviesa—. ¿Vas a apuntarte como instructor del campamento de verano de este año? Han pedido voluntarios.

—Ya fui a muchos campamentos de niño. Y también cuando era aspirante.

—Podría ser divertido —insistió—. Yo no he estado nunca, pero dicen que Chain Lakes es espectacular. ¿Tú has ido?

—¿Te callarás un rato si te digo que lo fundó mi abuelo? Joder, Tati, me duele la cabeza.

—Vale, vale. —Se dedicó a ojear un folleto durante apenas unos segundos, pero era imposible mantenerla callada—. ¿Has visto a la nueva amiguita de Wals? Es genial.

—¿La nueva amiguita de Wals? —Se me cortó la respiración—. ¿Te refieres a la chica que estaba ahí con vosotros?

—¡Sí! Se llama Alice y es encantadora —respondió—. El otro día, cuando vino a ver a Wals, estuve hablando con ella mientras esperaba, y me gustó. Le pega. Es su tipo.

—¿El otro día estuvo aquí? ¿Cuándo estuvo aquí?

—No lo sé. ¿El lunes? ¿El martes? Ya no sé ni en qué día vivo. —Hizo un gesto para recordar bien la fecha exacta y chasqueó los dedos de inmediato—. Fue el lunes, sí. Tú estabas con Malone en jefatura, ¿te acuerdas?

*¡Joder!*

—¿Y dices que es la amiguita de Wals? No me ha dicho nada. —Me hice el desinteresado, aunque por dentro estaba gritando como un demente. Cuando el analgésico obrara su magia, mi compañero y yo íbamos a tener una conversación de lo más interesante—. ¿Salen juntos?

—Ni idea, la verdad. Pero a él le gusta, de eso estoy segura. ¿Recuerdas ese careto de tonto que se le ponía cuando venía la profesora de infantil aquella con la que estuvo saliendo unos meses? Pues le pasa igual con Alice.

¡Jodido Wals! Existía un código no escrito entre compañeros, entre amigos, que hablaba de la distancia que se debía mantener con las mujeres de los demás. Ya, ya lo sé, Alice no era de nadie, pero nosotros fuimos algo y Wals debería apartarse por sí...

—Ya puedes irte —dijo Tatiana, y agradecí en silencio la interrupción. porque mi imaginación estaba a punto de jugármela—. Échate un rato. Esta tarde está todo muy tranquilo y te irá bien.

«Ni hablar», pensé. No hasta comprobar la teoría de Tatiana respecto a Wals y Alice.

Los encontré en la salita que usábamos de archivo. Estaban sentados en la mesa, el uno al lado

de la otra, hombro con hombro, y hablaban en voz baja.

—¿Interrumpo algo? —pregunté con irritación.

—No, en absoluto —respondió Wals—. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Le resté importancia con un movimiento de la mano sin apenas mirarlo. No me interesaba él. Yo quería mirarla a ella que, por el contrario, encontraba muy interesante lo que ponía en los papeles que había sobre la mesa.

—Marcus ha estado rebuscando en el sistema de KME y ha encontrado algunas cosas bastante preocupantes. Fotos, algún vídeo...

Seguía sin mirarme, pero sus manos temblaban y su olor llenaba aquella maldita habitación. Eché un vistazo a lo que me mostraba Wals y se lo devolví de inmediato. Prefería hablar del tema con él cuando Alice no estuviera delante. No me gustaban esas amenazas, su nombre aparecía en todas. Había sido la moneda de cambio de las extorsiones que había sufrido Jefferson Lynch en los últimos años y me jodía que la policía no empleara más tiempo en ello. No es que fuera problema mío, pero era un asunto serio y feo, y sabía que ponía a Alice al borde de una crisis nerviosa.

—Me marcho ya —dijo de pronto—. Llego tarde.

—¿Adónde? —pregunté sin ningún derecho.

Dudó si contestar o continuar en silencio, pero al final cedió.

—Tengo turno de cena en la residencia Nixon.

La alarma de emergencia sonó por cada rincón del parque y Wals se despidió de Alice con una caricia en el brazo y una sonrisa encantadora. «Gilipollas», pensé. Yo no podía hacer lo mismo. Quería, pero no podía. O sí, pero ella no me lo permitiría. Seguía esquivando mis ojos y yo tenía que irme.

—¿Estás bien?

Me refería a ese momento en concreto, al hecho de saber más detalles de lo que había ocurrido con su padre, a asimilar que estuvo en peligro, que la habían observado, que alguien se había tomado la libertad de fotografiarla sin su consentimiento. Pero también quería saber si estaba bien por lo que había pasado entre nosotros.

Dijo que sí en un susurro y lo sentí en la piel. Ya podía oír el motor del camión y el traqueteo de la persiana del parque al abrirse. Me tenía que ir, pero antes necesitaba comprobar que su afirmación era cierta.

Le puse un dedo bajo el mentón y la obligué a levantar la cabeza. Se había ruborizado y las mejillas le hacían juego con el color de los labios, hinchados de las veces que se los había mordido estando allí. Parecía descolocada, tan perdida como yo, indefensa, frágil... Sin darme cuenta, mi pulgar le acarició la línea de la mandíbula con movimientos hipnóticos y mi cuerpo se acercó al suyo con mucho peligro. Tenía las manos llenas de ganas de tocarla y, aunque llevaba una semana jurándome que no volvería a besarla más, me rompí por dentro. La deseaba de una forma enfermiza y tenía que volver a probarla. Iba a hacerlo, estaba decidido. Un beso suave, dulce, lento...

—¡Gallagher! ¿Es que no has oído la alarma? ¡Al camión, ya! —me gritó el teniente Hatfield muy cabreado.

Le dediqué una mueca de frustración seguida de una débil sonrisa y me alejé paso a paso sin dejar de mirarla. Se quedó con tanta necesidad como yo, lo noté en su respiración pesada y en el intenso brillo de sus pupilas. Y volví a contradecirme una vez más: no la quería lejos. Ya no. Había aprendido que el tiempo era la distancia más larga entre dos personas y nuestro camino de diez años había llegado a su fin.



## *19. Alice*

### LA ESPECIALIDAD DE LA CASA

Eché a andar por la calle Erie a pesar del dolor de pies que tenía y de los veinte minutos de caminata que había hasta mi apartamento, pero la noche era cálida, cargada de humedad, y no tenía muchas oportunidades de pasear con calma. Me pasaba los días encerrada en el despacho o en aquella residencia llena de melancolía, y hasta el tono de mi piel se había tornado macilento por la falta de aire a mi alrededor.

Se notaba que era viernes, que estábamos a primeros de junio y que aquella era una zona familiar. A juzgar por la animación que había en el parque Montgomery a las once de la noche, todos habían tenido la misma idea que yo.

No obstante, el cielo se había mantenido gris toda la tarde y había sido el tema de conversación de la cena en la residencia Nixon. Unos predecían que iba a llover, otros que subirían las temperaturas y, entre viejos refranes y augurios infundados, se me había pasado el servicio volando. O quizá fuera porque no había dejado de pensar en Tyler y en lo que hubiera pasado si su teniente no nos hubiera interrumpido.

¿Era una tonta por querer que me besara de nuevo? Probablemente sí, pero no podía evitarlo. Debía de ser algún tipo de rareza provocada por la falta de sexo, porque cuanto más insistía mi mente en que debía alejarme de él, más cerca quería estar yo.

Al llegar al 7-eleven de la esquina de Kingsbury con la calle Ontario, una moto azul metalizado se detuvo delante de mí y me hizo dar un paso atrás en la acera. El conductor se levantó la visera y me tendió un casco plateado.

—Sube —ordenó Tyler.

Lo miré con desconcierto y negué repetidas veces.

—No, iré caminando. Mi apartamento no está...

—He dicho que subas —insistió, malhumorado.

—A mí no me hables así. Y no, no subo. No necesito que nadie me lleve a ningún sitio. Puedo ir yo sola.

—Sí, ya sé que eres muy autosuficiente —dijo—, pero podrás seguir siendo la mujer más independiente del año cuando estés a salvo en tu casa.

—Eres idiota. —Traté de esquivarlo y de cruzar a la acera de enfrente, pero no me dejó salirme con la mía—. No voy a montar. No me gustan las motos.

Se pensó lo que iba a decir, abrió la boca y la cerró un segundo después. Decidió callar y di gracias a los astros por ello, pues cada vez que teníamos una trifulca terminaba por perder los papeles.

Emitió un suspiro de exasperación y luego, cuando ya creí que se marchaba, paró la moto y se quitó el casco.

—Vamos, andando.

—Tampoco hace falta que me acompañes. Sé llegar a mi casa sola.

—¿Puedes dejar de llevarme la contraria durante un rato, para variar? —Estaba guapísimo cuando se cabreaba, incluso con unas ojeras que le llegaban al suelo—. Si no quieres subir a la moto, lo acepto, pero son las once y media de la noche, Alice. No voy a dejar que vayas sola. — Me puso el casco extra en las manos para que lo llevara yo y abrió la marcha sin esperar a que lo siguiera—. ¡No tengo toda la noche!

Era una actitud demasiado protectora y no estaba acostumbrada a una atención así, pero sentí unas agradables cosquillitas por dentro, una corriente muy placentera que aceleró los latidos de mi corazón y me curvó los labios sin que él lo viera.

—Hace unos años sí te gustaban las motos —me recordó pasados unos minutos.

—No soy la misma persona de hace unos años —respondí—. Ni tú tampoco.

Hace unos años nos hubiéramos detenido mil veces para besarnos entre los setos del jardín, o estaríamos en algún rincón de la ciudad echando un polvo rápido y muy satisfactorio. Hace unos años me ponía minifaldas para subir en la moto porque me enloquecía cuando Tyler dejaba la mano en el muslo y me acariciaba con promesas salvajes. Hace unos años no estaría pensando en todas estas cosas, las estaría haciendo realidad, porque en aquel entonces me importaba bien poco lo que sucediera al día siguiente. Pero ahora no.

—Hay que seguir por Kinzie hasta Clinton —susurré al final de la calle.

—¿Qué ha pasado con la casa de tus padres? ¿La has vendido?

—No podía quedármela —contesté, nostálgica. La venta se había hecho efectiva hacía muy poco y en más de una ocasión había sentido el impulso de acercarme a ver si todo continuaba igual—. No importa. Solo era una casa.

—Ya, y KME solo es una empresa, ¿no? —Me había calado—. No hay nada de malo en admitir que te afectan todas esas decisiones, ¿sabes? De vez en cuando viene bien ser humana, hablar con alguien sobre lo que sientes...

Me detuve de golpe y lo miré muy fijamente, como si lo viera por primera vez y me hubiera quedado obnubilada. Que fuera él quien me estuviera hablando de emociones tenía su gracia. No era precisamente el más indicado. Me debatí entre echarme a reír o soltar algún comentario irónico que le dejara claro lo que pensaba de su repentino ataque de comprensión, pero al final opté por ser sincera, por ser yo misma.

—No me fio de ti, Tyler —pronuncié despacio—. No puedo hacerlo. No quiero hablarte de mis problemas ni quiero contarte nada que puedas usar contra mí, entiéndelo. No recuerdo ni un solo día en que no me hayas hecho daño y todavía no entiendo por qué. Y cada vez que te veo temo que vuelvas a hacerlo, que toda esta amabilidad sea otra broma pesada. Y créeme, no me hace ninguna gracia. Me das... miedo.

No dijo nada, pero sé que mi mensaje le caló hondo. Y se alejó de mí. Los pequeños gestos que había tenido conmigo al inicio de la caminata se habían evaporado, también los roces casuales de manos por andar demasiado juntos. Había tenido que mirar por encima del hombro para comprobar que seguía ahí, y sí, estaba ahí, pero sus ojos se perdían en el asfalto que pisaba, ya no me buscaban, ya no jugaban a ruborizarme.

Cuando llegamos al 226 de Clinton Street me escocían las lágrimas que retenía. Le devolví el casco con una sonrisa tímida y caminé hacia la puerta mientras buscaba la llave en el bolso. Lo sentí detrás, más cerca de lo que había estado en los últimos minutos, y me hubiera gustado tener la frase perfecta para despedirme, pero no la encontré.

—Gracias por acompañarme.

—No importa.

Me tembló la mano al buscar la cerradura y no conseguí que la llave entrara a la primera.

—Ha sido...

—No ha sido nada —susurró muy cerca de mi oído.

Estaba perdida. Fallé en el segundo intento de abrir.

Al tercero, su mano me detuvo. Ahí lo tenía. El simple contacto de su piel contra la mía me dejó sin aliento.

—Mírame —murmuró.

Lo hice. Con temor al principio, pero con un deseo que no pude ocultarle.

El resplandor de un relámpago iluminó el cielo y pocos segundos después le siguió un trueno lejano, pero casi ni lo oí. Estaba ocupada intentando descifrar por qué Tyler me observaba de aquella forma tan extraña.

—No quiero que me tengas miedo —dijo sin más.

Su tono me erizó la piel. Sonó profundo, imperativo, cargado de angustia, pero también cálido y reconfortante.

—Dame motivos para no hacerlo —me defendí—. No me hagas más daño.

—Vale.

Se acercó más. Las puntas de nuestros pies se rozaron, pero aún había demasiada distancia entre nosotros. Yo quería que me tocara, quería que me besara. Y él también lo deseaba, pero seguía quieto, mirándome, con una tormenta en sus ojos como la que empezaba a sacudir el cielo de Chicago.

—¿Estás viéndote con Wals?

Se cargó el momento. Yo había estado a punto de dar el primer paso, de ponerme de puntillas y

rozarle los labios. Había estado a nada de dejar atrás mi opinión sobre él y lanzarme de lleno, de coger lo que me apetecía y olvidar lo que había pasado hasta ese instante. Pero su pregunta borró de un soplo mis intenciones.

—Eres un capullo, Tyler. Buenas noches.

Le di la espalda dispuesta a alejarme de él. Estaba harta de sus tonterías. Traté de encajar la llave a la fuerza y funcionó.

—¿Estás con Wals o no? —insistió.

—No tienes derecho a hacer una pregunta así, ¿me oyes? Eres... eres...

—Contesta, Alice. Es fácil. ¿Sí o no?

—¡No, Tyler! ¡No! Pero ¿qué pasa contigo? —Lo empujé para alejarlo de mí. Necesitaba espacio. Me estaba ahogando.

—Está bien —musitó, aliviado—. Se acabó.

No me dio tiempo a reaccionar. Me sujetó la mejilla con una mano y me regaló un beso salvaje de los que te roban el alma, la especialidad de la casa.

Sin embargo, solo fue duro con el impacto inicial. Luego se suavizó, me sorprendió, y comenzó la auténtica tortura. Sabía bien cómo mover la boca, cómo usar la lengua, cuándo hincar los dientes y dónde me gustaba que lo hiciera. Se bebió mis ganas y mis deseos, me arrancó el aliento entre jadeos, sin tregua. No tuvo nada que ver aquel beso con el que nos dimos en Rockford. No había rabia y estaba segura de que no habría silencio al terminar.

Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre nosotros, pero no nos importó. Lo único que necesitaba era que no dejara nunca de besarme, que me abrazara con todo el cuerpo, que me acariciara tal y como sus dedos habían hecho en otras ocasiones.

Abarcó mi cuello y me obligó a levantar el mentón. Profundizó el beso e imitamos el baile de los amantes en el momento cumbre del placer con nuestras lenguas. Nos retorcimos el uno contra el otro y grité entre sus labios al notar que mi interior se deshacía sin que pudiera evitarlo.

No quería evitarlo, quería tenerlo todo.

## 20. Tyler

### VENUS Y VULCANO

Si aquella mañana me hubieran dicho que acabaría el día besando de nuevo a Alice bajo la lluvia, me hubiera parecido una idea absurda y, sin embargo, allí estaba, empapado, boca contra boca, acariciando su piel como si mis dedos la descubrieran por primera vez. Y quería más.

Wals, que de tocarme las narices sabía un rato, se había pasado el resto del servicio de esa noche hablándome de Alice como si no hubiera nadie mejor en el mundo. ¡Pero si solo estaba trabajando para ella! ¿A qué venía tanta confianza? ¿Qué cojones pretendía? ¿Volverme loco?

Ya daba igual. Me había enfrentado a mis sentimientos por una vez y, en ese instante, mientras la besaba, supe que ir a recogerla a la residencia Nixon había sido la decisión correcta.

Le aparté el pelo mojado de la cara para contemplar sus preciosos labios. Mi respiración se mezclaba con la suya en una sucesión de resuellos. Las gotas de lluvia caían sobre su rostro, tenía los ojos cerrados y una leve sonrisa le curvaba la comisura. Cuando estaba enfadada besaba como una fiera, pero cuando se relajaba era mejor aún. Era la jodida Venus de la mitología romana y yo Vulcano a punto de entrar en erupción.

Le mordisqueé el labio inferior y su gemido resonó por encima de la lluvia. Sabía a deseo, dulce y seductor. Mi mano inquieta repasó el contorno de su pecho y viajó por la cintura hasta alcanzar ese culo perfecto que había ocupado mi imaginación. La apreté contra mí para que sintiera de qué estaba hecho, para que recordara lo que iba a encontrar cuando toda esa ropa mojada dejara de ser una segunda piel. Y surtió el efecto deseado. Acercó sus caderas a las mías y frotó su cuerpo del mismo modo que se rozaban nuestras lenguas.

—Vamos adentro, arriba. Vamos donde sea.

Le hizo gracia mi desesperación y se rio sobre mis labios. Mientras yo le besaba la nuca y tironeaba del lóbulo de su oreja con los dientes, ella volvió a pelearse con la cerradura. Se le erizó la piel cuando mis dedos le rozaron los pezones y la recompensé con un pequeño mordisco entre el cuello y el hombro.

Sin embargo, cuando la luz de la escalera del edificio se encendió y la vi subir los primeros peldaños, me detuve. Todavía le daba vueltas a lo que me había dicho, que me tenía miedo, que no se fiaba de mí, que no podía contarme nada por si yo lo usaba en su contra. Eso era un golpe

difícil de encajar. Y sí, quería hacerle el amor hasta que se le olvidaran todas las putadas que le había hecho, pero el sexo también podía empeorarlo todo.

—Es el primer piso —dijo un poco abochornada.

Se le había descolocado el cuello de la camiseta y llevaba el pelo pegado a la cara. Me gustaba su aspecto descuidado, mucho más que cuando vestía trajes de ejecutiva y se alzaba sobre tacones de ocho centímetros. Pero, sobre todo, adoraba esa forma de mirarme, entre avergonzada y excitada. Y cómo se mordía el labio ante mi silencio. Y cómo se debatía entre continuar subiendo o regresar a mi lado.

Al final fui yo el que se acercó. Los dos peldaños que nos separaban nos ponían a la misma altura y eso le dio seguridad.

—¿No quieres subir?

—Claro que quiero, pero ¿estás segura?

Le rocé la mejilla con la punta de los dedos y se estremeció. No le hizo falta ponerse de puntillas para besarme, solo tuvo que inclinarse un poco hacia mí y posar sus labios en los míos con ternura.

—Estoy segura —susurró.

Me cogió de la mano y tiró de mí para que la siguiera. El gesto me trajo recuerdos del pasado, pero cerré la puerta de la memoria de un portazo al mismo tiempo que Alice abrió la de su apartamento.

Solté los cascos para poder tenerla como deseaba y volví a abrazarla por la espalda y a besar cada pulgada de piel húmeda que me iba encontrando. Encendió una pequeña lámpara en el recibidor y me encontré con sus ojos en el espejo. La toqué despacio para que sintiera cada caricia como algo nuevo y me dejó hacer mientras sus gemidos silenciosos se le escapaban con cada respiración. Me deshice de la camiseta mojada y del sujetador, le desabroché el pantalón y jadeó, cerró los ojos con mis caricias y sonreí, y justo en ese momento me pregunté cómo había podido estar tanto tiempo sin ella.

—Abre los ojos —dije con la voz pesada—. Me gusta que me mires.

—Y a mí me gusta mirarte.

Se dio la vuelta, volvimos a besarnos y ya no paramos de hacerlo más que para quitarme la camiseta. Nos desnudamos entre caricias y descubrimos a dos desconocidos que encajaban a la perfección. Su cuerpo había cambiado, la delgadez de la que siempre había presumido había dejado paso a una sucesión de maravillosas curvas por las que mis manos vagaban sin freno. Tenía los pechos más llenos y los pezones más sensibles, comprobé varias veces su reacción al tocarlos y respondió con entrega. Cuando rocé su sexo con mis dedos, gritó de placer.

—¡Tyler!

Mi nombre en sus labios fue como un afrodisíaco. Mi erección se hizo insoportable. No iba a poder aguantar demasiados preliminares y Alice tampoco.

—Necesito mi cartera —musité entre besos, pero ella estaba muy entretenida haciendo magia

conmigo. Me reí y la dejé hacer un poco más, solo un poco... más—. Alice, tengo que... la cartera, necesito un segundo.

La encontré en el montón de ropa que había a nuestros pies y extraje un preservativo que me puse sin espera. Retomé las caricias y los besos con efusividad y la insté a que me rodeara la cintura con las piernas.

Estaba tan húmeda que por poco pierdo el control en la primera embestida. Ataqué su boca y me hundí en ella con un rugido. Gritó mi nombre una vez más y pensé que me moriría de gusto. El espejo se tambaleó cuando su espalda chocó contra él y el ruido de las acometidas se unió al latir de dos corazones que sonaban como uno. Recorrí su clavícula con la lengua, succioné en el cuello y dejé que mis dientes presionaran hasta que una leve rojez apareció en su piel.

Las contracciones de su sexo estrangulando el mío me incitaron a ir más rápido. Fui duro con ella porque así me lo pedía su cuerpo, aunque mis manos no dejaron de acariciarla como si estuviera a punto de romperse. Le susurré al oído cuánto placer me daba follármela de esa manera. Y fui un idiota, porque mientras ella se corría y me llevaba de la mano a lo más alto, algo en mi interior cambió y supe que me traería problemas.

Porque Alice era la más adictiva de las drogas.

Porque Alice se te metía bajo la piel.

Porque Alice me rompió en mil pedazos y no estaba preparado para romperme otra vez.

No había hecho más que salir de ella y ya la deseaba de nuevo. Le temblaron las piernas al apartarse de mí, pero no se mostró pudorosa. Al contrario, la vi caminar desnuda hasta el dormitorio y se me llenó la boca de hambre de ella.

—Si necesitas usar el cuarto de baño, está a tu derecha —me indicó.

Parpadeé un par de veces y dejé de mirarle el culo. Corría el riesgo de convertirse en mi nueva obsesión. Me distraje echando un vistazo rápido al apartamento y me resultó un poco impersonal. Aún había cajas apiladas en varios rincones del salón. Era bonito, funcional, abierto, con amplios ventanales que debían dar mucha luz por el día, pero faltaba calidez; faltaba la esencia de Alice en cada detalle.

Tras unos minutos en el baño, regresé al *office* y la encontré envuelta en una bata de algodón que se había anudado a la cintura. No me dirigió ni una mirada. Tenía la expresión seria y, aunque sus movimientos eran seguros, se podía oler su nerviosismo. Abrió la nevera, sacó un paquete de pan de sándwich y una botella de vino blanco que estaba a la mitad.

—Ven aquí —le pedí desde el mostrador de desayuno.

Mi erección volvió a doler. Se sirvió una copa con tranquilidad, sin apartar sus ojos de los míos, y se tomó su tiempo. Cuando se detuvo frente a mí, alargué la mano y deshice el nudo que cerraba la bata. Nunca me habían gustado las barreras.

—¿Te he hecho daño? —Me fijé en la marca rosácea que tenía en el cuello y la acaricié con la yema de los dedos.

—No, estoy bien. —Se mordió el labio inferior y pasó el pulgar sobre la marca de sus dientes.

Ella sacó la lengua y lo chupó—. ¿Quieres beber algo? Te ofrecería quedarte a cenar, pero solo hay...

—Tengo todo lo que necesito.

Le rocé el pecho y su pezón se convirtió de nuevo en un guijarro sonrosado. Sonreí, seductor, porque ella quería mostrarse serena y confiada, pero su cuerpo la delataba a la menor de mis atenciones. La besé en los labios y luego en ese delicioso punto que mis dedos habían endurecido.

—Puedo preparar un poco de pasta... —jadeó.

—Hmmm, no me apetece pasta —le respondí. Lo que quería lo tenía en la boca en ese momento y me di el lujo de morderlo.

Enredó los dedos en el pelo de mi nuca y tiró de él como respuesta al placer.

Avancé y Alice retrocedió. Sonreí de medio lado y ella me imitó. Al toparse con la mesa del salón dio un respingo y aproveché para cogerla de la cintura. La aupé con brusquedad y le abrí las piernas. Su olor se mezcló con el del sexo y mi boca se hizo agua a escasas pulgadas de la suya.

—Hora de cenar —murmuré.

Y ella se recostó contra la superficie de cristal, en claro ofrecimiento.

Cuando abrí los ojos a las cinco de la mañana no sabía dónde estaba. No era mi casa, no era mi cama y el intenso olor de ambientador me estaba provocando un fuerte dolor de cabeza.

Y entonces la vi.

Dormía boca abajo, desnuda, despeinada, sensual. Le aparté un poco el pelo y deseé recrearme en un beso largo. La noche había sido increíble y a los dos nos quedaban ganas para rato, pero en algún momento entre follar a la desesperada y susurrarnos deseos eróticos al oído, debí de quedarme dormido. Demasiados turnos dobles como para aguantar una madrugada de sexo.

«Y vaya sexo», pensé, complacido.

Sin embargo, después del placer llegaban las dudas. No sabía bien en qué punto nos dejaba lo que había pasado, no tenía ni idea de qué esperaba ella. ¿Una relación? ¿Un polvo de vez en cuando? ¿Una distracción mientras conocía a otro hombre más carismático, con más dinero y mejor posición?

Me agobié y aproveché que se daba la vuelta para levantarme.

—¿Te vas? —me preguntó soñolienta. Se aferró a la sábana que tenía a los pies y se sentó con las rodillas contra el pecho. Asentí mientras me ponía la camiseta—. ¿Sin despedirte siquiera?

—No quería despertarte.

—Me gusta que me despierten.

—Tengo que ir a por la moto —me justifiqué. Necesitaba aclararme antes de estropearlo todo.

Chasquéo la lengua en un gesto de rendición y se levantó. Dejó caer la sábana y se acercó a mí con todo el descaro del mundo y un brillo perverso en los ojos. Ni que decir tiene el efecto que su imagen tuvo en mí. Apreté la mandíbula y respiré con dificultad.

—Puedes irte cuando quieras —me susurró de pasada.



La seguí hasta la cocina y, cuando la luz de la nevera iluminó su desnudez, tuve que reconocer que marcharme sería comportarme como un cobarde. Si tenía dudas, debía solucionarlas porque, cuando saliera por la puerta, ya no encontraría mejor momento.

Cogí la bata que aún estaba en el suelo y se la eché por los hombros. Encontré mi propio olor en su piel cuando le besé el hombro desnudo y la rodeé con los brazos, incapaz de tener las manos quietas.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé —respondió—, pero ¿tiene que ser ahora?

—Sí, ahora. —La estreché más fuerte y la giré para tenerla de frente—. Cuando me vaya no quiero que haya dudas sobre lo que ha pasado.

—¿Y qué ha pasado, Tyler? —Se revolvió para que le dejara espacio, se acomodó la bata y puso un paso de distancia—. Habla ya.

¿Qué pensaba que le iba a decir para tener ese repentino cambio de humor?

Se llevó una mano a los labios y se mordisqueó la uña del pulgar. Estaba inquieta y en sus ojos había cierto temor. No se fiaba de mí, me lo había dicho y, en parte, tenía sus motivos, no podía culparla. Pero yo también tenía razones para desconfiar y había decidido dejarme llevar. ¡A la mierda lo que pasó hace diez años! ¿Qué más daba ya?

—Te pondré las cosas fáciles —se me adelantó—. Ha estado bien, pero...

—No —la interrumpí—, nada de *peros*, Alice. No me digas que no va a volver a pasar porque sabes que no es verdad.

—No quiero complicaciones ahora mismo. —Le tembló la voz y a mí el corazón. Me aferré a la encimera de mármol para no abrazarla y traté de permanecer calmado. Parecía muy asustada—. Tengo demasiado de qué preocuparme.

—Lo sé. No voy a hacerte daño, Alice. Confía en mí.

—¿Y qué propones? ¿Un polvo rápido cada vez que coincidamos? —preguntó molesta. Acababa de verbalizar mis propias dudas y me alegré de que esa tampoco fuera una opción para ella—. Yo ya no soy así.

Me acerqué al fin y la tomé de la nuca con suavidad. No opuso resistencia ni apartó la mirada. Sus ojos estaban vidriosos y eso me complació más que cualquier otra cosa. Decía la verdad: ya no era así.

Ahora era mejor.

—Tomo nota: nada de polvos rápidos —bromeé—. A partir de ahora nos tomaremos nuestro tiempo.

La besé en los labios lentamente, dispuesto a quedarme con su sabor unas horas más. Me despedí a conciencia, con todos mis sentidos rendidos ante ella, y, cuando los primeros rayos de sol iluminaron su sonrisa, la dejé recostada en la cama, tranquila y satisfecha.

De haber sido un jodido gorila, me hubiera golpeado el pecho con los puños. Cuando cogí la moto me sentía eufórico. Había pasado una de las mejores noches de mi vida y no iba a dejar que

fuera la última.

## 21. Alice

### SABIDURÍA POPULAR

«Fuente de Buckingham, 19:00h», leí de nuevo.

Había perdido la cuenta de las veces que había comprobado el mensaje a lo largo del día. Era la primera vez que Tyler se ponía en contacto conmigo, yo ni siquiera le había dado mi número, y, aunque no supe nada de él en todo el sábado, que el domingo me propusiera una cita me pareció de lo más emocionante.

Hacía tanto tiempo que no me pasaba una cosa así que perdí media mañana en decidir qué me iba a poner. Me avergonzaba, pero estaba ilusionada, asustada, y tan nerviosa que cogí el metro en dirección contraria y no me di cuenta hasta dos paradas después.

Aun así, llegué pronto, tal vez demasiado, y la espera se me hizo eterna. Por eso, cuando solo quedaban cinco minutos para las siete, yo ya estaba que me subía por las ramas de los árboles de la desesperación.

—¿Dónde estás? ¿Dónde demonios te has metido? —murmuré mientras mis ojos lo buscaban entre los turistas.

La fuente, con su espectáculo de luces, era visita obligada en Chicago.

Lo llamé cuando pasaban cinco minutos de la hora, pero nada. Le mandé un mensaje muy preciso, pero nada. Me estaba poniendo de los nervios.

Giré sobre mí misma y, de pronto, me topé con dos rostros conocidos. ¡Oh, no! Megan y su madre aplaudieron emocionadas al verme, como si acabaran de encontrarse con una celebridad.

—¡Dios mío! ¡Alice! —exclamó Margot Gallagher. Me abrazó con fuerza y me besó en las mejillas con una familiaridad entrañable—. ¡Qué coincidencia más maravillosa, hija!

«Hija», me acababa de llamar hija justo en el momento en que Tyler se abría paso por detrás de ellas y frenaba en seco al ver la escena.

¡No, no, no!

Si se hubiera tratado solo de Megan no me hubiera importado tanto que supiera que había algo entre nosotros, pero Margot era otro cantar, y, al parecer, Tyler pensó lo mismo. Retrocedió despacio, paso a paso, y su expresión frustrada me hizo reír. Se pasó las manos por el pelo y me hizo un gesto para que estuviera pendiente del móvil.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Megan, suspicaz. Siguió la dirección de mis ojos y por poco sufro un infarto. Menos mal que Tyler había desaparecido—. ¿No me digas que has venido a ver el espectáculo de la fuente?

—Sí, bueno, yo... estaba en casa aburrida...

¿Y qué iba a decirles? ¿Qué acababa de salir de una reunión en domingo? ¿Qué había quedado con una amiga? ¡Megan era mi única amiga en Chicago! Tampoco podía hablarles de una cita con un hombre. Estoy segura de que madre e hija esperarían conmigo hasta que apareciera, cosa que no haría, y estaría en la misma situación.

Por suerte, mi móvil vibró en la mano y el mensaje de Tyler me sacó del aturdimiento.

—Yo... debería irme ya. Mañana me espera un día duro y...

—No, quédate —renegó Megan—. No tienes nada mejor que hacer.

—Así podrás venir a cenar con nosotras —aplaudí Margot—. ¡Domingo de chicas!

Megan puso los ojos en blanco y empujó un poquito a su madre para que no se perdiera el espectáculo en Grant Park.

—El club de lectura de mamá se ha reunido hoy en Chicago, así que iba a quedarse en casa de Austin a dormir —me explicó—, pero como a mi hermano no le va mucho eso de entretener a nadie con quien no se pueda acostar, y Nick está de guardia esta noche, pues aquí estoy. Vamos a ver la dichosa fuentecita y a cenar. Y tú vas a ser mi salvación.

—Megan, no puedo quedarme...

Me sabía fatal negarme, pero el plan que me aguardaba detrás de los setos del parque me apetecía mucho más.

—Ni se te ocurra decir que no, Alice Jane. —Me apuntó con un dedo y frunció el ceño como... como Tyler. Suspiré—. ¿Sabes qué tipo de novelas lee el club de mamá? —Negué—. ¡Eróticas! De sexo. ¡De mucho sexo! ¿Sabes lo que eso significa? —Volví a negar y me reí con ganas—. Que me tendrá toda la cena hablando de lo bien que se lo montan los personajes y de cosas que una madre no debería contar a una hija. ¡Sé una buena amiga y apiádate de mí, por favor!

Miré hacia el punto donde había visto esconderse a Tyler y gemí con lástima. No podría escapar de ellas sin delatarme.

Teclé un mensaje rápido y recibí el suyo más rápido aún. Estaba frustrado, pero se lo tomó con humor. Escribió algo más acerca de mi vestido y de lo que pensaba hacer la próxima vez que nos viéramos y acabó con un: «Diviértete, preciosa» que me dibujó una sonrisa tonta en los labios.

Cuarenta minutos después, tomamos asiento en el interior de The Berghoff Restaurant y pedimos algunas delicias alemanas marca de la casa. Una música suave amenizaba el salón, la conversación tranquila de los comensales creaba una atmósfera agradable y Margot Gallagher iba ya por la segunda pinta. Tendría que haberme percatado de que no dejaba de observarme con atención. La tercera vez que me pilló echando un vistazo al móvil, me saltó al cuello.

—¿Quién es él? —preguntó con las gafas haciendo equilibrios en la punta de la nariz.

—¿Quién? —Megan miró a su madre y luego a mí.

—¿Quién qué? —disimulé.

—Ahora me dirás que no es un hombre de quien esperas ese mensaje que no llega. —¡Joder! Me sorprendió tanto que por poco escupo la cerveza que tenía en la boca—. Hazle la cena y será tuyo, pequeña Alice. A los hombres se les gana por el estómago y por los genitales.

—¡Mamá! —exclamó Megan—. ¡Deja de beber!

Le apartó la media pinta que aún le quedaba y me miró abochornada. Intenté no reírme, pero fue imposible.

—No sé por qué te enfadas, hija. Es algo natural —dijo un tanto indignada—. Un hombre con la barriga llena es un hombre feliz. Un hombre con los genitales llenos, no tanto.

Solté una carcajada tan fuerte que hasta el camarero sonrió contagiado. Margot Gallagher era tremenda, pero tenía más razón que un santo.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Sí, gracias, madre. No sé qué haríamos sin tus consejos —ironizó Megan—. De verdad, a veces no sé cómo es posible que con esta familia hayamos salido todos mentalmente sanos.

—Bueno, hija, ya sabes el dicho: verga derecha, mujer satisfecha. Eso es así.

Se me saltaron las lágrimas de la risa, incluso Megan se rio. No había nada mejor que la sabiduría popular y, en eso, Margot Gallagher tenía un doctorado.

## *22. Tyler*

### **LAS TRES MUJERES DE MI VIDA**

No diré que no me jodió, porque sí lo hizo. Y mucho. Yo había planificado algo sencillo para el domingo: un paseo que acabaría con un par de perritos en Millennium Park y una noche de sexo en mi apartamento.

Pero una inmensa ternura se apoderó de mí cuando vi a las tres mujeres de mi vida alejarse juntas. Sentí que algo encajaba en un lugar muy profundo que había estado vacío durante mucho tiempo y una sensación de plenitud me llenó el pecho.

Era felicidad, quizá demasiado prematura, quizá irracional, pero felicidad, al fin y al cabo.

Y tenía nombre y apellidos y mi corazón en sus manos.

## 23. *Alice*

### MUJER INFIEL

Llamé a Tyler nada más atravesar la puerta de mi apartamento, pero no pudimos hablar demasiado. Tenía un fuerte dolor de cabeza y hasta su voz sonaba diferente. A la mañana siguiente, encadené una reunión tras otra en KME y a la hora de comer tuve que marcharme a la residencia Nixon a cumplir con mi condena. Cuando logré robarle unos minutos al día para llamarlo, acababa de entrar en el parque y su capitán lo reclamaba.

Esperé paciente a que se pusiera en contacto conmigo el lunes por la noche, pero no ocurrió. Y el martes, tampoco.

—No recuerdo a ese bombero. ¿Seguro que llegué a conocerlo? —dudó Hugh después de que le contara mi aventura con Tyler.

No podía hablar con Megan, aún no. No tenía a nadie con quien desahogarme y la llamada de Hugh me vino de perlas. Él me notó rara, yo le dije que era por un hombre y llevábamos una hora desempolvando recuerdos para que pudiera ubicar a Tyler en nuestras vidas de hacía diez años.

—Estuvo en aquella fiesta en la que tu amigo Harry se atragantó, ¿lo recuerdas?

—¿El que le hizo eso en el estómago para que vomitara? ¿Ese es tu bombero? —Reí por el tono sarcástico que empleó—. Pues podía haber dejado que ese hijo de puta se ahogara un poquito más.

Estaba segura de que ni siquiera le ponía cara. Hugh era malísimo para recordar detalles o personas, sobre todo a aquellas con las que no le interesaba interactuar. Pero no olvidaría a Harry Odd, porque fue quien le arrebató el puesto para formar parte de la candidatura de Trump en las elecciones presidenciales.

—Entonces, tienes una relación con ese tío, ¿no?

—No puedo decir que sea una relación, solo nos hemos acostado una vez —respondí—. Parece que entre su vida y la mía hay un muro que nos impide vernos. En fin... voy a dejar de quejarme ya. —Reí—. Cuéntame tú. No suelo recibir llamadas de un senador todos los días —bromeé.

Hugh se arrancó con los últimos escándalos que circulaban por su entorno de amigos y aquellos instantes de carcajadas me sentaron de maravilla. Sin embargo, sabía que había algo más. Algo serio. Diez años a su lado me habían permitido conocerlo muy bien.

—Vale, querido. Y ahora, vamos al grano. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué me tiene que pasar algo?

—Hugh...

Casi pude escuchar sus pensamientos dándole vueltas en la cabeza como si fuera un carrusel a toda velocidad.

—Ha vuelto —admitió, vencido—. Y, además, estoy enamorado.

Me quedé en silencio. Tenía que procesar la información palabra por palabra y me estaba costando más de lo normal.

Había vuelto. Después de muchos años sin noticias, era duro escuchar esas palabras. Y, por si eso fuera poco, Hugh estaba enamorado. Eso no podía acabar bien.

—Olvida lo primero, no quiero hablar de eso. Centrémonos en lo segundo, por favor.

—De acuerdo. —Lo agradecí en silencio, aunque era una conversación que tendríamos que tener antes o después.

Me quedé callada sin saber qué decir y su risa, tan reconfortante, me llenó los ojos de lágrimas.

—¡Venga! Pregunta lo que quieras, Alice.

—Está bien. ¿De quién estás enamorado? No, no, no quiero saberlo —me arrepentí—. No quiero, de verdad. ¿Es correspondido? Me refiero a si la otra persona...

—Sí. Ese es el problema.

Otro silencio espeso. Dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá y un extraño desasosiego me pesó sobre los hombros. No era una buena noticia. Sentía un profundo afecto por el hombre con el que había compartido mi vida y no quería que lo pasara mal. Pero iba a sufrir mucho. Él lo sabía, por eso me había llamado, y yo no podía decirle lo contrario porque iba a ser así.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté. A lo mejor tenía un plan. Ojalá lo tuviera.

—No lo sé, quería hablar contigo antes de hacer nada. Sé que no he sido un marido ejemplar y que no te he ayudado mucho con lo de tu padre y la empresa, pero, inexplicablemente, sigues siendo mi amiga y la única que puede ayudarme. ¿Qué hago?

—No lo sé, Hugh. —Negué con la cabeza y apreté los labios. No podía hacer nada por él, no sabía qué aconsejarle y el timbre del apartamento me salvó de tener que dar una respuesta más elaborada—. Oye, están llamando a la puerta. ¿Por qué no te doy un toque mañana desde el despacho y hablamos con más calma?

—De acuerdo —se resignó—. Ve a abrir a tu bombero, anda, mujer infiel.

—¡Calla! ¿Por qué crees que es él? Me hubiera avisado antes.

—Si es tan impulsivo como me has contado, no creo que sea de los que manda mensajitos para preguntarte si quieres follarse un rato. Además, ¿quién iba a presentarse sin avisar un miércoles a estas horas? —Había cierta mordacidad en la pregunta y agradecí que al menos no hubiera perdido su toque cínico—. Pásalo bien, cariño, y haz todo lo que yo haría.

Cuando abrí, Tyler estaba apoyado en el pasillo, con su pose más arrolladora y una mirada de las que solo se encuentran bajo las sábanas.



—Me muero de hambre —dijo a modo de saludo.

Una mano voló a mi cintura, la otra se enredó en mi pelo y el choque de nuestros labios fue inminente. Antes de invitarlo a pasar, ya me tenía contra la pared y deslizaba los tirantes de la camiseta en busca de mis pechos.

—Yo también me alegro de verte —susurré en su oído antes de comenzar a quitarle la ropa.

Grité cuando me cogió en volandas para llevarme al sofá. Allí, sus manos me quemaron al arrastrar el pantalón corto por mis caderas y repasó cada pulgada de piel con eróticas caricias que despertaron todos mis anhelos. Se arrodilló entre mis piernas y temblé de expectación. Ningún hombre me había hecho las cosas que Tyler tenía por costumbre y me sonrojé solo de pensar en lo que venía a continuación.

—Vamos a ver qué hay en el menú degustación.

Así empezó todo, con su boca saciada de mí, con mi cuerpo lleno de él, con nuestras manos enlazadas con fuerza y el salón de mi apartamento cargado de electricidad y orgasmos. No sé ni cuántos minutos más tarde, nos dejamos caer en la alfombra, rendidos, sudados, saciados y muertos de hambre.

—Hola —susurró con un beso. Sonrió con descaro porque sabía que lo había hecho bien y me regaló una caricia en la mejilla—. ¿Me has echado de menos estos días?

—Sí, pero lo bueno se hace esperar.

—Desde luego.

Tuvimos otro momento de esos en los que no importaba nada más que lo que se contaban nuestros ojos. Tumbados, desnudos, con los velos del último clímax flotando en el aire, nos miramos de verdad y un dulce vértigo me removió por dentro.

—¿Te encuentras mejor del dolor de cabeza? —Le aparté un mechón de pelo de la frente, como solía hacer él, y me entretuve con las cosquillas que me hacía su sombra de barba en las yemas de los dedos—. Wals me ha dicho esta mañana que sueles tener jaquecas a menudo.

—¿Has hablado con Wals esta mañana? —preguntó, molesto.

Le alisé el ceño fruncido y lo silencié con un beso. No era momento para ponerse tonto por nimiedades como esa. Yo solo estaba preocupada por él y Wals también.

—Tiene que ir mañana por la tarde a KME para enseñarme algunas cosas que Marcus ha descubierto. Me gustaría que vinieras tú también. —No mostró ninguna emoción, pero sé que le complació que lo incluyera en mis planes—. Ahora, responde a mi pregunta.

—Estoy bien —dijo, exasperado, y empezó a vestirse—. Pero estaré mejor cuando hayamos cenado como personas civilizadas. No todo va a ser sexo entre nosotros, princesa. Tú, a la ducha; yo, a la cocina. ¡Andando!

Me ganó del todo con esa simple frase. Me ganó entera.

## 24. Tyler

### ZOOM

El hecho de que mi compañero hubiera encontrado algo importante entre los archivos ocultos de Jefferson Lynch me tenía preocupado, pero fui paciente y evité preguntarle por el caso durante la mañana. Quería esperar, o no, no quería, pero debía hacerlo. Alice había depositado en mí su confianza, me había abierto la puerta a ese mundo suyo que guardaba con tanto recelo, a los problemas con KME, a su papel de directora de una empresa que andaba en la cuerda floja, y mi función solo era sostenerla por si le fallaban las fuerzas.

La noche anterior, mientras cenábamos, me había contado algunas de sus sospechas acerca de las deudas que habían llevado a la compañía a un estado tan precario. Me sorprendió todo lo que había aprendido sobre transportes y logística, la escuché embobado hablar de cifras, de fondos de inversión, de líneas de distribución y de condiciones laborales, como si llevara toda la vida entre conceptos empresariales y burocracia. Sonaba segura, pero también asustada.

—Mi padre cambió el testamento, ¿sabes? —comentó de pronto con la mirada perdida en el plato de ensalada—. Al principio no entendí por qué. El primo Teddy tendría que haber heredado KME, pero el abogado me dijo que hizo un cambio unos meses antes del infarto. Ahora sé que lo hizo porque ya no se fiaba de nadie.

—¿Se lo dijiste a la policía? Si tu padre desconfiaba de su mano derecha tal vez era porque sospechaba de él.

—Lo he pensado, claro. Y sí, se lo conté a la inspectora, pero no creo que el primo Teddy haya sido capaz de chantajear a mi padre.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y adoré el gesto. Parecía tan inocente...

Sin embargo, no vi ni rastro de esa inocencia cuando llegué al despacho junto a Marcus y Wals. Era una mujer fuerte, decidida, que inspiraba respeto y admiración. Las inseguridades las llevaba por dentro; el miedo también.

—No te va a gustar, Alice —la avisó Wals—. Ya sé que nada de esto es agradable, pero creo que este vídeo en concreto es...

—Vamos a verlo. —Directa al grano, como a mí me gustaba—. Sea lo que sea, mi padre ya pagó

por ello.

Era una grabación doméstica y comenzaba con un plano general de una lujosa mansión. Una música de fondo amenizaba las imágenes, que no tenían ningún interés especial. El *zoom* se fue acercando hasta detenerse en uno de los ventanales, donde dos personas parecían moverse en el interior.

—¿Qué es esto? —pregunté al escuchar un jadeo de Alice.

—Es... era mi casa. En Sacramento.

De nuevo, el *zoom* se acercó a ella a través del cristal y la imagen se hizo más clara: Alice y un hombre, que no era su marido, se besaban con desesperación sobre la isla de la cocina. Y un rótulo:

«La hija perfecta. La esposa perfecta».

Un carrusel de fotos antiguas de Alice junto a Hugh Anderson bombardeó la pantalla, fotos de ella sonriendo junto a él, en actos del partido, en el club de campo, saliendo del coche o entrando en su casa, en otra casa. Y, de pronto, un nuevo plano de la mansión, otra ventana, un dormitorio, ella desnuda, otro hombre y un texto:

«Falsa».

Más imágenes, más actuales. Se sucedieron algunos recortes de prensa donde aparecía ella con Hugh. Otros en los que salía sola, en una inauguración, en una fiesta, en un acto benéfico. Y, cuando la pantalla se fundió a negro, cogí la mano de Alice y se la apreté.

Pero rechazó mi contacto. Tenía los ojos fijos en el monitor donde empezaba a dibujarse una silueta entre las sombras. Poco a poco, el objetivo de la cámara fue aclarando la imagen y solté un juramento que me tembló en el pecho. Era Alice cabalgando a un hombre diferente en el sofá. Unos gemidos lujuriosos que no podían ser suyos se mezclaron con la música mientras el maldito *zoom* se acercaba hasta sus pechos para enfocar después su rostro a punto de alcanzar el orgasmo.

«Putá», leí y no quise ver más. Me puse en pie y paseé hasta la ventana del despacho con las manos en la nuca.

Los gemidos subieron de volumen hasta que la pantalla volvió a quedarse en negro y se hizo el silencio.

## 25. *Alice*

### LA PRIMERA VEZ

Me disculpé con ellos con la poca dignidad que me quedaba y vomité en el cuarto de baño. Vomité hasta que no salió nada, pero era tal el asco que sentía que mi cuerpo se convulsionó hasta que unas manos me apartaron el pelo de la cara y me acariciaron la espalda. Cuando los sollozos comenzaron, me abracé a Tyler y lloré sin saber bien si era rabia, miedo o las dos cosas a la vez.

—Sea quien sea, lo vamos a pillar y te juro que le cortaré los huevos —dijo mientras me abrazaba.

Quise creer que sería así y deseé que fuera pronto, porque si ese vídeo estaba en poder de un degenerado, nada le impedía utilizarlo en beneficio propio una vez más. Ignoro cuánto dinero pagó mi padre para que no saliera a la luz, pero ahora sé que se preocupaba por mí. Muchas de nuestras discusiones de los últimos tiempos cobraron sentido. Él quería que me dejara de tonterías, que retomara mi relación con Hugh, que no hiciera estupideces... Y yo creí que solo le interesaba no perder la confianza de Hugh.

—Según la fecha, fue uno de los últimos vídeos que recibió —dijo Marcus.

—Hay más, más antiguos, pero la mayoría son sucesiones de artículos donde apareces tú —añadió Wals—. Suponemos que era una forma de decirle a tu padre que te tenían vigilada.

—Joder... —susurró Tyler.

—Pero... hay un detalle muy interesante que no han tenido en cuenta. —Marcus abrió otra ventana del ordenador con unas capturas del vídeo y señaló la parte inferior de la foto, donde aparecía la fecha y la hora de la grabación—. Si te fijas aquí, hay una franja que nos puede dar una pista sobre la cámara que se usó. No es común.

—Quiero todos los vídeos. Ahora —exigí—. Si la inspectora Jenkins no considera esto suficiente motivo para poner en marcha una investigación...

—Tranquila, ¿vale? —Tyler me obligó a tomar asiento y a respirar con pausa. Estaba acelerada, pero no me di cuenta hasta que me sirvieron un vaso de agua y vi cómo me temblaban las manos—. Iremos ahora mismo a comisaría. Lo solucionarán.

Me dio vergüenza mirarlo a la cara después de lo que había visto en ese vídeo. Solo había tenido relaciones con esos tres hombres mientras estuve separada de Hugh, con nadie más, pero el

montaje estaba hecho de tal manera que me hacía parecer una fulana. Dios mío, si esa grabación salía a la luz destrozaría la carrera política de Hugh. Tenía que hablar con él cuanto antes.

—¿Qué posibilidades hay de que haya sido alguien de KME? —preguntó Wals a nadie en particular. Sacó algunas notas que llevaba apuntadas en una libreta y repasó con el dedo la lista de personal con mayor responsabilidad—. ¿Sabes si tu padre había tenido problemas con algún empleado? ¿Alguien con quien pudiera estar resentido? ¿Alguien que quisiera más poder y se viera limitado por su puesto?

Lo pensé detenidamente una vez más. Le había dado vueltas a esas mismas cuestiones durante días, desde que la inspectora las formuló la primera vez que fui a denunciar las extorsiones, pero entonces yo no conocía bien al personal. Después de un mes, tampoco era una experta, pero me había molestado en conocer a la gente que trabajaba para mí, desde los camioneros con más antigüedad en la empresa, hasta las chicas de la limpieza que siempre me encontraban trabajando hasta bien tarde. Y el resultado me había sorprendido bastante: mi padre era un hombre querido en KME, un hombre que se preocupaba por los suyos y que había hecho por ellos más de lo que cualquier director haría por sus empleados.

—¿Qué hay de ese tal Teddy? —propuso Tyler—. Quizá sea el que más motivos tenga para sacarle a tu padre hasta el último centavo. Al fin y al cabo, iba a heredar y todo se fue a la mierda.

—Pero él no supo que yo dirigiría la empresa hasta que Sanders lo hizo oficial —respondí.

—¿Y Sanders? —quiso saber Wals—. Austin dice que es un capullo arrogante con aires de grandeza que no deja de llevarte la contraria. ¿Crees que la relación con tu padre podía ser tensa?

Me estaba agobiando. Claro que tenía motivos para desconfiar de Sanders, y de Teddy, y de Emma, la de recepción, si me apuraban, pero ¿tenía pruebas? No.

—No sé quién puede ser, no sé si hay motivos o no, si es alguien de dentro o de fuera, no sé nada... Ahora mismo no sé nada. —Tragué las lágrimas y respiré hondo. No iba a solucionar el problema viniéndome abajo—. Voy a llamar a Laura Jenkins.

Después de dos horas, cuando salimos de la comisaría, mi estado de aturdimiento era tal que ni siquiera sabía en qué día vivía. Sé que Tyler volvió a hablar con Wals y con un inspector con el que tenían cierta confianza. Sé que recibió la llamada de Austin y que estuvieron hablando en susurros más de quince minutos. Sé que se contuvo cuando las preguntas de la policía se hicieron repetitivas e innecesarias, y sé que cada vez que me rozaba los dedos por debajo de la mesa, era para infundirme fuerza, toda la que a mí me faltaba.

Subí a la camioneta como una autómatas y me dediqué a ver pasar las luces en silencio, sin prestar atención de hacia dónde nos dirigíamos. Por eso, cuando la *pick up* entró en aquel aparcamiento subterráneo de la avenida Wabash, reaccioné como si me hubieran despertado de golpe de un mal sueño.

—¿Dónde estamos?

—En el garaje de mi edificio. No vas a pasar sola esta noche.

Noté su respuesta tensa y me fijé en la fuerza que empleaba para sujetar el volante.

—Yo... Lo siento —musité—. Siento que hayas tenido que ver esas imágenes horribles. Fui... fui una persona muy irresponsable y ahora esto... —Hundí los hombros y bajé la mirada al regazo—. Lo siento mucho...

—Lo que hicieras en el pasado con otros hombres no es cosa mía, Alice. No pienses en eso ahora. Vamos, estás cansada. —Me ayudó a salir del coche y me rodeó con el brazo para que pudiera recostar el peso sobre él—. Hablaremos mañana. Ahora tienes que dormir.

Austin nos esperaba junto a la puerta del apartamento de Tyler con aspecto de llevar allí un buen rato. La chaqueta del traje estaba tirada en el suelo sobre un maletín, la corbata desanudada y los faldones de la camisa asomaban por la cintura del pantalón. En cuanto salimos del ascensor, se abalanzó sobre mí y me abrazó como un hermano preocupado.

—¿Estás bien? ¿Qué ha dicho la policía? He hablado con un colega que está en la Fiscalía y me ha prometido que va a hacer todo lo posible.

—Joder, Austin, ¿no habíamos quedado en que eso no hacía falta? —se molestó Tyler—. ¿Y no te había dicho que no era necesario que vinieras?

—Quería ver a Alice y hablar con ella.

—¡Pues la llamas por teléfono! —exclamó para mi total desconcierto. ¿Por qué estaba tan enfadado?—. ¿Es que no ves que está cansada?

—Gracias, Tyler, pero no necesito que hables por mí —intervine. Le dediqué una sonrisa a Austin y lo besé en la mejilla en agradecimiento por su preocupación—. Estoy bien, cansada, desde luego, pero bien.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Necesita que te largues de una vez. Y yo también —masculló Tyler lo suficientemente alto para que lo oyéramos.

—¡Tyler! —protesté.

—No te preocupes, Alice —dijo Austin. No se molestó, pero tampoco se apartó de mí. Al contrario, vi en sus ojos el placer de incordiar a su hermano con su manera de tocarme—. Este idiota suele ponerse en evidencia cuando más tenso está. Es su forma de decir que no le gusta compartir lo que quiere solo para él.

Me hizo gracia el comentario, pero no la reacción de Tyler: dio media vuelta y se metió en lo que parecía un cuarto de baño.

Cuando salió, minutos después, estaba más calmado, pero no se unió a nosotros. Se parapetó tras la barra de la cocina y comenzó a abrir y a cerrar armarios. Parecía estar preparando algo de cena, pero en realidad solo buscaba una forma de ocupar el tiempo hasta que su hermano se largara.

Austin me dio un reconfortante abrazo antes de marcharse. A Tyler le dedicó una mirada conformista y levantó la mano para despedirse de él, pero ni caso. Esa actitud de mierda me enfadó y, en cuanto estuvimos a solas, lo enfrenté con mi peor mal genio.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? ¿Por qué has tratado así a tu hermano? ¡Es tu hermano, Tyler!

—¡Ya lo sé, joder! —Cerró de golpe la puerta de un armario y se llevó las manos a la cabeza. Él también estaba agotado y se me estremeció el corazón. Me acerqué para abrazarlo por la espalda y lo besé entre los omóplatos—. Ha sido un día duro.

—Lo sé, pero él solo quería...

—Ya sé lo que quería. ¡Todos quieren lo mismo, Alice! —se quejó—. ¿Es que no te das cuenta?

—No te entiendo.

Me aparté de él despacio y esperé una explicación. Continuó dándome la espalda, con las manos contra la encimera de la cocina y la respiración agitada, pero fui paciente. Tenía una ligera idea de cómo funcionaba la mente de Tyler e intuía que, en ese preciso momento, necesitaba espacio para poner en orden sus pensamientos.

—Aprovechan la menor ocasión para ponerte las manos encima —susurró de pronto.

—¿Para ponerme las manos encima? ¿Quiénes?

—Mi hermano, Wals, cualquier tío...

—Eso no es cierto. —Bufó en desacuerdo y yo... sonreí. Todavía no me había mirado y continué manteniendo la distancia, pero las ganas de meterme entre sus brazos crecieron al detectar lo vulnerable que era—. Solo están preocupados, Tyler. Además, no soy del tipo de ninguno de los dos.

Llamé su atención con mi comentario. Me miró por encima del hombro y se giró muy despacio. La sonrisa de mis labios lo distrajo unos segundos, pero enseguida sacudió la cabeza y regresó el hombre ceñudo. ¿Es que no entendía que estaba haciendo el ridículo con sus absurdas suposiciones?

—María, mi asistente, y Wals... ya sabes.

—No, no sé.

—¡Pues que se están viendo! Hace semanas que quedan. Imagino que Wals no te ha contado nada, claro.

—Es evidente que no.

—Pues pregúntale. —Le guiñé un ojo y me acerqué poco a poco hasta estar tan cerca como para ver el arrepentimiento ganar terreno a los celos. Apoyé las manos en su pecho, pero el muy tonto ni se inmutó—. En cuanto a Austin, tiene un lío importante con una preciosa camarera. Creo que se llama Lydia y también creo que va en serio.

—¿Cómo es que tú sabes todo eso y yo no? —preguntó con voz grave.

—No tienes por qué saberlo todo... —Le puse un dedo en los labios para que me dejara terminar—, solo tienes que saber que no hay nadie más. La próxima vez que dudes, pregúntame.

Sus manos acariciaron mis caderas y cerré los ojos. Apoyó su frente en la mía y se le escapó un suspiro de cansancio.

—¿Cómo puedes seguir aquí después de que me haya comportado como un imbécil?

—Es cuestión de gustos —respondí muy cerca de sus labios—. No querría estar en ningún otro sitio, ni con ninguna otra persona.

Esa noche hicimos el amor por primera vez. Sí, fue la primera vez que nos desnudamos sin urgencia, que no hubo prisa por satisfacer necesidades inmediatas, que nos tomamos tiempo en mirarnos, en tocarnos, en descubrirnos. Aprendimos de los gemidos y nos provocamos con deseo; fuimos cautos con las palabras, pero intensos con los sentimientos; entregué mi cuerpo al suyo y Tyler me dio el cielo mientras nuestros dedos se entrelazaban.

Las emociones me sobrepasaron y lloré con el clímax. Su boca se bebió mis lágrimas, sus manos aliviaron mi piel encendida y su voz arrulló mi corazón hasta que ambos estuvimos en calma.

Fue nuestra primera vez de verdad y deseé que nunca acabara. Deseé un *siempre* y un *todo*.

—¿Cómo te hiciste esto? —Repasé con un dedo la cicatriz que tenía a la altura del apéndice, muy cerca de su miembro en reposo, y dio un respingo por lo insólito de la caricia. Atrapó mi mano, pero no la retiró—. Parece que fue un corte muy feo.

—Lo fue —respondió. Jugueté con mis dedos y se los llevó a los labios para besarlos uno por uno—. El año pasado hice un viaje a España con algunos de los chicos de la 13 y de la 27. Éramos parte de un programa formativo para bomberos, un intercambio de experiencias. Hubo un aviso de incendio y cuando llegamos había un policía intentando rescatar a un niño de un piso a punto de saltar por los aires. Saqué al pequeño, pero hubo una explosión justo cuando intentaba ayudar al policía a pasar de un balcón a otro. Me clave un trozo de hierro de la barandilla.

—¿En serio? —pregunté asombrada. Tyler asintió—. ¿Y el otro?

—Nada, un rasguño sin importancia. Creo que estaba más acojonado por la reacción de su novia cuando lo viera herido. —Rio, y me supo a gloria escuchar su forma desinhibida de contarme qué pasó—. Un buen tío este Víctor Medina, y buen profesional, temerario, pero de los buenos.

Hablamos un rato más como si ninguno de los dos estuviera muerto de agotamiento. Las ganas de conocernos mejor eran más fuertes

Me contó cómo fue saber que su hermana quería ser bombera y cuánto se opuso. También cómo se sintió cuando tuvo aquel accidente que por poco la deja incapacitada de por vida.

Hablamos de mis padres y de los suyos, nos reímos con algunas ocurrencias de Margot, recordé momentos maravillosos junto a mi madre y me refugié en Tyler cuando la nostalgia me entrecortó la voz.

Bostecé varias veces mientras él hacía memoria acerca de algo relacionado con su adolescencia, salió a colación el nombre de una antigua exnovia del instituto y, envuelta en esa íntima comodidad que se había creado en el dormitorio, me vino una pregunta a los labios.

—¿Has estado enamorado alguna vez, Tyler Gallagher?

—Hace mucho tiempo. —Un deje de tristeza tiñó sus palabras y el agradable cuerpo en el que estaba recostada se tensó—. Diez años, más o menos.

Estaba segura de que no me iba a gustar la historia, pero no pude evitar querer saber más. Si el corazón que latía bajo mi oreja estaba dolido, quizá fuera necesario que yo le pusiera una tirita.



—¿Y qué fue de ella? ¿Qué pasó?

—No lo sé. Dímelo tú.

## 26. Tyler

### DIJISTE QUE SÍ

—¿Te enamoraste de mí? —Se sentó en la cama y supe que ya no pegaríamos ojo—. Hace diez años... ¿era yo?

—Déjalo. Vamos a dormir. —La sonrisa que bailaba en sus labios no me hizo la menor gracia. Para mí era un tema espinoso y no sé por qué demonios lo saqué a flote en aquel momento.

—Contéstame, hombre gruñón. No puedes decirme algo así y esperar que me quede callada. —Se subió a horcajadas sobre mí y me obligó a mirarla. Resplandecía como una jodida estrella—. ¿Te enamoraste de mí hace diez años?

«Me enamoraría de ti cada día», pensé.

—Sí, fui así de tonto —reconocí—. Fue evidente que tú no.

No le gustó el tono de mi respuesta, pero es que no estaba yo para muchos juegos. Alice se dio cuenta de inmediato, se retiró a un lado y cubrió su cuerpo con la sábana.

Es posible que llevara diez años esperando esta conversación.

—Tienes razón: yo no. Pero si alguien fue una tonta por aquel entonces fui yo. Que no te quepa la menor duda —dijo en un susurro—. Deseaba con todas mis fuerzas largarme de Chicago y Hugh me ofreció la vida con la que siempre había soñado. ¿Quién necesitaba amor cuando tenía todo lo demás?

—¿No querías a Hugh? —pregunté a riesgo de recibir una respuesta dolorosa.

—Al principio creo que sí lo quise. —Se encogió de hombros—. Hugh era un tío carismático, encantador y con dinero. Supongo que era mi tipo ideal por aquel entonces.

—Y yo no, claro.

—Yo siempre pensé que lo nuestro era solo diversión, Tyler —me explicó—. Ni siquiera tuvimos una cita en condiciones.

—¡Porque tú nunca podías! —le reproché enfadado.

—¡Ni tú, Tyler! —exclamó. Se llevó una mano a la frente e intentó mostrarse calmada—. El trabajo era tu prioridad. Yo no podía competir con eso, ni quería hacerlo. A mí me interesaba más ir a visitarte de imprevisto, montárnoslo en cualquier lugar del parque, sorprenderte en tu casa, que me metieras mano en la moto o que aparecieras cuando yo te llamaba. No me importaba lo

demás y a ti tampoco.

—¿No? ¿Eso crees? —Por el amor de Dios, ¿tan ciega había estado?—. Cuando MC dijo que te habías comprometido casi me vuelvo loco, ¿o es que no te acuerdas? ¿No te acuerdas de la discusión que tuvimos? ¡Llevábamos tres jodidos meses viéndonos y no mencionaste ni una sola vez que tenías novio! ¡Ni que pensabas casarte! ¡Coño, Alice, tres meses! ¡Tres putos meses!

—Vamos a calmarnos, ¿quieres? Lo que menos necesito esta noche es una discusión así. —Se puso la ropa interior y mi camiseta, pero no se alejó de la cama. Se abrazó a la almohada como si fuera un escudo y suspiró profundo—. Lo hice mal, Tyler. Lo hice muy mal, lo reconozco. Pero tú sabías cómo era, sabías lo que quería y me diste a elegir: Hugh o tú.

—Y elegiste a Hugh.

—¡Sí! Era lo que yo quería. —Por mucho que hubiera pasado el tiempo, seguía doliendo. Alice tenía el don de hacer malabares con mi corazón y mis pelotas—. Luego, apareciste en la fiesta de fin de año. Sí, yo te invité, quería verte, quería volver a tenerte. Y tú viniste. Pero yo ya había decidido que me iba.

—Se te olvidó comentar ese detalle mientras follábamos en el dormitorio de tus futuros suegros.

—¿Por qué tenía que hacer eso? ¡Tú lo has dicho, solo follábamos, Tyler! —se exasperó—. Deja de hacerte el ofendido como si...

—¿Como si te hubiera pedido que te casaras conmigo? —Abrió los ojos sorprendida y me miró con la duda pintada en la cara. Era increíble con qué facilidad olvidaba algunas cosas del pasado—. Te pedí que te casaras conmigo aquella noche y dijiste que sí.

—¡No! ¿Qué coño estás diciendo?

¿A qué estaba jugando? ¿Tanto le costaba reconocer que lo hizo?

—Da igual, Alice. Ya da lo mismo. —Necesitaba salir de la habitación, tomar distancia y pensar con claridad. La conversación se nos había ido de las manos y estaba demasiado afectado como para razonar con ella—. Puedes dormir en la cama. Yo lo haré en el sofá.

—¡No! ¡Ni se te ocurra, Tyler!

Con una rapidez envidiable, bloqueó la puerta con su cuerpo para impedir que me marchara. Estaba tan bonita con mi camiseta del parque y las piernas desnudas que me dieron ganas de cargarla sobre mi hombro y mostrarle una vez más todo lo que se había perdido en esos diez años. Pero seguía cabreado, demasiado como para pensar en el sexo.

—Aparta. Es tarde.

—No puedes juzgarme por lo que hice en el pasado. —Fui a objetar, pero levantó la mano y me detuvo—. Es posible que no me creas, o que pienses que es una mala excusa, pero aquella noche iba muy pasada, tan pasada que me eché en una colchoneta de la piscina, dentro de la piscina, ya me entiendes. Me pareció buena idea. Estábamos a un grado y yo tenía calor. Pero me dormí, caí al agua y, de no haber sido por dos tíos que estaban fumando hierba en el jardín, me hubiera ahogado.

—Sí, es una mala excusa. —Pero era probable. Yo mismo tomé más de la cuenta aquella noche.

—Llevaba muchas horas de copas antes de la fiesta y me dieron *algo* para poder seguir el ritmo —confesó incómoda—. No me siento muy orgullosa de lo que hice. En realidad, no me siento orgullosa de esa etapa de mi vida.

—Está bien. Lo entiendo. Ahora ve a descansar. Ha sido un día muy largo.

Le di un beso en la frente y la aparté a un lado. No podía quedarme allí con ella, no en ese momento. Vi la decepción en sus ojos y el susurro de su disculpa se me clavó en el alma, pero necesitaba respirar, así que me vestí con lo primero que pillé en el cesto de la ropa limpia y me marché.

No fui demasiado lejos. Me apoyé junto a la puerta del edificio y cerré los ojos. ¿Cómo era posible que la quisiera tanto y, al mismo tiempo, que aún me doliera cómo se comportó diez años atrás? Tenía razón cuando decía que no debía juzgarla por aquellos errores; también la tenía al asegurar que lo nuestro, lo que tuvimos, solo fue sexo, aunque yo me hubiera montado mi maravillosa película en la cabeza. Entonces, ¿por qué estaba tan cabreado?

Era el miedo a que la historia se estuviera repitiendo lo que me nublaba el juicio; era el temor a que lo que había entre nosotros fuera una versión mejorada de lo que hubo, pero, a fin de cuentas, solo una versión más. Era el pánico a confesar que la amaba y no ser correspondido. Era capaz de enfrentarme a cualquier cosa, menos a otro corazón roto.

Regresé al apartamento media hora más tarde con la mente mucho más despejada y las ideas claras. ¿Cuántas veces me había repetido que esta Alice no era la misma del pasado? ¿Cuántas veces me lo había demostrado ella con sus acciones y su forma de enfrentarse a los problemas? ¿Por qué me castigaba con estupideces, cuando había un cuerpo caliente y precioso que necesitaba que yo lo abrazara?

Alice estaba dormida en el sofá cuando entré. Tenía las mejillas húmedas, los labios hinchados y la nariz roja por la congestión de las lágrimas. ¿Cómo era posible que incluso así fuera capaz de detener mis latidos? Estuve a punto de sentarme en el suelo, delante de ella, y pasar lo que quedaba de noche mirándola dormir. Pero mi cuerpo no se mostró muy de acuerdo con el plan. Llevaba un turno auestas, muchas emociones fuertes en una noche y el cansancio me cerraba los ojos en cuanto me quedaba quieto demasiado tiempo.

—Alice —le susurré al oído. Le acaricé la mejilla con mis labios y el olor de su piel se me quedó adherido en ellos—. Alice, vamos a la cama.

No se despertó, era lógico. Había sido una noche infernal y se había rendido. Bien, nos rendiríamos juntos. La cogí con cuidado y la llevé a la cama, a mi cama.

Me dormí abrazado a ella y desperté en medio de un revoltijo de almohadas, sin Alice. En el reloj de la mesilla ponía que eran las nueve de la mañana, pero por lo agotado que estaba bien podían haber sido las seis. Tanteé el colchón bajo la sábana y no la encontré, pero su olor estaba allí y su ropa seguía tirada en un rincón de la habitación. Muy lejos no había podido ir.

—¿Alice?

Oí el inconfundible sonido de las cañerías al abrir el grifo de la cocina y el de la bisagra del

armario donde guardaba el café. Este apartamento no tenía nada que ver con el que ella conoció en Englewood, pero cuando abrí la puerta del dormitorio y la vi, tuve la sensación de que era su lugar, de que encajaba a la perfección.

Hasta que no se cambió el teléfono de un hombre a otro no me di cuenta de que estaba hablando con alguien. Debí retroceder y dejarle intimidad, pero me quedé inmóvil, la observé ir y venir por la cocina, y, cuando descubrí con quien mantenía una conversación en voz baja, maldije para mis adentros.

—Sí, sí, ya lo he puesto en manos de la policía de Chicago y sí, lo van a investigar, pero no puedo prometerle nada. —Fingió que se daba un cabezazo contra la pared y se llevó el puño a los labios—. Solo te estoy avisando.

Dejó el móvil sobre la encimera y conectó el altavoz. No tenía demasiado volumen, pero la respuesta de aquel idiota se escuchó con claridad.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo ha podido pasar algo así? —preguntó con un tono exasperado, como si la culpa fuera de Alice—. Tu padre nunca dijo nada. Yo hablaba con él cada semana y nunca... ¡Esto no puede estar pasando!

—No tiene por qué trascender. Si no lo ha hecho ya...

—¿Y si quien sea decide continuar rascando pasta y lo usa contra ti? ¿Qué harás entonces?

—No va a pasar, ¿me oyes? Deja de dramatizar, Hugh —lo amonestó—. Además, si es alguien de dentro de la empresa ya sabrá que estoy sin blanca.

—¡Ja! Lo que sabrá es que has vendido todas tus propiedades y que estás forrada. No seas inocente, Alice, por favor. —Hugh se quedó unos segundos en silencio y luego se aclaró la garganta—. ¿Y si vuelves a Sacramento una temporada? Que nos vean juntos, que nos vean felices. En realidad, nada ha cambiado entre nosotros hasta que lo del divorcio salga a la luz. Yo te quiero, tú me quieres, podemos salir adelante y, si el vídeo ve la luz, siempre podemos decir que ha sido un montaje barato y que no tiene fundamento porque somos la pareja perfecta.

¡¿Qué?! No, no, no, ni hablar. Apreté los puños, me mordí los labios, estaba a punto de intervenir para poner fin a aquella locura cuando vi el rostro de Alice y se me paró el corazón. Se lo estaba pensando, escuchaba con atención la idea de su exmarido, había pesar en su expresión y titubeó antes de responder.

—Sabes que esa no es la solución, ni a tus problemas ni a los míos. No sería justo para ninguno de los dos.

—Empiezo a sentirme muy cansado.

—Lo sé.

Me delaté al cambiar el peso de un pie a otro y Alice me miró como si la hubiera pillado en falta.

—Ya hablaremos, ¿vale? —pronunció en voz alta y clara. Luego colgó—. ¿Estabas escuchando?

—Hice un gesto con la cabeza para indicarle que sí—. Era Hugh. Tenía que contarle lo del vídeo.

—¿Y?

—Y nada. No le ha hecho gracia, pero es lo que hay.

Parecía incómoda, yo también lo estaba. Después de la conversación que habíamos tenido la noche anterior, que Hugh Anderson siguiera tan activo en su vida no me gustaba demasiado. Pero yo no tenía la exclusividad de Alice, era algo que se me olvidaba con demasiada frecuencia.

—Veo que has encontrado el café —señalé para relajar el ambiente.

La besé en la sien y recorrí su cintura con mis manos solo de pasada. Se le encogió el abdomen y se quedó muy quieta. Creo que esperaba algún comentario más acerca de su conversación, y lo hubiera hecho en otro tiempo, pero ya no. Me gustaba tenerla allí y lo hubiera estropeado todo metiéndome en sus asuntos.

—Me gusta mucho este piso —dijo mientras continuaba con los zumos que estaba preparando—. Es bonito. Más que el de Englewood. Y queda muy cerca del parque.

—Y de tu apartamento. —Me tendió el café y nos miramos unos segundos. Estaba tan bonita... La tomé de la cintura y la acerqué a mí con cuidado—. ¿Estamos bien, Alice? ¿Tú y yo?

—Estamos bien.

—¿Y me lo dirás cuando no sea así? No quiero sorpresas.

—No habrá sorpresas. Te lo prometo.

## 27. *Alice*

### SOÑANDO DESPIERTA

Hugh montó en cólera después de recibir la visita de la policía en su domicilio de Sacramento ese mismo fin de semana. No lo habían declarado sospechoso de manera oficial, pero para la inspectora Jenkins se había perfilado como el hilo por el que empezar a tirar. Conocía los puntos débiles de mi padre, tenía acceso a la propiedad en la que se había grabado el vídeo, sabía dónde podía encontrarme y con quién, conocía mis infidelidades y necesitaba dinero para su campaña. ¿Podría encajar? Por supuesto. ¿Lo creía capaz? En absoluto.

El tiempo nos había dado la oportunidad de conocernos bien, nos habíamos hecho amigos, tenía toda mi confianza depositada en él del mismo modo que yo era custodia de la suya, y eso era difícil de destruir. Él no usaría mis infidelidades durante el matrimonio para lograr sus propósitos pues eso, al final, acabaría manchando también su imagen.

Mi exmarido no era un santo, ni se parecía lo más mínimo al hombre íntegro que daba mítines y apostaba por valores familiares tradicionales como base moral. Hugh Anderson tenía tantas sombras como el más común de los mortales y había tenido la inmensa suerte de encontrar a una persona como yo. No pretendo echarme flores, ni presumir de santurrón, pero yo jamás hubiera usado sus debilidades para perjudicarlo, pese a lo difícil que fue descubrir de repente algunos de sus secretos.

Pero él no sería el único que pasaría por el filtro de la policía. El primo Teddy, Sanders y McAllyster serían los siguientes, y algo me decía que en aquel trío de ases por el que mi padre sentía especial devoción se encontraba la solución a todos mis problemas.

—Alice —me llamó María desde la puerta—, Bret McAllyster ha aplazado la reunión de esta tarde a mañana, Sanders ha enviado los documentos que le has pedido a primera hora y tienes a Megan Gallagher por la línea dos.

Me quité las gafas y me froté el puente de la nariz. «Megan, uff», pensé. Hacía días que tenía que haberla llamado, más o menos desde que empecé a acostarme con su hermano, pero me daba tanta vergüenza contarle algo así...

—Alice al habla —dije con una sonrisa.

—¿Con Tyler? ¿Te has liado con Tyler? —preguntó sin perder ni un segundo.

Me sentí como cuando mi madre me pillaba haciendo alguna travesura y deseé haber postergado la llamada un poco más.

—Pues... sí —admití—. Tu hermano y yo...

—*Tu hermano y yo...* —me imitó con voz soñadora—. ¡Ay, Dios mío, Alice! ¿Tu hermano y yo? ¿Estáis juntos? He perdido veinte dólares en una apuesta con Austin, pero no sabes cuánto me alegro.

—Me hubiera gustado que te enteraras por mí o por Tyler. Te prometo que iba a contártelo, pero ha sido un fin de semana de mucho trabajo. Recuérdame que le dé una patada en el culo a Austin la próxima vez que lo vea.

—Sí, sí, dale lo que quieras, pero ahora cuéntame cómo ha sido porque no lo entiendo. Parecía odiarte después de lo que pasó en la tienda de café, y esa forma de comportarse en casa de mis padres... ¿Cuándo sucedió?

Le conté a grandes rasgos qué había pasado y los antecedentes que teníamos. Le pedí un millón de veces que no comentara nada con su madre, que aún era demasiado pronto y un poco violento, pero no pudo prométermelo. No había nacido un Gallagher capaz de ocultarle una cosa así a Margot.

—Mi madre estará encantada de tenerte en la familia —dijo, conmovida—. Creo que había perdido la esperanza de ver a Tyler feliz al lado de una buena chica y se alegrará de que seas tú.

Megan despertó una extraña mezcla de emociones y, cuando colgué, fue como si las hubiera dejado todas flotando a mi alrededor. La conversación había sido divertida y el cariño que se desprendía de cada una de sus palabras era como un bálsamo para mí. Pero que la relación viera la luz me daba miedo. ¿Qué pasaría si las cosas con Tyler no funcionaban? Austin se había convertido en un apoyo fundamental, Thomas me mandaba mensajes de vez en cuando, se preocupaba por mí, y Megan era mi única amiga en la ciudad. Incluso Philip Wals, que se había mostrado receloso al principio, ahora me miraba con admiración y orgullo. El mundo de Tyler me había engullido por completo y si algo fallaba entre nosotros todo se iría a la mierda en un abrir y cerrar de ojos.

Y, sin embargo... Algo dentro de mí se hacía más fuerte cuando él estaba cerca, una necesidad, una ilusión, la anticipación de esa mano que me acariciaba la nuca antes de besarme o el abrazo que compartíamos después de hacer el amor. Tenía tantos defectos como yo, era imposible cuando sacaba su lado arrogante, pero me contemplaba como si no hubiera nadie más en el mundo y, aunque pudiera parecer extraño, nunca me habían mirado así.

—¿Otra vez soñando despierta? —me preguntó María. Ni siquiera la había oído entrar.

—Demasiadas preocupaciones —disimulé.

—Austin Gallagher y los dos auditores de Miller&Martin ya están aquí. ¿Los hago pasar?

—Sí, que pasen. —Miré el reloj de sobremesa y me sorprendí de la hora que era ya. Otro día más trabajando hasta las tantas. Daba asco empezar la semana así—. Vete a casa ya, si quieres. No quiero que se te haga tarde.



Austin y la pareja de auditores que estaban escaneando las cuentas de KME venían con artillería pesada que revisar y tuve que reprenderme mentalmente para centrar la atención en aquel incesante goteo de información y datos que, después de una hora, empezaba a marearme.

—No ha sido difícil dar con un punto conflictivo en la gestión de las cuentas, señora Lynch —comentó el auditor con más experiencia—. Cualquiera que hubiera estado un poco pendiente de comprobar los datos...

—Sí, eso lo sé. Vayan al grano, por favor. Es tarde.

Dejé las gafas sobre la mesa y me recosté en el sillón. La luz de mi teléfono parpadeó y un mensaje de Tyler saltó a la pantalla. En veinte minutos estaría en la puerta de las oficinas. Austin me podría haber acercado, pero tenía tantas ganas de uno de sus besos...

—¿Hay algo con lo que podamos empezar a trabajar legalmente? —pregunté.

—Hay algunas cosas, desde luego. No hemos terminado todavía, pero hemos pensado que sería interesante que le echara un vistazo a este informe de ciertas cuentas de *marketing*.

Lo leí en silencio, concentrada en cada palabra, y luego se lo pasé a Austin. Mentiría si dijera que me sorprendió lo que vi. No sé si fue porque estaba cansada o porque, en el fondo, ya conocía lo que estaba pasando en algunos departamentos de mi empresa. Ahora ya tenía pruebas para exigir responsabilidades.

El martes, a primera hora, después de una noche sin pegar ojo buscando la forma más correcta de enfrentarme al problema que habían detectado los auditores, quise reunir a la cúpula de KME, pero fue imposible. Rob Sanders estaba en Nueva York cerrando el acuerdo con un nuevo cliente y el primo Teddy no había aparecido por su despacho en todo el día.

—Alice, ¿querías ver al señor McAllyster? —me preguntó mi asistente—. Está esperando fuera con la gente de su equipo.

—Sí, que pasen. Y localiza al señor Russell. Dile que quiero hablar con él a la hora de la comida.

Bret McAllyster y dos chicas más de finanzas se presentaron para la revisión de las cuentas del último trimestre. Habían pasado ya tres meses desde que cogí las riendas de KME y, tras el aporte de dos millones y medio de dólares de la venta de mi casa en Sacramento, la situación parecía haberse estabilizado. Trabajábamos duro, habíamos recuperado un cinco por ciento de los contratos que se perdieron cuando comenzó el declive, Sanders se estaba dejando la piel en los juzgados y, pese a que continuaba siendo un idiota, su esfuerzo estaba dando buenos resultados: había logrado que más de la mitad de las empresas que debían dinero a KME saldaran sus deudas de una vez. ¿Por qué nadie había hecho eso antes?

—Hemos incrementado un treinta y dos por ciento los beneficios en el último mes —me explicó Lamy Griffin, una de las responsables de facturación que trabajaba con Bret—. La negociación con el proveedor de combustible fue excelente y el ahorro se ha notado en este índice que ves aquí. —Señaló un punto en uno de los gráficos que había sobre la mesa y sonrió satisfecha.

Yo también lo estaba. Tenía un buen equipo, a pesar de que mi director financiero estaba más pendiente de su teléfono móvil que de la reunión. Tenía un aspecto deplorable y tomé nota mental de hablar con él más tarde.

—Tenemos varios puntos importantes que tratar sobre la inversión que KME hace en determinadas materias, Alice —intervino Veronica Parker. Era increíble lo competente que resultaba esa chica. Teddy la había puesto a cargo del área de inversiones y había sido la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo—. Me preocupa bastante que se esté perdiendo parte de ese capital en acciones que no nos proporcionan más que dolores de cabeza.

—¿Qué acciones? —preguntó Bret de regreso a la conversación.

—*Marketing*, por ejemplo —respondió ella. Extrajo varios documentos y los dejó sobre la mesa para que todos pudiéramos ver a qué se refería—. Los números son difusos.

—Eso déjame a mí —dije de inmediato.

Ya estaba al corriente de ese asunto y me sentí muy satisfecha al ver que alguien más se había percatado del problema. Solo había que saber mirar, pero, al parecer, nadie se había molestado en hacerlo.

—Por otro lado —continuó Veronica—, deberíamos revisar las alianzas que el señor Lynch estableció en su día con algunas empresas de la costa oeste. Se rumorea que Fewstar Transporting está a punto de entrar en suspensión de pagos y LogiTrans ha sido absorbida por una multinacional extranjera.

—Bien, ocúpate del tema —le pedí y, dado que era el último punto del orden del día, terminé la reunión con un cálido apretón de manos—. Estáis haciendo un trabajo maravilloso.

Las sonrisas de ambas chicas me reconfortaron, eran sinceras y contenían ese brillo de emoción que se despierta cuando te reconocen los esfuerzos. Bret, por el contrario, se mostró algo distante y lo retuve unos minutos más. Me preocupaba.

—Sé lo que vas a decir y lo siento, Alice, de verdad —se excusó en cuanto abrí la boca—. El divorcio me tiene de los nervios.

—Lo entiendo, Bret. Sé que estás atravesando una situación complicada, pero no puedes seguir así. Te necesito. —Asintió—. KME está en un momento clave. Si no conseguimos remontar tendré que tomar medidas que no van a gustar a nadie. Te quiero con los cinco sentidos puestos en las cuentas de la empresa.

—Está bien, está bien. No te preocupes, ¿de acuerdo?

Claro que me preocupaba. Si no fuera por el aprecio que le tenía mi padre y porque tendría que pagarle un montón de dinero por una jubilación anticipada, Bret McAllyster dejaría de ostentar el cargo de director financiero de inmediato. Aun así, lamenté que se fuera cabizbajo.

—María, ¿has podido localizar al señor Russell? —le pregunté a mi asistente después de unos minutos de tranquilidad.

—Emma, de recepción, dice que se ha marchado hace media hora —señaló, cabreada—. Le di personalmente el aviso de que querías hablar con él.

¿Me estaba esquivando? Por supuesto que sí. Pero no podía huir para siempre.

El miércoles por la tarde, cuando ya pensaba que tendría que emitir una orden de busca y captura contra el primo Teddy, se presentó sonriente, con su barriga rechoncha enfundada en una chaqueta demasiado gruesa para esa época del año.

No tenía buen aspecto, parecía demasiado acalorado, demasiado hinchado, demasiado... ¿nervioso? Sí, había cierta inquietud en sus ojos y, a pesar de que intentaba parecer seguro y profesional, no hubiera engañado ni a un ciego.

—¿Querías verme?

—Sí —respondí—. Ayer, Teddy. Quería verte ayer. O esta mañana, ya que estamos. Son las seis de la tarde y llevo todo el día intentando localizarte.

—Tenía asuntos que tratar. Asuntos de la empresa, pequeña Alice.

Ese tono condescendiente y la libertad con la que se paseó por mi despacho me pusieron de peor humor. Debí cortar de raíz toda confianza dentro de KME.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos hace meses acerca de las cuentas de publicidad? ¿Recuerdas lo que hablamos entonces sobre el tema y la advertencia que te hice? —Me miró confundido, pero sabía muy bien a qué me refería—. Explícame por qué hemos encontrado facturas de *marketing* engordadas, por favor. Facturas anteriores y recientes.

Me mantuve firme, con la espalda recta. Los primeros informes de la auditoría donde se reflejaban esas irregularidades en los contratos y el documento que había redactado Verónica Parker me quemaban en las manos, me pedían a gritos que se los lanzara a la cara.

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué facturas? —No sabía disimular. Su rostro congestionado había perdido el color. Le tendí la información y le tembló la mano al cogerla—. Tendremos que hablar con facturación para que den las explicaciones pertinentes.

—Ya lo he hecho, Teddy —dije, misteriosa—. Y también he cotejado las cifras con los responsables de las dos empresas de *marketing* que se hacen cargo de nuestras campañas, de esas campañas que deberían estar funcionando y de las que nadie sabe nada. Dime qué está pasando.

Se removió incómodo en la silla y se aflojó el cuello de la camisa. Le estaba dando la oportunidad de confesar. Si no lo hacía, me vería en la obligación de poner fin a sus servicios en la empresa. No lo había hecho por los mismos motivos por los que mantenía a Bret en su puesto, pero mi paciencia tenía un límite y estaba desbordada.

Había cometido un delito de fraude junto a varios empleados de dos prestigiosas compañías de publicidad de Chicago, que pronto estarían de patitas en la calle. Había supervisado la ejecución de dos importantes contratos, una inversión tremenda, de los que solo se había recibido algo de *merchandising* y folletos publicitarios de KME. Del resto nadie sabía nada y, sin embargo, las facturas se habían abonado y alguien se había embolsado miles de dólares por la cara.

—¿Por qué has hecho una cosa así? ¿Por qué has traicionado la confianza que mi padre depositó en ti, que yo misma deposité en ti?

—¡Solo cogí lo que me pertenecía! —Alcé las cejas sorprendida. No podía dar crédito a una

defensa tan burda, pero dejé que se explicara—. Tu padre me había restringido las primas por los dichosos recortes, pero a otros los tenía nadando en la abundancia. ¡Era un usurero! Me prometió que me tendría en cuenta por permanecer a su lado en una época tan mala, me dijo que recibiría mi recompensa, ¡pero era todo mentira! Me engañó, me hizo creer que yo sería...

—¿Desde cuándo llevas haciendo esto? —quise saber—. ¿Desde cuándo llevas robando a la empresa?

—¡Te digo que yo no estaba robando! ¡Me pertenece! —Golpeó con el puño en la mesa y me asustó. Su cara volvía a estar roja y las gotas de sudor le rodaban por la frente hasta detenerse en los ojos. La camisa le presionaba demasiado la yugular y una vena del cuello parecía a punto de reventarle. Daba miedo, pero también pena—. ¡No me mires así, maldita niña entrometida! ¿Crees que lo sabes todo? ¿Crees que puedes llegar aquí y señalarme como si fueras mi jueza? ¡Tú solo eres una mocosa malcriada jugando en un mundo de hombres!

—Teddy, cálmate. No te estoy juzgando, te estoy dando la oportunidad de que me des una explicación antes de decidir si te vas o te quedas.

—¡No puedes echarme, estúpida! —gritó fuera de sí. Se carcajeó de manera histérica y miró a su alrededor con nerviosismo. Un poco tambaleante, se dirigió al estante donde todavía quedaban archivos de mi padre y extrajo una gruesa carpeta que fue a parar delante de mí con un golpe seco—. Busca ahí. Encontrarás el acuerdo al que llegamos tu padre y yo.

Lo hice, localicé el documento al que se refería y lo leí con detenimiento. No sé qué tipo de acuerdo cerró mi padre con él, pero en aquel papel amarillento no había nada que me impidiera echarlo a la calle. Le pediría a Sanders que le echara un vistazo, pero era tan simple que hasta yo sabía interpretar la situación.

—Aquí solo dice que tu nombramiento como director gerente es inamovible, que existe un compromiso entre mi padre y tú por el que no podrá destituirte ni relegarte a puestos de jerarquía inferior —le señalé—. Pero esto solo es un acuerdo entre vosotros.

—¡Es un acuerdo legal!

—Desde luego, pero yo no soy Jefferson Lynch. Esta empresa es mía ahora y este documento no tiene validez. —Contuvo el aire y vi el huracán de ira que daba vueltas alrededor de él—. Podemos hacer esto por las buenas: tú presentas tu renuncia y yo no emprendo acciones legales.

—¡Esta empresa no sería nada sin mí! —explotó—. Esta empresa debió ser mía y no tuya. ¿Me oyes? ¡Todo iba a ser mío y el muy hijo de puta lo cambió en el último momento! Eres como él, eres escoria, ¡una zorra avariciosa!

—¡Sal de mi despacho ahora mismo! —Señalé la puerta con brusquedad. Estaba temblando—. ¡Largo, ya! Y no vuelvas a poner un pie en este edificio.

—¡No sabes lo que estás haciendo! ¡No tienes ni puta idea de lo que haces, Alice Lynch!

Su enorme corpachón se tambaleó de camino a la puerta y a punto estuvo de arrollar a mi asistente al salir. Grité de frustración y barrí la mesa con el brazo. Estaba tan furiosa que golpeé el ventanal con la mano abierta y ni siquiera sentí dolor.

—¡Quiero que vacíen el despacho de Theodor Russell ya mismo! ¡Todo! Archivadores, *pendrives*, libros de cuentas, dossieres de clientes. Que alguien acceda al ordenador y compruebe qué hay —ordené a María, que me miraba con una mezcla entre compasión y comprensión—. No quiero que salga de este edificio ni un solo papel de KME, ¡ni un puto lápiz! ¿Entendido?

—Daré instrucciones de inmediato.

—A partir de este momento, el señor Russell queda destituido como director gerente de esta compañía —dictaminé con rabia, pero, transcurridos unos minutos, mis pulsaciones se fueron calmando y llegaron las dudas—. Necesito hablar con Sanders urgentemente.

—¿Quieres que intente localizarlo? Ya sabes que está en Nueva York...

No, en realidad no quería hablar con él. Pero tenía que asegurarme de que Teddy no tuviera razón sobre el acuerdo con mi padre. Cuanto antes me aclarara el tema antes podría iniciar el procedimiento legal para que devolviera a la empresa el dinero que había robado.

—¿Es que no voy a tener ni un solo día bueno en esta empresa? ¿Ni uno? —le pregunté a María mientras me presionaba las sienes—. Necesito un respiro o no acabaré el año en mis cabales, te lo juro.

—Vete a casa, Alice —me ordenó María—. He cancelado lo que tenías para esta tarde. No era importante. Date un baño, tómate una copa de vino, lee un libro y distráete. Te irá bien.

Me iría mejor teletransportarme a las Bahamas, pero tendría que conformarme con *Friends* en la tele, tailandés en la mesa y Tyler a mi lado. No era para nada un mal plan.

## 28. Tyler

### LA MISMA PAZ QUE HABÍA EN MI ALMA

Era curioso lo rápido que me había acostumbrado a terminar el día en el sofá junto a Alice, a compartir mi espacio, a invadir el suyo, a ver sus zumos en mi nevera, a sentirla entre sus sábanas de flores, a mi lado, ya fuera revisando documentos hasta las tantas de la madrugada, o desnuda, o dormida. Era curioso porque yo nunca había querido algo así y ahora lo buscaba cada día.

No había sido una buena semana para ella, ni tampoco para mí. Ambos habíamos hecho horas extras en nuestros respectivos centros comunitarios para poder dar por finalizados los servicios a la comunidad en el plazo que había establecido el juez, pero eso nos había quitado tiempo para vernos.

Alice estaba más tensa de lo normal por culpa de la empresa, yo me encontraba inmerso en las pruebas para teniente, y habíamos tenido nuestros más y nuestros menos por culpa de tonterías que nos habían llevado a levantar la voz: un vaso mal puesto, un retraso de última hora, una llamada en medio de la cena o gustos dispares a la hora de elegir qué ver en la televisión. Que cada uno viviera en su propio apartamento tenía sus ventajas, pero, con el paso de los días, esa distancia de quince minutos que había entre su casa y la mía, no hacía más que duplicar las preocupaciones.

—Lo que necesitáis es salir, divertirlos, hacer cosas de pareja —observó Tatiana después de tirarme de la lengua hasta confesarle el problema—. Id al cine, por ejemplo, o llévala a bailar y bebed hasta emborracharos. ¿Cuántas citas fuera de la cama habéis tenido? ¿Una? ¿Dos? Así no es como debería empezar una relación.

Detestaba cuando tenía razón. Era la sanitaria listilla del parque, y siempre nos metíamos con ella por su manera práctica de entender la vida, pero rara vez se equivocaba.

—La clave está en la distracción. —Me dio un golpecito en el hombro y me guiñó un ojo—. No puedo creer que tengas tanto éxito con las mujeres. Mírate, Gallagher, pareces un principiante. Haced cosas cotidianas.

Me gustaba eso de hacer cosas cotidianas, pero nada de lo que hiciera con Alice podría considerarse cotidiano jamás. Todo era una novedad, todo era como una nueva primera vez. Hacer la compra en el supermercado, meternos mano en la lavandería o que se durmiera en mis brazos mientras veíamos *Blade Runner* en la tele de mi salón.

Alice era una caja de sorpresas: su mal humor matutino me cogió desprevenido, aunque pronto encontré la forma de acabar con él. También descubrí que cuando estaba nerviosa se mordía la uña del pulgar; cuando estaba concentrada, asomaba la punta de la lengua; y cuando estaba excitada, su piel se cubría de un delicioso rubor con sabor a deseo.

Le hice caso a Tatiana e improvisé una cita para el viernes por la tarde. No era la primera vez que organizaba algo así, pero sí la primera que ponía todas mis ganas en demostrar que ella era importante para mí y quería que fuera perfecto.

—Hazlo fácil, Gallagher —me aconsejó Wals al verme más distraído de lo normal en el último servicio antes de ir a por ella—. Y si no sabes entretener a una mujer, avísame. Puedo con la mía y con la tuya.

—Fanfarrón de los cojones —mascullé. Eso me pasaba por contarle mis planes.

Detuve la moto en la puerta de su edificio y la hice rugir un par de veces. Comprobé en el reloj que pasaban unos minutos y, cuando levanté la mirada hacia el portal, ahí estaba. ¡Joder! ¿Es que no iba a dejar de impresionarme nunca?

Me quité el casco para besarla cuando se acercó y hundí la nariz en su cuello. Olía igual que mi almohada, igual que mis toallas, igual que en mis sueños.

—¿Dónde vamos? —preguntó al subir a la moto.

—A dar un paseo. Agárrate bien.

El trayecto no era demasiado largo, apenas unos minutos hasta Grand Avenue. Me había decantado por algo sencillo, nada original, pero me pareció una buena idea y esos impulsos nunca me habían fallado.

—No se trata de impresionarla —había dicho Luisa cuando le comenté la idea—. Se trata de que sea una noche bonita, algo que ella recuerde. Para viajes en globo, cabañas en la montaña y paseos en barca tenéis el resto de vuestras vidas, si es que te dura —añadió.

Vale, la puñalada final no era necesaria, pero sé que lo decía en broma.

La noria del Navy Pier nos dio la bienvenida al dejar atrás el Jane Addams Memorial Park y Alice presionó mi cintura al conocer al fin nuestro destino. Ella misma me había dado la idea en una de nuestras conversaciones a media voz. Echaba de menos los tiempos en los que su madre la llevaba al muelle y confesó que nunca se atrevió a subir en la noria porque le daban miedo las alturas. Podría haber pasado por alto un detalle así, a veces Alice hablaba de mil cosas a la vez y yo solo la miraba como si no fuera real, pero siempre me conmovía cuando recordaba a sus padres. Su voz cambiaba, sus ojos se volvían más brillantes y mi corazón se enamoraba de ella un poco más.

—¿Cómo sabías que quería venir? —preguntó, radiante con la mirada perdida en la noria—. No pisaba el muelle desde que era niña y siempre que paso cerca me muero de ganas de ver cómo ha cambiado todo esto. Eres increíble.

Se colgó de mi cuello y me dio un beso de esos que sacaban al engreído que habitaba en mí.

—Soy increíble, tú lo has dicho. —Me pavoneé como un estúpido, no pude evitarlo—. Ya me

darás las gracias más tarde. Ahora, vamos a divertirnos.

Nos mezclamos entre la gente y el espíritu festivo del Navy Pier nos acogió bajo los sonidos, las luces y los olores típicos del centro comercial más visitado de la ciudad. Caminamos con las manos entrelazadas: ella interesada en todo, yo interesado en ella. Su cara de felicidad era el único espectáculo que necesitaba y estaba seguro de que nunca la había visto tan deslumbrante.

—¿Qué quieres hacer? —La música alta y el estruendo del ambiente la obligó a acercarse a mí para hablarme al oído—. ¿Espectáculo 3D? ¿Una visita a los jardines de cristal? En el Miller Lite Beer Garden siempre hay música en directo. También podemos ver una peli en el...

Aproveché para besarla entre risas. No dejé pasar la más mínima oportunidad de tocarla, de acariciarla, de sentirla pegada a mí cuando teníamos que pasar por los lugares más concurridos. Ver su cara de disfrute y la ilusión con la que señalaba los lugares a los que quería ir me aceleró el corazón. ¡Pobre corazón! Estaba tan poco acostumbrado a estas cosas que daba un salto cada vez que ella miraba por encima del hombro para comprobar que seguía a su lado.

—¡La Rueda del Centenario! —señaló con entusiasmo.

Tiró de mi mano cuando vio mi mueca de fastidio, pero reí a continuación. Subiría a la noria, y a la luna si era necesario, con tal de verla así siempre, tan feliz. Acaricé sus dedos con los míos mientras nos dirigíamos a la cola para comprar las entradas. Le rocé la palma de la mano, la muñeca y el hueco entre el índice y el pulgar. Me cosquillearon las yemas con cada contacto y sé que ella también lo sintió. La piel se le erizó, la respiración se le hizo pesada y exhaló despacio para retener un gemido de placer.

—Voy a meterte mano allí arriba. Lo sabes, ¿verdad? —le susurré con malicia.

Me miró con los ojos entrecerrados, luego puso su atención en lo alto de la atracción y, como colofón, se humedeció los labios.

—Más te vale, Gallagher —respondió—. Más te vale.

No hicimos tal cosa y no fue por falta de ganas. Alice todavía conservaba cierto temor a las alturas y los doscientos pies de la noria había que saber llevarlos. Impresionaba, incluso daba un poco de miedo notar el vaivén de las cabinas. Se sentó sobre mis piernas y dejó que la abrazara mientras dábamos vueltas a un ritmo desesperantemente lento. Cuando estuvimos arriba, la brisa sopló más fuerte y el cuerpo de Alice se tensó, pero las vistas de Chicago y del lago Michigan eran tan espectaculares que sus ojos no perdieron detalle. El sol, en pleno descenso, cubrió de naranja la ciudad y la hizo arder; los graznidos de algunas gaviotas pusieron la banda sonora; el aire húmedo alivió el calor del mes de junio y el momento me pareció perfecto.

—Tranquila. No voy a soltarte —le susurré.

Apoyé el mentón sobre la cabeza de Alice y me olvidé de todo lo demás. Éramos ella y yo, sin pasado, sin palabras, solo nosotros.

Algo cambió después de aquel paseo por el cielo de Chicago, algo que nos dejó el cuerpo laxo y los sentimientos a flor de piel. La cobijé bajo mi brazo mientras escapábamos de la multitud y ella se abrazó a mi cintura como si aún le hiciera falta mi apoyo para poder caminar.



La besé en los labios y me recompensó con una sonrisa tímida. Adoraba cuando me hacía esos regalos, cuando su rostro reflejaba la misma paz que había en mi alma. Me hubiera puesto de rodillas allí mismo para pedirle que se casara conmigo, pero los tiempos de reacciones impulsivas habían quedado atrás y no quería estropear lo que estaba tomando forma entre nosotros.

—Estás muy callada. ¿Te encuentras bien? —Suspiró contra mi camiseta y asintió varias veces—. ¿Quieres que nos vayamos a casa? —Negó y sonrió. Yo también sonreí y la besé en el pelo—. ¿Quieres que volvamos a la noria y nos metamos mano? Ahora que ya has superado la primera vez...

—¡Calla! —Rompió a reír, incluso tiré de ella en dirección a la taquilla para ver si colaba, pero se negó. Volvió a abrazarme y una sensación de plenitud se apoderó de mí. Hinché el pecho y cerré los ojos—. ¿La cita incluye cena? Estoy muerta de hambre.

—La cita incluye todo lo que desees.

## 29. *Alice*

### MIL PEDAZOS

Me enamoré de él en aquella noria sobre las luces de Chicago, o quizá fue antes, no lo sé. Sus brazos me rodearon con fuerza, su respiración se hizo profunda en mi oído y reconocí de una vez que, si alguien significaba algo especial en mi vida, ese era Tyler Gallagher.

Hace diez años no estaba preparada para un hombre como él, no me merecía a nadie que luchara por mí porque ni yo misma lo hacía. Ahora era diferente, yo era diferente. No necesitaba un héroe que librara mis batallas, sino un compañero que me sostuviera como hacía Tyler cuando yo me tambaleaba. Lo amé por lo que eso representaba y lo amaría por mil años y mil más, como en la canción que bailamos en la boda de Megan.

Me había visto llorar y maldecir, me había calmado sin palabras y gritado con la mirada, me entendía y me sacaba de mis casillas, me hacía sentir viva y me dejaba sin respiración cada vez que sonreía. No era perfecto, pero eso era lo mejor. Yo tampoco lo era.

—Estás muy callada. ¿Te encuentras bien? —me preguntó al bajar de la atracción.

No estaba bien, estaba genial, solo que la voz no me salió. Un te quiero se me quedó temblando en las cuerdas vocales y escondí el rostro en su camiseta. Era demasiado pronto y estaba demasiado asustada.

—¿La cita incluye cena? Estoy muerta de hambre.

—La cita incluye todo lo que desees.

¿Cómo no iba a quererlo?

Paseamos abrazados hasta la orilla del lago Michigan y una mezcla de deliciosos olores llegó a nosotros desde la veintena de *food trucks* que se alineaban en el muelle. Había para elegir y la boca se me hizo agua al pasar delante de alguno de ellos.

—¿Qué te apetece? —preguntó Tyler indeciso—. Podemos probar con uno cualquiera y luego cambiar de sitio.

—Como prefieras. A mí me gusta todo.

Nos sentamos el uno frente al otro en unos taburetes de madera y pedimos un par de cervezas y dos especialidades de la cocinera: carne de ternera con una salsa secreta envuelta en finos panecillos recién horneados. Olía de maravilla y sabía mucho mejor, pero lo cierto era que

resultaba difícil hincarle el diente y la salsa no tardó en rebelarse.

No me daban de sí los dedos para recoger los goterones que caían sobre el plato. Por mucho que lamiera el pan y que chupara de aquí y allá, el dichoso aderezo parecía reproducirse en mi bocadillo.

—¿Tienes problemas? —ironizó al verme pelear con aquel estropicio—. Espera, deja que te ayude.

Se bajó del taburete y pensé que iba a ofrecerme servilletas o algo por el estilo. Pero no. Se colocó entre mis piernas y besó cualquier rastro de comida que hubiera sobre mis labios. Incluso se llevó mis dedos a la boca, uno a uno, y fue lo más erótico que había experimentado en mi vida. Dejé de reír de súbito y un insoportable calor me subió desde los pechos hasta el cuello. Cuando se apartó, le guiñó el ojo a una niña que nos miraba con cara de asco y volvió a tomar asiento como si nada.

—Mi amigo tiene mucha hambre —dije para arreglarlo, pero sonó aún más lascivo.

Tyler estaba concentrado en su cerveza cuando volví a prestarle atención y, por un instante, tuve la extraña sensación de que algo no estaba bien. ¿Imaginaciones mías? Seguro que sí.

—¿Has conseguido contactar con Sanders?

—Esta mañana, por fin. Pero no hablemos de eso ahora. Últimamente KME monopoliza todas mis conversaciones. —Y así era, solo que Tyler era demasiado respetuoso como para reconocerlo—. ¿Qué tal tú por el parque? ¿Alguna novedad sobre las pruebas? ¿Se han dado cuenta ya de que eres el mejor teniente al que pueden aspirar?

—Tú no eres objetiva, pero gracias por la confianza. Espero que no le digas eso mismo a Wals o desatarás una guerra de dimensiones considerables. —Hizo una mueca y deseé besarlo con todas mis ganas—. No pasará nada si no apruebo. Me gusta lo que hago, con eso tengo suficiente.

—¿Tienes miedo alguna vez?

—Tengo miedo casi siempre, como cualquiera, pero mi padre nos enseñó desde bien pequeños que es bueno tenerlo, porque te hace prudente. —Que mencionara a su padre con tanto orgullo resultaba conmovedor y se me ponía un nudo de emoción en la garganta—. Lo que no debes permitir es que el miedo domine tu vida, señorita. Y ahora, hablemos de cosas más alegres.

Cambiamos de sitio y fuimos a parar a un *food truck* con las mejores croquetas que había probado en mi vida. Sopló con suavidad sobre una de ellas y me la ofreció para que le diera un mordisco. Me gustó el gesto, fue casual, sin ningún tipo de connotación. También lo fue que me robara una patata frita de los dedos justo cuando iba a metérmela en la boca o que se confundiera de botellín de cerveza mientras me escuchaba parlotear sobre cuánto echaba de menos a algunos de los niños del centro asistencial.

—No debí permitir que te fueras. No estuvo bien —reconoció.

—Era lo que tenía que ser. O me iba yo o MaMa me hubiera derivado por incumplir el horario. Pero gracias por admitir a tu manera que fuiste un capullo.

—Estaba resentido y sí, fui un capullo, pero tú tampoco fuiste un angelito.

—¡Es que me ponías furiosa! —exclamé—. Cada vez que te acercabas a mí...

—... te hacía daño. Ya lo sé —murmuró—. Quería alejarme de ti, pero no podía sacarte de mi cabeza.

—Y yo quería huir de ti, pero te buscaba. Tenía la estúpida teoría de que mi presencia era tu justo castigo por haberme empujado en la tienda de café. Me empujaste, reconócelo.

Lo señalé con un dedo y su risa sonó fuerte y melodiosa en mis oídos. Decenas de arruguitas rodearon sus ojos y se encogió de hombros con descaro. No iba a admitirlo, pero ahora ya daba igual. Aquel encuentro había sido el desencadenante de todo lo que vino después y nos había llevado hasta donde estábamos: uno frente al otro, cogidos de la mano, deseando compartir algo más que nuestros cuerpos.

—Ahora ya sabes que soy un buen chico. Espero que me lo hayas perdonado —dijo, sonriente.

«Yo también espero que me hayas perdonado», pensé y fingí una sonrisa radiante que me llenó los labios, pero no el corazón. Le hice daño hace diez años y no estaba orgullosa de ello.

Recorrimos algunos lugares más en los que compartimos comida, risas y algunas caricias intencionadas. Hablamos de viajes, de lo que quisimos ser de niños y de quienes éramos ahora. Él contó con la influencia de su padre y el apoyo de su madre para ser el hombre que tenía ante mí; yo ni siquiera hice caso de los consejos de ninguno de los míos cuando vieron que no iba por buen camino.

Me entristecí. Las cosas hubieran sido diferentes si mis padres aún vivieran. No les habrían faltado mis abrazos ni motivos para sentirse orgullosos de mí. Pero ahora ya era tarde para lamentarse.

—Venga, comportémonos como el resto de los mortales y cumplamos con las normas de cualquier primera cita. Cosas absurdas que deba saber de ti —anunció con un gesto teatral de las manos—. Empecemos por tu color favorito.

—Rojo o negro —dudé—. No sabría decidirme. ¿Y tú?

—Cualquiera me vale. —Pues bien empezamos. Reí—. Una canción.

—*What a Wonderful World*, de Louis Armstrong —respondí tras pensar unos segundos—. Mi madre la tarareaba a todas horas cuando era niña. Solo era cuestión de tiempo que se convirtiera en mi favorita.

—O que terminaras por detestarla —añadió con una carcajada—. Margot es más de Sinatra. Nos taladró con *New York, New York* durante años. Los mellizos estropearon a propósito el equipo de música para que dejara de ponerla y luego le echaron la culpa a Thomas. A día de hoy, esa canción está prohibida en mi casa, por decreto familiar.

Se me formaba una sonrisa boba cuando me contaba cosas así. Quería mostrarse indolente y fingir que esas tonterías no tenían demasiada importancia, pero había mucho orgullo en su mirada cuando hablaba de sus hermanos y de sus palabras se desprendía todo el cariño que sentía por ellos.

—Cuéntame más sobre tu familia —le pedí mientras paseábamos por el muelle para bajar la

cena—. ¿Cómo es tener tres hermanos pequeños?

—Es una jodida locura, pero no lo cambiaría por nada —contestó de inmediato. Me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él como si fuera lo más natural del mundo—. MC y Austin acababan con mi paciencia cada día. Eran dos demonios incontrolables, se peleaban por las mismas cosas, lloraban por las mismas cosas y se reían de las mismas cosas. Si Austin se chivaba de algo, MC iba detrás. Si MC sabía un secreto, solo había que preguntarle a Austin porque seguro que él también lo sabía. Lo que no se le ocurría a uno, se le ocurría a la otra, y nunca, nunca, inventaban nada bueno.

—Ni que lo jures. Con ellos, secretos, pocos.

Nos detuvimos en una zona poco transitada, más alejada del bullicio, y Tyler apoyó los brazos en la barandilla que daba al lago. Me recosté a su lado, de espaldas a las aguas tranquilas, y continué observando su perfil mientras sus ojos se llenaban de recuerdos.

—Y luego llegó Thomas —dijo con un amago de sonrisa. Había tanta ternura en su voz que no pude evitar pegarme más a él—. Por si no era suficiente con tener que aguantar las travesuras de los mellizos, imagina lo que fue tener a un bebé lloriqueando todo el día. Y no solo eso, MC y Austin pensaron que Thomas era un juguete y que podían hacer con él lo que quisieran, desde pintarle la cara con permanentes hasta ponerlo de receptor en el campo de béisbol antes de que supiera andar.

—¡No! —Solté una sonora carcajada—. No sé mucho de béisbol, lo confieso, pero ¿el receptor no es la persona que se pone justo detrás del que batea? —Asintió—. Pero... ¿Y si le daban con la bola?

—Pues ahí estaba el reto, en no darle. ¿Me entiendes ahora cuando digo que eran dos demonios?

Claro que lo entendía, no tuvo que ser fácil para un chico como Tyler convivir con sus hermanos, pero lo hizo, fue responsable, cuidó de ellos mientras Margot se hacía cargo del más pequeño, fue el hermano ejemplar y se convirtió en el hombre del que yo me había enamorado.

Me puse de puntillas y le acaricié el cuello al mismo tiempo que mi boca rozaba sus labios. Ni con todas las palabras del mundo hubiera podido describir lo que sentí con aquel beso, lo que me provocó su aliento cálido, lo que experimentó mi cuerpo al recibir sus caricias en mi espalda. Nos abrazamos con intención de fundirnos el uno en el otro, aspiré su olor masculino y escuché los latidos de ese corazón que había robado el mío.

—Habrá que poner remedio a lo del béisbol pronto. Voy a necesitarte en mi equipo en el próximo partido familiar.

—¿En tu equipo? ¿Y por qué no en el contrario?

—Porque perdería —dijo contra mi boca—. Y odio perder.

Volvíamos al bullicio de los restaurantes en busca de un postre que compartir y encontramos una heladería con las copas de colores más increíbles que habían visto mis ojos.

—Prueba esto. Te va a encantar. —Se untó el dedo con el helado de color naranja y yo abrí la boca para chuparlo. Cerré los ojos al contacto de mi lengua con el sabor a mango y gemí de gusto.

Tenía razón, me encantó—. Ahora ven aquí. Quiero probar si sabe diferente en ti.

Su mano abarcó mi cuello y, con el pulgar, me levantó el mentón hasta que nuestras bocas encajaron. Sabía a frutas, dulce y áspero. Y frío. Delicioso.

—Me muero por probarlo en otras partes de tu cuerpo.

¡Por el amor de Dios! No podía decir una cosa así y pretender que me quedara tan tranquila. Íbamos a tener que hablar muy seriamente de lo que podíamos o no podíamos decirnos en público, por el bien de nuestra salud mental.

—¡Tyler Gallagher! —exclamó alguien en medio de nuestro duelo de miradas provocadoras—. ¡Sabía que eras tú!

Una joven muy bonita, con unos ojos negros increíbles se abalanzó contra Tyler y depositó dos intensos besos junto a la comisura de su boca. Demasiado cerca. Pero a él no pareció importarle. Tampoco lo hizo que ella lo tomara del brazo y deslizará los dedos arriba y abajo sin parar. Ni que su cuerpo lo rozara, insinuante.

—¡Brenda! ¡Qué sorpresa!

«¡Oh, sí! Una supersorpresa», ironizó mi funesto sentido del humor. Intenté apagar la voz de mi conciencia con una cucharada de helado y esperé a que alguno de los dos tuviera en cuenta mi presencia, pero al final me impacienté y acabé tintineando con la cucharilla en el cristal para llamar la atención como una niña.

—Esto... sí, sí, lo siento —reparó Tyler—. Esta es Brenda, Brenda Ayers. Es sanitaria en el parque 45. —¿Sanitaria? ¡Ah, bueno! Eso lo cambiaba todo, ¿no? ¡Pues no! Eso no cambiaba nada. La rubia seguía acariciando a Tyler con sus horribles uñas rojas y a él parecía no importarle—. Brenda, esta es... es mi... Es Alice, mi amiga Alice.

¿Amiga? ¿Hola? Alguien había olvidado que dormíamos juntos, que nos duchábamos juntos, que follábamos juntos. ¡Juntos, maldita sea!

¿Sabéis ese momento en que una copa de cristal muy frágil se estrella contra el suelo y se hace mil pedazos? Pues algo muy dentro de mí se rompió de la misma forma y el estruendo me dejó sin respiración. Yo no era su amiga, era... ¿Qué era para él?

Brenda no me dedicó más que una miradita de soslayo antes de centrarse en Tyler de nuevo. Sin venir a cuento, inició una conversación acerca de lo liada que había estado con el trabajo, conversación que Tyler siguió con detenimiento. Mi yo más dramático se marcó un gesto de despecho al más puro estilo diva de Broadway. Me había hecho daño, había acribillado a mi legión de mariposas de un plumazo y esa maldita sensación de quemazón que precede a las lágrimas tomó el control de mis emociones.

—Voy al servicio. Enseguida vuelvo.

—¿Te encuentras bien?

Me cogió de la muñeca antes de que pudiera escabullirme al interior de la heladería y sus ojos vieron con claridad que sucedía algo. Pero tiré para soltarme y me dejó ir con una advertencia en los ojos a la que no presté la más mínima atención. Hui como una cobarde y no me sentí muy

satisfecha por ello.

¿Qué me estaba pasando? Yo no era así. La mujer que me devolvía el reflejo del espejo del baño había hecho frente a una empresa a punto de quebrar, le estaba plantando cara a una extorsión y se estaba sacudiendo de encima a todos los parásitos que copaban el mundo de hombres que había construido su padre. Esa mujer, la que me miraba, no necesitaba maquillaje para conquistar a un hombre como Tyler Gallagher, ni grandes pechos, ni pronunciados escotes o ropa ajustada. No necesitaba reír como una estúpida ni menospreciar a nadie.

Me enfadé conmigo misma por estropear una noche tan perfecta, pero aún no era tarde para enmendarlo. Había sido un desliz, una reacción comprensible teniendo en cuenta que no me había enamorado nunca. Cualquiera se hubiera sentido mal, ¿no? Cuadré los hombros, abrí la puerta con decisión y... Y me choqué con Tyler.

—¿Qué haces...? —Me empujó de regreso al interior del servicio y aseguró la puerta con el cerrojo. Parecía muy enfadado, colérico si tenía en cuenta su forma de respirar y la pose que adoptó contra la puerta: brazos cruzados, ceño fruncido, ojos entrecerrados. Todo un clásico—. Abre la puerta.

—Antes quiero saber qué ha pasado ahí afuera —preguntó despacio. Usó un tono tan bajo y controlado que me erizó el vello de la nuca.

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices tú? —Imité su pose amenazadora y le hizo gracia. No era tonto, sabía por dónde iban los tiros.

—Brenda solo es una amiga.

—¡Mira qué bien! Ya tenemos algo en común —ironicé—. Abre la puerta.

—¿Por qué estás tan cabreada?

—No estoy cabreada. —¡Sí estaba cabreada! Y celosa, y era una tonta sin remedio.

—Entonces ¿por qué aprietas los dientes?

Se acercó poco a poco hasta que sus manos se apoyaron contra la pared de azulejos en la que yo me sostenía. Sus brazos me mantuvieron presa y sus ojos, de un tono más azul del habitual, leyeron en mí como en un libro abierto.

—Repito la pregunta: ¿Por qué estás tan cabreada?

Acarició mi mejilla con los nudillos y se entretuvo con mis labios al llegar a ellos.

—Le has dicho que era tu amiga —confesé con los ojos cerrados.

—¿Y no lo eres?

—No —susurré.

—Vale. —Suspiró—. Es mejor que tengamos esta conversación ahora para que dejemos de andarnos por las ramas. ¿Qué debería haberle dicho entonces, Alice? ¿Que eres mi chica? ¿Mi novia? ¿La mujer de mi vida? —Abrí los ojos, sorprendida—. Define tú qué somos para que no pueda equivocarme. Hace un rato has dicho que era tu amigo y no he visto que te afectara demasiado.

—Yo no...

—Tú sí, claro que sí.

Negué varias veces, pero tenía razón.

Debió ver la batalla que se libraba dentro de mí, porque chasqueó la lengua e hizo un gesto de desesperación.

—Escúchame bien. —Me sujetó por las caderas y sentí el calor de su cuerpo colarse bajo mi ropa—. Si quisiera una amiga para pasar el rato no estaría aquí, ¿entendido? No me gusta que dudes de mí. No voy a jugar contigo, si es eso lo que temes. Soy directo y sincero, a veces puede gustar más y otras menos, y si digo que te quiero a ti, es porque te quiero a ti. ¿Es que aún no lo tienes claro? —Enredó la mano en mi pelo y bajó la voz hasta convertirla en un susurro contra mi mejilla—. Solo puedo pensar en estar contigo, joder. ¡A todas horas! Desde el primer día que te vi hace diez años, solo pienso en ti. ¿Cuántas veces voy a tener que demostrártelo?

No respondí, no podía. Las lágrimas me quemaron en los ojos, pero me negué a dejarlas escapar. Me costó recordar que debía respirar para no ahogarme y que si estaba de pie era porque su mano me sostenía. Su contacto también estaba acabando con mis defensas y mi silencio lo hizo con las suyas. Toda aquella fachada de hombre duro se fue descomponiendo poco a poco. Suavizó la expresión, aflojó la presión que ejercía con sus dedos y apoyó la frente contra la mía con un gruñido de rendición.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Alice? ¿Qué más quieres de mí?

—Quiero ser la única.

—Siempre lo has sido, maldita sea. Siempre.



## 30. *Tyler*

### HASTA EL ÚLTIMO LATIDO

A veces tenía la sensación de que el tiempo pasaba demasiado deprisa, que me estaba perdiendo algo importante y no podía detener el reloj. Me despertaba en plena madrugada y dedicaba unos minutos a mirar a la mujer que dormía a mi lado porque no siempre podía hacerlo y porque, la verdad, todavía me costaba asimilar que ella estuviera ahí.

Y luego me daba un vuelco el corazón. Quizá una relación que ya iba camino de cumplir su primer mes no fuera suficiente para cambiar a un hombre, pero con Alice todo era tan intenso, tan apasionado, tan duro o tan vivo que era capaz de transformar a cualquiera.

Yo lo había hecho, o eso se rumoreaba a mi alrededor. Me había vuelto más prudente y más temeroso.

—Solo sabrás lo preciosa que es tu vida el día que perderla suponga hacer daño a la persona que ames de verdad —me dijo mi padre en una ocasión.

Fue durante mi primer accidente de servicio y, por aquel entonces, yo era un hombre muy estúpido. Me reí, quise demostrarle que estaba hecho de otra pasta, que el amor no era para mí y a la vista está que me equivoqué.

Habían pasado dos semanas desde la cita en el Navy Pier. Le había dicho que la quería, que la había querido siempre, y fue lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Me liberé, me quité la presión de encima y le di a Alice un motivo más para creer en mí, para quedarse conmigo. Y, aunque su respuesta no fue todo lo explícita que me hubiera gustado, me sentí completo y comprendí las palabras de mi padre por primera vez.

Nuestras vidas no eran sencillas, entre mis turnos y sus reuniones había días en los que no conseguíamos hablar hasta que llegaba la noche, y ni siquiera hablábamos porque, en ocasiones, un poco de silencio y un abrazo fuerte era lo único que necesitábamos del otro.

También había momentos en los que me superaba esta relación y me preguntaba si no me estaría precipitando de nuevo con Alice. Estaba dispuesto a tolerar muchas cosas de ella, casi todos sus defectos, menos uno: Hugh Anderson.

La primera noche que discutimos por él, le dije que dormiría en mi casa y me marché. El maldito senador la tuvo al teléfono más de una hora y ella se lo permitió. La cena se enfrió, yo me cabreeé y

nos dijimos algunas cosas muy feas de las que me arrepentí al llegar a mi casa.

Sin embargo, lo mejor de Alice siempre era lo más inesperado. Después de media hora, se presentó en pijama en el apartamento, se hizo un hueco en el sofá, a mi lado, y se tragó un especial de los Sox sin decir ni media palabra. No le gustaba el béisbol, pero cuando el programa terminó, los de Chicago habían ganado una nueva seguidora y yo había perdido hasta el último latido por ella.

—¡Gallagher, a mi despacho! —me ordenó el capitán poco antes de que finalizara el turno. Nada como un grito así para sacarme de pensamientos poco apropiados.

Miré la hora en el enorme reloj que había en la cochera y recé para que no me entretuviera demasiado. Los Cubs y los Cardinals se enfrentaban en temporada regular, había apostado por los de Saint Louis y tenía un asiento preferente en el bar de State.

Malone me esperaba tras su escritorio cuando cerré la puerta y su rostro era tan inexpresivo como siempre. Sin embargo, esa fachada severa capaz de acobardar al más valiente, se fue esfumando poco a poco para dejar paso a una sonrisa de medio lado.

—Ha llegado esto para ti hace un rato. —Me tendió un sobre con el sello del cuerpo de bomberos y tragué saliva al sostenerlo en la mano. Sabía lo que era, llevaba días esperándolo. Dentro estaba el resultado de muchos meses de esfuerzo—. ¿No piensas abrirlo?

Rompí la solapa con dedos torpes y confieso que, al principio, las letras se me amontonaron delante de los ojos y no conseguí entender nada. Estaba nervioso y me temblaron las rodillas al ver mis calificaciones ordenadas en dos columnas. Repasé con la mirada cada una de ellas, las que ya conocía y las que no, y mi sonrisa se fue haciendo más amplia. Cuando llegué a la última línea, levanté la cabeza y vi el orgullo en los ojos de mi capitán.

—Enhorabuena, teniente.

¡Había aprobado, joder!

A la mierda los Cubs, a la mierda el partido. Yo solo quería ver a Alice, estrecharla en mis brazos, besarla y decirle que toda su paciencia conmigo había dado sus frutos, que mi mal humor y los dolores de cabeza se habían acabado. Estaba eufórico y grité de felicidad al entrar en la camioneta.

De camino a KME recordé aquel pequeño restaurante francés del que me había hablado Alice y llamé para reservar una mesa. Quería celebrarlo como correspondía, brindando con *champagne*, con alguna exquisitez de las que tanto le gustaban, con besos de chocolate, con sexo, con amor. Aquella idea de compartir apartamento volvió a cruzarse por mi mente en un momento en el que todo tenía cabida y me dije: ¿por qué no? ¿Qué diferencia había entre lo que hacíamos y vivir juntos?

Eran más de las nueve cuando llegué a las instalaciones de la compañía y el guardia de seguridad me indicó que Alice seguía en su despacho. Su asistente ya se había marchado y, de pronto, caí en la cuenta de que no me había preocupado por los resultados de Wals. ¿Lo habría conseguido también? Esperaba que sí, aunque solo uno de nosotros fuera a optar al puesto vacante

de teniente en uno de los camiones de la 13, mi compañero se merecía el ascenso tanto como yo.

Corrí por el pasillo que llevaba al despacho de dirección y bajé el ritmo al escuchar su risa. Esa risa sonaba increíble y me recordó a todos los momentos íntimos que habíamos compartido, a las mañanas de remolonear en la cama y a besos robados antes de despedirnos.

La puerta estaba abierta de par en par, hablaba con alguien. Me adentré sin llamar y la escena me dejó clavado al suelo. Se había quitado los zapatos, sus pies reposaban sobre la mesa y las manos de Hugh Anderson le masajearan los hombros mientras ella le contaba algo sobre su última conversación con Rob Sanders.

¿Qué coño hacía allí su exmarido? ¿Por qué la tocaba como si aún tuviera derecho? ¿Y por qué ella parecía estar disfrutando de aquellas atenciones?

Volvió a reír con más viveza tras un comentario del senador y golpeé la puerta con los nudillos con demasiada fuerza.

—¿Interrumpo?

—¡Tyler! —exclamó. Bajó los pies, se arregló las mangas de la camisa y se miró el reloj de muñeca en un gesto nervioso que yo conocía bien—. ¿Qué haces aquí? Pensé... pensé que ibas a ver un partido. Bueno, no importa. Ven, quiero presentarte a mi...

—A tu exmarido —la interrumpí.

—Hugh Anderson —se presentó y me tendió la mano. Debió de hacerle mucha gracia la situación, pero le hubiera borrado la sonrisa de burla de un puñetazo de no haber sido porque Alice apoyó la cabeza contra mi brazo y se aferró a él con cariño. Ni que decir tiene que no correspondí a su saludo y, tras unos segundos, bajó la mano—. Tú debes de ser el bombero.

—¡Oh, vamos, Hugh! No lo llares así —lo regañó entre más risillas. Luego me dio un beso en el hombro que me quemó bajo la camiseta—. No te esperaba.

—Ya lo veo. —No aparté la mirada de él, tan perfecto, con su traje de corte italiano y ese rostro de niño bien que tanto admiraban sus votantes—. ¿Qué le ha traído a Chicago, senador? ¿Algún asunto oficial?

—No, no, nada oficial. Más bien algo... personal —respondió e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Alice que no entendí, pero, por la forma cómo le sonrió, ella sí—. Cosas de familia, ya sabes.

—Bien, pues si habéis acabado...

—No, no hemos acabado, pero puedes quedarte. Todavía tengo que firmar el montón de documentos que tengo sobre la mesa. Y Hugh había propuesto ir a tomar una copa... —Creo que se dio cuenta de que no me gustaban nada sus planes—. O, si lo prefieres, puedes ir a ver el partido y nos vemos luego... ¿dónde? ¿En tu casa o en la mía?

—Oh, qué cliché más manido, querida —murmuró Hugh, pero Alice le chistó para hacerlo callar.

—No quiero que vuelvas sola, prefiero esperarte. Y la copa ya nos la tomaremos en otro momento.

—Puedo llevarla yo, hombre. Eso no es un problema —comentó el jodido senador metomentodo.  
—¿Lo ves? No volveré sola. —Se puso de puntillas y me besó en los labios, pero me sentí tan fuera de lugar que no le correspondí—. Te veo luego, ¿de acuerdo?

¡A la mierda la celebración del ascenso! ¡A la mierda el restaurante francés! Golpeé el volante de la camioneta tantas veces seguidas que el cuero se cuarteó y los nudillos me crujieron. Odiaba a ese hombre de una forma enfermiza y odiaba que Alice se mostrara tan cercana con él. ¿Qué matrimonio mantenía una relación tan cordial después del divorcio? ¡Ninguno! Todos acababan como el perro y el gato o tolerándose a duras penas, en el mejor de los casos. ¿Y por qué coño ellos parecían sacados de la tribu de los Brady? Tan sonrientes, tan compenetrados, tan felices...

Me fui a casa. A mi casa. No estaba de humor para partidos de béisbol. Mi mente no dejaba de alimentarse con las escenas del despacho de Alice y con cada reproducción me hervía más la sangre.

Me abrí una cerveza y miré el móvil una última vez por si ella me decía algo, uno de esos mensajes que siempre me alegraban el día. Pero nada, estaba demasiado ocupada. Silencié el teléfono y pasé de un canal a otro de la televisión sin que la programación consiguiera sacarme de mi malestar. No tendría que haberme ido, no tendría que haberlos dejado solos, no me fiaba de él, no quería que la tocara, no quería que respirase el aire a su alrededor. ¿Y qué asuntos personales eran esos que lo habían traído a la otra punta del país? ¡Maldita sea, no tendría que haberme ido!

No llevaba ni una hora revolcándome en mi miseria cuando el timbre del apartamento sonó y por poco se me cae la cerveza. Era Alice, pero no me mostré entusiasmado con tenerla allí, me comporté como un idiota indiferente al abrir la puerta y regresé al sofá como si no me estuviera muriendo de ganas de saber por qué había acabado tan pronto.

—Te he llamado unas cuantas veces —me hizo saber, muy seria.

—¿Ah, sí? Pues no he oído nada. —Di un trago a la botella que me supo a rayos y continué con los ojos clavados en la televisión. Ni siquiera sabía qué emitían.

Alice alargó la mano hacia la mesa del salón y echó un rápido vistazo a mi teléfono. No se había descolgado el bolso del hombro, tampoco se había descalzado, como era costumbre.

—A lo mejor, si no le hubieras quitado el sonido... ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? —ironicé—. ¡A mí no me pasa nada! ¡Estoy de puta madre!

—Muy bien, pues que pases buena noche.

Dio media vuelta para marcharse, pero en el último segundo se detuvo y me dio el golpe de gracia con sus palabras:

—Por cierto, enhorabuena..., teniente.

## 31. Alice

### CAVAR PROFUNDO

No dejó que me fuera. Antes de que pudiera abrir la puerta ya me tenía acorralada contra la pared. Se deshizo de mi bolso, me soltó el pelo del pasador y se contuvo, pero le leí las ganas de besarme en los labios y tragué con dificultad.

—¿Cómo te has enterado?

—María me llamó justo después de que te fueras. Wals también ha aprobado.

—Me alegro —dijo, y se apartó de mí—. Se lo merece.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿No crees que me hubiera hecho ilusión saberlo por ti?

No me hizo falta azuzarlo demasiado para que empezara a largar todo lo que se guardaba con tanto resquemor. Lo conocía bien y sabía dónde pinchar, aunque me costó lo mío no comérmelo a besos

—¡Sí, claro que sí, Alice! —estalló—. Fui a verte por eso, había reservado una mesa en ese restaurante francés del que tanto hablas, quería celebrarlo contigo, pero tu exmarido no entraba en mis planes.

—Es que él no pinta nada en tus planes. No era a él a quien ibas a llevar a cenar, ni era él el que necesitaba escuchar una noticia así hoy —le dije con suavidad—. No era a Hugh a quien tenías que besar y abrazar y volver a besar. Era a mí, Tyler. Hubiera ido contigo a ese restaurante sin pensar, y luego hubiéramos venido a casa y me hubiera desnudado para ti...

—Te estaba masajeando los hombros y tú no dejabas de reírte —se defendió. Perdió la fuerza y se dejó caer en uno de los taburetes del desayuno—. No entiendo qué tipo de relación tienes con tu exmarido, pero no puedo evitar desconfiar.

—¿No confías en mí? —le pregunté mientras me acercaba muy despacio. Me colé entre sus piernas y me abracé con sus brazos—. Dime, teniente, ¿confías en mí?

—No confío en él —respondió.

—Bien, porque no es con Hugh con quien compartes tu vida.

Bufó, exasperado, pero sé que le hizo gracia mi comentario porque sus manos me acercaron un poco más y apoyó la frente en mi pecho, como un niño arrepentido.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y respiré al fin. Debajo de toda aquella capa de orgullo y

fortaleza estaba el hombre sensible que tenía secuestrado mi corazón, el que me hacía cosquillas cuando me bebía su café, el que me despertaba en mitad de la noche para decirme cuánto le gustaba dormir conmigo, el que me apretaba la mano cuando Chandler y Mónica se besaban a escondidas de sus amigos o el que gemía bajito cuando le dolía la cabeza.

Era el hombre que yo quería, pero Tyler debía confiar en mí y en mi extraña relación con Hugh si deseaba que lo nuestro funcionara.

—Hugh no es mala persona —lo defendí. Él solo conocía lo que había en la superficie, pero, a veces, había que cavar profundo para encontrar las partes más brillantes—. Puede que parezca un poco esnob y que dé la sensación de que solo vive por y para la política, pero también es comprometido, entregado y más sensible de lo que parece a simple vista.

Vale, era un gilipollas también, pero solo yo sabía por qué. Y si me ponía a enumerar las personas a mi alrededor en las que podía confiar era probable que Hugh ocupara un puesto muy elevado en el *ranking*.

—Cualquiera que te oiga diría que aún estás enamorada de él —musitó y yo guardé silencio unos segundos para hacerlo sufrir un poco más—. ¿Lo estás?

—Estoy enamorada de ti, idiota —le respondí. Puse mis manos en sus mejillas y lo obligué a mirarme—. He compartido diez años de mi vida con Hugh Anderson y eso no puedo borrarlo de un plumazo. Siento cariño por él, es algo que no te sabría explicar, y espero que lo respetes, pero te quiero a ti, Tyler Gallagher. No vuelvas a ponerlo en duda.

La visita de Hugh a Chicago levantó ampollas entre nosotros. Yo sé que Tyler se esforzaba cada día para que no se le notase la tensión y que intentaba no opinar cuando su nombre salía a colación en nuestras conversaciones, pero Hugh había venido a verme porque estaba preocupado, porque, después de quedar libre de sospecha, el caso de las extorsiones a mi padre le había tocado la fibra sensible y porque, lo quisiera Tyler o no, éramos amigos.

—¿Por qué cree la policía que es alguien de la empresa? ¿Por qué no puede ser un expleado, la competencia de KME, un loco que no tenga nada que ver, pero que haya decidido sacar provecho de esto? —se cuestionó Hugh.

Eso mismo le había preguntado yo a Wals cuando señaló que los responsables operaban desde dentro. Podría haber sido cualquiera, pero Marcus había detectado algo extraño en el vídeo y la inspectora Jenkins había estado investigando hasta llegar a esa conclusión.

—Usaron una cámara que dejó un residuo en la imagen. El modelo coincide con las que KME tenía en el antiguo sistema de vigilancia —le resumí—. Han comparado las grabaciones archivadas, las que recogían las cámaras de los despachos, y la marca borrosa que hay en el borde inferior es la misma.

—Vale, vale —dijo visiblemente afectado por mi explicación—. Entonces, según ese razonamiento, la policía cree que algún empleado robó una de esas cámaras y la usó para grabarnos, ¿es eso? —Asentí—. ¿Y no se puede comprobar qué cámaras dejaron de funcionar en

esas fechas concretas?

—Aunque se pudiera comprobar, los vídeos y las imágenes empezaron a llegar después de que mi padre hiciera cambiar todo el sistema de seguridad de la empresa. Las cámaras estaban en desuso. Al parecer, se retiraron y ya está.

—¿Y cómo saben que es una cámara de KME? Podría ser una coincidencia.

—Podría, sí, yo dije lo mismo, pero aún guardábamos el contrato de servicios y la factura que se emitió en su día. Había treinta cámaras instaladas en la compañía y solo se recogieron veintiocho. Una de las que faltaba seguía sobre aquel armario —Lo señalé—. La encontró Philip Wals el día que vino a hacer la primera inspección.

—Joder... ¿Y no se registró esa incidencia? ¿No hay ningún documento en el que conste qué cámaras faltaban en el recuento? —preguntó. Se aflojó la corbata y se despeinó, exasperado—. A lo mejor estoy diciendo tonterías, pero ¿esas cosas no llevan un número de serie asociado a las imágenes que proyectan o algo así?

—Parece ser que no.

## >32. Tyler

### MI IMAGEN FAVORITA

Por fin iba a encadenar un par de días libres seguidos. Hacía mucho que no me libraba de trabajar el 4 de julio y mi madre, que se quejaba de mi ausencia año tras año, llevaba setenta y dos horas poniendo aplausos y caras sonrientes en el grupo de la familia.

—¿Le has dicho que vas con Alice? —me preguntó Austin mientras nos tomábamos una cerveza bien fría.

—No, pero le he comentado que igual llevo a alguien.

—¿Y qué? Te habrá hecho el interrogatorio correspondiente, ¿no? Ya sabes que ella se alimenta de detalles jugosos y chismorreos.

—Mamá sabe que a mí no me van esas cosas —respondí. Cuando hablé con ella y le dejé caer aquella bomba juro que la oí morderse la lengua. Era como si sus ganas de preguntarme por la chica en cuestión gritaran por teléfono más que ella—. Además, yo creo que ya lo sabe. Es lista.

—Muy lista, tú lo has dicho, y si lo sabe estás más jodido aún —me avisó—. Te machacará y eso implica que los demás también recibiremos lo nuestro.

—Bueno, tú tampoco le has contado lo de esa chica —comenté como al descuido—. ¿Cómo se llama? ¿Lydia?

Hizo un gesto con la mano para que no siguiera y se bebió media cerveza de un trago. Intentó sonreír de medio lado, como si quisiera hacerme ver que solo era una conquista más, pero en sus ojos había algo que terminó por ensombrecerle todo el rostro. Cuando se cansó de que lo mirara, dejó caer la cabeza y hundió los hombros.

—Estoy jodido. Bien jodido.

Eso era nuevo. Que el hijo de puta más seductor que pisaba el estado de Illinois confesara algo así me puso en alerta.

—Desembucha —exigí ante tanto silencio. Era tan dramático como MC, joder.

—Me gusta esa chica, pero viene con mochila.

—Oh, mierda...

—Sí, *oh, mierda*. Tiene una niña de dos años. Lo supe hace poco.

—¿Y el padre? Me refiero a si está separada o...



—¡Y yo qué sé dónde está el padre! —se exaltó y a mí me hizo gracia porque, en los treinta y cuatro años de Austin, jamás lo había visto así—. ¡¿Qué importa el padre?!

—Bueno, podría ser peor, ¿no? —Traté de quitarle hierro al asunto, pero la verdad era que una madre no era lo mismo que una mujer cualquiera. Era una madre. Por otro lado, la niña no tenía por qué ser un impedimento de nada—. ¿Cuánto llevas con ella? ¿Un par de semanas?

—Un mes.

—Pero, te gusta, ¿no? ¿Entonces?

—No vamos a volver a vernos —decretó—. Sé que no suena bien, pero Lydia necesita un tío que le dé estabilidad emocional y yo no soy ese hombre. La niña es preciosa, como ella, y es de las que son capaces de ganarse tu corazón con solo cogerte un dedo para que la ayudes a andar. No quiero encariñarme con ella.

Por su forma de contarme el problema, algo me decía que ya era tarde.

—Vale, a ver si lo he entendido: te gusta y tiene una hija, pero no quieres que te guste porque tiene una hija, ¿voy bien?

—¡No! Bueno, sí, es eso, pero dicho así...

—La cuestión es la siguiente, hermano: si dices que no vas a volver a verla y que no puedes ser el hombre que necesita, ¿por qué estás tan jodido?

Su encogimiento de hombros habló por él y el hecho de que mirara a otro lado fue decisivo.

—Estoy seguro de que esa chica no va por el mundo buscando a alguien que cargue con sus responsabilidades —le hice ver—. Si ha llegado a conocerte un poco, sabe que de ti solo puede esperar diversión y sexo. Y si no te conoce, díselo.

—Ya, pero ¿qué hago si quiere que llevemos a la enana a dar un paseo, por ejemplo? ¿Y si le falla la canguro y me pide que vaya a cenar a su casa con ellas?

—¡Olvídate de eso! Sal con esa tía, diviértete, bésala, métele mano, haz lo que cualquiera haría y deja que ella haga lo mismo contigo. ¿Cuál es el problema?

Dejamos la conversación a medias porque él llegaba tarde a una reunión y yo había quedado con Alice para ir al centro asistencial a saludar a MaMa y a la lavandería. Pero la preocupación de Austin me acompañó durante el resto del día y, cuando llegamos al apartamento de Alice, se lo conté.

—Está nervioso —me dijo ella mientras doblábamos la ropa—. Creo que el hecho de que estés conmigo le genera presión.

—¿Presión? —Enarqué una ceja—. La única presión que siente Austin es en la bragueta.

—No seas idiota. —Me tiró a la cara un par de calcetines y yo los bateé con maestría—. A mí me da la sensación de que Lydia es la mujer perfecta para tu hermano. Con niña incluida. Y Megan opina lo mismo.

—¿MC? ¿MC conoce a esa chica? —Esto sí era una sorpresa.

—Fuimos a comer a la cafetería donde ella trabaja y las presenté. Le dije que Megan era la melliza de Austin y creo que no fue buena idea soltárselo de golpe.

—¿Por qué?

—Porque soltó algo así como «me cago en la hostia» y tu hermana escupió la cerveza en su delantal. Fue tan entrañable —ironizó.

—Es una lástima que Austin no la lleve a conocer a Margot —comenté entre risas—. Si dice tacos y sabe cocinar está en la familia correcta.

\*\*\*

Me gustaba la festividad del 4 de julio casi tanto como la Navidad, es decir, nada. Tenía motivos de peso, y es que el índice de incendios en la ciudad de Chicago aumentaba en esas fechas, ya fuera por los dichosos fuegos de artificio de andar por casa o por la irresponsabilidad de conectar mil luces de colores en el mismo enchufe junto al árbol de Navidad. Sin embargo, todo había adquirido una nueva dimensión con Alice a mi lado camino a Rockford.

Iba a pedirle que se viniera a vivir a mi apartamento, estaba decidido. Me había preparado un discurso de los que no dejan lugar a réplica, llevaba una copia de las llaves en un llavero con su inicial y un plan B preparado: si decía que no, me mudaría yo a su casa.

Se lo hubiera preguntado la noche anterior si no hubiera sido porque estuvo más de una hora encerrada en el dormitorio hablando con Hugh Anderson y, cuando salió, yo no estaba de humor para proposiciones. O podría haberlo hecho hace una semana, la noche que fuimos a celebrar mi ascenso a teniente, pero el maldito Rob Sanders le montó un numerito por teléfono y hablarle de nuestra vida juntos no hubiera tenido el menor efecto. Tres días atrás había estado a punto de encontrar la caja que contenía la llave al buscar el cargador en la bolsa de deporte del trabajo, pero reaccioné rápido. Soltarle una cosa así mientras los Sox jugaban un partido decisivo en la tele hubiera sido un crimen.

No, cada cosa tenía su momento y yo estaba convencido de que durante el fin de semana habría algunos muy interesantes.

Como cada año, a mi madre se le había ido de las manos lo de la decoración por el Día de la Independencia. La fachada de la casa era un revoltijo de banderolas, globos, lazos y guirnaldas con los tres tonos de la patria que resultaba ridículo.

—Lo de «menos es más» no va mucho con mi madre, como podrás comprobar.

Alice se rio y conseguí que se relajara un poco antes de detener la camioneta. En el jardín trasero sonaba a todo volumen *Thunder*, de los Imagine Dragons, y eso solo podía significar que Thomas ya estaba en casa. Llevaba meses sin verlo y, vale, nunca fui un hermano demasiado cariñoso, ni con él ni con los demás, pero las reuniones familiares no eran lo mismo sin esos comentarios de listillo que ponían a los mellizos en pie de guerra contra él.

Ví moverse la cortina de la cocina mientras descargábamos las bolsas de viaje y evité mirar el reflejo de mi madre.

—Tendríamos que habérselo dicho —murmuró Alice—. ¿Crees que estará muy cabreada?

—Bueno, puede ser que esta noche nuestras hamburguesas salgan de la barbacoa más quemadas de lo normal, pero poco más —bromeé—. No te preocupes, no será para tanto.

Nos vimos rodeados de voces y abrazos en cuanto traspasamos la puerta principal. Fuimos los últimos en llegar y el motivo perfecto para que MC sacara el arsenal de cervezas que había en la nevera.

—Teniente... —dijo con guasa al acercarme un botellín.

Le pasé un brazo por los hombros y miré alrededor en busca de mi cuñado.

—¿Y Nick?

—Tenía guardia —contestó con un bufido—, pero vendrá mañana para patearte el culo en el partido.

—¡Por el teniente Gallagher! —exclamó Thomas con su cerveza en alto.

Me sentí un poco abrumado por la felicidad de mi familia. Mi padre había asomado su rostro arrugado por la puerta del salón y su mirada de orgullo me empujó a abrazarlo como nunca había hecho. Incluso vi el brillo de las lágrimas en esos ojos que yo había heredado.

—Por nuestra paz mental y el bienestar de esta familia, ve a hablar con tu madre —me sugirió con sabiduría—. Está en la cocina.

Todos mis recuerdos de la infancia, de aquel tiempo en que yo era el único niño de la casa, pasaban por ver a mi madre con el delantal manchado de comida. Era mi imagen favorita de ella y me permití unos segundos para observarla trajinar entre bandejas y cacerolas. Llevaba el pelo gris recogido en una coleta y le colgaban dos estrellas relucientes de las orejas. Se había puesto unas bermudas con la bandera del país, a juego con el resto de la decoración, y una camiseta con la cara del Tío Sam en la espalda. Era única e inigualable.

—Deja de mirarme el trasero, Tyler Gallagher, y si vuelves a meter la mano en los canapés, te quedarás sin cenar.

—Hola, mamá. —Me acerqué a ella, sonriente, y le di un beso en la mejilla que me ofreció a regañadientes—. Estás preciosa.

Levantó una ceja un segundo y tuve que disimular una sonrisa.

—Ve a decirle a tus hermanos que se laven las manos. Y tú ya puedes cambiarte de ropa. Te toca la barbacoa.

No me gustaba encargarme de la dichosa barbacoa, pero no me atreví a llevarle la contraria. En el fondo, sé que ese era mi castigo por no haberle contado nada de mi relación con Alice. Podría haber sido peor.

Las conversaciones animadas del salón se trasladaron al jardín trasero donde mamá había instalado una de las mesas de pícnic que guardábamos en el garaje. Mantel de barras y estrellas, servilletas a conjunto y platos decorados para la ocasión. ¡Hasta las botellas de agua estaban envueltas por la bandera nacional!

—¿Y bien? ¿Estáis viviendo juntos? —preguntó de pronto, con la dignidad de una reina.

Disimular, hacer como que nadie había dicho nada, seguir con la nariz metida en el plato, aunque no hubiera nada en él. Esa era la técnica que los hermanos Gallagher habíamos perfeccionado con el tiempo: dejar que el sonido de los grillos llenara el silencio del jardín.

—No vivimos juntos, pero vivimos cerca —respondió Alice con su dulce voz. Tuve ganas de añadir que eso sería por poco tiempo, pero me callé. Aquel tampoco era el momento adecuado para una proposición así—. La próxima vez que vayas a la ciudad, podrías venir a tomar un café a mi casa. Creo que necesito ayuda con eso de cocinar para dos.

Se la ganó con un par de simples frases. La sonrisa de mi madre se ensanchó, sus ojos expresaron gratitud hacia Alice y, como si de una recompensa se tratase, recibió ración extra de ensalada de col.

—¿Y tenéis pensado tener hijos pronto?

—¡Mamá! —exclamé. Austin comenzó a carcajearse sin control y lo señalé con el cuchillo de la carne a modo de amenaza—. Más vale que dejes de reírte. No creo que seas el más indicado para hacerlo. A no ser que quieras contarle alguna cosa a tu madre.

—¿Qué cosa? —preguntó Margot de inmediato.

—Capullo —masculló mi hermano—. Nada importante, mamá. Tranquila. Hablemos de mis futuros sobrinos. ¿Algún plan para ponerse a ello, Alice? ¿Y tú, hermanita?

—¿Eres tonto o qué? —soltó MC, cabreada. Le dio un codazo inesperado y el tenedor de Austin por poco tira la copa de agua en la bandeja de mazorcas—. ¡Hablemos de Lydia!

—¡No! ¡Joder, MC! Eres una...

—¡Austin, esa boca! —lo regañó mamá—. ¿Y quién es Lydia?

—Eso, hermano, cuéntanos quién es Lydia —insistí con ganas de cabrearlo.

Alice me puso una mano en la pierna y presionó para llamar mi atención. Yo, que sonreía complacido por haberle jodido el juego a Austin, me encontré con que ella desaprobaba por completo lo que acababa de hacer y tragué saliva con dificultad. Negó de manera imperceptible para que no continuara con el tema y me tocó resignarme.

—¿Qué lleva esta ensalada que está tan deliciosa, Margot? —preguntó Alice para desviar el tema a terreno seguro.

Era lista, muy lista, y sabía que mi madre no podría resistirse a una conversación sobre sus platos por nada del mundo. Austin le expresó su agradecimiento con un guiño, MC sonrió de medio lado, Thomas aprovechaba el despiste de todos para mandar mensajes con el móvil y mi padre... Mi padre me miró fijamente y asintió sin más. No sé a qué vino aquello, pero tuve la impresión de que se trataba de una advertencia, algo así como que me cortarían los huevos si le hacía daño a la chica que estaba sentada a mi lado.

Mamá se animó con una explicación acerca de la importancia de la salsa que Alice siguió con detenimiento. Los demás, aunque la tensión aún era evidente, nos enzarzamos en una discusión sobre béisbol que se extendió hasta casi finalizar la cena. No perdí detalle de lo que hablaban las dos mujeres que tenía al lado, por supuesto. Alice no era una gran cocinera, pero entendía bien a

Margot. Alimentó su orgullo con elogios, aceptó tomar nota de algunos trucos y le prometió que le enviaría fotos de los resultados de aquellos buenos consejos culinarios.

—Hazle una buena comida a un hombre y sabrá recompensarte con el cielo —decretó en lo que debió ser un susurro.

Pero no lo fue, todos lo escuchamos alto y claro. MC espurreó el bocado que estaba masticando y Austin por poco se atraganta. La carcajada de Thomas acalló a los molestos grillos. Yo tosí tan fuerte que creí que vomitaría y mi padre elevó los ojos al cielo en una plegaria.

—Inmaduros y pueriles —dijo mi madre, indignada—. Estamos hablando de cocina, no de sujetar el micro para cantar en el karaoke de vuestros dormitorios. ¡Qué barbaridad!

Más risas, más fuertes. Mi madre no tenía límite.

Los fuegos artificiales que se dispararon desde el campo de béisbol que había justo enfrente de nuestra casa no fueron gran cosa, pero verlos mientras abrazaba a Alice por la espalda fue maravilloso. Apoyé el mentón en su hombro y la recosté contra mí. Me hubiera quedado así para siempre.

Después de unos pocos abucheos por parte de mis hermanos y de un rato de conversación a la luz de las estrellas, MC se fue a la cama y mi padre fue el siguiente. Austin y Thomas se despidieron con un bostezo y, de pronto, Alice y yo nos vimos solos frente a mi madre. Un silencio incómodo se instaló entre nosotros, interrumpido únicamente por el sonido del balanceo de la mecedora. Margot fingía estar leyendo la revista que tenía en las manos, pero yo sabía que nada de lo que pusiera ahí le interesaba tanto como conocer nuestra historia.

Vi la comprensión en los ojos de Alice y la besé en los labios antes de que me dejara a solas con mi madre. Me enamoré más de ella cuando abrazó a Margot para deseársle buenas noches y la seguí con la mirada hasta que entró en la habitación del garaje. Luego, me aclaré la garganta y comencé mi alegato.

—Sabes tan bien como yo que no puedes seguir enfadada conmigo mucho tiempo, así que déjalo ya —dije con voz suave—. Y también sabes que no me gusta que se metan en mi vida.

—Eres como tu padre. Igual de cerrado —refunfuñó.

—¿Qué quieres saber? —le concedí.

Dejó a un lado la revista y juntó las manos en el regazo. Siempre había visto a mi madre como una mujer alegre, extrovertida, de espíritu joven y con un carácter fuera de lo normal. Pero esa noche, frente a mí, comprobé que el cansancio hacía mella en sus facciones, que la edad le había dibujado un sinfín de arrugas en el rostro y que estaba reservando vitalidad por si, con un poco de suerte, aún llegaba a convertirse en abuela.

Creí que su curiosidad la llevaría a preguntar intimidades de mi relación con Alice, pero no fue así. No apartó sus ojos de mí, apenas pestañeó, y cuando empecé a sentirme incómodo, formuló la única pregunta que no pensaba escuchar.

—¿Eres feliz?

—Sí —respondí—. Soy muy feliz. Alice me hace feliz.

Se puso en pie despacio y me pasó la mano por el pelo. Me relajé al sentir la caricia y percibí su olor cuando se inclinó para besarme la frente.

—Es todo lo que quiero saber, hijo. Ahora, hazla feliz a ella también. Lo necesita.

—¿Puedo preguntarte algo? —Asintió—. ¿Cómo sabías que era ella? ¿Cómo sabías que estábamos juntos?

—Eres mi hijo, Tyler, puedo sentirte cuando estás cerca, incluso rodeado de gente en medio de la fuente de Buckingham. Piensa en eso la próxima vez que te escabullas de tu madre. —Me dio unas palmaditas en la mejilla—. Buenas noches, cariño.

Alice estaba en el baño cuando llegué a la habitación. Se había puesto un bonito camisón que apenas le cubría el trasero y una cinta elástica le apartaba el pelo de la frente. Me miró a través del espejo y su sonrisa aceleró mis pulsaciones.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mientras se aplicaba crema en el rostro y en el cuello.

No le respondí. No pude. Algo muy fuerte me constreñía la garganta y fui incapaz de decir ni una sola palabra. Lo único que deseaba era estrecharla entre mis brazos, apretarla contra mí con tanta fuerza que terminara grabándola en mi piel, y así lo hice.

Con calma, con pasión, con toda mi alma.

Durante toda la noche.

Durante el resto de mi vida, si hacía falta.

## 33. *Alice*

### DONDE TÚ ESTÉS

En casa de Tyler, el béisbol era como una religión y daba igual si te gustaba o no, allí los acontecimientos familiares se celebraban con cerveza y un par de bolas con efecto.

La llegada de Nick a primera hora había despertado el espíritu competitivo que Tyler llevaba dentro. Mientras dábamos cuenta de un copioso desayuno, aquellos dos adultos responsables se habían convertido en niños que se retaban con cualquier cosa.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo Margot—. Es por el béisbol. Los idiotiza.

Escondí mi sonrisa detrás de la taza de café y me quedé apoyada contra la encimera observando a los demás. Thomas golpeaba el guante con la pelota a la espera de que todos terminaran de una vez. Megan no se había despegado de Nick desde su llegada. Cada vez que se besaban o se hacían algún arrumaco, Austin ponía los ojos en blanco y fingía vomitar. Formaban un matrimonio envidiable, compenetrado, tan especial que la vista se me iba a Tyler y los pensamientos me jugaban malas pasadas: ¿Hubiera sido lo nuestro así de haber aceptado en serio la proposición que me hizo hace diez años? No lo creo. Yo era demasiado inmadura entonces para un compromiso de ese calibre.

Pero ya no.

Quería tener una familia, quería formar parte de ellos, de los Gallagher, con sus locuras y sus preocupaciones, sus grandes cenas de Acción de Gracias y las visitas inesperadas a la ciudad. Me sentía como una más y eso no era poco.

—¡Todo el mundo fuera de mi cocina! —gritó Margot al verse invadida por una legión de bocas sedientas de café—. ¡Id a ensuciaros la camiseta, demonios!

Por un momento, estuve tentada de quedarme a ayudarla a recoger. ¡Yo no sabía nada de béisbol! Iba a hacer el ridículo más estrepitoso delante de todos. Pero había algo especial en los ojos de Tyler aquella mañana, un brillo más intenso, una luz en su sonrisa de las que no puedes dejar de mirar, y lo seguí al campo como hipnotizada.

Y sí, lo hice fatal. Tan mal que los niños que se unieron a nosotros se burlaron de mi manera de coger el bate, de lo flojos que eran mis lanzamientos, de mi forma de correr hasta las bases o del miedo que me daba lanzarme como si mi vida dependiera de ello.

—¡Batea una, Alice, solo una, y te pagaré una sesión completa de peluquería y manicura! ¡Te lo prometo! —me gritó Megan, compañera de equipo.

—¡Vamos, nena! —me animó Tyler—. Thomas lanza con manos de mantequilla. Puedes con él.

Austin soltó una carcajada detrás de las protecciones de receptor y recibió un puntapié por idiota. No obstante, puse lo mejor de mí e intenté concentrarme en la bola como me había enseñado Tyler. El secreto estaba en verla venir, en focalizar, en transformar el momento en una sucesión de imágenes a cámara lenta... ¡Y una mierda!

—¡*Strike* uno! —voceó Austin.

La pelota pasó tan rápido por delante de mis narices que no me enteré de que había fallado hasta que Tyler dijo mi nombre.

—¡Solo un golpecito, Alice!

—*Solo un golpecito, Alice* —repetí con ironía.

Me preparé, balanceé un par de veces el bate como si supiera lo que estaba haciendo y adopté la posición que habíamos ensayado antes del partido.

Thomas lanzó y... ¡le di! Un golpecito, sí, pero le di. Y, de pronto, Megan hizo un *home run* y Tyler la siguió mientras los niños que debían recoger la pelota se la lanzaban a Nick para que llegara a alguna base. No tenía ni idea de qué estaba pasando en el campo de juego, pero ganamos.

Celebré la victoria delante de Austin en venganza por todas las veces que se había reído de mí, salté entusiasmada, agité los brazos y grité cuando unas fuertes manos me levantaron en el aire. Nos besamos y nos reímos al mismo tiempo, lo abracé en pleno estallido de adrenalina y, cuando todos comenzaron a silbar a nuestro alrededor, Tyler me hizo una proposición que me dejó sin aire.

—Vivamos juntos, Alice. Estoy cansado de ir de tu casa a la mía, de no tener un lugar fijo donde encontrarnos. Hagámoslo. ¿Qué me dices?

Al principio creí que estaba de broma, pero no, iba completamente en serio, y fui perdiendo la sonrisa poco a poco, casi al mismo ritmo que él me dejaba en el suelo, muy despacio.

—Yo... no sé qué decir.

—Te prometo que tenía planificado hacerlo de muchas formas, incluso tengo una llave con tu inicial en una caja con un lazo, pero estoy harto de buscar el momento perfecto. Este es el momento perfecto, ahora, aquí. ¿Qué me dices?

—Creo... creo que es muy pronto, ¿no?

No era la respuesta que él esperaba, pero estaba tan impactada que ni siquiera me paré a pensar en mis sentimientos. Me asusté. ¿Y si salía mal? ¿Y si no nos adaptábamos a vivir el uno con el otro? Vale, sí, casi vivíamos juntos, pero ese «casi» era lo que marcaba la diferencia.

Leyó el miedo en mi mirada, como siempre, y no se dejó vencer. Estaba decidido y tumbaría todas mis reticencias, tantas como yo me empeñara en levantar entre nosotros.

—No es pronto, es el momento —dijo con suavidad—. Cada vez que dices «vámonos a casa» no puedo imaginar otro sitio que no sea a tu lado. —Me peinó con los dedos, me limpió una mancha



en la mejilla, me besó la punta de la nariz y me fue insuflando seguridad y ganas con cada gesto paciente que me dedicaba—. Podemos ir a tu apartamento o al mío, o buscar uno entre los dos, me da igual. Yo solo quiero estar donde tú estés.

## 34. Tyler

### LO VEO EN TUS OJOS

Dijo que sí y, puesto que mi apartamento era el doble de grande que el suyo y, además, pagaba menos de alquiler, quedó claro que sería ella la que se mudaría en cuanto regresáramos a Chicago.

Se fue animando con el tema cuando lo hicimos público en la comida. Al parecer, a nadie le gustaba como había decorado mi apartamento y se desató una lluvia de ideas sobre lo que hacer en el salón o qué tipo de cortinas colocar en el dormitorio. A mí me daba igual lo que Alice hiciera en aquel piso. Yo solo quería darle los buenos días cada mañana y abrazarla para dormir por las noches. Me gustaba ver sus cosas por todas partes, hasta me gustaba cuando entraba detrás de ella al cuarto de baño y se había dejado el lavabo lleno de cabellos rubios. No me importaba que se olvidara el vaso del zumo vacío sobre la encimera o que se acabara el café. Podía vivir con esas cosas, pero no podía vivir sin ella. Eso sí que no.

—Eso lo dices ahora porque estás en esa fase de gilipollez extrema —comentó Austin mientras nos bebíamos una cerveza en el jardín. Nick le dio la razón con un cabeceo—. Luego te hartarás de andar por casa con el culo al aire en busca de papel higiénico porque la princesa ha olvidado reponerlo.

—O de desayunar restos de lo que sea porque no anotó la leche en la lista de la compra —apuntó mi cuñado.

—¿Y qué más da? Eso forma parte de la convivencia, ¿no? ¿O es que tú dejarías a MC solo por esas tonterías? —le preguntó Thomas a Nick.

Choqué la cerveza con mi hermano pequeño. Me gustaba su forma de pensar.

El fin de semana familiar se acabó para nosotros el sábado por la tarde. Le había prometido a MaMa que iríamos el domingo por la mañana al mercadillo benéfico que se hacía cada año por estas fechas y sabía lo poco que le gustaba a Alice madrugar. Además, aunque adoraba las reuniones en Rockford, estaba deseando pasar un rato a solas con ella.

La vi hablando con mi madre mientras cargaba la camioneta y su gesto serio me extrañó. Parecía como si Margot le estuviera echando una reprimenda de esas que te obligan a bajar la cabeza y

asentir como un condenado. No me encajaba esa actitud después de lo bien que había ido el fin de semana. Pero, pasados unos minutos, cuando ya empezaba a pensar que debía intervenir, se abrazaron con los ojos cerrados, se susurraron palabras de despedida y partimos en silencio, con Alice perdida en sus pensamientos y yo jodido por no encontrar el tema de conversación que la sacara de aquel insólito mutismo.

Le pregunté de qué había hablado con Margot, por supuesto. Me mataba la curiosidad. Pero no me lo contó. Dijo que no era nada y fingió disfrutar del paisaje.

El domingo cumplimos con nuestro compromiso en el centro asistencial y, por la tarde, empezamos a llevar las cosas de Alice a mi apartamento. Varias maletas de ropa, cajas de zapatos para calzar a un ejército, algún detalle decorativo que había comprado durante el tiempo que llevaba allí y poco más. En un momento dado, sacó del armario el vestido que había llevado en la boda de MC, y me asombró lo rápido que había pasado el tiempo y cómo habían cambiado nuestras vidas. La letra de la canción que bailamos empezó a sonar en mi mente acompañada de un piano y no lo dudé. Dejé sobre la cama todo lo que llevaba en las manos, la rodeé por la cintura y empezamos a movernos en un baile lento en medio del caos.

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos? —le susurré al oído—. Estabas tan preciosa.

—Me dejaste sola en medio de la pista.

—Fui un idiota, tienes toda la razón —admití—. En mi defensa diré que no había podido olvidarte y verte de nuevo me dejó muy tocado.

—Pobre defensa. Debiste besarme.

Seguimos moviéndonos por el dormitorio al compás de una canción que solo sonaba en nuestras cabezas. La abracé fuerte y la besé profundo, el roce de su cuerpo me supo a deseo y a prisa, y le hice el amor con calma y con los cinco sentidos.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó en medio de aquel revoltijo de ropa en el que habíamos acabado desnudos.

—¿Por qué crees que me preocupa algo?

—Lo veo en tus ojos. —Perfiló mis labios con un dedo y continuó por los pómulos hasta las cejas. Hacía eso cuando me dolía la cabeza y me tenía fascinado—. Dímelo.

—Me gustaría saber qué te dijo mi madre. Solo es eso.

—Me dijo que eres un hombre bueno y fuerte —respondió con sinceridad—, pero con un corazón frágil. Me dijo que no volvería a tener otra oportunidad contigo si te fallaba esta vez. No quise preguntarle cómo supo que fui yo, pero lo sabe.

—¡Mierda! —mascullé. Apoyé la frente en su hombro y pronuncié varias palabrotas—. No puede ir soltando esas cosas así sin más.

—Sí puede, Tyler, y está en todo su derecho. ¿Qué tipo de madre sería si no se preocupara por el bienestar de sus hijos? —Su argumento no me convenció. Mi madre se tomaba unas libertades que me hacían parecer un mocoso y, en esta ocasión, se había pasado—. No importa, de verdad. Me

gusta que Margot sea así de directa.

—Pero te afectó, yo lo vi.

—Claro que me afectó. Estaba recibiendo una reprimenda de mi suegra por haberle roto el corazón a su hijo la primera vez que se enamoró de mí. —Me sujetó las mejillas con ambas manos y me obligó a mirarla—. Eso me asusta.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de ti y me doy cuenta de lo que podría significar que me dejases de un día para otro —confesó angustiada.

—Eso no va a pasar nunca.

—No lo sabes.

—Sí lo sé, Alice. Te prometo que eso no va a pasar nunca.  
Promesas... A veces lo eran todo y otras... solo palabras.

## 35. *Alice*

### UN BRINDIS DE BESOS

Cuando tenía tiempo, me gustaba empezar las mañanas en las cocheras de KME y hablar unos minutos con el señor Terrell, el encargado de transporte. Se acercaba a la jubilación —que se había ganado a pulso—, me transmitía una paz sin igual cuando me hablaba del personal a su cargo. Y yo necesitaba esa paz para comenzar la semana con fuerza.

Rob Sanders entró en las cocheras con la mandíbula apretada y echando chispas por los ojos. Se avecinaba una discusión de las importantes. La tregua de paz que habíamos mantenido durante las últimas semanas tocaba a su fin y, en cierto modo, me moría de curiosidad por saber cuál de todas mis decisiones había enfurecido tanto a mi abogado.

—¿Por qué hay una investigación policial sobre KME en marcha y yo no tenía conocimiento? —siseó Sanders mientras nos dirigíamos a la zona de oficinas—. ¡Tengo que saber estas cosas! Es tu deber mantenerme informado para que pueda proteger los intereses de KME.

—Es curioso que te muestres tan ofendido. Los intereses de KME, como bien dices, han estado en precario durante mucho tiempo y no te he visto mover un dedo hasta que no he comenzado a hacer cambios. —Saludé a un par de personas a nuestro paso para demostrarle que estaba tranquila, aunque por dentro hervía de furia. ¿Quién se había creído para exigirme algo así?—. Si no te he dicho nada de la investigación era porque no podía.

—¿Por qué me han preguntado por los antiguos sistemas de seguridad? ¿Por qué hay tanto interés en saber quién tenía el control de las cámaras? ¿Por qué me he sentido como si fuera culpable al hablar con la policía?

La investigación estaba estancada. No habían conseguido averiguar nada acerca de la cámara de grabación que faltaba y empezaba a dudar de que el caso fuera a resolverse. La inspectora ya me había advertido de esa posibilidad. Me estaba obsesionando y hasta tenía pesadillas de las que me despertaba gritando de madrugada.

Sanders me siguió al interior de mi despacho y se parapetó contra la puerta con los brazos cruzados. No se iría hasta que le diera una explicación y sí, quizá tuviera cierto derecho a conocer lo que estaba ocurriendo, pero aún no estaba convencida de su inocencia y la inspectora me había pedido que fuera prudente. A pesar de que Rob Sanders había sido uno de mis mayores

detractores en KME y que había hecho lo posible para quitarme de en medio en la gestión de la empresa, la intuición me decía que no tenía nada que ver con el caso.

—A mi padre lo estaban chantajeando —le expliqué con calma. Se me hacía un nudo en la garganta cada vez que pensaba en cómo me habían utilizado para hacerle daño—. Pagó mucho dinero para que no me pasara nada porque, quien fuera que estuviera detrás, sabía que yo era su punto débil.

—Eso no puede ser —rebatí—. Mi padre era la mano derecha del tuyo, lo hubiera sabido. Yo lo hubiera sabido.

—Hay correos electrónicos... —Nada de detalles, recordé. Wals y la inspectora Jenkins insistieron en ello. El cerco de culpables se cerraba en torno al personal de KME y, por muy inocente que me parecieran a simple vista, no podía confiar en nadie—. Da igual. Se está investigando al personal. Te ruego que colabores en lo que haga falta.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó. Abandonó su posición adusta y se acercó a mi mesa con las manos en los bolsillos y la mirada... ¿preocupada? ¿Rob Sanders preocupado? Eso sí que no me lo esperaba—. ¿Qué pasa con el sistema de seguridad? Era responsabilidad de mi padre y, cuando ocupé su cargo, fui yo quien le sugirió a Jefferson que actualizara el circuito de cámaras.

—¿Se lo has dicho a la policía o esto es una confesión extraoficial?

—Le he contado a esa inspectora insolente cada detalle que recuerdo del contrato con la empresa de seguridad, le he dicho cuándo se hicieron los cambios y por qué los sugerí.

—Vale, está bien. —Me dolía la cabeza y tenía cosas que hacer. No me gustaba perder el tiempo con tanto trabajo pendiente—. Ya que estás aquí, vamos a centrarnos en lo importante.

—No, primero quiero que me escuches —me impuso y levanté una ceja ante semejante falta de respeto—. Colaboraré, no tienes que preocuparte, pero necesito saber qué está pasando. Esta empresa ha sido la vida de mi padre, yo me he criado en estos despachos. Sentía admiración por el hombre que se sentaba en el sillón que ocupas tú ahora; Jefferson Lynch era la persona más respetable que he conocido en mi carrera, pero tenía un espíritu débil. Dejó que mucha gente se aprovechara de él: el querido primo Teddy, el intachable senador Anderson, su entrañable hija...

—Fui a protestar, pero era lo que Sanders esperaba y me tragué el insulto—. Tu padre siempre miró hacia otro lado. Daba igual lo que le dijera, aunque le demostrara que se equivocaba, él amaba a su familia y cedía ante las pequeñas irregularidades. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —Asentí.

Yo abagué por Hugh para que el grifo de la financiación de su carrera política continuara abierto pese a sospechar que el salto al transporte internacional no llegaría nunca. Hugh me mentía a mí, le mentía a mi padre, pero cuando lo descubrí tampoco hice nada por impedirlo. Ese dinero también mantenía mi nivel de vida y no quería prescindir de él. No estaba orgullosa de quien fui, ya había quedado claro.

—Esa auditoría que estás llevando a cabo te desvelará cosas que yo ya sé: facturas engordadas,

contratos dudosos, clientes que no pagan...

—¿Y por qué no hiciste algo en su día? ¡Eres el abogado de esta compañía, el responsable legal, por el amor de Dios! Mi padre te pagaba un sueldo para que te ocuparas de estas cosas. ¡Yo te pago un sueldo para eso, maldita sea!

—¿Crees que no lo intenté? Se lo dije, le advertí de lo que estaba pasando, pero él mandaba.

—Y pensaste que yo era igual que mi padre, ¿verdad? Pensaste que yo seguiría su línea a pesar de todo lo que me he esforzado desde el primer día para levantar esta compañía. —Se encogió de hombros a modo de respuesta—. Podrías haberme puesto al tanto. Nos habiéramos ahorrado tiempo y dinero.

—No confiaba en ti, Alice Lynch. No creía que estuvieras preparada para enfrentarte a la gestión de una empresa como esta. —No era nada que no supiera. La animadversión de Sanders era evidente—. Pero empezaste a dar pasos muy interesantes y he de reconocer que has tomado decisiones que están haciendo remontar KME. Me equivoco pocas veces cuando juzgo a las personas y quizá esta sea una de ellas. Demuéstrame que he cometido un error y déjame ayudarte. Cuéntame qué está pasando.

Lo pensé unos segundos, tal vez debí hacerlo un poco más, pero era sincero. Sé que lo era. Le conté lo que había descubierto la policía hasta el momento: los vídeos, la procedencia de las imágenes, el hecho de que fuera una de nuestras cámaras... y su reacción fue de lo más perturbadora. Se cabreó, maldijo mil veces, golpeó la mesa y me echó en cara que se lo hubiera ocultado, como si la relación laboral con él hubiera sido un camino de flores.

Estaba claro que Sanders no tenía la solución a mis problemas, pero me sentí más ligera después de comprobar que era humano, que le afectaba lo que estaba sucediendo y que, aunque no lo demostrara, empezaba a tenerme aprecio.

—Voy a hacer todo lo posible por averiguar qué pasó con esa cámara, que no te quepa la menor duda —declaró con solemnidad.

—Bien, pero si al final resulta que fuiste tú, me encargaré de que no vuelvas a ver la luz del sol el resto de tu vida —le dije antes de que se marchase.

—Tienes huevos, Lynch. Eso me gusta.

No me quedaba más remedio que tenerlos, no era fácil ser la directora de una empresa como KME, no era fácil tener que enfrentarme a las deudas, ni tener que oír cómo se referían a mí en el sector del transporte. Tomaba decisiones a diario que afectaban a muchas personas; con cada firma que estampaba me preguntaba si estaría haciéndolo bien, qué consecuencias tendrían mis actos... Todo tenía consecuencias, pero llegaban por sorpresa.

\*\*\*

Tyler y yo superamos nuestra primera semana de convivencia sin ningún altercado importante. O casi. También es verdad que él había encadenado turnos por culpa de los incendios que estaba provocando la ola de calor y yo estaba tan concentrada en acabar de concretar los nuevos

contratos que Teddy había dejado a medias que apenas pisaba el apartamento más que para dormir. Pero cuando coincidíamos sentía que formaba parte de algo, que sus brazos eran el lugar que me correspondía y sus ojos el espejo donde quería reflejarme el resto de mi vida. Aunque solo fueran un par de horas, dejaba de ser la directora de una importante empresa, me olvidaba de preocupaciones, objetivos e investigaciones, y solo éramos él y yo, y ese nosotros que intentábamos construir a ratitos.

No obstante, que Tyler siguiera considerando a Hugh una amenaza estaba resultando un problema serio. No podía mencionar su nombre sin que se desatara un infierno. Empezaba resoplando, hacía algún comentario mordaz y terminaba montándose una película hasta hacerme perder la paciencia. No podía entender que estaba preocupada por mi exmarido, que había cosas de su vida de las que solo podía hablar conmigo. Además, en las últimas semanas, había dejado de ser el político locuaz y encantador y se había convertido en un hombre hundido en sus propias miserias.

—¿Pero no son tus miserias, Alice! No eres su paño de lágrimas ni su solucionadora de problemas. Si está pasando por una mala época a lo mejor debería plantearse por qué, pero que lo haga él, no tú.

—¿Así es como tratas tú a tus amigos, Tyler? ¿Les das la espalda cuando te necesitan porque «no son tu problema»?

—¿No saques mis palabras de contexto! —voceó y me enfurecí mucho más—. Sabes igual que yo que Hugh no es un amigo más.

—¿Por qué? ¿Porque fue mi marido o porque no soportas que haya otro hombre importante en mi vida? ¡Pues lo siento por ti, pero ya puedes ir asumiéndolo!

Me encerré de un portazo en el dormitorio y hubiera echado el cerrojo de haberlo tenido. En momentos como ese deseaba no haber renunciado a mi bonito apartamento de la calle Clinton. Nos encendíamos con mucha facilidad, tanto para lo bueno como para lo malo. Aún estábamos en esa fase en la que todo se vivía con euforia y cada paso juntos suponía un brindis de besos y una fiesta en el dormitorio.

Pero los pasos atrás también contaban y eran los que ponían el punto de realidad en nuestras vidas. No podíamos estar vomitando corazones todo el tiempo. Esos instantes de crispación en los que nos gritábamos y apretábamos los puños y jurábamos en voz alta nos hacían más fuertes como pareja. O eso creía yo.

Luego, cuando las aguas volvían a su cauce y el silencio resbalaba por las paredes, llegaban las disculpas.

—Soy un idiota. Más que idiota. Lo siento mucho. Te prometo que no volveré a decir nada sobre Hugh —me susurró mientras se acomodaba en la cama junto a mí.

Me gustaba que reconociera que lo había hecho mal, pero yo también tenía parte de culpa. Sabía la aversión que sentía por mi exmarido y no podía pretender que entendiera qué nos unía tanto a Hugh y a mí. No podía hablarle de nuestros secretos ni de por qué estaba preocupada, así que tomé la decisión de mantenerlo al margen de ese aspecto de mi vida. ¿Hice mal? Sí, fatal, pero me



pareció lo más adecuado. En ese momento yo solo quería que volviera a abrazarme porque no concebía tenerlo al lado y sentirlo tan lejos.

—Yo también lo siento. Estoy un poco alterada últimamente. La investigación no avanza, tengo mucho trabajo, hace un calor insoportable y me tiene que bajar la regla —añadí—. Estoy segura de que no pensaste en mis cambios de humor cuando me pediste que viniera a vivir contigo.

—Tus cambios de humor y tú sois lo mejor de esta casa. —Cómo lo quería cuando decía cosas así, aunque solo fuera para sacarme una sonrisa—. Me cogeré vacaciones en cuanto chasquees los dedos, ¿entendido? Iremos de viaje a algún lugar en el que no haga tanto calor, dormiremos hasta tarde, comeremos fuera y haremos el amor a cualquier hora, sin restricciones.

—Mmmm, suena bien. —Me arrebuje más contra él y cerré los ojos.

Qué fácil sería todo si no tuviéramos que salir de aquel dormitorio, con sus besos en mi cuello, sus manos bajo mi camiseta y su olor impregnando mi piel.

Pero la vida no era fácil.

Y el amor tampoco.

## 36. Tyler

### HABLA CONMIGO

Pero ¿qué demonios le pasaba a Alice? No había quien la aguantara. Estaba irascible, intratable y me veía obligado a andar de puntillas por el apartamento porque no sabía qué la haría estallar por los aires. Solo habían pasado dos semanas desde que aceptó vivir conmigo y me negaba a creer que los días de risas y deseo ya se hubieran acabado.

Llegaba a las tantas de la empresa, cansada, tan agotada que ni siquiera cenaba. Se daba una ducha —a la que yo no estaba invitado— y se metía en la cama. Le dolía el estómago de manera preocupante, el estrés se la estaba comiendo y todos mis intentos por distraerla de los problemas de KME terminaban en una discusión.

La última había sido demoledora. El lunes por la noche fui a recogerla al despacho. No me esperaba y no le gustó verme allí, pero subió a la camioneta y fue... cordial, una cordialidad de esas que escuecen. Mi intención era prepararle la cena, tumbarnos en el sofá y cederle el poder del mando a distancia para ver alguna serie de esas que tanto le gustaban. Pero Alice no tenía apetito y dejó el plato de verduras intacto. No tenía ganas de conversación y se dedicó a mirar el fondo de la copa de agua como si allí fuera a encontrar la solución a todos los misterios de la vida. Respondió con monosílabos a mis preguntas y se encogió de hombros cuando le hice ver lo poco comunicativa que estaba.

—Ha sido un día de mierda. Seguro que lo entiendes —dijo sin apenas mirarme.

A punto estuve de cargármela al hombro y llevarla al dormitorio para descubrirle una nueva forma de hacer el amor, una en la que no tuviera que asumir el control, solo dejarse llevar y sentir... sentir su cuerpo y el mío, las sábanas, mis manos, el aire espeso de nuestra respiración, el sudor pegado a la piel, el alma saliéndose del pecho...

Pero su teléfono sonó y ella dio un bote en la silla. Por una fracción de segundo vi la duda en sus ojos y luego no supo si cogerlo o rechazar la llamada. Yo peleándome con sus silencios para hacerla sentir mejor y ella se deshacía en cuanto veía el nombre del maldito Hugh Anderson en la pantalla.

—No lo cojas. —Fue una petición estúpida, pero tenía que intentarlo.

—Tengo que hablar con él. Solo será un segundo.

—No, Alice, primero habla conmigo —le exigí. También le arrebaté el teléfono y lo lancé al sofá.

—¿Te has vuelto loco? —Hizo amago de levantarse, pero la sujeté por la muñeca—. Suéltame, Tyler.

—No. Antes dime qué te pasa.

—¡Me pasa que no me gustan los hombres controladores! Y tú ahora mismo eres uno de ellos.

La solté de inmediato y me recosté contra el respaldo de la silla. Fue como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Y creo que ella lo sintió igual, porque no se movió; el teléfono siguió sonando, pero sus ojos se mantuvieron fijos en los míos. Y sí, a mí me dolió, pero a ella también, y cuando alargó la mano para recuperar mi contacto, se la negué.

—Lo siento. No era eso lo que quería decir —se disculpó.

—Pero lo has dicho.

La mirada se le empañó y mi corazón sufrió un colapso.

—Estoy saturada, estoy...

—Pues déjame ayudarte —susurré, y el dolor en el pecho se hizo insoportable cuando ella negó y bajó la cabeza con un sollozo—. ¿Esto es solo por trabajo o hay algo más? ¿Es por la investigación? ¿Sanders vuelve a molestarte?

Apretó los labios y movió la cabeza, pero no pude adivinar si afirmaba o negaba alguna de mis preguntas.

—¡Alice, dime algo, maldita sea!

—¡No me grites! —Abrí mucho los ojos y no supe reaccionar. Se echó atrás con tanta brusquedad que la silla cayó al suelo—. Deja que solucione mis cosas, Tyler. Deja de intentar arreglarlo todo. No necesito una niñera, ni un guardaespaldas, solo tienes que estar. ¡Solo eso! Y si no puedes entenderlo, quizá no haya sido buena idea...

—Ni se te ocurra decirlo, Alice. —La señalé con un dedo—. ¿No quieres una niñera ni un guardaespaldas? Bien, estás de suerte, no soy nada de eso. Pero sí soy tu pareja, joder, soy la persona con la que vives, soy el hombre que te quiere y al que quieres... No me pidas que me mantenga al margen, porque no lo voy a hacer.

El teléfono volvió a sonar. Anderson no se daba por vencido, pero esta vez Alice lo ignoró y fue como si hubiera ganado una pequeña batalla, aunque al segundo siguiente perdiera por completo la guerra. Ella se encerró en el dormitorio, como era habitual; yo estaba demasiado cabreado para continuar y, cuando entré, dormía con la luz encendida y el rostro húmedo de lágrimas.

Al día siguiente apenas la vi. Cuando me marché a trabajar aún descansaba y no quise despertarla. La besé en la frente y le dije cuánto la quería, pero me pesaba todavía la discusión de la noche anterior y pasé el día distraído. Demasiado distraído para la responsabilidad que tenía. Y es que, cuando te juegas la vida en cada alerta, las cuestiones personales deben estar bien atadas antes de ponerte el uniforme para que no afecten al trabajo. En mi caso no fue así y me di un buen golpe en el pecho al no ver venir un derrumbe parcial. No fue nada importante, solo el susto, la

molestia y un escandaloso moretón en las costillas.

Al llegar a casa, encontré a Alice en el sofá, rodeada de papeles, con el portátil sobre las piernas y el móvil sujeto al hombro. Llevaba ropa deportiva vieja, el pelo recogido en una trenza deshecha y esas gafas de pasta negra que solo usaba para trabajar. Estaba preciosa, pero parecía cansada.

—Está bien, pero nada de hacer locuras, ¿entendido? —susurró rápido al verme apoyado contra el arco de la pared—. Tengo que dejarte. Ya hablamos.

Nos medimos con la mirada unos segundos. Yo inmóvil y ella nerviosa, como si la hubiera pillado haciendo algo inadecuado. No me gustó su reacción, no quería que se sintiera incómoda.

—¿No has ido a trabajar? —señalé lo evidente. Era eso o preguntarle qué tal estaba el señor senador de los cojones.

—No. Hoy he trabajado desde casa.

*Desde casa*, qué bien me sonaron sus palabras.

Retiré algunos papeles del sofá y me dejé caer a su lado con un suspiro. Le quité el ordenador de las rodillas, lo puse en la mesa de café y, sin permiso ni cuidado, senté a Alice sobre mis piernas y la besé. Emití un quejido al notar su peso contra el pecho, pero ¿qué era un poco de dolor en comparación con tenerla así?

—Siento lo de anoche.

—Yo también lo siento. No quería...

Volví a apoderarme de sus labios. No había más que hablar. Y quizá ese fuera el verdadero problema, que no lo hablábamos, que yo quería solucionarlo todo con besos y los besos solo disfrazaban nuestros sentimientos.

El miércoles por la mañana desperté con el olor a café inundando el dormitorio y la voz de Alice sonando desde el salón. Hablaba con alguien por teléfono, para variar. Gruñí al revolverme entre las sábanas y me tapé los ojos con un brazo. No necesité escuchar la conversación para saber quién estaba al otro lado de la línea.

Una ducha y un par de analgésicos después mi humor había mejorado sustancialmente y Alice había finiquitado la llamada de su ex. Canturreaba una conocida canción de los Red Hot Chili Peppers y se movía con mucho estilo mientras exprimía un poco de fruta.

—¿Este buen humor matutino tengo que agradecerse al senador Anderson? Porque si es así...

—No seas idiota, ¿quieres? —Le molestó mi comentario, pero no dejé que se apartara de mí—. Y no empieces con lo mismo de siempre.

Me repetí que no debía enfadarme, que era mejor pensar las cosas antes de soltar cualquier ofensiva que nos llevara de nuevo a la casilla de salida. Pero es que no entendía qué le pasaba a ese tío. Tenía una legión de lameculos a su alrededor, así era la política, ¿no? Entonces, ¿por qué la llamaba a todas horas? ¿Por qué estaba tan presente en la vida de Alice?

—¿Cómo sabes que no hace todo esto para que vuelvas con él? —pronuncié en voz alta.

Alice sonrió sutilmente. Imagino que debí parecerle el hombre más patético del planeta porque

hasta a mí me sonó a pataleta de niño pequeño. Dejó de preparar el desayuno y me rodeó la cintura con sus brazos.

—No lo hace por eso, Tyler. Y, aunque lo hiciera, no tienes de qué preocuparte. Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo? —Me ofreció sus labios en un beso dulce y los acepté. Hubiera aceptado cualquier cosa que me diera—. Te quiero, Tyler Gallagher. Te quiero muchísimo. No lo olvides.

## 37. *Alice*

### OTRA VERSIÓN DE NOSOTROS

Aquel 1 de agosto me desperté con la trágica noticia de un devastador incendio cercano a Arden Oaks. Las llamas estaban devorando el condado de Sacramento y, en la televisión, las autoridades ya lo habían declarado zona catastrófica. California era una cerilla que ardía sin contención y las pérdidas materiales eran incontables.

No era la primera vez que sucedía algo así en el estado, pero sí lo era el hecho de que las llamas rondaran el vecindario donde vivía Hugh, el lugar donde había vivido yo. Se me encogió el alma al ver las imágenes de preciosas mansiones reducidas a escombros. Había estado en algunas de ellas, eran de gente que conocía, aunque ahora no fueran más que un recuerdo en mi cabeza.

—Tranquila, está todo bien. No hay peligro por aquí, pero nos han desalojado hasta que consigan controlar el incendio y el humo no sea tan espeso. Cada vez que respiro parece que me esté fumando uno de los puros de tu padre —dijo Hugh con su peculiar humor.

Era bueno que se mostrara alegre. Nuestras últimas conversaciones me habían dejado más inquieta de lo normal.

—¿Dónde te alojas? ¿Estarás bien?

—Deja de preocuparte por mí, ¿quieres? Estoy en el Hilton Arden West, no me puedo quejar. Y Alice... —Hizo una pausa, se aclaró la garganta y yo cerré los ojos con fuerza porque intuía que venía algo que podría no gustarme—, esa persona de la que no quieres que hable está conmigo. Solo quiero que lo sepas.

—Vale. Lleva cuidado.

Llegué tarde a mi reunión con Rob Sanders. Cuando salí del ascensor me esperaba junto a la puerta del despacho con los brazos cruzados y actitud hostil. «Nada nuevo», pensé. A pesar de nuestra supuesta tregua, el carácter de mi abogado no se controlaba con unas confidencias y un poco de drama. A él le gustaba hacer las cosas a su manera y no entendía que yo tuviera mi propia estrategia.

—Podrías haberme avisado de que hoy vendrían a registrar los despachos. Me hubiera tomado el

día libre —dijo sarcástico.

—¿Y quién iba a alegrarme la mañana si no? —Le hice un gesto con la mano para que tomara asiento y encendí la cafetera. No podría afrontar su presencia mucho tiempo sin una dosis de cafeína en vena—. Solo es un mero formalismo. Y ahora, ponme al día. ¿Cómo va el asunto de Teddy? Sé que fuiste a hablar con él.

—No va a denunciarnos y firmará el documento de renuncia. Sabe que no llegaría a ningún sitio en los tribunales. Pero a cambio pide una indemnización millonaria.

—Es lógico. —Aspiré el olor que salía de mi taza y cerré los ojos antes de dar el primer sorbo. El mejor sorbo—. Dile a Lamy Griffin, de facturación, que te haga un cálculo del dinero que el primo Teddy ha estado estafando a esta empresa desde que tenemos conocimiento. Que se remonte a los primeros años si es necesario. Extenderé un cheque por el valor total en concepto de indemnización y daremos orden al banco para que no lo pague. Será como si devolviera todo cuanto robó a KME.

—Me gusta cómo funciona tu mente —comentó mientras anotaba mis indicaciones.

—¿Qué hay de los contratos que faltaban por firmar? —continué.

—Todos al día salvo el de Nueva York —respondió y se miró el reloj de muñeca—. Salgo para allá en una hora. Mañana mismo lo tendrás cerrado.

—Bien. ¿Y los cobros pendientes?

Apremié a Sanders con los datos menos sustanciales y su informe no duró más que unos minutos. Mientras hablaba, consulté en internet las noticias nacionales para saber algo más del incendio. La cosa no pintaba nada bien.

—¿Qué te pasa? Hoy te noto poco exigente. ¿No hay reproches de ningún tipo? Estoy sorprendido. ¿Va todo bien?

—No te ofendas, Sanders, pero no tenemos un grado de amistad suficientemente profundo como para convertirte en mi confidente o en mi psicólogo. —Vaya si le dolió. El señor abogado estirado no estaba acostumbrado a que lo trataran con su misma medicina y me gustó la sensación, aunque un segundo después me sentí como una mala persona y le ofrecí algunas explicaciones para suavizar mi salida de tono—. Con todo lo que está pasando en KME lo normal sería que me hubiera vuelto loca, pero no, así que, por favor, ve a limpiar la imagen de mi empresa para que esto siga funcionando, ¿de acuerdo?

Dediqué buena parte de la mañana a trabajar sobre varias ideas que me había proporcionado el departamento comercial. Queríamos poner en marcha una campaña publicitaria muy potente después del verano y todo lo que me habían presentado me parecía sacado de los años cincuenta.

Megan me llamó al enterarse del incendio y lamenté que no fuera otro Gallagher el que se preocupara por cómo me sentía. Estaba segura de que Tyler habría visto la noticia, no había nada que se le escapara cuando de fuegos se trataba, pero habíamos decidido no hablar de Hugh, con todo lo que eso implicaba.

No obstante, debo admitir que la medida estaba funcionando y ya había olvidado cuándo había

sido nuestra última discusión. Prefería esta otra versión de nosotros en la que había más sonrisas y menos ceños fruncidos.

Incluso me permití cogerme la tarde libre unos días atrás para ir juntos a comprar un colchón nuevo. Comimos en la terraza de un restaurante cerca del río y hablamos de la última llamada de Margot, de la relación de Austin con su camarera, de su inminente incorporación al camión 7 como teniente... Hicimos planes, construimos el futuro más inmediato y fuimos a la caza de un colchón, aunque se empeñó en que probásemos todos los que había en la tienda.

—Hay que comprobar si son resistentes —le dijo al vendedor mientras hacía movimientos un tanto obscenos—. Si eliges uno malo te puedes destrozar la espalda.

Me tapé la cara de vergüenza, pero no dejé de observarlo entre los dedos. Cuando se comportaba de esa manera tan desinhibida me recordaba a Austin y a Megan. Era increíble.

—No tenemos colchones malos, señor —se ofendió el dependiente—. Ese en el que se encuentra ahora mismo es un excelente ejemplar viscoelástico de alta gama que se adaptará a sus necesidades para un descanso en óptimas condiciones, si lo que pretende es... dormir.

Creo que no era en dormir en lo que pensaba Tyler. Dio un par de botes más y me animó a que me uniera a él. Pero no le habíamos caído simpáticos a aquel hombre y, antes de que la historia de la tienda de café se repitiera, cogí a mi *excelente* ejemplar y le dije que ya estaba bien de divertirse.

Ni qué decir tiene que compramos el colchón y, para compensar las molestias, también nos llevamos dos almohadas, un juego de sábanas y un montón de caramelos de una bandeja del mostrador.

Nos sirvieron el viscoelástico esa misma tarde y, las cosas como son, llevábamos dos días follando en óptimas condiciones.

Un revuelo de voces en el pasillo me sacó de mis pensamientos de un plumazo. Era pasado el mediodía, María había salido a comer y la que atravesó la puerta sin llamar fue una acalorada Emma.

—La inspectora Jenkins necesita verla en el despacho del señor Sanders. Es urgente.

Tuve un mal presentimiento, uno de esos que te cierra la boca del estómago y hace que empieces a temblar. Corrí por el pasillo ante la mirada de mis empleados y de los policías que estaban llevando a cabo el registro. Y conforme me acercaba más difícil se me hacía respirar.

No debía sacar conclusiones precipitadas. No debía...

—Lo tenemos, Alice.

¡No!

Me apoyé en el marco de la puerta y noté cómo mi cuerpo se rendía a la gravedad. Unos brazos me sujetaron, alguien dijo algo a mi lado, pero yo solo tenía ojos para la bolsa transparente que llevaba Laura Jenkins en la mano.

—Hemos encontrado la cámara en un armario escondido detrás de los libros de esa estantería. —La inspectora señaló el lugar donde varios agentes sacaban fotos—. También había algo de



efectivo y un *pendrive* con grabaciones. Son las imágenes de tu video, Alice. No se ha esmerado mucho en ocultarlo.

—Sanders no puede ser... no puede ser.

Me llevé las manos a la cara y contuve las ganas de gritar. Iba a despellejarlo en cuanto lo tuviera delante. El muy hijo de puta me había engañado con su discurso sobre cuánto admiraba a mi padre. Estaba conmocionada y rabiosa por haber estado tan ciega. Confié en él, le conté lo que estaba pasando... Y por eso no me encajaba. Era un tipo listo, ¿por qué iba a mantener las pruebas que lo convertían en culpable justo al alcance de la mano?

—A veces los más inteligentes son también los más confiados —apuntó Laura—. ¿Dónde podemos encontrar al señor Sanders?

—Está en Nueva York, tenía una reunión con un cliente... ¡Dios mío, esto es una pesadilla!

Primero Teddy, ahora Rob. La estructura de mi empresa se estaba desmoronando y a mí ya no me quedaban fuerzas para sostenerla.

—Bien, daré orden de detención. En cuanto lo tengamos en comisaría terminaremos de esclarecer el asunto, aunque creo que está bastante claro.

Entonces ¿por qué yo no lo sentía así?

Cuando llamé a Tyler y a Wals se sorprendieron tanto como yo del hallazgo de la policía, pero no compartieron mis dudas. Las pruebas eran las que eran, no se podían ignorar, y por mucho que intenté hacerles ver lo extraño que me parecía todo, ellos no lo vieron así.

—Solo tendrán que comprobar las coartadas de tu abogado en las fechas en las que fueron grabados los vídeos. Si estuvo en Sacramento no habrá más que decir —expuso Wals.

—Los podrían haber grabado por encargo.

—Con la cámara de un sistema de seguridad que se sustituyó por sugerencia suya —me recordó Tyler—. Con la única cámara que faltó en el recuento de dispositivos que él firmó. No sé, Alice, yo lo veo bastante claro.

—Sí, puede ser...

—Deja de darle vueltas y márchate a casa, cariño. Puedo llevar algo de cenar cuando salga del parque, ¿de acuerdo? Ya has tenido suficientes emociones fuertes por hoy.

Tenía razón. Estaba al límite. No tenía la cabeza para continuar trabajando como si no hubiera ocurrido nada. Solo podía pensar en llegar al apartamento, darme un baño y echarme en el sofá a ver cualquier cosa que no tuviera que ver con la vida real.

Puse un poco de orden entre los documentos que debía revisar al día siguiente y apagué el ordenador. Eran las seis de la tarde cuando miré la hora en el móvil. Tenía varias alertas de noticias relacionadas con el incendio en Sacramento que no había podido revisar. Pensé en Hugh y marqué su número de manera instintiva. Estaba segura de que le interesaría saber lo que había pasado con Sanders, pero no respondió.

Mi teléfono sonó un minuto más tarde y aún me pregunto qué hubiera pasado de no haber respondido a la llamada de aquel número desconocido. Crees que tu vida va bien, crees que tienes

las riendas, que has aprendido a superar adversidades, que puedes con lo que te echen porque ya has demostrado que nada puede contigo. Y, de pronto, alguien te llama, tú respondes y te das cuenta de que siempre puede haber algo peor.

—¿Eres Alice? ¿Alice Lynch?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy... Edward —dudó y supe al instante a quién correspondía ese nombre—. Necesito que vengas. Él te necesita.

## 38. Tyler

### UNA PALABRA NO DICHA

—¿A Nueva York? ¿Ahora?

—Sí, ahora —respondió Alice mientras metía cosas en una maleta de mano—. No puedo dejar pasar el contrato con esa empresa y no ha quedado muy bien que mi abogado no se presentara a la reunión.

La observé unos minutos dar vueltas por el dormitorio y no pude evitar preocuparme. No tenía buen aspecto, estaba pálida y ojerosa, le temblaban las manos y parecía tener la mente muy lejos de allí. No era para menos. Después de lo que había pasado con Rob Sanders era lógico que se sintiera perdida. Había depositado en ese hombre mucha confianza y él la había traicionado.

—Para un segundo, Alice. —La sujeté de los brazos con firmeza para que me prestara atención—. Respira un poco, ¿quieres?

—Mi vuelo sale en dos horas y tengo tantas cosas que hacer...

Se le encharcaron los ojos y a mí se me encogió el alma. Mis manos buscaron sus mejillas y suspiró al percibir los besos que le di en la frente y en los párpados y en los labios, tan calientes. Le tembló el cuerpo y se rindió. Había agotado toda la energía que le quedaba y ni siquiera se mantenía en pie.

—Envía a otra persona a Nueva York, tú no puedes más. No puedes con todo, Alice. Necesitas parar.

—Estoy bien —susurró, pero su cansancio buscaba mi cuerpo para relajarse y su abrazo no me decía lo mismo que ella—. Solo es un poco de agotamiento. Descansaré cuando llegue al hotel. Te lo prometo.

No me quedó más remedio que resignarme porque no había nacido el hombre que la hiciera cambiar de opinión cuando de trabajo se trataba.

—¿Cuántos días estarás fuera? —quise saber. Había planeado llevarla el domingo a ver jugar a los Sox con Megan y Nick, y crucé los dedos para que regresara a tiempo.

—No lo sé. Depende de ellos. Si mañana no queda todo resuelto tendré que esperar al lunes. En cuanto lo sepa, te aviso.

—Está bien —dije sin demasiada convicción—. Venga, cuando estés lista te llevo al aeropuerto.

—No, no hace falta. He pedido un taxi.

—¿Por qué? —me extrañé.

Si la situación ya me resultaba desconcertante con aquel viaje inesperado, el hecho de que se negara en rotundo a que la llevara me puso de un humor nefasto.

—No sabía si llegarías a tiempo. No importa. Prefiero que te quedes y descanses. Tú también pareces cansado.

Y lo estaba, pero no me hubiera importado ir con ella al aeropuerto. Me molestó que hubiera prescindido de mí antes de preguntarme, pero no dije nada. Ya sabía lo independiente que podía ser Alice, lo había comprobado en las semanas que llevábamos viviendo juntos, en cosas tan insignificantes como abrir un bote de conservas: prefería consultar un tutorial de YouTube antes que pedirme que se lo abriera yo. La semana anterior se había subido a la encimera de la cocina porque no llegaba a las copas que había en el armario de arriba. Si no llego a estar a su lado se habría dado un buen leñazo contra el suelo. Y esa era la cuestión: yo estaba ahí y únicamente tenía que estirar la mano para coger lo que necesitaba. Siempre estaba ahí, pero a veces ella ni me veía.

Le cerré la maleta mientras terminaba de vestirse y le aparté las manos cuando fue a abrocharse los botones de la camisa. Me gustaba hacerlo a mí, me parecía de lo más sensual rozarle la piel antes de cubrirla y era un placer ver como el rubor le subía hasta la garganta, donde yo siempre terminaba por dejar un beso. Cuando la abracé, fue tan fuerte lo que sentí que me dolió muy dentro. Y sé que Alice también lo percibió.

Su beso me supo a poco y su mirada a despedida. Y aunque volví a besarla en la calle, algo se había quedado suspendido en el aire del apartamento, un sabor agridulce, una caricia perdida, una palabra no dicha.

O tal vez dos.

## *39. Alice*

### COMO EN LOS DÍAS DE LLUVIA

Levantó la mano para despedirse y el tiempo se paró en el interior del taxi. Fue solo un instante, lo que dura un suspiro, pero la mentira que le había dicho, esa por la que me comían los remordimientos, me agrió los ojos e hizo que mi sonrisa fuera frágil como el cristal.

Me estaba arriesgando a perderlo. Lo sabía, lo sentía dentro, pero conservaba la esperanza de que pudiera entender la situación. Hugh me necesitaba más que nunca.

Dio un paso atrás para apartarse del taxi y fue como si se alejara de mi vida. Eché mano de todas mis fuerzas para no abrir la puerta y volver a abrazarlo. No debía, para él no era más que un viaje a Nueva York, al menos hasta que le contase la verdad.

—¿A dónde, señorita?

—Al O'Hare, por favor. Terminal 5.

Se lo diría al llegar a Sacramento, o a la mañana siguiente. No se lo tomaría bien, pero prefería viajar con esa inquietud antes que con el pesar de una discusión. Porque la habría, por supuesto que sí, y no sería agradable.

Me cayeron las lágrimas en el regazo y el cristal de la ventanilla se distorsionó. Las luces se hicieron manchas, los sonidos se diluyeron y una horrible intranquilidad me oprimió el pecho, como si fuera a suceder algo muy malo, como si me faltara el aire. Como en los días de lluvia.

Abandoné Chicago con el alma partida por las ganas de decirle adónde iba, pero también por la promesa de silencio que hice a Hugh en su día. Mis labios temblaron al saber que iba contra el tiempo y por el miedo a perder al único hombre al que había querido.

Y ni el calor de aquel 1 de agosto consiguió templar mis manos, aferradas la una contra la otra en un ruego temeroso: «Que no me odie, que me perdone».

## 40. Tyler

### ME EQUIVOQUÉ

No pude dormir bien en toda la noche. Me había acostumbrado a tenerla en la cama, a mi lado, a moldear mi cuerpo al suyo, a acompañar los latidos con su corazón, y notar las sábanas frías me molestaba más de lo que quería reconocer. También es cierto que no me quedó buen sabor de boca cuando hablamos por la noche. Estaba distante y demasiado cansada. Demasiado.

No tenía que haber ido a Nueva York. Ni siquiera había asimilado que Rob Sanders era el artífice de las extorsiones a su padre y, aunque eso ya fuera parte del pasado, como se empeñaba en puntualizar ella misma, yo sabía que seguían dando vueltas por su cabeza mil preguntas sin respuesta.

—¿Qué tal ha pasado la noche nuestra chica? —me preguntó Wals al entrar en el vestuario del parque—. ¿Ha descansado?

—¿Nuestra chica? —Levanté una ceja y dejé claro lo poco que me gustaba que se refiriera a ella así—. ¿No te puedes limitar a llamarla Alice, como todo el mundo?

—Creo que alguien está de mal humor esta mañana —canturreó Rivas mientras se ataba los cordones de los zapatos.

—No seas borde, Gallagher —me regañó Luisa—. Solo queremos saber si *tu* Alice está bien.

—Alice está bien. —respondí, cabreado. Dejé mis cosas en la taquilla y cerré con más fuerza de la normal—. Y está tan jodidamente bien que anoche se fue a Nueva York a cerrar el acuerdo que tenía que haber resuelto el puto abogado de los cojones.

—Bueno, es una mujer responsable y se preocupa por su empresa —la defendió Tatiana. No sé qué me molestó más, si el hecho de que la apoyara sin conocerla apenas o que tuviera razón—. Piénsalo, Gallagher: lo que menos necesita ahora es perder clientes.

—Es raro —comentó Wals, pensativo—. Juraría que María dijo que ese gilipollas de Sanders había dejado resuelto el trabajo en Nueva York.

—Al parecer, no.

—Déjalo ya. Le vendrá bien cambiar de aires. A lo mejor a ti también —sugirió Tatiana—. Pídele un par de días al capitán, ve a Nueva York, sorpréndela...

—Acaban de ascenderme a teniente, Tati. No puedo ir pidiendo vacaciones porque sí.

—Yo puedo cubrirte —se ofreció Wals—. Piénsatelo.

No era una mala idea. Podríamos ir a pasear por Central Park, dormir hasta tarde, ver algún espectáculo... Cuanto más avanzaba el turno, más convencía. Me jodía perder las entradas para ver a los Sox, pero siempre se las podía regalar a Austin para que fuera con la camarera.

Regresé de una de nuestras salidas de mucho mejor humor que con el que había llegado por la mañana. Estaba decidido, iba a hablar con el capitán para que me diera permiso el fin de semana. Le debería un favor enorme a Wals, pero valdría la pena.

Sin embargo, no llegué al despacho de Malone. Un comentario de Rivas sobre algo que decían en las noticias captó toda mi atención.

—Por mí pueden irse al infierno todos los políticos, los de aquí y los de California.

Un titular, una imagen en pantalla y mi mundo patas arriba.

«Pronóstico reservado en el estado del senador Anderson».

—Dale voz, Rivas —pidió Wals al ver de quién hablaba la noticia.

—*Recordemos que ayer, durante una reunión del comité de seguridad y transporte, el senador Anderson tuvo que ser asistido por los servicios de emergencia y trasladado a este hospital de urgencia* —decía un acalorado periodista a las puertas de Sutter Medical Center—. *Estamos en directo con el secretario estatal del partido republicano, James Oswald. Díganos, señor Oswald, ¿confirma esto las sospechas acerca de una enfermedad grave, tal y como se ha especulado en otros medios?*

—*Esto no confirma nada. Tendrán que esperar al comunicado del equipo médico. Por lo pronto, el senador está estable.*

—*Sabemos que está acompañado de su esposa, ¿quiere decir eso que los rumores de ruptura son falsos?*

—*Ustedes, los periodistas, tienen mucha imaginación.*

A los demás pareció no importarles en absoluto la noticia, pero Wals me miró sorprendido, él sí sabía el papel que jugaba Alice en todo esto, sabía que me había mentido y cuánto me iba a afectar haberlo descubierto.

—Llámalala y mantén la calma, tío —me sugirió en voz baja.

—Métete en tus putos asuntos.

Me encerré con el móvil y mis demonios en una de las salas del parque. Estaba furioso. Por mucha respiración controlada y por muchas vueltas que diera alrededor de la mesa, era incapaz de calmarme. Al final, la emprendí a patadas con una silla y terminé estampando el puño contra la pared.

—¡Joder! ¡Joder!

Miré el teléfono y deseé estrellarlo contra el suelo. Solo hacía unos días que nos habíamos hecho la foto que brillaba en la pantalla. Nos besábamos con los ojos cerrados y no había nada más perfecto que nosotros. Quería que no me olvidara nunca de lo que me provocaban sus besos; pero en esos momentos solo podía sentir rabia y algo que se parecía mucho al asco.

Iba a llamarla en cuanto consiguiera recuperar un poco la compostura, pero se me adelantó. El móvil comenzó a sonar y su nombre me hizo daño solo con leerlo. Descolgué y guardé silencio. Me la imaginé en el pasillo de aquel hospital privado, mordiéndose la uña del pulgar e inventando una mentira más que contarme.

Sin duda, me equivoqué.

—Tengo que decirte algo que no te va a gustar —dijo después de un escueto saludo.

—¿Algo como que no estás en Nueva York y que te encuentras velando el sueño de tu marido enfermo? —La oí contener el aire, no sé sí por haberla descubierto o por lo duras que sonaron mis palabras—. Ya he visto la noticia en el canal 4.

—No podía contártelo.

—¡Claro que no! ¿Por qué ibas a hacerlo? Al fin y al cabo, solo soy el puto gilipollas que vive contigo —ironicé a voz en grito—. Siempre se me olvida que tengo el título de honor de segundo plato.

—Eso no es cierto —susurró—, es solo que Hugh está enfermo.

—¿Y qué? ¿Ese es motivo suficiente para salir corriendo a su lado? ¿Al senador le duele un dedo del pie y tú lo dejas todo para sostenerle la mano?

Estaba siendo egoísta, más de lo que lo había sido en toda mi vida. Y lo estaba haciendo a propósito. Perdí el control cuando escuché la voz de Alice y estaba muy lejos de recuperarlo.

—Hugh tiene cáncer, Tyler —pronunció despacio. Percibí una leve vacilación de su voz y cerré los ojos con fuerza. Yo no podía luchar contra eso—. Le hice una promesa hace mucho tiempo y no quería romperla. No podía contártelo. Entiendo que estés enfadado por haberte mentado, pero espero que comprendas por qué lo hice.

—Pues no, no lo comprendo. No comprendo por qué mi novia no puede confiar en mí. No comprendo por qué la mujer que quiero me miente en cuanto me descuido. ¡No comprendo nada, Alice! ¡Nada!

—¿Qué hubieras dicho si te lo hubiera contado? ¿Cómo hubieras reaccionado si te hubiera dicho que venía a Sacramento porque Hugh estaba enfermo? —me preguntó con calma y me jodió que estuviera tan serena mientras yo perdía los papeles con tanta facilidad—. Piénsalo, Tyler, porque te recuerdo que las últimas conversaciones que hemos tenido sobre Hugh no acabaron muy bien.

Tenía razón. Si me hubiera dicho la verdad no la hubiera dejado subir a ese taxi, aunque ella lo hubiera hecho igual.

—¿Sabes qué, Alice? Haz lo que quieras. Estoy cansado de esto.

Me rendí. No podía luchar contra el senador, ni contra su cáncer, ni podía cambiar los sentimientos que la unían a él. Cuando volvió a mi vida creí que era la misma mujer que me destrozó diez años atrás y me equivoqué. Pensé que podría tenerla cerca sin que eso me afectase y me equivoqué. Intenté apartarla de mí al darme cuenta de que aún la quería y volví a equivocarme. Tal vez también me estuviera equivocando al pensar que teníamos un futuro juntos.

—¿Eso qué significa? —musitó. Había una súplica silenciosa en la pregunta y apreté los dientes



para soportar el gemido inaudible que la acompañó—. ¿Tyler?

—No lo sé, Alice, no sé lo que significa. Solo sé que no puedo vivir así, que no sé compartir las cosas que quiero y a ti te quiero demasiado como para aceptar que tu corazón esté dividido.

—Mi corazón no está dividido, Tyler. Mi corazón es tuyo, creía que ya lo sabías.

—Yo también creía que lo sabía, pero no es así —reconocí. Me dejé caer en la misma silla que había golpeado minutos antes y apoyé los codos en las rodillas. Me empezaban a fallar las fuerzas—. Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —Me mordí el puño al escuchar su primer sollozo y me quedé tan quieto que tardé en darme cuenta de que ni siquiera estaba respirando—. Respóndeme, por favor. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé, Alice. No lo sé.

## *41. Alice*

### LO QUE SE DECÍA Y LO QUE NO

—¿Se lo has contado? —me preguntó Hugh nada más traspasar la puerta de la habitación—. Oh, sí, ya lo creo que se lo has contado, y no le ha gustado nada, ¿a que no?

Ya sabía la respuesta, no hacía falta que le pusiera palabras. Golpeó un lado de la cama para que me sentara junto a él y obedecí con la cabeza gacha y el móvil aún entre las manos.

—¿Se lo has contado todo? ¿Todo, todo?

—No, todo no.

—Deberías hacerlo, Alice. Ese hombre te quiere y tú lo quieres a él. A lo mejor es buena idea que deje de pensar que entre nosotros puede haber algo más que una amistad. ¿Le has dicho que me estoy muriendo?

—¡No! ¡Cállate! —le grité. Me aparté de su lado y le di la espalda—. No vas a morirte, ¿me oyes? No vuelvas a decir eso nunca más.

Lloré en silencio mientras veía las luces del tráfico moverse desde la ventana. No quería hacerlo delante de él, pero estaba tan rota por dentro que no pude evitarlo. El cáncer había vuelto y no iba a marcharse esta vez.

Le habían extirpado un tumor en el páncreas cinco años atrás. Todos los médicos aseguraron que estaba limpio, que lo habían detectado en una fase muy temprana, pero las probabilidades de que se pudiera reproducir eran imprecisas. Pudimos esquivar el acoso de los medios de comunicación gracias a varios escándalos más importantes a los que dar visibilidad, pero en esta ocasión era distinto.

El pronóstico no era bueno. El equipo médico estaba estudiando la viabilidad de una intervención, pero se había extendido mucho, había varios órganos afectados y la situación no pintaba nada bien. No obstante, nadie se atrevía a decir en voz alta lo que todo eso significaba. Salvo él. Todo el mundo me miraba como si les diera pena, como si ya lo hubiera perdido, como si no nos quedaran fuerzas para pelear. Y se equivocaban, quería creer que se equivocaban porque no me imaginaba un mundo donde me faltara Hugh. Un mundo en el que tampoco tendría a Tyler.

—Ven aquí, Alice. Cuéntame lo de Sanders.

—No quiero hablar de ese idiota ahora. —Me limpié las lágrimas y observé mi reflejo en la

ventana. Estaba hecha un asco. Me había negado a dejar la habitación de Hugh cuando él me lo pidió. No me iba a ir a ningún sitio hasta que no supiera la decisión de los médicos—. Eso ya está resuelto. Se aprovechó de mi padre, me grabó en vídeo con esos hombres, nos usó para conseguir dinero. Espero que se pudra en la cárcel.

—Es una pena, la verdad. Me caía bien —comentó, y se ganó una de mis miradas más fulminantes—. Era un soberano hijo de puta, pero inteligente, muy competente y no se andaba con tonterías como McAllyster. Ese hombre sí que me ponía enfermo.

—¿Bret? —pregunté extrañada—. ¿También te reunías con Bret McAllyster? ¿Por qué?

—Sanders era el que se ocupaba de los trámites para el salto al mercado internacional —me explicó—. La mayor parte era papeleo y temas legales de los que ya se encargaba su padre antes de morir. Luego llegó él y se hizo cargo, como era lógico.

—¿Y qué asuntos tenías tú con McAllyster?

—Era quien manejaba el dinero, el que abría o cerraba el grifo para la financiación del partido. Un tocapelotas de mucho cuidado, pero con cara de santurrón. Venía un par de veces al mes, se pegaba unas cuantas fiestas en algunos clubs: mujeres, drogas, póquer... Se bebía las licoreras de muchos políticos que intentaban sacar tajada de las cuentas de KME.

—Creo que no hablamos de la misma persona —dije, desconcertada—. Bret McAllyster es un buen hombre. Quizá ahora esté en un mal momento por la separación y demás, pero no es el tipo que has descrito.

—Alice, Alice, Alice... No deberías dejarte llevar por las apariencias. Mírame a mí. Aunque ahora esté un poco amarillento y desaliñado, cualquiera diría que soy el senador más radical del Congreso: fuertes convicciones conservadoras, opiniones tajantes sobre inmigración, familia, aborto, etc. Un americano de pura cepa, como le gustan a mi amigo Trump. ¿Y qué soy en realidad?

—Una gran persona —respondí.

—Un mentiroso, un cobarde, el prototipo de hombre perfecto hecho a medida de la sociedad en la que me he movido siempre. Un hipócrita.

—Eso no es verdad.

—¡Vamos, Alice! Sabes lo que opino sobre ese jodido muro que nuestro querido presidente quiere construir en la frontera con México. ¡Es una basura! Y ya conoces mi opinión sobre las políticas de familia del partido. ¡Más basura! Y lo mejor: ¡soy gay, por el amor de Dios! Amarillo y gay. Podrían sacarme en un episodio *Los Simpson*. Sería un puntazo.

—¡Calla! —Reí. Era la primera vez que me reía desde que había llegado y lo hice con los ojos llenos de lágrimas de tristeza. Me arrebujé contra él en la cama y dejé que sus latidos me acunaran un ratito—. Deberías retirarte de la política de una vez. Deberías haberlo hecho hace mucho tiempo.

—En eso tienes razón —me concedió con la voz apagada.

Cerró los ojos y su respiración se hizo más profunda. Tenía que descansar, las fuerzas se le

escapaban con cada suspiro y cada día despertaba más débil. Yo también necesitaba dormir, solo que, cuando intentaba evadirme de aquel olor a antiséptico y de los persistentes pitidos de las máquinas que decoraban la habitación, solo tenía pensamientos para Tyler. Hubiera dado cualquier cosa por tenerlo a mi lado en ese momento, por encerrarme entre sus brazos y que me asegurara que todo iba a salir bien. Me hubiera conformado con poder escuchar su voz al teléfono, con sentir ese susurro grave que se me colaba hasta el fondo del alma y me despertaba la esperanza.

Pero lo nuestro ya no era nuestro. Me merecía lo que había pasado. Debí ser sincera con él desde el principio y no andar a hurtadillas con secretos que ahora me habían explotado en la cara. Le había dolido mi falta de confianza, me había dolido incluso a mí, y entendía que necesitara tiempo, pero me costaba aceptarlo cuando lo único que quería era que me sujetara para poder dejarme caer.

Me despertaron unos golpes en la puerta horas más tarde. Me había dormido recostada sobre Hugh después de haber llorado un mar de lágrimas. En algún momento debió de oír mi llanto porque sentí su mano acariciarme el pelo y sus labios me pidieron calma. Pero lloré más. Estaba tan saturada que no encontré ningún pensamiento positivo que me sacara de aquel círculo vicioso: Hugh, Tyler, Sanders... Todo se me venía encima y ya no podía soportarlo.

Un equipo de cuatro médicos de rostros serios rodeó la cama mientras yo trataba de adecentarme. Había amanecido, pero el cielo estaba tan gris que parecía dar continuidad a la noche.

—No vamos a intervenir —le explicó el jefe de oncología a Hugh—. Iniciaremos el nuevo tratamiento el lunes e iremos valorando la evolución...

—Está bien, pero quiero irme a mi casa. No quiero estar aquí.

—¡No! —me quejé. Era mejor permanecer en el hospital. Me horrorizaba la idea de que pudiera empeorar y no supiéramos qué hacer en casa—. Nos quedaremos aquí.

—Alice, es mi decisión. Quiero irme hoy mismo, a ser posible.

—En realidad, señora Anderson, es lo mejor —dijo uno de los especialistas. Ni siquiera sabían que yo ya no respondía a ese apellido, pero me dio igual—. Dispondremos de todo lo necesario para que se encuentre bien atendido las veinticuatro horas del día y una unidad móvil de emergencias estará preparada por si es necesario un traslado inmediato al hospital.

—Bien —concluyó Hugh—. No se hable más.

\*\*\*

Se me hizo tan raro volver a estar en la que fue mi casa que Hugh sonrió desde la silla de ruedas y yo me quedé paralizada sin saber qué hacer, aparte de temblar. El incendio que había arrasado parte del vecindario estaba extinguido, pero en aquella zona al oeste de Arden Creek Road ni siquiera parecía que hubiera tenido lugar un infierno. Todo estaba como lo recordaba: los dos grandes robles que ocultaban la fachada, el abeto que el jardinero decoraba cuando llegaba

Navidad, las flores de temporada que adornaban los parterres... hasta la rama que golpeaba la ventana de la biblioteca continuaba arañando el cristal cuando soplabla la brisa.

—Puedes instalarte en la habitación de arriba que más te guste —me sobresaltó. Me dio un empujoncito para que abriera la marcha en el interior de la casa y lo oí reír de nuevo—. Yo me quedaré en la de invitados que hay abajo.

—Puedo usar la que hay junto a la tuya, así estaré más cerca si me necesitas.

—Esto...—dudó—, no creo que sea buena idea, a no ser que quieras dormir con Edward.

*¡Edward, joder!* Se me había olvidado por completo la existencia de Edward. Me ruboricé como una idiota, pero valió la pena solo por oír la carcajada de Hugh.

—Tranquila, ya tendrás tiempo de sofocos cuando lo conozcas —presumió—. Te olvidarás del bombero en un santiamén, querida. Pero, ojo, las manos fuera de él, al menos mientras siga vivo.

Cómo me molestaba que hiciera ese tipo de comentarios. También que intentara mantenerse alegre cuando era evidente que no lo estaba. Los calmantes no terminaban de llevarse el dolor y en cuanto comenzara el tratamiento de choque su vida se convertiría en un martirio. Y, sin embargo, no se le acababan los chistes de moribundos o las frases con doble sentido.

—Además, Edward hace unas comidas para morirse. —Se rio tanto con mi indignación que sufrió un acceso de tos terrible.

—Eres idiota, Hugh Anderson. Idiota de pies a cabeza.

La inspectora Jenkins se puso en contacto conmigo esa misma noche para darme noticias acerca de la declaración de Sanders. Iba saltando de problema en problema como pollo sin cabeza y empezaba a sentirme mareada.

—Hemos comprobado todas sus coartadas y está cubierto, Alice. No pudo ser él. Las fechas de los vídeos no coinciden con sus viajes a Sacramento. No podemos retenerlo solo porque la cámara y las grabaciones estuvieran en ese armario. De hecho, dice que no tenía conocimiento de que hubiera un compartimento tras los libros.

—Ya, claro, qué iba a decir. —Me froté los ojos con la mano y me recosté contra el cabezal de la cama. Mi vida no hacía más que empeorar—. ¿Vais a seguir registrando los despachos?

—Sí, el lunes seguiremos con los del departamento de compras y administración. Y, si nos da tiempo, registraremos también contabilidad y finanzas.

«Finanzas», pensé. Me puse recta de repente al recordar la conversación que había tenido con Hugh. Bret McAllyster había viajado a Sacramento un par de veces al mes. Si había sido por cuestiones de la empresa, debería haber constancia de esos gastos en las cuentas de KME. No creía posible que Bret fuera el artífice de las extorsiones, al menos no el Bret cansado, deprimido y despistado que yo conocía. Pero Hugh había hablado de un hombre muy distinto, uno que iba a clubs, jugaba al póker y abusaba de algunos vicios muy caros.

*¿Y si tuviera razón? ¿Y si solo fuera una fachada?*

—Fue de las primeras personas con las que hablamos —señaló la inspectora después de

escuchar lo que sabía—. No hay nada sospechoso en su declaración. Dijo que había estado en Sacramento por motivos de trabajo y nos dio fechas concretas, pero nada importante.

—Hugh comentó que viajaba con asiduidad, que se reunía con los políticos de su partido. Todo esto empezó cuando mi padre cerró el grifo de la financiación, eso ya lo sabíamos. Si él se aprovechaba de ese dinero para sus juergas y se vio privado de todo... ¡No sé qué pensar, Laura! —exclamé—. Me estoy volviendo loca.

—Está bien, tranquila. Déjame que compruebe algunos detalles y que contraste los datos. Si hay algo raro en la declaración de McAllyster, iremos a por él, ¿de acuerdo? Te llamaré con lo que averigüe.

Resolví varios asuntos de la empresa con llamadas a mi asistente y a Veronica Parker, de inversiones. Iba a estar fuera un par de días más, al menos hasta que viera cómo evolucionaba Hugh con el nuevo tratamiento, y no quería que las cosas en KME se desmadraran por mi ausencia. También debería llamar a Sanders, pero no sabía cómo afrontar la situación con él. Teniendo en cuenta su fuerte carácter, no me extrañaría que me dejara colgada con el gabinete jurídico.

¿Y qué iba a hacer con Tyler? Quería hablar con él, disculparme, contárselo todo para que pudiera entenderme, pero me había pedido tiempo y detestaba tener que esperar. ¿Cuánto tiempo? ¿Un día? ¿Un mes? ¿Diez años?

—¡Alice! ¿Piensas salir a cenar? —me llamó Hugh.

Parecía estar metido en mi cabeza, como si supiera en qué momento mis pensamientos se iban a tornar contra mí y él tuviera que impedirlo. Pero lo cierto era que estaba famélica. No había comido nada desde el bocadillo que había dejado a medias sobre la barra de la cafetería del hospital y la melancolía se mezclaba con el rugir de mis tripas en medio del silencio de la habitación. Así que, me armé con rostro sereno y paso firme, y avancé hasta la cocina, donde un delicioso aroma a especias me dio la bienvenida.

También lo hizo un hombre de pelo negro y ojos tan azules como el cielo de primavera. No debía de tener más de cuarenta años, buena constitución, labios finos, sonrisa felina...

—Ponle una copa de vino blanco a nuestra invitada, Edward.

Creo que tuve la boca abierta más tiempo del políticamente correcto. Mi mirada interrogante fue a parar a la sonrisa estúpida de Hugh y de nuevo a los rasgos perfectos de Edward. Lucía un pantalón de traje negro, mocasines impolutos, camisa blanca bajo el delantal y un sinfín de arruguitas enmarcando su mirada traviesa.

—Te presento a Edward Philippe Stevenson III, mi chófer.

—¿Tú eres su...? —Estaba alucinando. Mis neuronas no estaban preparadas para algo así después de dos noches de poco descanso—. Pero ¿él es...?

Hugh rodó los ojos y suspiró con reprobación.

—Chicago ha debido de acabar con tus buenos modales, querida —me sermoneó. Con razón—. Pero sí. Edward es... él.

¡Oh, joder! Ese apolo recién sacado de un anuncio de Armani era quien le había robado el corazón a mi exmarido.

Miré a uno y a otro de nuevo, ambos expectantes, y me senté con brusquedad en el taburete de la cocina. De haber estado de mejor humor hubiera hecho algún comentario sarcástico, pero me dolía la cabeza y estaba triste, muy triste. Ahí estaba Hugh, en la silla de ruedas, sin fuerzas para ponerse en pie y mirando a Edward con la emoción de quien experimenta el primer amor de su vida. Y ese chico me ganó por completo sin haber abierto la boca. Le dio a probar la salsa que estaba cocinando después de haber soplado suficiente para que no se quemase al degustarla, con infinita ternura, con una delicadeza que me empañó los ojos y me dolió en el alma.

Luego se inclinó para besarlo y sentí un ramalazo de envidia, uno muy fuerte que me obligó a apartar la vista. Y, con ese gesto de pillastre que hacía babear a mi exmarido, retiró la sartén del fuego y se disculpó para ir a cambiarse antes de cenar.

—He hablado con la inspectora Jenkins sobre Bret McAllyster —dije mientras seguía con los ojos a Edward—. Declaró un par de viajes a Sacramento, nada más. Van a investigarlo.

—Eso está bien. ¿Has hablado también con el bombero?

—No, me pidió tiempo.

—¿Y vas a dárselo? —No esperó a que respondiera—. Mal, Alice, muy mal. Ese hombre tiene un ataque de celos tan grande como el estado de California. Cuéntale lo mío, dile que no tiene de qué preocuparse, que solo estás aquí porque somos amigos y estoy a punto de palmarla.

—Te juro que si no dejas de decir esas cosas yo misma te ahogaré mientras duermes —lo amenacé con un dedo, pero me desmoroné a continuación. Estaba tan cansada—. ¿Crees que me perdonará por haberle mentado?

—Claro que lo hará, sería un completo gilipollas si no lo hiciera. Y tú no estarías con él si lo fuera. Ven a mi lado, anda. —Me acomodé en el sillón que había junto a la silla de ruedas y no pude evitar recostar la cabeza en su hombro—. Vuelve a casa, Alice. Ve con él. Aquí no puedes hacer nada y, además, me cortas el rollo con Edward. —Le di un leve codazo, pero sonreí—. En serio, cariño, tu vida está ahora en Chicago y te mereces ser muy feliz.

—Tú también te lo mereces —dije, emocionada—. Y me gusta Edward, me gusta cómo te mira. Cuéntame cómo pasó.

—Pues... a ver que piense... —Se tomó su tiempo, siempre lo hacía cuando se trataba de expresar sus sentimientos—. Mi antiguo chófer se jubiló y tuve a varios durante algún tiempo, hasta que llegó Edward. Ya lo has visto, es misterioso, discreto, besa como los ángeles y folla como un dios.

—Cuidado, senador —le advertí en broma—, le recuerdo que es usted conservador. Los fundadores de su partido estarán retorciéndose en sus tumbas.

—Sí, sí, más de uno hubiera querido lo que yo he tenido cada noche en mi cama, te lo aseguro.

—¿Y cómo lo descubriste? ¿Cómo supiste que él también era gay?

—No lo sé, supongo que lo intuí —respondió—. Un día, al abrirme la puerta, me rozó la mano.

Otro día lo pillé mirándome por el retrovisor. Cuando hablábamos siempre se escudaba en ese humor ácido que tiene y, una mañana, sin más, entré en los servicios de las oficinas, él estaba allí y sucedió.

—Wow, un *insta love* en toda regla. —Rio con ganas y me pasó el brazo por encima de los hombros para sentirme más cerca. Creo que él necesitaba esa conversación tanto como yo—. ¿Y cómo os lo montabais? ¿Lo hacíais en el asiento de atrás entre reunión y reunión?

—No seas vulgar, Alice —se molestó—. Un caballero no cuenta esas cosas.

—Vale, de acuerdo. —Me quedé en silencio mirando un punto indeterminado de la sala adjunta a la cocina. No conservaba ni un solo recuerdo importante de aquella casa, pero me gustó ver que había perdido frialdad, que las cosas de Hugh y de Edward estaban por todas partes formando el hogar que nosotros no quisimos construir—. Tiene nombre de duque o de marqués —advertí.

—Es británico. A veces se le nota en el acento y es delicioso. —De nuevo el silencio. Era una de esas conversaciones en las que todo contaba, lo que se decía y lo que no. Y era la primera vez que la teníamos cara a cara—. Lo quiero y sé que Edward me quiere. Pero ya te haces una idea de lo complicado que es todo y lo difícil que será si sale a la luz.

—Lo sé. Deberías haberte retirado ya de la política.

—El gabinete de prensa hará pública mi renuncia al cargo mañana lunes sin falta. Ya está todo hablado.

—Me alegro. Eso te dará tranquilidad, al menos cuando la prensa deje de molestarte.

—Alice... Tengo algunas acciones que he puesto a nombre de Edward para cuando...

—No quiero que me cuentes estas cosas —le rogué. No estaba preparada para asimilar lo que Hugh tenía tan claro—. Prefiero escucharte hablar de él. Me gusta.

—Es un *chef* increíble, ¿lo sabías? —Negué. Vaya sorpresa—. Le gustaría montar su propio negocio de *catering* algún día y hemos hablado mucho sobre si debería hacerlo en Washington o en Nueva York. Está harto de la Costa Oeste.

—Es un buen plan.

Un plan que me entristeció porque, aunque lo decía con ilusión, él no se incluía en el futuro de Edward.

Ni en el mío.



## 42. Tyler

### CASTILLO DE NAIPES

—¿Qué te pasa? —me preguntó MC antes de que diera comienzo el partido. Se sentó junto a mí en la barandilla de la grada y mordió una manzana con fuerza—. Tienes cara de yonqui.

—Y tú eres una mosca cojonera —contraataqué—. No tengo ganas de hablar. Ve a darle el coñazo a tu marido o a Austin.

—Sabes que me gusta más molestarte a ti. —Un nuevo mordisco. El sonido de los dientes al desgarrar la fruta verde me causó repulsión—. Ahora en serio, habla conmigo. Lo necesitas. Estás fatal.

—No, gracias.

—Vale. Entonces hablaré yo. Creo que eres tonto perdido, en serio.

Ni siquiera la miré. Las conversaciones con mi hermana eran siempre igual: ella me insultaba, yo saltaba por los aires y ella se salía con la suya. Pero esta vez era diferente. Para empezar, podía darle la razón ya desde el principio.

—Déjame en paz.

Quise escaparme y volver a mi asiento. Con Nick y Austin allí, MC no trataría de presionarme. Pero me sujetó bien fuerte por el brazo y negó con la cabeza para que no me fuera.

—Yo también vi las noticias, sé que Alice no está en Nueva York y también sé que te estás montando un drama de cojones, hermano. —Chasqueó la lengua ante mi silencio y me cogió las mejillas con las dos manos—. ¿Le has dicho que necesitas tiempo? ¿En serio? Eres increíble.

—¿Has hablado con ella?

—¡Pues claro que he hablado con ella! —exclamó—. Es mi amiga, joder, Tyler. Su exmarido tiene cáncer, no sabe si va a sobrevivir, y tú, en vez de apoyarla y estar a su lado, la dejas sola y encima le pides tiempo. —Se rio con sarcasmo y me hizo sentir muy mal—. ¿Tiempo para qué?

—¡Para pensar, joder! —grité. Austin y Nick miraron en nuestra dirección y los dos fruncieron el ceño al mismo tiempo—. No puedo vivir con una persona que me miente en cuanto no le interesa que me entere de algo.

—¿Y por qué te ha mentado en esto? ¿Por qué ha tenido que inventarse una cosa así para poder ir a ver a un amigo que está bien jodido? A veces no sé quién de los dos es más tonto: tú por las

gilipolleces que haces o Alice por querer estar contigo.

—Tú solo sabes lo que ella te ha contado. Deja de meterte en mi vida, MC.

—¡Me meto si me da la gana! También es mi amiga y está hecha polvo. Que no digo que sea toda culpa tuya, porque Alice también tiene lo suyo, pero, ¡venga ya! ¡Que sois adultos y parecéis adolescentes!

—No voy a permitir que me grites en medio del Guaranteed Rate Field.

—¿No? —me retó—. ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?

Nos medimos con la mirada enfrentada a ver quién era el primero en apartarla. La diferencia de altura resultaba cómica, pero ninguno de los dos le vio la gracia. Detestaba que mi familia se metiera en mis asuntos y más aún que me hicieran ver lo mal que estaba haciendo las cosas, pero MC no podía entender mis motivos, no se había puesto en mi lugar, de haberlo hecho, no estaríamos a punto de saltar el uno encima del otro.

Al final, la situación se hizo ridícula y fui yo el que cedió. La abracé contra el pecho y le di las gracias por preocuparse por mí con un beso en la cabeza. Tenía mucha suerte al contar con una banda de hermanos entrometidos.

Los Sox perdieron contra los Texas Rangers, y creo que fue la primera vez en mi vida que no protesté por un juego que estaba siendo nefasto. No había dejado de darle vueltas a las palabras de MC en todo el partido y, cuando llegué a casa, estaba tan contrariado que me quedé en medio del salón sin saber qué hacer.

La casa olía a ella en cada rincón y, en un arrebató de locura, me hundí en el sofá con la nariz pegada a los cojines a los que se abrazaba cuando veíamos la tele. Le había pedido tiempo en un intento de controlar la situación, de hacerle ver que era yo el que manejaba la relación, de demostrarle que sus mentiras tenían consecuencias. Y, en realidad, lo único que quería era que volviera a casa, a nuestra casa, porque sin ella aquel apartamento no era más que un castillo de naipes al que le faltaba la pieza principal y estaba a punto de derrumbarse sobre mi cabeza.

## *43. Alice*

### **UN MILLÓN DE RAYOS DE SOL**

Hugh murió aquella mañana triste del martes, 6 de agosto.

El cielo de Sacramento se deshizo en una insólita y tempestuosa lluvia de verano equiparable al cúmulo de sentimientos que flotaban dentro de la que fue nuestra casa.

Se llevó con él la tranquilidad y la calma, y nos dejó una soledad de las que ahogan, de esas tan intensas capaces de partirse en dos. De las que no se olvidan jamás.

Y luego, con el paso de las horas, llegó su último guiño, yo lo quise ver así. La lluvia cesó, las nubes se abrieron y un millón de rayos de sol se colaron por la ventana para iluminar cada lágrima derramada por su ausencia.

Era su particular forma de decirme que para poder ver el arcoíris había que soportar la tormenta.

## 44. Tyler

### LA MÁS MORTAL DE LAS FLORES

Me sobresalté al escuchar el sonido del teléfono pegado a mi oreja. Había dormido en el sofá, seguía vestido con la misma ropa del día anterior y, al recordar por qué estaba allí, volví a sentir el vacío que había en el apartamento.

Pensé que podría ser ella la que llamaba y busqué el móvil entre los cojines como un loco. Solo era Wals. Me tumbé de nuevo, con el brazo sobre los ojos y una mueca de fastidio.

—¿Estás viendo las noticias?

—No, joder, estaba durmiendo —gruñí—. ¿Qué hora es?

—Pon las noticias, tío. No te va a gustar.

No, no me gustó.

La muerte del senador Anderson fue un golpe de esos que uno no ve venir, de los que te dejan boqueando como un pez fuera del agua. No me caía bien el tipo, no me gustaba la relación que mantenía con Alice, ni me hacía gracia que tuviera tanto poder sobre ella, pero esto...

Colgué a Wals con la prisa de llamarla, pero después del primer intento, desistí. ¿Qué iba a decirle? Lo sentía, claro que lo sentía. Sin embargo, aún me costaba asimilar que no me hubiera dicho nada, que no hubiera confiado en mí. ¿Qué pensó que haría si me lo contaba? ¿Por qué no me habló de la situación? ¡Yo la hubiera entendido! O tal vez no. Me sentía como un jodido e insensible egoísta.

Es curioso cómo funciona nuestra mente en circunstancias así. Intentas no pensar, no darle vueltas a lo mismo una y otra vez, y cierras los ojos con fuerza para poder olvidar las últimas horas, como si así pudieras borrar de un plumazo todas las emociones que te bullen en el pecho.

«¡Llámala! Te necesita», dijo una voz en mi cabeza, y mis dedos actuaron con vida propia al sujetar el teléfono y marcar su número una vez más. Me tragué el orgullo. Necesitaba decirle tantas cosas... Y esperé. Esperé a que los tonos me inundaran los oídos; esperé impaciente y con esperanza, pero no respondió. La llamé hasta la desesperación, pero ella nunca me había necesitado, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Alice era la mujer más fuerte y valiente que había conocido, más que cualquiera de las bomberas que trabajaban en la ciudad de Chicago, ¿qué podía aportarle yo?

No atendió ninguna de mis llamadas, ni esa noche, ni a la mañana siguiente. Alimenté con ganas la semilla de la duda, la que engendra la más mortal de las flores, la que lo destruye todo, sin excepción, y su silencio fue la excusa que me hizo reafirmarme en mi decisión: quizá, al fin y al cabo, sí fuera cierto que necesitábamos tiempo.

## *45. Alice*

### **BAJO UN PARAGUAS NEGRO**

Una ventana, un vaso de té helado y mis pensamientos. La biblioteca de aquella casa siempre había sido mi remanso de paz, pero estaba tan repleta de recuerdos que era imposible encontrar sosiego.

Estaba tan triste y tan enfadada con la vida. Me daba un vuelco el corazón cada vez que pensaba en todas esas cosas que tanto me gustaban de Hugh y que ya nunca más vería. En los consejos que ya no escucharía, en sus bromas, en su odioso sarcasmo...

Después de varios días de vigiliias y funerales en California y del homenaje que le rindió el Capitolio, le dimos el último adiós en la catedral del Santísimo Sacramento, a pocas millas de nuestra casa. No hubo expresidentes sentados en las primeras filas, ni se esperaba la presencia de Donald Trump quien, a buen seguro, estaría jugando al golf a esas horas. Pero Hugh era un hombre querido y me gustó distinguir entre los asistentes a senadores de todo el espectro político, desde la progresista Annabelle Warren hasta el republicano y amigo, Harry Odd.

—Sigues aquí escondida. Estás en la misma posición que hace media hora —dijo Edward—. La gente pregunta por ti.

Me encogí de hombros y reprimí las ganas de llorar. No quería salir, no quería recibir más condolencias ni escuchar cuán conmovedora había sido la pérdida. Estaba harta de sonrisas compasivas y miradas cautelosas, cansada de percibir los susurros en cada rincón de la casa y de tener que preocuparme por si había suficiente comida para agasajar a los asistentes. ¡Por mí podían irse todos a la mierda!

—¿Cómo lo haces para que no te afecte? —le pregunté sin desviar la vista de las pequeñas gotas de lluvia que empezaban a salpicar el cristal.

—Sí me afecta, pero él y yo hablamos mucho de esto, de lo que pasaría después. —Se sentó a mi lado y me apartó el pelo de la cara en un gesto entrañable que me provocó un sollozo—. Me hizo prometerle que no habría dramas. No quería duelos ni lutos y yo nunca he podido negarle nada. Me duele el pecho cuando pienso en él, me duele mucho, Alice, pero cuando Hugh Anderson ordena que la vida debe continuar, yo obedezco, aunque no me guste. Ya sabes lo cabezota que era.

—¿Y no te importa que esa gente de ahí fuera piense que solo eras su chófer?

—Que piensen lo que quieran, ¿qué más da? —Me arregló el collar de perlas que me había puesto sobre un sobrio vestido negro y sonrió de medio lado—. ¿No te parece divertido que crean que tú seguías siendo su mujer cuando era yo el que me acostaba con él? Es como si continuara burlándose de ellos.

Era probable que así fuera, pero yo sabía cuánto había sufrido Hugh por tener que esconderse de unos valores que él mismo había fomentado. Tardó mucho en darse cuenta que defraudar a los demás era irrelevante, que lo importante era no defraudarse a sí mismo. Pero ahora ya era tarde, no habría más cuestiones trascendentales que resolver. Se había ido.

Me quedé en la biblioteca viendo cómo se iban marchando los familiares y amigos de Hugh al amparo de la llovizna. Los peores días de mi vida habían pasado bajo un paraguas negro y este no iba a ser menos.

—Los del *catering* están recogiendo ya, Alice. Deberías ir a cambiarte —sugirió Edward.

—¿Qué harás a partir de ahora? —le pregunté sin venir a cuento—. ¿Seguirás conduciendo el coche oficial de otro político?

—No creo. —Se aflojó la corbata y se revolvió el pelo varias veces. Era la primera vez que veía el cansancio en sus ojos y la tristeza en su voz—. A lo mejor es pronto para tomar decisiones, solo hace una semana que nos dejó, pero teníamos planes y estoy seguro de que le gustaría que los llevara a cabo. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Volver a Chicago, centrarme en dirigir KME, viajar un poco, conocer gente...

Las palabras se me fueron quedando atascadas en la garganta poco a poco y la imagen de Tyler me saltó a los párpados en cuanto cerré los ojos.

—¿Y qué hay del amor, Alice? ¿Vas a dejar que se te escape?

—No puedo retenerlo, no confía en mí —respondí en un susurro.

—Eso son tonterías. ¿Cuántas veces te ha llamado y te ha escrito desde que te dijo que necesitaba tiempo? —No llevaba la cuenta, pero, al parecer, a Edward no se le había pasado ese detalle—. Está dolido, es lógico, pero también está enamorado de ti, Alice Lynch. Ve a por él como te dijo Hugh, ve y vive la gran historia de amor que te mereces.

—¿Y si estás equivocado? ¿Y si se ha dado cuenta de que lo nuestro no puede salir bien?

Edward se rio al escucharme. Yo misma me hubiera reído de no haber estado ocupada tratando de controlar las lágrimas. Sonaba tan dramática. No quería pensar en Tyler, pero mi corazón necesitaba garantías aun cuando lloraba de pena por la pérdida de Hugh.

—Vuelve a Chicago, Alice. Vete a casa, pide perdón y hazle el amor a ese hombre para que nunca se olvide de lo importante que eres para él. Y deja que él haga lo mismo contigo. Aquí ya no hay nada más que hacer.

## 46. Tyler

### TIRITAS MÁGICAS

Me fui, dejé la ciudad después de una intensa conversación con mi madre en la que me hizo sentir muy mal por no estar acompañando a Alice en un momento tan difícil para ella. No podía más, no soportaba ya el silencio ni el alboroto de mis pensamientos, no podía concentrarme ni descansar, no sabía qué hacer para quitármela de la cabeza, y terminé por aceptar la propuesta del capitán Malone para participar en el campamento de Chain Lakes. Iban a ser diez días de actividad, naturaleza y energía de la buena, de la que contagiaban a raudales los niños y niñas que tenía a mi cargo.

La paz que se respiraba allí no la encontraría en Chicago.

Mi abuelo fue uno de los impulsores de aquel lugar. Empezó siendo una manera de ayudar a los hijos de los bomberos caídos en acto de servicio durante la época estival. Allí se hacían cargo de ellos durante algunas semanas con actividades, juegos y muchas risas, pero la voz se corrió por todo el país y poco a poco el proyecto adquirió dimensiones de ONG.

En 1979, tras el incendio que arrasó el condado de Wexford, el campamento de Chain Lakes se reconstruyó en una zona más cercana al lago y se abrió la inscripción a todos los hijos del cuerpo de bomberos de los Estados Unidos.

Vine a este campamento cuando era niño y volví para ser monitor durante los tres primeros años de servicio. Pero mis prioridades cambiaron y se me olvidó cuánto me gustaba jugar a tomar la bandera o una buena competición de barcas. Fui el campeón de trepar al palo, besé a una niña por primera vez en el embarcadero y me rompí un hueso en el antiguo paso de troncos que daba acceso a la otra orilla del arroyo.

Me moría por contarle todas esas cosas a Alice, por oír su risa al saber que un enjambre de avispas me molió a picotazos después de golpear el panal con una piedra. La casa de madera que me habían asignado le encantaría, las vistas del bosque le pondrían la mirada vidriosa y yo la rodearía con mi brazo y la besaría en el pelo.

*¿Cómo se hace para contener las ganas de llorar?*

Algo tiró suavemente del bolsillo de mi pantalón y se sorbió los mocos al mismo tiempo. Era una niña del grupo de los más pequeños, con el cabello naranja y los ojos más verdes que había visto



en mi vida. Me sonrió sin pedir nada a cambio y me dejó ver el par de dientes que le faltaban en la encía superior. Tenía los mofletes llenos de pecas y aposté mi puesto de teniente a que había muchas más bajo la capa de crema solar que le protegía la naricilla.

—Me llamo Mary Kate Slayton —dijo con cierta dificultad para controlar el aire—. Tengo cinco años.

Me mostró los dedos de su mano manchados de chocolate y luego se los llevó a la boca para limpiárselos. Era preciosa.

—Hola, Mary Kate Slayton —la saludé. Me puse en cuclillas delante de ella y le rocé la nariz con un toquecito—. Yo me llamo Tyler Gallagher.

—¿Eres bombero? —Asentí—. Mi papá también.

—¿Ah, sí? —Me hice el sorprendido—. ¿Y de dónde vienes, Mary Kate?

—De desayunar, pero no me he bebido el zumo —confesó—. Me gusta más el chocolate.

Solté una carcajada y recordé que tenía cinco años. Si quería saber sobre ella debía afinar más con las preguntas.

—Me refiero a dónde vives.

—Antes vivíamos en Baton Rouge, Luisiana, pero yo tenía cuatro años. Ahora soy más mayor y vivimos en Mountain Home con mi abuelita. Eso está en Arkansas, ¿lo sabías?

—Pues no, no lo sabía. Gracias por decírmelo. —Era increíble como mi sinceridad podía hacerle tanta ilusión. Su sonrisa mellada me alegró la mañana—. Y dime, Mary Kate, ¿te gusta el campamento?

—Me gusta el chocolate y el color azul —respondió, pensativa. Se sentó en uno de los pedruscos que delimitaban el camino al lago y arrancó algunas briznas de hierba como estaba haciendo yo—. Me gustan las canciones bonitas que suenan por las mañanas, pero echo de menos a mi mamá.

Se entristeció de pronto, hizo un puchero y los ojos verdes se le llenaron de lágrimas. Se escondió tras la maraña de rizos pelirrojos que nadie le había peinado al levantarse y escuché un nuevo sorber de mocos.

«Mierda», pensé, no estaba preparado para eso, no sabía qué decir o hacer para evitar un momento así. Al final, opté por el sentido común.

—Echar de menos a tu mamá no es malo, es normal.

—Eso también me lo decía mi papá —balbució tras un hipido.

—Claro. Además, aquí te lo pasarás muy bien, ya verás.

—Sí, mi papá me contó que el campamento es muy *diver*. —Se retiró el pelo de la cara a manotazos y se limpió los mocos con el brazo. Me entraron ganas de achucharla como a un peluche—. Y me dijo que tenía que ser muy rápida para coger la bandera.

—La bandera es lo mejor —le susurré en confidencia—. Tu papá es muy listo. ¿Él también está aquí?

Todos los monitores formábamos parte del cuerpo. Algunos de ellos se trasladaban desde la otra punta del país con sus familias para pasar unos días de convivencia.

—No, mi papá está en el cielo. —*¡Oh, joder, no!* Menuda cagada por mi parte—. ¿Tu papá también está en el cielo?

—No, no, mi papá vive en Rockford con mi mamá —la imité—. Rockford está en Illinois, ¿lo sabías?

Sus rizos naranjas se movieron con vitalidad al negar. Claro que no lo sabía, solo era un polluelo recién salido del cascarón.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—¿Yo? —me extrañé—. Yo no estoy triste.

—Sí lo estás. Cuando mi mamá está triste se le ponen esas rayas feas aquí —se tocó la frente—, y tiene manchas marrones debajo de los ojos, como tú. A lo mejor necesitas un abrazo. Los abrazos son importantes, eso dice la abuelita.

—Por supuesto que son importantes. —No iba a engañarla, estaba más que triste—. ¿Me darías uno?

Ni se lo pensó. Antes de poder prepararme, sus suaves bracitos me rodearon el cuello y escondió la carita en mi hombro. Fue como envolverse en una manta cálida y suave con olor a inocencia. Fue maravilloso y perturbador, porque, de pronto, me imaginé recibiendo uno de esos cada mañana y cada noche, me imaginé a una niña como ella colándose en mi cama, entre mi cuerpo y el de... Alice.

Cómo deseaba una cosa así.

Aquellas manitas sucias me acariciaron la cara y sus ojos se reflejaron en los míos. Ya no sonreía; yo tampoco.

—Mi mamá dice que es bueno hablar cuando nos duele el corazón. ¿A ti te duele el corazón?

—Sí, pequeña, me duele mucho —admití.

—Yo te puedo dejar una de mis tiritas mágicas, tengo muchas en la mochila.

—No es un dolor que se cure con tiritas, pero gracias, es un detalle muy bonito.

—Entonces, ¿cómo se cura? —Levantó un dedo y me mostró una herida—. Yo me hice esta pupa y me dolió mucho también, pero no lloré, ¿sabes? No quería que Georgina O'Brien me llamara llorica. No está bien llamar llorica a una niña sin papá, ¿verdad?

—No, cariño, no está bien.

—¿Y cómo se cura tu pupa? Yo quiero ser doctora de mayor, o bombera, como mi papá.

—Mi hermana es bombera y también hace un montón de preguntas, como tú —bromeé y le guiñé un ojo—. MC te adoraría.

Mi móvil emitió varios pitidos alertándome de llamadas perdidas y lo saqué del bolsillo. No había demasiada cobertura en Chain Lakes. De hecho, no había nada de cobertura salvo en sitios concretos. Alice había intentado contactar conmigo, tenía varios mensajes suyos, pero no los abrí. Me quedé mirando la foto de la pantalla como un bobo, debería haberla cambiado hacía días, pero tenía la sensación de que hacerlo era como alejarme más de ella.

—Ohhhh, qué guapa —canturreó Mary Kate al ver a Alice sonreír—. ¿Esta es tu hermana?

—No, es mi chica. ¿Te gusta?

—Sí. ¿Cómo se llama?

—Alice, se llama Alice —dije con abatimiento.

—¿Y dónde está? ¿Va a venir? Mi monitora de cabaña habla con su novio todas las noches y dice que él va a venir pronto. ¿Tú también hablas con tu Alice?

*Mi Alice.* Ojalá fuera tan mía como expresaba ese posesivo.

—Últimamente no mucho, la verdad —respondí con la mirada en el lago. Me sentía ridículo hablando de ella con una niña de cinco años, pero lo necesitaba—. Estamos un poquito enfadados.

—¿Por qué? ¿Por eso estás triste? Mi mamá se enfada cuando le digo que me lo he comido todo y no es verdad. No le gusta que le diga mentiras.

—A mí tampoco me gustan las mentiras. Son muy feas, ¿no te parece?

Se encogió de hombros poco convencida y miró de nuevo la foto de Alice en la pantalla.

—Pero mi mamá siempre me perdona las mentiras. Dice que no puede estar mucho rato enfadada conmigo porque me quiere un montón. ¿Tú también la quieres un montón?

—Un montón, sí.

—Entonces tienes que perdonarla, porque si no Alice también estará triste y no querrá venir a verte para curarte con un abrazo. Yo no puedo abrazarte todo el rato porque tengo que jugar.

—¿Mary Kate! —la llamó una de las monitoras desde el entarimado donde se llevaban a cabo los talleres.

Se sacudió la ropa y se retiró el pelo de los hombros en un gesto presumido. Luego, como si supiera que lo estaba deseando, volvió a abrazarme y me besó en la mejilla.

—¿A que ya no estás tan triste? Eso es porque los besos y los abrazos curan todas las pupas que no se ven.

## *47. Alice*

### COMO SI FUERA EL ÚLTIMO DÍA

Una sensación muy extraña me sobrecogió cuando puse los pies de nuevo en Chicago. El taxi del aeropuerto dejó atrás el bosque de Catherine Chevalier y se adentró en la ciudad, a la sombra de los gigantescos edificios que bordeaban la autopista Kennedy.

Fue inevitable que las manos me comenzaran a sudar y que la angustia que había sentido durante todo el viaje se hiciera más acuciante. La mujer que conducía el taxi había intentado darme conversación, pero desistió al segundo monosílabo. Estaba un poco más que nerviosa, un poco más que muerta de miedo.

Cuando llegamos a la esquina de Ohio con Wabash Avenue pensé que se me iba a salir el corazón del pecho. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué me diría él? ¿Seguiría enfadado? ¿Habría tenido suficiente tiempo para pensar? Ya no estaba molesta con él, lo prometo, solo aturdida y muy asustada por lo que pudiera encontrar al llegar a casa.

Había intentado localizarlo un par de veces para decirle que volvía. Edward me hizo ver que el amor nunca es perfecto, que discutir, pelearse, cometer errores y reconocerlos también forma parte de la pasión de querer. Y yo lo quería, por supuesto que lo quería, tanto que me resultaba imposible imaginar una vida sin él. Pero su teléfono había permanecido apagado o fuera de cobertura en cada intento, y el rechazo también dolía.

Los tres pisos en el ascensor hasta el apartamento se me hicieron eternos, la llave había dejado su forma grabada en la palma de mi mano y, en la otra, el asa de la maleta se me resbalaba por la transpiración. Las sandalias de tacón no me lo ponían fácil y, en un acto inconsciente, me descalcé.

Abrí la puerta y me recibió un silencio cálido con olor a ambientador de gardenias, el que había comprado por recomendación de Margot. Nada había cambiado. La bombilla de la lámpara de la entrada continuaba fundida, el mando de la tele se colaba entre los cojines del sofá, la cortina del ventanal tenía los bajos mal doblados y en el fregadero había una taza de café sucia que jamás llegaría al lavavajillas por su propia voluntad. Estaba en casa, en mi casa, vacía, pero llena de mis recuerdos junto a Tyler.

Cuando dejé la maleta en la habitación comprobé que la bolsa de deporte que usaba para el

trabajo no estaba en el lugar de siempre. Sin embargo, el día no estaba señalado en cuadrante de turnos que había en la nevera.

Después de ponerme ropa más cómoda y de pelearme conmigo misma sobre si llamarlo al móvil o esperar a que apareciera por el apartamento, opté por lo primero. Quería que supiera que había llegado y que no tenía intención de irme nunca más.

Pero la operadora se empeñaba en decirme una y otra vez que el número marcado no se encontraba disponible en esos momentos, como en los últimos dos días. Decidida a localizarlo, llamé al parque y pregunté por él, pero no estaba de turno. Al final, en pleno ataque de histeria contenida, recurrí a Megan.

—¡Alice! ¡Cómo me alegro de oírte! —exclamó—. ¿Qué tal te encuentras? Ha debido ser tan duro...

—Nadie está preparado para una cosa así, la verdad. Es muy triste.

—¿Cuándo vuelves a Chicago?

—Acabo de llegar. Ya estoy en casa.

—Vaya —dijo sin poder disimular una repentina incomodidad—. ¿Y qué tal con mi hermano? ¿Ya habéis hablado?

—No, no, por eso te llamo. Estoy intentando localizarlo, pero tiene el móvil apagado.

—¿Has probado en el parque?

—Sí, pero nada.

—Aggg, ¿es que no podéis hacer las cosas sencillas? —Me conmovió su reacción. Empleó el punto justo de severidad y preocupación que hubiera utilizado una hermana mayor—. ¿No podéis admitir vuestros jodidos errores y ser felices de una vez?

Guardé silencio porque no tenía respuesta a sus preguntas. Tampoco creo que ella las esperara. La retórica era la especialidad de Megan y, al fin y al cabo, tenía toda la razón. Tyler y yo siempre lo complicábamos todo.

—Habrás ido a batear, estará por ahí con algún compañero o yo qué sé. Es mi hermano el hermético, no suele ser muy comunicativo —bromeó—. No te preocupes, ¿vale? Seguro que en un par de horas vuelve a casa. Y espero, por vuestro bien, que haya una reconciliación a lo grande.

Un par de horas más tarde ya no me quedaban uñas que mordisquear. Tyler seguía sin dar señales de vida y yo ya no encontraba forma humana de distraerme. Me hice una lista mental de los posibles lugares donde podría estar y, cuando la descabellada idea de salir a buscarlo empezó a cobrar forma en mi cabeza, llegó un escueto mensaje que me supo amargo: «Voy a estar fuera unos días. Hablamos a la vuelta».

Ni dónde, ni por qué, ni con quién, así de simple. Lo leí varias veces sin dar crédito y reaccioné pasados unos minutos. Pero fue más rápido que yo y ya había desconectado cuando quise hablar con él.

No sabría explicar bien la sensación que se me quedó después de aquello. Fue una mezcla extraña de alivio por saber de él y rabia por su forma de hacer las cosas, de tristeza y enfado, de

miedo y dolor. Algo en el pecho se contrajo y pude escuchar cómo un trocito más de mi corazón se unía a los que ya se habían desprendido. Y, sin embargo, continuaba amándolo con más fuerza, con cada uno de ellos.

La casa se me cayó encima con los primeros rayos de sol que entraron por la ventana. Me desperté sobresaltada creyendo que eran las llaves de Tyler las que trasteaban en la cerradura tan temprano, pero fue el rostro simpático de la asistente el que me sonrió desde la puerta.

—¿Cómo es este hombre, señora! Le pregunté si le iría bien que viniera el fin de semana y me dijo que sí, que no habría nadie. Y, mire por dónde, aquí está usted y yo molestando tan temprano. Si lo prefiere, puedo volver en otro momento...

—No, no te preocupes. —Me puse en pie sin saber bien qué hacer. Mi aspecto era horrible, había dormido en el sofá, y no me apetecía quedarme en casa mientras la señora de la limpieza lo ponía todo patas arriba—. Creo que me daré una ducha y aprovecharé para ir a la oficina.

Entré en KME escondida tras las gafas de sol. Nadie me esperaba. Los pocos empleados de la planta baja levantaron la cabeza de sus escritorios y asintieron para darme los buenos días tras mi saludo general. Allí no me sentía tan fuera de lugar, era mi territorio.

—Buenos días, señora Lynch —me saludó Emma al salir del ascensor. Llevaba una pila de expedientes en los brazos que por poco acaba en el suelo por la sorpresa—. Si puedo ayudarla en algo... María se ha cogido unos días de vacaciones...

—Sí, lo sé. Gracias, Emma. Voy a ponerme al día con algunas cosas. —Enfilé el pasillo con paso firme, pero, al llegar a la mitad, trastabillé. La luz del despacho de mi abogado estaba encendida—. ¿Quién está usando el despacho del señor Sanders?

—El señor Sanders, señora —respondió la joven—, pero lo he visto dirigirse a las cocheras hace unos minutos.

Levanté las cejas y miré alrededor. ¿Rob había vuelto? Eso sí que era una sorpresa.

—¿Puedes avisarlo y decirle que quiero verlo en mi despacho?

—Por supuesto, señora.

Me hizo esperar una hora de reloj, pero al final se presentó. Estaba cabreado, tanto que las aletas de la nariz se le abrían con cada respiración. Y se contenía a duras penas. Ocultó toda la furia bajo una pose fingida y aguardó apoyado en el marco de la puerta hasta que lo invité a sentarse, cosa que no hizo.

—No esperaba verte por aquí un sábado tan temprano —dije sin apartar la mirada del informe que estaba redactando en el ordenador—. En realidad, no sabía si volvería a verte por aquí. Espero que hayas vuelto para quedarte.

—¿Eso es lo único que tienes que decir después de lo que ha pasado? —preguntó con los dientes apretados—. ¿Cómo has podido hacerme esto, Alice? ¡Mi reputación ha estado a punto de irse a la mierda por tu culpa!

—¿Por mi culpa?! —exclamé—. ¡Encontraron las pruebas de la extorsión en tu despacho, Rob!

¿Qué querías que hiciera? Tenías la cámara y las grabaciones...

—¡Yo no lo hice, joder! ¡Yo nunca hubiera hecho algo así! Y si hubiera sido yo, ¿me crees tan estúpido como para guardarlo todo en mi despacho? ¡Pero si habíamos estado hablando de eso mismo unas horas antes, por el amor de Dios, Alice! ¿Cómo pudiste creer que había sido yo?

En realidad, nunca lo creí. Siempre tuve mis dudas acerca de su supuesta implicación en el caso, pero ya no sabía de quién podía fiarme y de quién no.

—Ya no sé qué creer —reconocí más calmada—. Alguien lo hizo. Yo solo quiero que esto acabe.

—Y yo, Alice. Y no voy a parar hasta saber quién ha sido y por qué han intentado endosarme el muerto a mí.

—¿De verdad no sabías que había un armario detrás de los volúmenes de contabilidad? —Ya conocía la respuesta, pero quería ver su reacción—. Llevas aquí el tiempo suficiente como para saber algo así. Además, era el despacho de tu padre...

—¡No era el despacho de mi padre! —me interrumpió—. El despacho de mi padre estaba al final del pasillo, al lado del gabinete jurídico.

—Pero ¿entonces...?

*¡Oh, mierda! Mierda, mierda, mierda... ¡Era el de Bret McAllyster!*

—McAllyster ocupó el despacho de mi padre cuando murió. Imagino que necesitaba uno más grande y aprovechó la ocasión antes de que Jefferson me ofreciera el puesto. Los libros de contabilidad ya estaban ahí cuando llegué y, como no molestaban, no vi la necesidad de quitarlos.

—Vamos a ver... —Me froté la frente para intentar poner en orden las ideas y me brotó una risa nerviosa al darme cuenta de lo surrealista que era todo aquello—. La persona que extorsionaba a mi padre conocía ese armario, eso es evidente. La pregunta es: ¿lo sabía Bret?

—¡Claro que debía saberlo, joder! ¿De quién crees que son los libros de contabilidad?

Levanté el teléfono de inmediato y llamé a Laura Jenkins. Eran demasiadas coincidencias, demasiados detalles, demasiados cabos sueltos que iban a parar al mismo hombre.

—Por cierto, siento mucho lo del senador —dijo Sanders, incómodo—. Sabes que no era santo de mi devoción, pero lamento la pérdida. Hubiera llegado lejos en política, estoy seguro.

No lo saqué del error, para él solo era un político más. Me acordé de Edward en ese momento y de lo poco que le importaba caer bien, mal o la imagen que tuvieran de él. Podría ser un chófer para el mundo entero y le daría igual mientras fuera el amor de la vida de una sola persona.

Ojalá yo también fuera ese gran amor para Tyler.

Hicimos partícipe a la inspectora Jenkins de nuestras dudas sobre McAllyster y ella nos confirmó que llevaban varios días intentando localizarlo sin éxito. Había pasado a convertirse en el sospechoso principal y el hecho de que no dieran con él empeoraba el asunto.

—He emitido una orden de detención, pero me temo que puede haber abandonado el país —me informó—. Hemos localizado a su esposa en Madrid, España, y, ¿adivina qué? Nos ha hablado de los ingresos extraordinarios que recibía su marido de la nada y de algunas conversaciones

bastante comprometidas que escuchó a hurtadillas.

—Hijo de puta —masculló Sanders.

—Lo encontraremos, Alice.

Después de comer un mísero sándwich de máquina frente al portátil y poner en orden los asuntos más urgentes que se habían acumulado en mi ausencia, dediqué la tarde a ver pasar las horas frente al ventanal. No quería volver al apartamento y encontrarlo vacío. Me entraban unas irrefrenables ganas de llorar cuando me veía entre nuestras cosas y sentirme tan sola me empujaba a hacer estupideces, como mandarle mensajes a Tyler preguntándole cuántos días pensaba estar fuera, o por qué no podíamos hablar por teléfono un rato, o incluso dejar tristes pensamientos en el buzón de voz que terminaba borrando antes de enviarlos.

—Señora Lynch —llamó Emma—, una tal Margot Gallagher está abajo y pregunta por usted.

—¿Qué? —Joder, no. No la había oído bien—. ¿Quién?

—Margot Gallagher —repitió. Me puse en pie y volví a sentarme al segundo siguiente—. He mirado su agenda y no tiene ninguna cita concertada. ¿Quiere que le diga que se marche?

—¡No! —exclamé. Me quité las gafas y me presioné el puente de la nariz—. No, no, dile que suba, por favor.

No podía despachar a Margot como si fuera una visita cualquiera. Pero ¿qué demonios hacía en KME?

No soy una persona cobarde, no suelo salir huyendo cuando algo se complica y no me asusto con facilidad, pero cuando vi a Margot Gallagher avanzar hacia mí deseé desaparecer con un chasquido de dedos, hacerme invisible o desmayarme, que, para el caso, era lo mismo. La esperé de pie, un poco tambaleante, y nerviosa, muy nerviosa, como si fuera una mujer temible. No lo era, desde luego. Era dulce, divertida, disparatada y muy protectora de los suyos. Por eso cuando llegó delante de mí y me abrazó, tiró por tierra mis débiles barreras y me permití llorar sin motivo y con todos los motivos del mundo al mismo tiempo.

—Mi niña... Hemos estado tan preocupados por ti —susurró, y sus palabras me invitaron a sollozar más fuerte—. Ya pasó, hija. Ya está todo bien.

—No, no está bien —balbucí, compungida, todavía envuelta por sus brazos y por el olor de su perfume—. Nada está bien. Yo... lo siento.

Me apartó con delicadeza y me palmeó la mejilla, como le había visto hacer con cada uno de sus hijos. De su bolso, que no tenía nada que envidiarle al de Mary Poppins, extrajo un pañuelo de tela y me limpió los restos de humedad y maquillaje.

—Siéntate, Alice —me ordenó con ternura. Se acomodó en la butaca a mi lado y me levantó el mentón con un dedo—. Siento mucho lo del senador Anderson, cariño. Nadie está preparado para afrontar una cosa así.

—Era... era mi amigo, mi mejor amigo —le expliqué entre hipidos—. Sé que parecerá una locura porque era mi exmarido, pero lo quería muchísimo y me necesitaba tanto... Y Tyler... Él se enfadaba cuando le hablaba de Hugh y yo... lo entiendo, no confiaba en mí. Y... no hice las cosas



bien... y le mentí y ahora se ha ido y no sé... no sé dónde está y...

—Tranquila, Alice —me consoló—. Yo te diré dónde está, pero deja de llorar.

No podía, era como si hubiera retenido lágrima tras lágrima en los últimos días y la visita de Margot hubiera abierto la llave de paso. Sus brazos eran tan cálidos y su voz sonaba tan dulce que era imposible no dejarse inundar por las emociones.

—Sois igual de tercos. Los dos jóvenes más tontos que he visto en mi vida. —Parpadeé. No terminaba de acostumbrarme a tanta sinceridad, pero consiguió que dejase de lamentarme—. Sí, no me mires así, señorita. ¡Estoy muy decepcionada con los dos!

—Lo siento, yo no...

Me chistó para que me callara, pero también me limpió las lágrimas con la mano y me apartó el pelo que se me había quedado pegado a la mejilla, como hacía mi madre de pequeña.

—Tú me prometiste que no le harías daño y él me prometió que cuidaría de ti. ¡Y ninguno de los dos ha cumplido su promesa! ¿Es que no os dais cuenta de que ya tengo una edad y no estoy para disgustos? Yo quiero que seáis felices, que vengáis a verme los fines de semana, que os beséis sin importar quien mira y que me deis nietos, por el amor de Dios. ¡Quiero nietos! Al menos antes de que se me caiga la dentadura al reír.

—Eso sería maravilloso, pero ya no estoy segura de que vaya a pasar, Margot. Tyler y yo...

—¡Ya lo creo que pasará! —se exasperó—. Si pasa en las novelas del club de lectura, también os pasará a vosotros. ¡Y punto! —Solo le faltó dar un golpe sobre la mesa. Luego, más calmada, se arregló los pliegues de la falda y respiró en profundidad—. La primera vez que me fijé en ti en la boda de MC bailabas con mi niño en el centro de la pista. ¿Sabes qué pensé en ese momento? —Me encogí de hombros—. Pensé: «Esa chica va a romperle el corazón a mi hijo». Una mujer importante, con dinero, independiente..., y un bombero. No me malinterpretes, a mi Tyler siempre se lo han rifado. Es un chico guapo y bien dotado, ya lo conoces. —El gesto a la entropierna me sonrojó y no pude aguantar una sonrisa—. Pero yo sé lo que es estar casada con un bombero, sé lo que es el sufrimiento de la espera, las llamadas a altas horas, la incertidumbre, los accidentes... Todo eso no es fácil de soportar, no todas las mujeres están preparadas para enamorarse de un bombero.

—Yo me enamoré de él.

—Lo sé. Lo supe en aquella cena en mi casa —confesó—. Y tuve miedo porque no sabía si estabas hecha de la pasta que Tyler necesitaba.

—Yo tampoco lo sé.

—Lo estás, querida, ya te lo digo yo. No me costó mucho darme cuenta de que eras tú, de que siempre fuiste tú.

—¿Qué quiere decir eso?

—Mí Tyler no ha sido nunca un chico abierto y jovial como Austin o Thomas. Es como JC, observador, callado y muy responsable. Hubo una época, hace tiempo, en la que se le veía feliz: llamaba más, no se enfadaba por nada, era cariñoso, despreocupado y todos supimos que era por

una chica. ¡Saltaba a la vista que estaba enamorado! —Tragué saliva. Ya sabía de qué época hablaba—. Conoció el amor verdadero por primera vez, pero también el dolor de un corazón cuando se rompe. En los últimos meses se ha repetido la historia: hemos tenido una buena ración de hijo feliz, pero también el consiguiente descenso a los infiernos, ¿verdad? Para ti también ha sido así esta vez, ¿no es cierto?

Bajé la mirada y afirmé en un susurro. Dolía, sí.

—Mi abuela decía que un corazón roto es un corazón que ha sido amado y que había que dar gracias a Dios por haber recibido el don de querer y ser correspondido, aunque no acabara bien. Hay que entregar el alma con cada beso, hacer el amor con los cinco sentidos y vivir como si fuera el último día, pero también hay que aprender a perdonar y a olvidar. Y Tyler no te olvidó, ni te perdonó. Cuando vi cómo te miraba en la boda y, después, en casa...

—¿Así supo que yo fui la chica de quien se enamoró? —Estaba alucinada. Menuda capacidad de deducción.

—Bueno, sí y no. —Hizo un gesto con la mano para quitar importancia al asunto—. Escuché vuestro pequeño escarceo en mi cocina esa noche. Estuvo muy feo lo que te dijo y se mereció el rodillazo. Espero que eso no le causara problemas después con... ya sabes.

Ella sonrió y yo quise que la tierra se abriera en ese preciso momento. Luego, mientras intentaba recuperar mi dignidad, Margot sacó un folleto de su bolso y lo dejó sobre la mesa.

—Tú lo quieres y él te quiere. Ya está bien de tonterías. —Movié el tríptico hacia mi mano y me animé a cogerlo—. Ve a por él, Alice. No dejéis pasar otros diez años.

## 48. Tyler

### HACER ANDAR A LAS PIEDRAS

Mis ojos no habían olvidado el placer de un amanecer envuelto en bruma, con el lago a mis pies. Era una visión celestial, de las que te pellizcan el corazón, y debía ser un sacrilegio que mi mente solo pensara en compartirla con Alice.

La echaba de menos, aunque siguiera dolido.

En poco más de una hora, el bosque se llenaría de risas y gritos, el cielo alcanzaría su espléndido tono azul y ya no habría tiempo para lamentaciones. Conseguía distraerme casi todo el tiempo, menos cuando la pequeña pelirroja de ojos verdes me cogía del dedo y tiraba de mí para que le prestara atención, o cuando servían helado en la cena y alguien se manchaba la nariz, o cuando veía abrazarse a las parejas de adolescentes que rondaban el lago a última hora de la tarde...

No sé a quién pretendía engañar: no había conseguido pasar ni un minuto entero sin pensar en ella.

La empalagosa música infantil que retumbaba en los altavoces del campamento a la hora de despertar me puso en pie de un salto. Me esperaban quince fierecillas con ganas de aventuras que no entendían de corazones rotos.

Me sacudí las bermudas, elegí uno de los muchos guijarros del margen del lago y lo sopesé con maestría. En mi primer año de campamento, me contaron una historia acerca de deseos que se cumplían si conseguías hacer andar a las piedras sobre el agua. Por aquel entonces pensé que eso era imposible y tardé algún tiempo en averiguar que el truco estaba en el golpe de muñeca, que no era solo cuestión de lanzar sin más. Al principio, siempre deseaba que mis padres fueran a por mí porque estaba asustado. Conforme fui creciendo, empecé a pedir que se olvidaran de mí para no tener que regresar a casa con los mellizos. Y en los últimos años, cuando ya era un adolescente, mis ruegos siempre tenían que ver con alguna chica y con la posibilidad de ver más piel de lo que se me permitía. Era un puñetero salido.

Lancé mi piedra con efecto, contemplé con orgullo los saltos que dio en el agua y emprendí el regreso a las cabañas antes de que se formara el revuelo matutino habitual.

*Solo es una historia de campamento.*

*Es absurdo aferrarse a una tontería como esa*

*No puedo ser tan patético.*

Era demasiado hombre para reconocer que estaba poniendo mis esperanzas en una piedra.

Pero lo hice, por si ella seguía queriéndome.

## 49. *Alice*

### TE GUARDARÉ LOS SILENCIOS

Ni GPS, ni mapa de carreteras, ni indicaciones de ningún amable señor de la zona rural de Michigan. Si había una forma sencilla de llegar a Chain Lakes yo no la sabía.

Las últimas veinticuatro horas habían sido un ir y venir frenético, sin saber muy bien adónde iba. Después de que Margot se marchara de KME, alquilé un coche y me volví loca buscando la mejor ruta a seguir, la más corta, que no estuviera en obras... ¡Un coche, yo! Hacía años que no me sentaba al volante y estaba acojonada. ¿No podía haber ido a un sitio donde pudiera llegar en avión? ¡Pues no! Estaba en Chain Lakes.

—¿Y dónde demonios está Chain Lakes?! —exclamé con un resoplido. Volví a comprobar el GPS—. Continuar por County Line Road casi dos millas, luego girar a la derecha hacia Chain Lake Road y media milla más hasta Cedar Road. Se supone que tendría que haber un cartel o algo, ¿no? ¡No veo ningún cartel! —grité dentro del coche.

Había perdido la cuenta de las horas que llevaba conduciendo. ¿Seis? ¿Siete? Salí con el sol del amanecer, por lo de encontrar menos tráfico, y ese mismo sol me decía adiós desde la línea del horizonte.

Me orientaba bien, pero me ponía nerviosa todo lo que pasaba a mi alrededor: los coches que venían por el carril contrario, los que me adelantaban, los que pitaban porque iba demasiado lenta y los que lo hacían sin motivo aparente. Lo de las señales era otro cantar. ¿Era yo o habían cambiado desde que me dieron el permiso de conducir?

No obstante, llegué a la M-55 sin percances. A partir de ahí, la cosa se complicó y, salvo el hecho de encontrar un McDonald's en medio de ninguna parte, todo lo demás fue de mal en peor: me perdí cinco veces, me salí de la carretera cuando un animal no identificado atravesó la vía a toda velocidad y abollé el parachoques del Ford. ¿Podía pasar algo más? ¡Pues sí! Una patrulla de la policía se detuvo detrás del SUV cuando ya tenía claro por dónde debía girar para no seguir dando vueltas por el jodido condado de Wexford. Debí darles tanta pena como un cachorrillo abandonado porque, después de comprobar la documentación del vehículo y mi permiso, se ofrecieron a llevarme hasta el campamento y casi me echo a llorar de la emoción.

Había un cartel enorme a la entrada del recinto boscoso, como cabía esperar. También encontré

indicaciones hacia el aparcamiento y hacia la cabaña principal. Aquello era precioso, con sus bonitos pasamanos de troncos, sus casitas escondidas entre los árboles, el sonido de los pájaros en armonía y una humedad que me obligaría a recogerme el pelo en cuanto detuviera el coche. Oía a madera y a hojas, a la frescura del lago y a aire puro.

No tenía muy claro qué hacer al bajar del coche ni adónde dirigirme. Más allá del estacionamiento de tierra no había farolas que iluminaran los diferentes caminos que señalaban las flechas indicativas. Tampoco había nadie a mano para preguntar y lo de llevar una linterna no se me había ocurrido. Al final, dejé la maleta en el coche y me encomendé a mi buena suerte. Solo esperaba no romperme la cabeza al caer por el terraplén que había al lado del camino. Sería la guinda de un día desastroso.

Me invadió un tremendo alivio al ver a un grupo de adolescentes reunidos sobre una mesa de picnic. Les di un susto de muerte al aparecer de la nada, pero valió la pena. ¡Conocían a Tyler! La hora de la cena ya había terminado y, según dijeron, era probable que anduviera por la orilla del lago. Un par de preguntas más a gente que me fui encontrando al paso y acabé en una zona de difícil acceso con las sandalias llenas de barro. Tropecé con algunas ramas y noté el escozor de los arañazos en las espinillas. Hubiera sido mejor haberme puesto las zapatillas de deporte que llevaba en el maletero.

Pero todo quedó olvidado cuando levanté la vista y vi la figura que había sentada en el pequeño muelle de maderos que se adentraba en el agua. Era él, el hombre que había puesto mi mundo del derecho después de que yo lo mantuviera del revés durante mucho tiempo. No podía verle la cara, pero su postura relajada me indicó que se encontraba en uno de esos momentos de paz que tanta falta nos hacía a ambos. Habían pasado dieciocho días y, tanto el tiempo como la distancia, me habían parecido eternos.

Antes de dar un paso más y dejar que me viera, me permití unos minutos para contemplarlo a placer. Mis ojos se llenaron de esa fuerza que desprendía y me ardieron las ganas de sentirme arropada por unos brazos que llevaban tiempo sin mecarme. Yo misma me alivié el escalofrío que me sobrevino y, al moverme, una maldita rama crujió como en las pelis de suspense. Por supuesto, él lo oyó, pero solo lo delató un leve movimiento de cabeza hacia donde me encontraba oculta.

—Quien sea que esté escondido ahí detrás, ya puede dar media vuelta y volver a su cabaña antes de que lo pille —dijo sin levantar la voz.

Mi chico responsable. Seguro que era uno de los mejores monitores. Yo hubiera dado lo que fuera por tenerlo de jefe de escuadrón en mi etapa de *girlscout*.

Me enredé con un matorral y mi entrada triunfal estuvo marcada por un indigno chapoteo en el barro que me llenó la ropa de salpicaduras. Bien, ¿qué más daba ya? Tenía los pies asquerosamente húmedos, arañazos en las piernas, fango en el pantalón y el pelo encrespado. Si Tyler no salía corriendo en ese mismo instante todavía tendría alguna esperanza.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Lo sorprendí, ya lo creo. Si no hubiera sido por su agilidad, se hubiera caído al lago.

—Hola a ti también.

No sirvió nada de lo que había preparado. Horas y horas en el coche componiendo un saludo a la altura de las circunstancias y un discurso bien trabajado, para terminar utilizando algo tan común. Suerte que él estaba en *shock* y que no me tembló la voz.

En dos zancadas, dejó atrás el pequeño muelle y se detuvo a pocos pasos de mí. De cerca, los surcos de su frente me parecieron más profundos, pero también hallé esa expresión de desesperación escondida en el fondo de su mirada. Quise tocarlo tanto como él a mí, quiso abrazarme tanto como yo a él, pero teníamos muros que derribar que no caerían con facilidad.

—Te he hecho una pregunta. ¿Qué haces aquí?

—¿De verdad hace falta que te responda? —Vale, estaba más enfadado de lo que me esperaba—. No contestabas a mis llamadas así que...

—Es curioso que digas eso —soltó con cinismo—. ¿No fuiste tú la que ignoró las mías estas últimas semanas? Sí, creo que sí.

—Lección aprendida. —Bajé la mirada a mis pies porque me hacía daño la suya—. ¿Podemos ir a hablar a algún sitio?

—No, Alice, tengo cosas que hacer. —Fue tan rotundo que me faltó la respiración—. Te dije que hablaríamos al volver.

—No quería esperar más. ¿Por qué tú sí? —No respondió. Empezó la marcha por un camino estrecho y me dejó allí plantada, en medio del barro, con los hombros hundidos y los ojos húmedos—. No tengo adónde ir esta noche.

Se detuvo, no lo vi, pero el sonido brusco de sus pasos cesó y su gruñido me llegó como un latigazo. No quería darle pena, pero ¿qué iba a hacer yo en medio de la noche?

Cuando elaboré aquella locura de viaje, ni siquiera me planteé buscar un sitio donde alojarme. Pensé que, si me rechazaba, volvería por donde había llegado y asumiría de una vez que lo nuestro no era tan nuestro como creíamos. Pero él me amaba, me lo decía cada fibra de su ser, y yo podía ser muy cabezota cuando me lo proponía.

—Da igual, no te preocupes —dije intentando sonar firme—. Dormiré en el coche y mañana hablaremos.

—¿Has venido en coche? ¿En qué coche? —preguntó con incredulidad—. Tú no sabrías diferenciar un faro de la luz de freno.

¿Se estaba burlando de mí? ¿Esto era el colmo!

—Muy gracioso —ironicé y di media vuelta.

Desanduve mis pasos entre los matorrales y contuve las lágrimas a base de insultos hacia él, hacia mí y hacia el maldito campamento. ¿Cómo se atrevía a tratarme así? ¿Es que no era suficiente haber llegado hasta allí? ¿Tan dolido estaba que no era capaz de dedicarme ni un mísero minuto para explicarme?

Unas fuertes pisadas a mi espalda me alertaron y aceleré el paso. Pero la cuesta que había bajado desde el aparcamiento había que subirla y no estaba tan en forma como creía. Pronto me

faltó el aire y, cuando ya creía avistar las tenues luces del *parking*, un brazo me rodeó la cintura y pateé en el aire cuando me levantó del suelo.

—¡Bájame, no quiero que me cojas! —Acerté con algún manotazo y escuché su quejido en mi oído—. ¡He dicho que me bajas!

¿Me hizo caso? No, claro que no. Tampoco se movió y, en un momento dado, hasta noté cómo hundía la nariz en mi pelo y aspiraba. «Imaginaciones mías», me dije, pero repitió la acción contra el cuello y las mariposas dormidas en mi estómago alzaron el vuelo descontroladas. Sus brazos me rodearon con más fuerza, como si me fuera a escapar, y cerré los ojos para detener el tiempo. Dios mío, cuánto lo amaba, cuánto había echado de menos que hiciera eso, que me respirara, que no me dejara...

—Bájame, por favor —susurré—. No voy a salir corriendo otra vez.

Lo hizo, pero no me soltó. Poco a poco, con mucho miedo, me di la vuelta y nos miramos por primera vez en dieciocho días. Me rozó la mejilla con los dedos y limpió el barro que me había salpicado.

—¿Has venido conduciendo hasta aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no estabas en casa. —Cerró los ojos y tomó aire despacio—. Yo... tenía que hablar contigo y tú no...

—Te dije que iba a estar unos días fuera.

—No sabía cuántos días —murmuré.

Qué imagen más torpe y absurda le ofrecí con aquella justificación, pero era cierto: no saber cuándo regresaría me estaba volviendo loca.

—Y entonces pensaste que lo mejor era venir aquí, a trescientas setenta millas de Chicago.

—Sí.

—Conduciendo.

—Sí.

Sus dedos se movieron nerviosos en mi espalda, pero no pasó de ahí. Tampoco yo me atreví a pegarme más a él. Era tan extraño tenerlo tan cerca y no poder besarlo.

Dejé caer las manos a los lados para evitar apoyarlas en su pecho y desvié la mirada a la negrura que nos envolvía.

—¿Quién te dijo que estaba aquí?

—Tu madre vino al despacho...

No sé si bufó o intentó esconder una carcajada, pero fue como un rayo de sol en medio de una dura tormenta. No significaba nada, la situación era igual de triste y desesperada, pero su ceño fruncido ya no era tan pronunciado, ni sus preguntas sonaban tan cortantes.

—Coge lo que necesites del coche —ordenó al dejarme libre. Retrocedió, se apoyó en la barandilla que delimitaba el camino y yo me quedé inmóvil—. No voy a dejar que duermas en el



aparcamiento.

Era un comienzo.

Lo seguí muy de cerca para no terminar pisando donde no debía. Recorrimos una senda entre árboles sin ninguna indicación visible, pero eso no fue impedimento para Tyler, que se movía en aquel lugar con desenvoltura. Al llegar a un claro, la cabaña apareció como salida de la nada. Había una pequeña bombilla sobre el dintel rodeada de un enjambre de insectos que revoloteaban atraídos por la luz. Grandes pinos cercaban la casita de troncos que, en otra situación, me hubiera parecido preciosa, pero, en ese momento, me resultó de lo más lúgubre.

—Deja tus cosas por ahí —gruñó antes de encender la luz.

El interior olía a humo y a madera vieja, pero era confortable. Un sofá, una mesa y varias sillas desiguales era todo el mobiliario. En el rincón más alejado, junto a la nevera, una cortina ocultaba lo que debía ser el cuarto de baño, y arriba, un intrincado entramado de troncos componía la buhardilla donde estaba la única cama.

—Siéntate, Alice. —Lo hice en el sofá, obediente, y esperé hasta que él regresó del cuarto de baño con unas gasas y un bote de antiséptico—. Límpiate eso.

Me señaló la sangre seca de las piernas y se sentó en el primer peldaño de la escalera que conducía arriba. Su escrutinio me puso nerviosa, su silencio era desesperante. Hubiera preferido un estallido emocional antes que aquella tortura. Cuando acabé, lo dejé todo a un lado y lo miré sin saber bien qué esperaba de mí.

—¿Cuándo volviste?

—Anteayer —respondí.

Qué insoportables eran esos silencios en los que ninguno de los dos se atrevía a decir la primera palabra. Pero estaba allí con un objetivo y, le gustara a él o no, era el momento que había ido a buscar.

—No podía contártelo, se lo prometí.

—Eso ya me lo dijiste.

—Sí, pero sigues sin entenderlo.

—¡Claro que no lo entiendo! —exclamó—. Me mentiste, me dijiste que ibas a Nueva York, tuve que enterarme por la televisión de que estabas con él. ¡Con él, Alice! ¿Cómo crees que me sentí?

—No lo sé, Tyler. En ese momento solo podía pensar en que Hugh se moría.

—¡Por supuesto! —Se levantó, furioso, y dio varias vueltas por la cabaña con las manos en la nuca y una sonrisa amarga—. Ese es el problema, Alice, que no pensaste en mí ni en nosotros. Él te llamó y tú corriste a su lado. Yo te llamé y ni siquiera me cogiste el teléfono.

—Me pediste tiempo —le recordé.

—¡Me preocupé por ti! Ya sé que te pedí tiempo, pero quería saber cómo estabas, Alice, no soy tan insensible, joder. Yo no quería que tu exmarido se muriese, solo que dejara de meterse entre nosotros.

—¡No se metía entre nosotros! —grité—. Eso solo estaba en tu cabeza.

—¿En mi cabeza? —repitió, muy alterado—. ¿También estaban en mi cabeza las llamadas a todas horas, las risitas a escondidas mientras te contaba a saber qué, las veces que te pidió que regresaras a Sacramento? ¡Quería recuperarte, Alice! Hasta un ciego lo hubiera visto.

Suspiré con cansancio, pero aliviada, en parte. Guardar silencio ya no tenía sentido, así que me acerqué a él, lo miré a los ojos y confesé eso que con tanto celo había callado durante años.

—Hugh era gay, Tyler. Y tenía una maravillosa relación con otro hombre; una relación que llevaba en secreto porque la sociedad en la que se movía no lo hubiera aceptado. Un ciego se habría equivocado tanto como tú.

Se quedó desconcertado y se apartó de mí hasta dar de nuevo con el culo en el escalón. Llevaba la duda pintada en los ojos y yo le confirmé mis palabras con un sencillo encogimiento de hombros.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace mucho tiempo —respondí.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque no podía. No debía.

—Ya, como todo lo demás —dijo a media voz.

—No, como todo lo demás, no. —Me arrodillé delante de él y lo obligué a mirarme—. Te pedí que confiaras en mí y dijiste que sí. Pero ahí estaban siempre las dudas, las discusiones cada vez que salía su nombre, los reproches... Ya sé que todo hubiera sido más fácil para ti si te lo hubiera contado, pero mi pasado es mío y las promesas que hago a la gente que me importa no caducan. Los dos problemas de Hugh eran nuestro secreto, nuestro y de nadie más, y juré guardar silencio pasase lo que pasase. Si no puedes entender eso ya no hay nada que pueda hacer aquí.

No soporté el tormento de sus ojos, ni la indecisión. Sabía que tenía su orgullo y que le costaría asimilar lo que le había dicho, pero no me imaginé que me fuera a dejar sola.

La puerta de madera me rompió por dentro al cerrarse de un portazo y apreté los ojos. Por familiar que me resultase el sabor de la decepción, mi cuerpo no se acostumbraba a tragar bilis y lágrimas.

«Ahora ya está hecho», me dije. Había ido por un propósito y no había salido bien. Que no hubiera querido pensar en la posibilidad de que Tyler no me perdonase no significaba que no pudiera pasar. Y había pasado.

Tenía que salir de allí.

Recogí mi mochila del suelo, aguanté el sollozo que me quemaba la garganta y parpadeé para deshacerme del escozor que me nublaba los ojos. Tal vez fuera mejor darnos más tiempo, estar alejados, salir con otras personas...

Lo vi sentado en la mesa de pícnic que había a un lado de la casa y me acerqué para despedirme. Un corazón valiente es valiente hasta cuando está roto, hasta cuando teme que lo destrocen más. Hasta cuando ya no hay nada que destrozar.

—Tyler... me voy.

—¿Qué? —Se dio la vuelta con rapidez y me miró como si hubiera perdido la cabeza. Tenía los ojos rojos y le temblaron los labios—. ¿Adónde vas?

—Vuelvo a Chicago —respondí con apenas un hilillo de voz—. Mañana recogeré mis cosas del apartamento y dejaré las llaves en el buzón...

—Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? —preguntó, desencajado por completo—. ¿Es que te has propuesto volverme loco?

—Yo no... yo no pretendo nada. Solo... solo creo que es lo mejor.

—¿Irte es lo mejor? ¿Dejarme es lo mejor? ¿Qué es lo mejor, Alice?

Me desestabilizó. Su nerviosismo, la ansiedad, el desconcierto, sus ganas de acercarse, las lágrimas que le rodaron por las mejillas... Dejé de ser valiente, ya no podía fingir más.

—¿Qué es lo que quieres de mí?! —le grité sin poder contener el llanto—. Lo siento, ¿vale? Siento haberte hecho daño, siento no haberte contado mis secretos, siento no haber contestado al teléfono y siento que mis disculpas no sean suficientes para ti. Vine hasta aquí porque quería arreglar las cosas, ¡porque te quiero, joder! Te quiero y ojalá nunca me hubiera enamorado de ti, Tyler Gallagher. Ojalá...

—¡No vuelvas a decir eso! No quiero que te vayas. Es lo último que querría, ¿es que no lo ves? —Me quitó la mochila del hombro y la dejó caer al suelo. Mantuvo sus labios muy cerca de los míos y casi los rozó al hablar—. Eres la única mujer a la que he amado en toda mi vida, Alice. Te quise cuando no eras más que una consentida y te seguí queriendo hasta cuando te odiaba. Te quiero ahora y mañana y pasado y cuando tus hormonas están en pie de guerra o tienes un día de mierda en el trabajo. No voy a renunciar a ti y no voy a permitir que te vayas.

—Pero tú no confías en mí y yo...

—¡Olvidate de eso! —exclamó en medio de la calma del bosque y, a continuación, me abrazó con desesperación, con la intensidad acumulada de una eternidad sin tocarnos—. Claro que confío en ti, Alice. El problema es que siento pánico cuando pienso que puedo perderte. ¿Sabes por qué te empujé en la tienda de café? —Negué contra su pecho—. Estabas tan preciosa... Quería que me miraras con esos ojos brillantes que se te ponen cuando te enfadas, quería provocarte porque estaba muy cabreado contigo, pero también estaba loco por ti.

—Te hubiera hecho caso igual si me hubieras dicho un simple «hola».

—Sí, pero entonces no hubiéramos compartido esos momentos increíbles en el centro asistencial, no hubiera conocido a la Alice entregada y maravillosa que eres ahora.

—Me hiciste la vida imposible.

—No, cariño. Solo quería hacerme un hueco. No podía dejar de quererte. —Todo mi cuerpo se estremeció cuando me rozó la nuca con los dedos—. Sé que no te hace falta un hombre para librar tus batallas, que puedes enfrentarte a lo que sea sin mí, que tus promesas son tuyas y tus secretos también. Pero deja que te sostenga cuando te falten las fuerzas, deja que sea yo el que te dé ánimo para seguir luchando día a día. Te prometo que te guardaré los silencios sin preguntar y no volveré a dudar nunca, Alice. Nunca más.

## *50. Tyler*

### NO MÁS DÍAS SIN TI

La mujer más sabia que conozco me dijo una vez que había que dejar ir a las personas para saber si había algo a lo que valiera la pena aferrarse. Nadie ganaba a mi madre a lecciones de vida, tal vez porque la vida junto a un bombero se sustentaba en la incertidumbre, pero también como la más apasionante aventura.

Estaría con ella, para ella, hasta el final, fueran cuales fueran las cartas que el destino hubiera preparado para nosotros. No nos lo había puesto fácil hasta el momento, pero yo podía ser muy cabezota y Alice más.

La besé con suavidad para sellar mis palabras y los dieciocho días sin tocar sus labios me pasaron factura. Lo que comenzó con un roce suave, húmedo de lágrimas, se tornó un abrasador ataque a su boca. Le robé el aire y ella a mí el sentido, la toqué con rudeza, hablaron mis deseos y me ganó sus gemidos. La hubiera desnudado allí mismo, pero ya no quería para Alice nada que no fuera perfecto, y hacerle el amor sobre la vieja mesa de pícnic no era un plan demasiado elaborado.

Llegar hasta la cama fue sencillo, controlarme no tanto. La dejé con delicadeza sobre las sábanas y me di unos segundos para contemplarla. Me deshice de su camiseta poco a poco y todo comenzó con un suspiro. La prisa nos quemaba, pero yo quería ir lento, muy lento, y cuando desapareció la última prenda de ropa, nos cubrimos con el deseo. Nos tocamos tan despacio que la realidad se mezcló con la imaginación; nuestros susurros se confundieron con la brisa nocturna que se colaba entre los troncos; los besos pasaron de sensuales a hambrientos hasta volver a convertirse en deliciosas caricias de labios con labios, de bocas contra piel.

Allí no había secretos, había viajado por el mapa de su cuerpo tantas noches que sería capaz de reconocer cada punto sensible en el que detenerme con los ojos cerrados. Y, a pesar de eso, cada encuentro con ella estaba lleno de misterios y no me cansaría nunca de descubrirlos.

—No más huidas de repente —le susurré al oído—. No más días sin ti.

—No más días sin ti —repitió—. Te lo prometo.

Todo ocurrió a cámara lenta. Yo sobre ella o ella sobre mí, nuestros dedos enlazados, su boca buscando aire, mi corazón a punto de detenerse... El ambiente se hizo húmedo y pesado, como

nuestros movimientos. Los sonidos acompañaron cada embestida, cada caricia prohibida, cada choque de dientes y de pelvis. Mis ojos no vieron más que los de Alice, abiertos, despiertos, tan cargados de emociones como los que ella veía en mí. En mi boca aún perduraba su sabor, en la suya estaba el mío. Y, de pronto, algo muy intenso me quemó por dentro y fue doloroso contenerlo. La noté estremecerse, la oí gritar, percibí la fuerza de su clímax y la amé. La amé más que a nada. Más que nunca.

—¿Podemos quedarnos así el resto de nuestras vidas? —me preguntó con la voz ronca y los ojos cerrados. Se arrebujó contra mí y mi cuerpo reaccionó de inmediato al roce de sus piernas entre las mías—. No quiero salir de esta cama nunca.

Sonreí con orgullo y le di un motivo más para querer quedarse. La noche se nos acababa, pero teníamos mucho tiempo por delante.

—Podemos quedarnos para siempre si es lo que quieres.

Mi intención no fue quedarme dormido, pero imagino que pasar el día de ruta con los chicos del campamento y los tres asaltos entre las sábanas con Alice me pasaron factura en cuanto me relajé. Cuando abrí los ojos, el sol se colaba por cada resquicio de la cabaña, Alice dormía a mi lado y yo era un hombre nuevo, muy diferente al que había llegado allí hacía un par de días. Era jodidamente feliz y eso daba mucho miedo.

La contemplé en mitad del sueño y descubrí que le faltarían horas a mi vida para dedicarme a sus rasgos más escondidos. A veces arrugaba la nariz y otras torcía los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa. Era única, con el pelo enmarañado, con las marcas de la sábana en la mejilla, con esa respiración fuerte que estaba a un paso de convertirse en ronquido. Preciosa con sus defectos, hasta cuando se enfadaba y gritaba. Se había convertido en una diversión eso de inventar maneras de hacerla callar.

Reí en silencio hasta que vi parte de su pecho al descubierto y la boca se me secó. Pensé en darme un capricho de buena mañana, ella no pondría reparos, pero el agudo pitido de la megafonía me recordó dónde estaba y cuáles eran mis responsabilidades.

—*¡Buenos días, Chain Lakes!* —exclamó el jefe de campamento a voz en grito—. *Hoy tenemos un día completo. ¿Preparados para la toma de la bandera? ¡Oh yeah!*

—¡Joder! ¿Es hoy? ¿En serio? —Me moví tan rápido que me golpeé el pie con la pata de la cama—. ¡Coño, qué dolor! ¡Aggg! Alice, despierta.

—*¡Jefes de escuadrón y personal de apoyo, preséntense en el salón de actos!*

Ni qué decir tiene que Alice ni se inmutó. Bajé las escaleras todo lo rápido que pude, no sin antes mirar hacia el cuerpo que dormía en mi cama y sonreír como un bobo.

Un poco de café, una ducha rápida, la ropa más limpia que tenía en la mochila y mi mejor cara de hombre que ha pasado la noche haciendo el amor con la mujer de su vida.

—Eh, dormilona, arriba. Tenemos una bandera que conquistar.

Era mi juego de campamento preferido desde que tenía memoria. Con el tiempo había dejado de ser una forma de rivalizar con el resto para convertirse en una auténtica diversión. De pequeño era

un estratega nato y fui un gran monitor de ese juego, siempre del lado de los menos habilidosos porque, al final, de lo que se trataba era de que lo pasaran bien. La recompensa eran sus rostros de orgullo al levantar el palo con el trozo de tela anudado: la bandera del equipo contrario.

Le expliqué lo que íbamos a hacer mientras ella me tentaba con sus caricias y yo la esquivaba con fastidio. De buena gana me hubiera quedado allí, se me ocurrían muchas cosas interesantes que hacer en esa cabaña, pero no podía olvidar mi compromiso con los chicos y estaba seguro de que alguno de ellos se presentaría en la puerta si no me veían en la reunión.

—Vale, está bien. Ve a jugar y consigue tu bandera, pero luego tú y yo...

—¡Ah, no! —la interrumpí. La cogí del tobillo y tiré de ella hasta que se quedó sentada en el borde de la cama—. Vístete, princesita. Tú vas a jugar conmigo. ¿Quién sabe? A lo mejor podemos perdernos unos minutos entre los árboles.

Por desgracia, una de las monitoras de apoyo se encontró indispuesta esa mañana y Alice entró a formar parte del equipo contrario. Eso podía hacer más interesante el juego, desde luego, aunque no conté con que fuera a tomárselo tan en serio y no le vi el pelo hasta bien entrada la mañana.

Llevaba a Mary Kate a la espalda y corría agachada junto a dos niños más. Los cuatro iban calados hasta los huesos, en parte por la labor de llenar globos de agua de los grifos del cuarto de baño, en parte por los proyectiles que habían recibido del equipo contrario, el mío. Esperé hasta que estuvo sola y salí de mi escondite, directo a su encuentro.

—Estás arrestada. —Le di un susto de los buenos, pero antes de que pudiera gritar, le tapé la boca con la mano y la llevé detrás de unos troncos donde nadie pudiera vernos—. Tendrás que disuadirme para que no te pinte una bonita cruz azul en la espalda. Eso te llevaría a la cárcel ya mismo.

—Si vuelves a aparecer de esa forma, te juro por lo que más quieras que te...

—Lo que más quiero eres tú.

Se mordió los labios para no sonreír, pero no pudo hacer nada con el rubor que le tiñó las mejillas. Introduje las manos bajo su camiseta mojada y la atraje hacia mí hasta tenerla encajada contra mi cuerpo. Luego la tenté con mi boca, lamí el agua que le chorreaba por el cuello y encontré su pulso acelerado. No era una buena idea hacer lo que se me pasaba por la cabeza, pero no había tenido suficiente de ella y no podía esperar hasta estar a solas de nuevo.

—¿Alice? —La voz de mi pelirroja favorita a pocos pasos de donde nos besábamos nos dejó inmóviles y sin resuello—. ¡Se ha metido por aquí!

—Si no te mueves no nos verán y pasarán de largo —le sugerí contra los labios.

—Están solos y son los más pequeños. Me da miedo que se pierdan. —Cerró los ojos y apoyó la frente contra la mía—. Lo siento.

—No importa. —Me sentí muy orgulloso de ella. Había asumido su papel de monitora y era admirable—. Luego te veo, cuando mi equipo coja la bandera —presumí.

—No lo creo —murmuró.

Y me la jugó. La muy traidora sacó del bolsillo del pantalón la pintura roja que daba color a su

equipo y me pintó una X en la espalda mientras me besaba.

—¡Estoy aquí! —gritó para alertar a sus pequeños soldados—. ¡Tengo a Tyler! ¡Tyler ha caído!

—Eso es jugar sucio. Está muy feo jugar sucio, Alice —susurré—. Habrá venganza.

—Eso espero. Nos quedan unos cuantos días muy interesantes por aquí.

Su equipo no consiguió la bandera, ganaron los míos, pero ¿qué importaba eso? Cuando la bocina sonó, lo único que contaba eran las caras de felicidad de todos y cada uno de los participantes, incluida ella.

La fiesta se trasladó al lago, donde las aguas tranquilas se transformaron en un hervidero de niños y niñas chapoteando. Los más mayores remaron hasta al centro del lago, donde lanzaron al agua a los monitores que habían perdido la bandera. Me apoyé en el tronco de un árbol y disfruté con la Alice negociadora, la que intentaba explicarles a cuatro muchachos de quince años por qué no debían tirarla por la borda. Y solté una fuerte carcajada al verla manotear en el aire antes de caer. Sin embargo, dejé de reír cuando salió y se convirtió en el centro de las miradas de todos los malditos adolescentes hiperhormonados que había presentes: la camiseta se le pegaba tanto a la piel que no existía diferencia alguna entre llevarla o no.

—¡Ha sido genial! Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien —me confesó al llegar a mi lado, tiritando. La envolví en una de las toallas que teníamos preparadas y le froté el cuerpo con enérgicos movimientos hasta que sus labios recuperaron el tono rosado—. El agua está helada.

—Bueno, aquí se practica la pesca en hielo en invierno, es lógico que esté fría, aunque estemos en agosto —le expliqué.

—No me extraña que te guste esto. Un lugar así puede hacer que te olvides de todo.

—De todo no, te lo aseguro.

La rodeé con mi brazo y emprendimos el regreso a la cabaña. No veía el momento de meternos en la ducha. Teníamos una venganza pendiente y el resto de la tarde para cobrármela. Pensaba dejarla tan agotada que no tendría fuerzas para acudir a los juegos nocturnos que se celebraban tras la cena.

—Cuando tengamos hijos, quiero que vengan aquí cada verano —dijo como al descuido—. Podríamos venir toda la familia. Sería divertido.

Me dejó sin aliento.

Frené en seco y la miré como se mira dentro del alma. La mía estaba reflejada en sus ojos, todas mis ilusiones y esperanzas bailaron en sus pupilas al compás de una tenue sonrisa.

Durante un segundo, pensé que lo decía en broma, pero no se rio. Mantuvo la esperanza contenida y respondió a mi pregunta silenciosa con un gracioso movimiento de cabeza. Acababa de hacerme una promesa, yo lo sabía y ella también.

Sus palabras sonaron a plan de futuro, a sueños en la misma almohada, a muchas horas de querernos, a todo lo que siempre deseé y nunca me atreví a pronunciar.

Desde el preciso instante en que la conocí se convirtió en mi olor favorito, en la visión más

increíble, en el mejor sonido de madrugada y en ese sabor delicioso que no quieres quitarte del paladar. Alice era un paseo de la mano y una tarde en el sofá. Era el vértigo en la noria y la *pizza* recalentada del desayuno en la cama. Mi chica valiente, la princesa consentida, mi calma, mi día de lluvia.

Mi todo.



## *Epílogo de Alice*

### *Un año después*

¿Qué queréis saber del futuro que no os imaginéis ya?

La mayor aventura de mi vida empezó el día que conocí a Tyler Gallagher, aunque yo no lo supiera entonces. Ahora, después de haberse cumplido nuestro primer año formal, la gran aventura continuaba con tanta fuerza que a veces asustaba de verdad. ¿Por qué? Pues porque la vida había tenido una forma muy extraña de tratarme, de tratarnos, y cuando eres feliz te olvidas de todos esos golpes que te han hecho como eres, pero no dejas de pensar con qué va a sorprenderte el destino. Y eso, sí o sí, acojona.

Después de regresar de Chain Lakes y borrar con besos cada uno de los recuerdos amargos del apartamento, nos dedicamos a aprovechar el momento como si fuera el último. Tyler dice que nos habíamos convertido en una pareja común y que solo nos faltaba el anillo en el dedo para ser un matrimonio al cien por cien, pero sus palabras solo eran una estrategia. En realidad, somos una caja de sorpresas el uno para el otro, pero se le ha metido en la cabeza la idea de formalizar lo nuestro, casarnos, vamos, y desde hace unos meses está llevando a cabo una campaña subliminal que me tiene de lo más divertida. Su familia está implicada, mi asistente está implicada, hasta Edward ha llamado un par de veces y ha dejado caer algo así como que está dispuesto a darlo todo cuando llegue el gran día.

Sé que tiene el anillo de su abuela guardado en el cajón de la mesilla, vi cómo se lo daba Margot, y sé que está buscando el momento perfecto, porque él es muy de eso, de instantes maravillosos. Y ¿sabéis qué? Que tal vez sea yo la que lo sorprenda por una vez y me ponga de rodillas para pedirselo.

En este tiempo juntos nos hemos hecho muchas promesas que se han ido cumpliendo poco a poco. Incluso empezamos una lista de compromisos que acabó colgada en la nevera junto a su cuadrante de turnos del parque. Era algo así como los Mandamientos de nuestra casa, lo que debíamos tener en cuenta para una buena convivencia.

—Nada de mentiras.

—De acuerdo, eso es importante —coincidió—. Besarnos a todas horas.

—Tyler, esto es serio.

—Ya lo creo. Apunta: besarnos a todas horas.

Ahora tengo que reconocer que es uno de mis puntos favoritos junto con el de decirnos «te quiero» sin motivo o cogernos siempre de la mano.

—Hablar de lo que nos preocupa, no callarnos —propuse.

—De acuerdo.

—Y bailar. Quiero bailar contigo, aunque no suene la música.

—Entonces yo quiero hacer el amor, al menos, diez veces al día.

—¡Tyler!

—¿Qué? Quiero hacerte el amor hasta cuando sueñes.

Lo anoté con letras mayúsculas y nos hemos estado amando más desde entonces. Cuando ponía sus manos en mi cuerpo y lo sentía dentro de mí, el resto mundo desaparecía y los problemas dejaban de importar.

Y creedme, problemas teníamos unos cuantos.

Bret McAllyster fue detenido en Canadá y llevado ante la justicia en noviembre de aquel mismo año. Bajo el aspecto de hombre humillado por un duro divorcio, se escondía un maldito hijo de puta chantajista y manipulador. La buena persona que sujetaba la mano derecha de mi padre lo apuñalaba con la izquierda. Entre él y el primo Teddy acabaron con Jefferson Lynch y por poco lo hacen también con KME.

Cada día era una lucha para sacar adelante la empresa, pero los tiempos de secretos en los despachos se habían acabado. Ahora éramos más fuertes y habíamos ganado posiciones en el mercado gracias a la buena gestión de Rob Sanders. Y, aun así, todavía había días de lluvia en los que miraba al cielo y le pedía un guiño de mi padre para sentirme completa. Ojalá pudiera ver todo lo que había logrado la descerebrada de su hija.

—Estaría orgulloso de ti, Alice —me recordaba siempre Margot—. Estoy segura de que te puso al frente de la compañía porque sabía que nadie podría doblegarte, que nadie lo haría mejor que tú. Ya es hora de que te sientas satisfecha contigo misma.

Y lo estaba, os prometo que llegaba a mi despacho con la cabeza muy alta, pero el camino había sido duro, todavía me dolía su pérdida y la de Hugh, y, a veces, tenía la sensación de que el tiempo había pasado demasiado rápido y había sido especialmente cruel conmigo.

Pero, ¡eh! También habían pasado algunas cosas maravillosas durante el año que empujaron un poquito a un lado todo lo malo.

Por ejemplo, en Navidad, Thomas anunció que le habían renovado el contrato de investigación en la universidad y que se quedaría una temporada más en Leticia, a orillas del Amazonas. Eso sí, no lo haría solo. Desde hacía un tiempo compartía casa con una cooperante italiana que se había ganado su corazón y parecía muy feliz.

Y luego llegó Sophia, la niña que había conquistado a Austin, a pesar de no querer admitirlo. La hija de Lydia se lo metió en el bolsillo con el primer parpadeo, pero como los Gallagher tienen esa tonta costumbre de hacerlo todo difícil, Austin se acobardó y rompió con la única mujer de la que había estado enamorado.

—Solo soy una camarera, con una hija de dos años, en un piso de alquiler y con telarañas en el banco —se compadeció Lydia la última vez que Megan y yo fuimos a verla a la cafetería.

—Y ahora, por culpa de mi hermano, también tendrás telarañas en otro sitio —bromeó Megan con ese humor que había heredado de Margot—. ¿Tú te estás oyendo? Suenas como una campesina de la edad media. Cualquiera diría que te has enamorado de un príncipe. ¡Es Austin! ¡Es un simple!

—Lo que quiere decir Megan es que no te hace falta ser nada más de lo que ya eres —intermedié—. Está confundido y... es un simple, sí. Pero está enamorado de ti y de Sophia, y antes o después se dará cuenta.

Aquel día, en aquella cafetería de sillones de escay rosa, una muy embarazada Megan Gallagher rompió aguas después de zamparse una torre de tortitas con sirope de fresa.

Patrick Jason Slater llegó al mundo un 8 de mayo y trajo con él un extra de felicidad familiar que no esperábamos hasta una semana después.

—Se parece a Nick —dije, emocionada.

—¡Ni de coña! Es un Gallagher de pies a cabeza —presumió Tyler con el pequeño en brazos.

Tengo su imagen con PJ grabada en las retinas. Con todo lo rudo que era, con esa barba de cuatro días que se empeñaba en dejarse, cuando besó la cabeza del pequeño, mi corazón le habló y el suyo me entendió.

—Podríamos tener un par como este, ¿no? —me propuso—. Ya sabes, tú, yo, un poco de vino, una noche en casa...

Me gustaban las noches en casa, me gustaba que fuera así de espontáneo, sin importar quién estuviera delante. Tyler convertía cada instante en mi aventura preferida, en un reto de emociones, de besos inesperados y caricias de las que se sienten.

Encontré mi versión perfecta de la felicidad en aquella familia, en esas pequeñas cosas que jamás, ni en mil años, dejarían de sorprenderme.

## *Agradecimientos*

Esta historia nació gracias al entusiasmo de un grupo de chicas que un día eligieron *Nunca serás agua* para una de sus lecturas conjuntas. El personaje de Tyler se les coló en el corazón y con sus comentarios en redes sociales removieron algo muy dentro de mí.

Al principio, cuando los primeros mensajes privados de @lecturitatis me llegaron por Instagram, no les di mucha importancia. Ella hablaba en nombre de otras nueve lectoras que tenían muy claras las ideas: Tyler debía tener su historia, debía contarla en primera persona y debía ser espectacular, tanto como el personaje.

La insistencia hizo el resto. De pronto, un día, acepté entrar en un grupo de WhatsApp y así empezó todo.

Sonará a tópico decir que no tengo suficientes palabras para agradecerles todo lo que esas diez mujeres han hecho por mí en estos meses de trabajo, pero es que es así, no hay palabras. Han sido mis musas, mi sonrisa, mi inspiración, mis ganas de escribir, mi ánimo e incluso mis psicólogas personales. Me he reído a carcajadas como hacía mucho tiempo que no me pasaba y he llorado a lágrima viva también. Me han aportado la locura que necesitaba para llevar a cabo una historia así y, a partir de este momento, formarán parte de este libro para siempre, y no de forma figurada. Ellas, además de ser las responsables de las siglas KME, me prestaron sus nombres para diez personajes de *Sobre las luces de Chicago*:

La sanitaria más descarada de la 13, Tatiana Everett (@lecturitatis); la inspectora de policía con mayor gancho, Laura Jenkins (@laura\_villanustre), la camarera que hace las mejores tortitas del mundo, Lydia (@lyctura); mi recepcionista favorita, Emma (@emmacl1987); la mejor asistente personal que una directora pueda tener, María (@leyendo\_y\_sonando); nadie controla de facturas tanto como Lamy Griffin (@lamia1872); la bombera más cañón de Chicago, Luisa (@bibliofila37); la coordinadora del centro asistencial, genio y figura, Maru Maddison, alias MaMa (@leer\_esincreible); la responsable de inversiones de KME, Veronica Parker (@vegan\_pancakes\_with\_tita); y la encargada de nóminas, Katherine (@alessandraflores\_\_).

Este es mi pequeño homenaje a vosotras, chicas, con todo mi cariño y gratitud.

La paciencia y la calma, la voz de mi conciencia y la mano que me sujetaba cuando estaba a punto de perder el norte corresponden a Tessa C. Martín. Amiga, gracias por estar a mi lado en una aventura más, gracias por leerme, ser crítica y no dejar que lo mande todo al cajón de los

libros olvidados. ¡Ah! Y gracias por prestarme a Víctor Medina. Eres increíble.

Solo hay una persona capaz de convertir las imágenes de mi mente en una obra de arte y esa es Eva Olaya, mi editora y portadista de Versátil Ediciones. Es un lujo trabajar contigo, con Esther y con Consuelo. Sois un equipo maravilloso.

A mis J's y a mi familia, como siempre, gracias por soportarme y por darme el espacio que necesito para todas mis locuras.

Y a ti, lector, lectora, mi eterno agradecimiento por continuar detrás de las páginas de este libro.

Gracias, siempre.